

Barcelona

METROPOLIS

Revista de información
y pensamiento urbanos
Núm. 71
Primavera 2008
Precio 3€

Cuaderno central

El mito de la sociedad civil catalana

Activismo y tecnología: la política en red
Entrevistas con Beatriz Sarlo y Naomi Klein

Gobernar los nuevos espacios:
entre lo local y lo global

Diálogo entre Eric Hobsbawm
y Donald Sassoon

Artículos de Horacio Capel,
Francesc de Carreras, Manuel
Delgado, Ernesto Garzón,
Salvador Giner, Daniel
Innerarity, Josep Piqué, Pau Riba,
Ignasi Riera, Antoni Serra
Ramoneda, Enric Ucelay-Da Cal,
Vicenç Villatoro.



www.bcn.cat/publicacions



Editorial

Cambio de piel

Manuel Cruz

Fotos Laura Cuch

El término “ciudad” es, casi por definición, lábil y escurridizo. Lo utilizamos todos de forma constante y, muy probablemente, cada uno de nosotros piensa en una cosa distinta al hacerlo, de tantas como son las diferentes realidades que quedan abarcadas por esta sola palabra. ¿De qué hablamos entonces cuando hablamos de *pensar la ciudad*? ¿Y cuando, dando una vuelta de tuerca, nos proponemos tareas todavía más ambiciosas como *repensar la ciudad*? Probablemente sea debido a esta dificultad por lo que el discurso acerca de lo urbano ha tendido a utilizar, de forma reiterada, metáforas (preferiblemente orgánicas).

Sirvámonos de una: Barcelona parece estar cambiando de piel. O, con mayor exactitud, parece estar volviendo a cambiar de piel. Del cambio anterior —el que tuvo lugar en la década de los ochenta, en la perspectiva de los Juegos Olímpicos— se ha escrito en abundancia, por no decir en exceso. En todo caso, si algo diferencia el proceso en el que ahora estamos inmersos del de entonces es que este segundo tenía una hoja de ruta definida. La dinámica de transformaciones urbanísticas que cambió radicalmente la faz de la ciudad y posibilitó las profundas transformaciones infraestructurales que conocemos respondía a un propósito unificador global e incluso tenía una fecha de cumplimiento.

A diferencia de aquel, el cambio de ahora ofrece un signo más incierto. Quedó exhausta la lógica del evento extraordinario que servía como excusa/opportunidad para llevar a cabo grandes remodelaciones pendientes o resolver gravosos déficits acumulados. También parece haber dado signos de agotamiento un cierto modelo redistributivo. O, mejor dicho, una cierta manera de interpretar la redistribución. Acaso se generalizó abusivamente la percepción de que la mayor parte de las inversiones que se hacían en esta ciudad eran inversiones *en piedra*, pero, en todo caso, que esa percepción fuera correcta o equivocada resulta en cierto sentido lo de menos (en el mundo de hoy la percepción de la realidad forma parte de la misma

realidad). La cuestión es que, como respuesta a todo ello, empezó a abrirse paso un nuevo tipo de discurso, una nueva actitud ante la realidad de Barcelona. Nuevo discurso y nueva actitud de la que sin duda forma parte la idea, también generalizada, de que esta ciudad ha de ampliar el abanico de sus preocupaciones, asumiendo de modo decidido la necesidad de que los vecinos recuperen el protagonismo, poniendo voz a sus propias demandas.

El lenguaje de la incertidumbre, del tanteo, no es sólo un recurso estilístico o un adorno literario. El cambio de piel del que estamos hablando le sobreviene a un cuerpo vivo, en permanente transformación. La metáfora nos jugaría una mala pasada si nos indujera a pensar en una mera transformación superficial, en una simple regeneración epidérmica, epitelial. Lo que parece hallarse en juego es algo de mayor calado. Dicho sea con el mayor de los respetos, me atrevería a afirmar que a Barcelona le toca (de nuevo, una vez más) decidir *qué quiere ser cuando sea mayor*. A sabiendas de que no puede ser cualquier cosa, o lo primero que se le ocurra. También ella, como cualquier organismo vivo, se encontró ya con un cuerpo, con una realidad, dados. Pero sí puede decidir qué quiere hacer con lo que han ido haciendo de ella. En estos momentos, ésta parece ser la disyuntiva: o perseverar en el tan criticado parque temático urbano (en el que los propios barceloneses quedan, como mucho, relegados al papel de comparsas de la función) o aplicarse a definir unos objetivos culturales, sociales y productivos propios, aceptando —por qué no— de buen grado a todos quienes quieran saber de lo que hacemos (mucho más que de lo que fuimos).

No me hagan poner nombres, porque estoy seguro de que todos Uds. ya los tienen en la cabeza. Ni me hagan decir más que esto: ciudades realmente vivas son aquellas en las que los visitantes asisten, maravillados, al espectáculo de la actividad intensa y entusiasta de sus habitantes (que sólo les piden a los forasteros que no interfieran demasiado en su quehacer).



Barcelona METRÒPOLIS
número 71, primavera 2008

Editor

Direcció de Comunicació Corporativa i
Qualitat de l'Ajuntament de Barcelona.
Director: Enric Casas.

Edición y producción

Imatge i Producció Editorial.
Director: José P. Freijo.
Paseo de la Zona Franca, 60. 08038 Barcelona.
Tel. redacció: 93 402 31 11/ 04 / 05.

Direcciones electrónicas

bcnrevistes@bcn.cat
<http://www.bcn.cat/publicacions>

Dirección

Manuel Cruz.

Dirección editorial

Carme Anfoso.

Edición de textos

Jordi Casanovas.

Gestión

Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91. Fax 93 402 30 96.

Secciones fijas

Martí Benach, Joaquim Elcacho, Helena Encinas, Josep M. Fort,
Joaquim Noguero, Jordi Picatoste Verdejo, Karles Torra, Jaume
Vidal.

Colaboradores

Jordi Alberich, Horacio Capel, Francesc de Carreras, Manuel
Delgado, Sergi Doria, Agustí Fancelli, Daniel Gamper, Ernesto
Garzón Valdés, Salvador Giner, Daniel Innerarity, Daniel López
Gómez, Xavier Marcé, Guillem Martínez, Josep Maria
Montaner, Lluís Permanyer, Gabriel Pernau, Josep Piqué, Óscar
Reyes, Pau Riba, Ignasi Riera, Israel Rodríguez Giralt, Antoni
Serra Ramoneda, Rosa Serra Rotés, Ariadna Trillas, Enric
Ucelay-Da Cal, Xavier Vidal-Folch, Vicenç Villatoro, Gabriel
Villota Toyos, Joan Ollé, Pilar Villuendas.

Consejo de Ediciones y Publicaciones

Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi
Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan
A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Diseño original

Enric Jardí, Mariona Maresma.

Maquetación

Santi Ferrando, Olga Toutain.

Fotografía

Ana Esteban, Albert Armengol, Laura Cuch, Eva Guillaumet,
Antonio Lajusticia, Christian Maury, Miquel Raurich, Txema
Salvans, Pere Virgili.

Archivos

AHCB-AF, CCCB, Cordon Press, Corbis, Cover, EFE, El Periódico
de Catalunya, Magnum Photos.

Ilustración

Javier Peñafiel.

Corrección y traducción

Tau Traductors, L'Apòstrof SCCL.

Edición de web

Miquel Navarro.

Administración

Ascensión García. Tel. 93 402 31 10.

Distribución

M. Àngels Alonso.
Tel. 93 402 31 30. Paseo de la Zona Franca, 60.

Comercialización

Àgora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431.
info@agorallibres.cat

Depósito legal

B. 37-375/85 ISSN: 0214-6215

Los artículos de colaboración que publica Barcelona
METRÒPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha
de ser necesariamente compartida por los responsables de la
revista.

Consejo de redacción

**Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Judit Carrera, Carme
Castells, Manuel Cruz, Cristina Gonzalbo, Jordi Martí,
Ramon Prat, Jeffrey Swartz, Carme Anfoso.**

Comité asesor

**Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib,
Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel
Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García
Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsivais,
Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando
Vallespín.**



1 Editorial

Manuel Cruz

Plaza pública

4 Desde la otra orilla

Añoranza de la ciudad burguesa

Josep Piqué

6 El dedo en el ojo

El riesgo de cegar al tuerto

Horacio Capel

8 La mirada del otro

Tres lugares comunes sobre Barcelona

Ernesto Garzón Valdés

10 Metropolitica

Activismo y tecnología: la política en red

Israel Rodríguez Giralt, Daniel López

Gómez

15 Masa crítica

Identidad y diversidad europeas en diálogo:

Eric Hobsbawm, Donald Sassoon

Daniel Gamper

22 De dónde venimos / a dónde vamos

Colonias industriales, espacios para trabajar y vivir

Rosa Serra Rotés

Un futuro abierto para los grandes equipamientos

Josep Maria Montaner

28 Voz invitada

Gobernar los nuevos espacios: entre lo local y lo global

Daniel Innerarity

37 De prestado

Entrevista con Naomi Klein

Óscar Reyes

Cuaderno central

El mito de la sociedad civil catalana

42 Auca

Joan Ollé / Pilar Villuendas

44 ¿Qué hay que entender por sociedad civil?

Salvador Giner

46 Historia de un tópico

¿Más que un club? Examen de un relato persistente

Enric Ucelay-Da Cal

58 Esfera económica

En busca de un nuevo espacio de influencia

Jordi Alberich

62 El lugar de la cultura

La liquidación de un protagonismo histórico

Xavier Marcé

66 El poder político

Reglas claras para una relación siempre difícil

Ignasi Riera

72 Cuatro lugares emblemáticos

Círculo de Economía, el núcleo duro

Ariadna Trillas, Xavier Vidal-Folch

El club de los señores de Barcelona

Agusti Fancelli

La tribuna civil

Guillem Martínez

Una entidad nacida de la pasión burguesa por la hípica

Lluís Permanyer

82 Propuestas / respuestas

¿Existe la sociedad civil catalana?

Francesc de Carreras

Reflexiones sobre una decadencia

Antoni Serra Ramoneda

Este fantasma tan de moda

Pau Riba

88 Ciudad y poesía

Oda a Barcelona

Joan Oliver

Observatorio

90 Palabra previa

A favor de los centralismos

Vicenç Villatoro

93 Zona de obras

Los sentidos de la vida, de Joan Prat, por Manuel Delgado

La ética de la identidad y Cosmopolitismo,

de K.A. Appiah, por Daniel Gamper

El efecto Guggenheim, de Iñaki Esteban,

por Gabriel Villota Toyos

98 En tránsito

Entrevista con Beatriz Sarlo

Sergi Doria

102 Reportaje

Barcelona y Latinoamérica, libros de ida y vuelta

Gabriel Pernau

106 Artes plásticas

Jaume Vidal

107 Cómic

Joaquim Noguero

108 Música

Karles Torra

109 Artes en la calle

Martí Benach

110 Diseño

Josep M. Fort

111 Cine

Jordi Picatoste Verdejo

112 A pie de calle

Helena Encinas

Portada y contraportada

Fotos: Txema Salvans



La sociedad civil ha de volver a asumir un papel de vanguardia en la construcción de la ciudad, como el que en el pasado la llevó a implicarse en importantes iniciativas colectivas.

Añoranza de la ciudad burguesa

Texto **Josep Piqué** Economista y exministro

Durante mucho tiempo, Barcelona ha sido, para el conjunto de España y, también, en muchos otros ámbitos, la ciudad “burguesa” por excelencia. Cosmopolita y abierta al mundo y a todas sus influencias. Sin encerrarse en sí misma y en sus complejos.

Una ciudad capaz de desarrollarse en lo urbanístico, en lo cultural, en lo social y, por supuesto, en lo económico, al margen del poder político, y basada en un fuerte dinamismo empresarial y, en términos sociológicos, con un evidente “poder burgués”.

Barcelona ha sido la capital de una Cataluña que hizo, mucho antes que el resto de España, su revolución industrial y que desarrolló una clase social, la denominada burguesía catalana, que asumió un papel de liderazgo social y de voluntad política, entendida como compromiso a la hora de determinar los debates públicos, condicionar el comportamiento del poder político, asumir riesgos y financiar iniciativas –no sólo económicas, sino también políticas, sociales y culturales–, y en definitiva “marcar la agenda”.

Y los logros han sido manifiestos.

Desde el Ensanche de Ildefons Cerdà hasta las Exposiciones Internacionales, en 1888 o en 1923, pasando por los Juegos Olímpicos en 1992, Barcelona es ejemplo paradig-

mático –como Milán o Frankfurt– de cómo una ciudad que no es capital de Estado es capaz de brillar con luz propia, gracias al dinamismo de su gente, pero, sobre todo, gracias a una clase dirigente, ambiciosa, moderna y emprendedora, que asume su papel de liderazgo sin complejos y aspira a desempeñar ese papel en el conjunto de España.

Como es natural, este movimiento tuvo y tiene sus reflejos políticos. No siempre comprendidos y, a menudo, incluso despreciados o rechazados. La irrupción del catalanismo político, como doble impulso orientado, por una parte, al autogobierno de Cataluña, pero también y, sobre todo, a la modernización de una España atávica y anclada en la decadencia después de la crisis política y psicológica de 1898 es la expresión más clara. Pero todo ello también es producto de profundos errores propios y de graves incomprensiones ajenas, y esa dinámica ha durado hasta nuestros días. Y así nos va.

Es descorazonador constatar la enorme pobreza del debate político en Cataluña, anclado en discusiones absurdamente identitarias, completamente alejadas de los auténticos problemas de los ciudadanos, que no son otros que los problemas económicos, la inmigración, la vivienda o la calidad de los servicios públicos como el transporte, las pensiones, la sanidad o la educación. Algo que, de forma palmaria, vemos estos días en torno, por ejemplo, al tema del déficit –evidente, pero con múltiples responsables– en infraestructuras. Y, lamentablemente, seguimos hablando de una Cataluña y de una España que ya no existen. Porque han cambiado, y para bien, profundamente.

Y hoy, en cualquier caso, la realidad de España es muy distinta. Y condiciona, sin duda, la reflexión política. España ha dado un extraordinario salto cualitativo. Ha quintuplicado su renta per cápita en una generación, hace años que se ha convertido en un país exportador neto de capitales, ha pasado de ser un país de emigrantes a ser el país europeo con mayor recepción de inmigración.

España, pues, en su conjunto, se ha vuelto “burguesa”, y Cataluña y Barcelona han perdido su “monopolio” de modernidad. Hoy, España se ha “catalanizado” en el sentido de que se ha modernizado, se ha vuelto emprendedora, se ha internacionalizado y tiene un profundo sentido de europeidad y de pertenencia a un mundo global.

Y, parece que, desde Cataluña, nos resistimos a aceptar esa realidad. Y, en todo caso, atribuimos nuestros males a no se sabe bien qué, pero siempre fuera de nosotros mismos. Y eso no tiene sentido.

Los máximos responsables de nuestra decadencia somos nosotros mismos, que no hemos sabido “correr” tanto como los demás. Y no sólo eso. Nos hemos “aburguesado” en el peor sentido del término. Ya no estamos en la vanguardia económica, financiera o cultural, sino que asistimos, por diversos y variados motivos, a un proceso de deterioro de nuestra autoestima que resulta evidente para nosotros mismos, pero, sobre todo, para todos los demás. Sinceramente, no creo que nadie, a estas alturas, pueda discutir esta afirmación.

Y la pregunta obvia es qué hacer. ¿Nos resignamos a una dulce pero inexorable decadencia, convencidos de que segui-

remos gozando de una buena calidad de vida durante un plazo de tiempo razonable, o reaccionamos y volvemos a la ambición de antaño?

Personalmente, creo que sin ambición la vida no vale la pena y que sin ella las colectividades se extinguen de pura inanición.

Por ello, pienso que es imprescindible recuperar el espíritu “burgués” de Barcelona. Que vuelvan las iniciativas desde la denominada “sociedad civil” que, en su momento, protagonizó las Exposiciones Universales, las grandes iniciativas culturales –desde el Liceu hasta el Palau de la Música– o los grandes retos urbanísticos de Barcelona. Incluyendo aun la participación activa y estratégica en fenómenos liderados desde los poderes públicos, como los Juegos Olímpicos o la propia reconstrucción del Liceu. La “burguesía catalana” ha estado ahí y así se le ha reconocido.

Y ahora, ¿dónde está?, ¿quién es? Sé muy bien que hay excepciones a este panorama aparentemente desierto. Estoy pensando en instituciones y, también, en personas. No creo que sea muy difícil ponernos de acuerdo a la hora de identificarlas. Pero no basta. O recuperamos, globalmente, el “espíritu burgués” de Barcelona o nos deslizaremos, cada vez más, en una suave, agradable, pero irreversible decadencia.

Y ¿dónde actuar? Vayamos por partes.

En primer lugar, es indispensable despegarse del poder político. Que no nos condicione más allá del escrupuloso respeto a las instituciones democráticas. Pero que no importe incomodarlo si así lo requieren las circunstancias. Y que se impulsen debates tan imprescindibles sobre los que, sin duda, nos podemos poner de acuerdo. Por ejemplo, la sociedad civil debe tomar la iniciativa en temas clave como la educación, la energía o las infraestructuras. Pero también tenemos que decir que no nos interesan debates absurdos como el de la autodeterminación o el de la independencia (¿en un mundo tan progresivamente interdependiente como el nuestro!).

Y, en consonancia, digamos con toda claridad que el futuro competitivo de España pasa por una Cataluña bien dotada de infraestructuras físicas, educativas y tecnológicas y que, coherentemente, y también con toda claridad, no es pensable una Cataluña al margen de la España moderna.

Y, finalmente, confiemos en nosotros mismos. Y en nuestra capacidad de hacer cosas “grandes”. Las hemos hecho en el pasado. Barceloneses, catalanes y españoles hemos hecho grandes cosas. Recuperemos la Barcelona “burguesa”. Y digamos al mundo político que estamos ahí. Dispuestos a volver a ser lo que fuimos. Una sociedad liberal y abierta al mundo. Si queremos ser, no nos queda otra alternativa. ■

Participar en la actividad pública significa colaborar en su formulación y en la toma de decisiones. La actitud de ciertos políticos y técnicos con los movimientos vecinales es inaceptable. Se diría que algunos piensan que solo vale la “crítica constructiva”, tan bien valorada por el anterior régimen.

El riesgo de cegar al tuerto

Texto **Horacio Capel** Catedrático de Geografía Humana.
Universitat de Barcelona

No estoy seguro de que sea recomendable meter el dedo en el ojo a ninguna persona (física o jurídica). Mucho menos a un tuerto: si te equivocas de ojo, lo dejas ciego. Y, además, pueden tener reacciones violentas. A pesar del carácter crítico de esta sección en la que se me invita a colaborar, no creo que sea una buena idea meter el dedo en el ojo del Ayuntamiento de Barcelona, que financia esta revista. Bastantes achaques tiene ya para que encima queramos dejarlo ciego. Seguramente la mejor opción sea que los ciudadanos nos animemos a decirle las cosas que pensamos, y confiar en que las lean, las oigan (y las escuchen) y las tomen en consideración. Al menos para enterarse de lo que la gente piensa.

No parece ser esa la actitud de los políticos municipales y de los técnicos que les asesoran. No hay peor tuerto que el que no quiere ver, o el que se empeña en mirar con el ojo averiado. Lo mismo pasa con las afecciones de oído. Personas hay en la política y la técnica municipal que se niegan a escuchar cualquier crítica. Algo que resulta sorprendente, porque siempre se aprende escuchando, al menos se tiene información de lo que se dice por la ciudad (más allá de lo que algunos responden en las someras encuestas que se realizan).

También es malo querer mirar, pero no saber a dónde, o mirar hacia los sitios equivocados. De los dos defectos ha dado suficientes pruebas el Ayuntamiento. No saber a dónde mirar; es decir, dar muestra de confusión o de miradas contradictorias. Mirar a sitios equivocados; como si prefirieran enfrentarse a las propuestas radicales (para descalificarlas) en lugar de hacerlo con las más sencillas que realizan muchos ciudadanos respecto a la escasez de guarderías, la falta de mantenimiento de los parques y jardines, la práctica desaparición de la guardia municipal, los excesos del turismo, etc.

O, por citar otro ejemplo de mirada equivocada, la obsesión que tienen por la modernidad y por todo lo moderno. Entre otros, por el diseño moderno, que les lleva a gastar dinero en editar costosas publicaciones propagandísticas. Una muestra puede ser el primer número de esta misma revista en su nueva fase: está excesivamente preocupada por el diseño, con ilustraciones poco relevantes para los temas

tratados, a veces simples adornos sin sentido, y en definitiva excesivamente lujosa para las funciones que ha de cumplir. Un poco más de contención y de mesura debería ser la norma general, para no despilfarrar el dinero público.

En su nueva fase, *Barcelona METRÒPOLIS* debería estimular la oportunidad de encuentro y de debate entre los políticos (cuyos discursos necesitan, sin duda, mayor profundidad y sentido de la realidad), los técnicos (que en su especialización pierden en ocasiones otras dimensiones de los problemas), los académicos (que desarrollan a veces un discurso abstruso y realizan frecuentemente propuestas muy poco realistas) y los intelectuales en general (algunos más preocupados de su propio lucimiento que de los problemas ciudadanos). BM debería ser un lugar de encuentro de unos y otros para debatir los problemas que hoy se presentan en la ciudad y que son relevantes para Barcelona y para otras ciudades de nuestro entorno –que, naturalmente, incluye todas las ciudades de los países iberoamericanos.

Hacerlo con profundidad, con rigor, con conocimiento de lo que pasa en otros países. Pero presentándolo de forma comprensible y adaptada a los problemas reales de la población. Como ha escrito Manuel Cruz en el editorial que abre la nueva etapa de la revista, “en el mundo actual todo lo que pasa, pasa en las ciudades”. Pero esta revista no puede hablar de todo lo que sucede; los problemas que más preocupan a los ciudadanos deben estar en el primer término.

Uno de esos problemas importantes que están planteados es el de la tensión entre la democracia representativa y la democracia participativa. El control social de la gestión pública se hace con la vigilancia que establecen las normas legales y con el veredicto popular en las elecciones. Pero, además, hace falta profundizar en la participación y en el compromiso ciudadano. La participación no es derecho a opinar, sino colaboración en la misma formulación y decisión de la actividad pública, desde la asignación de presupuestos hasta la elaboración del urbanismo. Dando confianza a los ciudadanos de que no se trata de simples adornos retóricos, sino de la capacidad real de debatir cuestiones relevantes e incidir en la toma de decisiones.




La fase de alegaciones en el urbanismo es insuficiente. Se ha de ampliar y dar ayuda técnica a los ciudadanos para que formulen sus propuestas. Agradecérselas y no considerarlas molestos incordios y fuente de problemas. En esta fase del debate el papel de los técnicos es fundamental, explicitando y justificando las alternativas, resolviendo los problemas de lenguaje y unificándolo de forma que haya acuerdos compartidos; así como el de los políticos, que han de explicitar los objetivos, las opciones y los recursos económicos disponibles y aplicables.

La actitud de ciertos políticos y técnicos con los movimientos vecinales es inaceptable. Lo peor es la mala educación con que a veces se comportan ante las reivindicaciones, el menosprecio que se percibe en su actitud ante el movimiento vecinal, que es múltiple y variado, con reivindicaciones bastante sensatas en general, sobre cuestiones que afectan a la vida cotidiana, a las condiciones de existencia, a lo que antes se llamaba la reproducción simple y ampliada de la fuerza de trabajo. No es una cuestión banal, ya que ésta es la que genera el dinamismo de Barcelona y le permite estar en el mapa mundial de ciudades estimadas y atractivas.

Algunos parecen pensar que solo vale la “crítica constructiva”, tan bien valorada por el anterior régimen político. Los movimientos ciudadanos que plantean reivindicacio-

nes se han convertido, al parecer, en una pesadilla para el Ayuntamiento y para el Gobierno catalán. Los políticos lo confunden todo con la llamada “cultura del no”, como muestra una reciente guía para enfrentarse a los conflictos.

Esa guía o manual supone un paso importante hacia la auto-crítica, parece aceptar que en lugar de imponer deberían tratar de convencer a los ciudadanos. Reconoce también que cuando estos conflictos se producen muestran una mala planificación; lo que es cierto cuando la decisión la adoptan técnicos y políticos incompetentes, soberbios, sin capacidad para el diálogo. Frente a ello hace falta otra forma de planificar, a partir de un diálogo previo y un acuerdo en el proceso de la toma de decisiones.

La participación es un ejercicio de aprendizaje continuado. Solo a partir de experiencias de discusión sobre problemas concretos podrán irse definiendo los procedimientos. La democracia no es solo un sistema legal y elecciones cada cierto tiempo, sino un ejercicio permanente de debate en libertad. Un país con cuarenta años de interrupción del ejercicio democrático necesita urgentemente poner en marcha fórmulas de participación. Tal vez esta revista permita establecer el debate, con la colaboración de todos los interesados, incluidos políticos y técnicos, en especial los arquitectos, sorprendentemente silenciosos ante tantos problemas urbanísticos. 



Hay tres lugares comunes sobre Barcelona que han resistido casi inmunes el paso del tiempo: su carácter eminentemente europeo, su laboriosidad y su radical diferencia respecto de Madrid.

Tres lugares comunes sobre Barcelona

Texto **Ernesto Garzón Valdés**
Profesor visitante en la UPF

En lo que sigue, recordaré tres lugares comunes secularmente persistentes acerca de Barcelona para proponer luego alguna corrección y, sobre su trasfondo, formular una modesta “aproximación personal”. Los tres lugares comunes a los que quiero referirme son: Barcelona es una ciudad eminentemente europea; Barcelona es una ciudad industrial excepcionalmente laboriosa; Barcelona es una ciudad radicalmente diferente de Madrid.

No son pocos los testimonios de ilustres viajeros que centraron sus comentarios sobre Barcelona en el carácter más europeo que español de esta ciudad. Basten aquí los de tres notables intelectuales latinoamericanos del siglo XIX y comienzos del XX. En 1846, Domingo Faustino Sarmiento, autor del primer estudio sociológico de Argentina, visitó Barcelona y en carta a Victorino Lastarria así la describía: “El aspecto de la ciudad es enteramente europeo; su Rambla asemeja a un boulevard, sus marinos inundan las calles como en el Havre o Burdeos”. Sesenta años más tarde, el ensayista uruguayo José Enrique Rodó se refería a la “semifrancesa Barcelona, atalaya de España”. “Un tanto afrancesada” se le presentaba también la ciudad a Rubén Darío cuando la visitó en 1912 y pasa largas horas en el café Els Quatre Gats, cuyos parroquianos le recuerdan a “los tipos del Boul’

Miche”. Para los tres visitantes buena parte de la europeidad de Barcelona estaba dada, pues, por su semejanza con las formas de vida de la vecina Francia.

Rodó subrayó el dinamismo industrial de la “laboriosa y culta Barcelona”. Darío admiró su pueblo “sano y robusto” y su dinámica burguesía, que había “erizado su tierra de chimeneas”. Según Sarmiento, “todas las empresas respiran grandeza. [...] si fuera pan lo que fabrican, harían vulgar el milagro de los cinco mil, porque de un quintal de lana ellos sacan quinientas piezas de paño”.

La supuesta o real rivalidad entre Barcelona y Madrid fue también señalada por Sarmiento cuando escribía: “los catalanes: otra sangre, otra estirpe, otro idioma. No se hablan con los de Castilla sino por las troneras de los castillos”. Y Rubén Darío percibió aquel sentimiento de pertenencia a una patria diferente de la española al que llamó “regionalismo intransigente”.

De los tres mencionados lugares comunes, el primero es interesante a medias. La preocupación por la europeidad me parece superflua, innecesaria. Es verdad que todavía en los años cincuenta del siglo pasado, cuando se viajaba de Madrid a París o Munich, solía decirse “me voy a Europa”. Pero, actualmente, por lo pronto, las estructuras de la Unión Europea han reducido las diferencias institucionales nacionales y extendido la designación “europeo”, por lo menos, hasta las fronteras occidentales de la ex Unión Soviética. Además, el cada vez más intenso intercambio de bienes y personas ha restado pintoresquismo y nadie piensa hoy, como Alejandro Dumas, que lo interesante de España son sus costumbres, como si ellas fueran diferentes de las del resto de Europa: para desencanto de algún posible Próspero Mérimée, ya no hay más “Cármenes” en España. Y cuando mi buen amigo Víctor Ferreres me invita a *Els Quatre Gats*, no me siento situado en una especie de sucursal parisina, sino en un local catalán, tan español y europeo como el madrileño *Café de Oriente*.

Buena parte del llamado “carácter europeo” de Barcelona reside también en lo temporalmente remoto, en los restos romanos y visigodos y en el magnífico barrio gótico. Lo moderno, el barrio del Ensanche, las casas de Gaudí o la Sagrada Familia, son obras típicamente catalanas, algo que, por ello mismo, es también una manifestación singular de lo europeo. En cambio, lo más reciente, la Torre Agbar, por ejemplo, es expresión de una arquitectura universal.

Cada vez que mis compromisos universitarios me lo permiten, visito Santa María del Mar (no alcanzo a comprender por qué Emilia Pardo Bazán decía que esta iglesia le recordaba a una sonata de Chopin, pero me fascinan sus columnas octogonales y el gran rosetón policromado del siglo XV). Me dirijo después a la joya románica de Sant Pau del Camp. Descanso entonces en su claustro, con las arcadas moriscas, los capiteles con representaciones del bestiario medieval, guerreros luchando contra leones y una mujer torturada entre dos sapos, con los brazos levantados en señal de terror, sin que falte la figuración del pecado original con el árbol de frutos redondos, la robusta serpiente y Adán y Eva tapando

sus desnudeces y un aspecto que no logra ocultar una cierta satisfacción por haber mordido la famosa manzana.

Suelo completar la vivencia del románico en el Museu Nacional d’Art de Catalunya: en los frescos de Santa Maria de Taüll admiro la lucha entre David y Goliat, el gigante de manos enormes que termina decapitado frente a un buitre que oficia de testigo del triunfo del bien sobre el mal.

No me emociona el carácter industrial de Barcelona. Acepto el lugar común que como tal la describe, pero no reside en ello para mí el peculiar interés de esta ciudad.

El tercer lugar común mantiene renovada actualidad y, a veces, me parece que está cerca el peligro del “regionalismo intransigente”. Quizás convenga aquí mantenerse alerta frente a la exaltación de las identidades colectivas.


Una ciudad no es sólo sus calles, sus casas y monumentos, sino también sus gentes.

Los primeros catalanes que conocí en el Madrid de comienzos de los años cincuenta del siglo pasado fueron Juan y José Goytisolo. Décadas después, me apropié del título de un libro de Juan, *Coto vedado*, para designar el ámbito de los derechos fundamentales en la constituciones modernas. La denominación elegida tuvo un cierto éxito debido más a su atractivo semántico que a la pretendida propuesta de una especie de geografía constitucional.

Muchos otros catalanes me brindaron bastante más que la posibilidad de recurrir a un buen título. Cabe mencionar aquí a sólo uno de ellos: Albert Calsamiglia. En los peores momentos de mi exilio, cuando con mi ex alumno y posterior colega Jorge Malem padecía las consecuencias de la dictadura militar argentina, me ofreció hospitalidad académica en la Universitat Pompeu Fabra, de la que sigo disfrutando en mis seminarios mensuales.

Como creo que comprar un libro es comprar futuro (uno piensa que tendrá tiempo para leerlo), mis finanzas enflaquecen cada vez que visito La Central, la mejor librería de España. Aunque el futuro no se prolongue, no hay libro que no me haya sido útil, a veces también para preparar alguna conferencia invitado por amigos despistadamente optimistas acerca de mis posibilidades como Salvador Giner. No faltan tampoco los congresos y coloquios en los que me encuentro con la siempre elegante y aguda Victoria Camps.

Barcelona se ha ido convirtiendo en mi segunda ciudad, en un hábitat en el que transcurre la mayor parte de mi vida universitaria, que me ofrece la oportunidad de vivencias artísticas excepcionales y en el que me encuentro y dialogo con seres que quiero. Los lugares comunes que escucho, los tomo como lo que son: sugerencias de orientación, que acepto o rechazo según mi propio parecer y entender.

Seguiré viajando a Barcelona mientras el cuerpo aguante y tenga algo que decir y aprender. Esto último me asegura un porvenir supuestamente ilimitado. Y aunque no lo sea, habré hecho bien en estar donde me gusta y en visitar periódicamente una ciudad que no me es extraña porque su gente y su paisaje son, desde hace mucho, algo que valoro y me estimula para continuar una vida que es justamente la que deseo vivir hasta el final. 



El activismo político contemporáneo muestra una tendencia creciente a efectuar un uso político de los artefactos tecnológicos informacionales. Las potencialidades que abren estas tecnologías están siendo aprovechadas para diferentes formas de movilización y protesta, y cada vez son más los colectivos y los movimientos que ven en ellas un alto componente subversivo. Se anticipa así la llegada de un nuevo escenario para las formas de acción colectiva.

Activismo y tecnología: la política en red

Texto **Israel Rodríguez Giralt** y **Daniel López Gómez** Psicólogos sociales

“History might have been very different if Karl Marx had been able to send emails.”
(Online activists, 1999).

“¡Pásalo!” Así acababan los mensajes de texto que empezaron a llegar alrededor de las dos de la tarde del 13 de marzo de 2004 a muchos teléfonos móviles de ciudadanos madrileños. Era sólo el final de un mensaje de texto, pero era también el inicio de una protesta tan espontánea como masiva, tan imprevista como histórica, que en pocas horas llenaría las calles de las principales ciudades españolas de ciudadanos que protestaban pacíficamente por la gestión que el Gobierno había hecho de la información, en especial la relativa a la autoría de los atentados que sólo dos días antes habían tenido lugar en el propio centro de Madrid.

La rotunda insistencia en la autoría de ETA por parte del Gobierno, a pesar de que se iban conociendo indicios que apuntaban a un atentado vinculado con el denominado terrorismo islámico, era una prueba de que algo estaba pasando. Poco a poco, la sospecha dejaba paso a la indignación. De hecho, la percepción generalizada de una posible ocultación informativa sistemática por parte del Gobierno, justo antes de las elecciones, fue lo que llevó a la ciudadanía, en plena jornada de reflexión, a convocar y a coordinar de forma espontánea una serie de actos de protesta en las principales ciudades del país. La amplia repercusión que tuvieron esas movilizaciones es de todos conocida. La tarde del 13 de marzo, de forma espontánea, centenares de miles de ciudadanos se lanzaron a la calle para protestar contra la desinformación del Gobierno. A las marchas espontáneas que inicialmente se convocaron en Madrid, delante de la sede del propio PP, siguieron decenas de caceroladas y marchas igualmente espontáneas que se fueron convocando en muchos otros lugares de todo el país. En pocas horas se había conformado un mosaico de protestas y movilizaciones interconectadas tan extenso como imprevisto, tan inédito

como elocuente. Al día siguiente, el Partido Popular perdía unas elecciones que, según los sondeos de una semana antes, tenía prácticamente aseguradas. El 13 de marzo pasaba a la historia como uno de los días más importantes y espectaculares de movilización y participación ciudadana.

Pero lo interesante de este episodio no es tanto saber si estas marchas estuvieron más o menos relacionadas con el resultado final de la convocatoria electoral, sino más bien el hecho de que las movilizaciones del 13 de marzo pusieron de manifiesto con especial elocuencia algo que, de una u otra manera, ya se había apuntado varias veces: el enorme potencial político que podía encerrar la articulación con los nuevos artefactos tecnológicos, en especial los que agrupamos en lo que popularmente se denomina “tecnologías de la información y la comunicación”. En efecto, si se puede considerar que hubo algo sorprendente en la llamada *noche de los mensajes cortos*, fue precisamente que mostró con claridad el potencial del uso extenso y coordinado de una serie de artefactos tecnológicos para convocar, movilizar y coordinar a una amplia parte de la ciudadanía.

El conocido caso de las movilizaciones del 13 de marzo no es un suceso aislado. En enero de 2001, una iniciativa parecida, también articulada a través de mensajes de móviles, obligó al presidente filipino, Joseph Estrada, a renunciar al cargo. Más de un millón de ciudadanos de Manila, movilizados y coordinados por flujos de información enviados a través de teléfonos móviles, se encontraron de forma rápida y espontánea en la avenida Epifanio de las Santas¹. Cuatro días después, y gracias al apoyo creciente de la ciudadanía, el jefe de Estado filipino era obligado a abandonar el poder de forma pacífica.

También en la denominada “batalla de Seattle” se pudo empezar a vislumbrar el potencial político y movilizador de los “nuevos” artefactos tecnológicos. El 30 de noviembre de 1999, buena parte de los activistas que se habían desplazado a esa ciudad norteamericana para protestar contra la reunión



© Agustín Catalán / El Periódico de Catalunya

Sobre estas líneas, concentración ante la sede del Partido Popular en la calle Génova de Madrid, la tarde del 13 de marzo de 2004, en demanda de explicaciones sobre los atentados de dos días antes. En la página siguiente, manifestación espontánea contra el PP en Barcelona, la noche del mismo día. En la página anterior, protesta contra la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle (EE.UU.), en diciembre de 1999.

de la Organización Mundial del Comercio (OMC) hicieron uso de dispositivos móviles, sobre todo teléfonos e internet, para informar en tiempo real de la situación, para coordinar sus movimientos y para burlar los controles y las fuertes barreras policiales que el Gobierno norteamericano había instalado cerca del lugar de celebración de la cumbre.

La OMC y el propio Gobierno americano se vieron desbordados y quedaron en evidencia, superados por un grupo no demasiado numeroso de activistas debidamente organizados, inteligentemente coordinados y tecnológicamente bien equipados. De hecho, éstos fueron los postulados que contribuyeron a dar forma a uno de los movimientos sociales más importantes e influyentes de la última década, el movimiento antiglobalizador o altermundista, un movimiento de carácter globalista y anticapitalista que, con el paso de los años, se ha constituido en un importante actor político y que ha sido, además de un referente táctico ineludible, un factor imprescindible para comprender el sentido de las luchas políticas contemporáneas.

No obstante, lo que merece ser destacado de estos episodios es la tendencia creciente por parte del activismo político contemporáneo a hacer un uso político de los artefactos tecnológicos de información. Cada vez son más los colectivos y movimientos que ven en las “nuevas tecnologías” un elevado componente subversivo, que han descubierto que pueden resultar útiles para la movilización o importantes para crear nuevas formas de guerrilla política. Del mismo modo, estas tecnologías parecen capaces de desplegar imprevisibles potencialidades de organización y de acción política por el hecho de estar articuladas y relacionadas con la actividad de colectivos, movimientos y proyectos políticos². Así pues, parece ser que el vínculo entre tecnología y activismo políti-

co es cada vez más estrecho. Esta doble articulación explica muchos de los cambios que observamos en las formas y dinámicas de movilización contemporáneas, que anticipan un nuevo escenario para las formas de acción colectiva.

Es cierto que el uso de tecnologías como el SMS o internet por parte de los movimientos sociales, de los partidos o de otros tipos de asociaciones no es una práctica nueva. Al contrario, ya había sido ampliamente estudiada desde que el EZLN utilizó internet como medio para convertir su lucha en una lucha global³. No obstante, nunca antes se habían podido constatar tan abiertamente sus efectos en la articulación espontánea de la inteligencia política de una multitud. Buena prueba de ello es que cada vez son más numerosos los grupos y organizaciones que, en torno a redes de información, de terminales móviles, de cámaras y equipamientos mediáticos, organizan manifestaciones, articulan protestas o crean acontecimientos que consiguen tener una transcendencia y un efecto importante en la realidad. Teléfonos móviles, sitios web, PDA, ordenadores portátiles, o más recientemente, los denominados *blogs* son instrumentos que cada vez se utilizan más como artefactos aptos para coordinar, organizar o desencadenar movilizaciones políticas. De esta novedad es de lo que precisamente queremos hablarles en este artículo.

Prácticas de activismo informacional

La pregunta sobre la relación entre tecnología y activismo no es nueva. A lo largo de la historia, las formas de acción colectiva siempre se han asociado con la irrupción y el uso de determinadas tecnologías comunicativas. La imprenta, la radio, la publicidad, la prensa escrita, la televisión y los medios audiovisuales en general siempre han sido elemen-



© Julio Carbó / El Periódico de Catalunya

tos que, de uno u otro modo, han estado vinculados a la emergencia del activismo político y a la forma que, históricamente, éste ha ido adoptando. No obstante, estos medios han sido considerados habitualmente instrumentos al servicio de unas finalidades políticas preestablecidas. Sin embargo, en la actualidad, lo interesante es ver cómo el uso que algunos movimientos hacen de las TIC desborda la concepción instrumental de la tecnología. Los citados episodios ponen de manifiesto justamente que el uso de las TIC supone para el activismo actual algo más que una mera extensión comunicativa; algo más que un nuevo recurso para llevar a cabo unos objetivos ya prefijados o con el que expresar unas identidades prefiguradas. La utilización de estos artefactos tecnológicos aporta, fundamentalmente, un nuevo mecanismo, un nuevo estilo en la dinámica y la forma que adoptan las movilizaciones políticas actuales.

Lo que hemos visto en los casos del 13-M, Seattle y Manila es que la práctica del activismo, como dijeron los propios activistas de Seattle, es cada vez más una cuestión de *swarming*, de constituir formas de cooperación transitorias y tácticas, de agrupar multitudes y de creación de enjambres. Y para hacerlo, son necesarias tecnologías comunicativas, flexibles y rápidas. Es necesaria, por tanto, una materialidad suficientemente estable como para convertir la relación entre diferentes actores en un colectivo que actúa y piensa conjuntamente y, a la vez, que esa materialidad sea suficientemente fluida y flexible como para transformar estas relaciones y articular nuevos actores en función de los acontecimientos. Y eso es justamente lo que permiten las tecnologías de la información, como los *weblogs*, las listas de distribución o los mensajes SMS. Veámoslo con algún caso ilustrativo.

El día 16 de octubre del pasado año, se colgó un *post* en

barcelona.indymedia.org⁴ en el que se informaba, adjuntando fotografías, de que la policía estaba desalojando el centro social Ruïnamalía de Barcelona en ese mismo momento. El *post* iba acompañado de una sola frase con la que se denunciaba que era más importante el derecho a la propiedad que el derecho a la vivienda. Ahora bien, el sentido político del acontecimiento se definía por los muchos enlaces que lo vinculaban a *posts* de otros *weblogs* en los que se hablaba de desalojos o acciones de protesta con propósitos y actores diferentes, a noticias y editoriales de periódico y a comentarios y experiencias *posteadas* por los propios internautas. Por ejemplo, uno de los *posts* vinculados informaba sobre una acción de protesta contra la instalación de una línea de alta tensión en Esplugues. ¿Qué relación había entre un *post* y el otro? ¿Cuál era el sentido político de esta conexión? El *blog* permitía materializar de forma dinámica y ágil una continuidad entre ambos sucesos y acciones, así como entre una diversidad de actores implicados, sin que ello significase borrar su especificidad. Ciertamente, un *weblog* como Indymedia no sólo opera como un proveedor de información sobre las luchas y problemáticas sociales; no es exclusivamente un medio de comunicación alternativo, sino que es también un mecanismo de organización de la acción colectiva, ya que permite establecer una continuidad entre las diferentes luchas a la vez que permite articularlas en función de los acontecimientos, agrupando a los actores según un sentido táctico y no a partir de una determinada adscripción identitaria. Ahora bien, los *weblogs* son dispositivos de organización de la acción colectiva no sólo porque permiten almacenar y distribuir información de manera muy rápida y dinámica, sino porque permiten movilizar determinados afectos. Y esto es así porque son

“Lo interesante no es tanto la utilidad de las TIC como explorar la práctica del activismo con estos nuevos medios, para captar su especificidad y valorar cómo transforma la definición de la política”.

medios de comunicación orientados a la acción en donde el componente valorativo y práctico es muy importante.

El caso más ilustrativo lo encontramos en el papel desempeñado por los *weblogs* como Indymedia, barrapunto.com o escolar.net después de los atentados del 11-M. Como muestran algunos estudios, la función informativa de los *blogs* fue escasa. Lo importante fue, más bien, que los *blogs* permitían establecer inmediatamente una conexión entre las noticias que iban saliendo en los medios de comunicación con la acción y con el estado de ánimo de la gente, confiriendo así materialidad y continuidad a esa conexión⁵. A medida que se iban superponiendo los *posts* de los *bloggers* con los comentarios y valoraciones de los internautas, las disposiciones afectivas dejaban de ser fugaces y transitorias para pasar a tener cierta densidad y estabilidad temporal. De este modo, la dimensión afectiva de las noticias, la conexión que hacía que fueran relevantes y tuviesen sentido en el marco de lo que estaba sucediendo en aquel momento, quedaba objetivada y dejaba de ser un elemento efímero. Se estaba materializando una comunidad afectiva que atravesaba toda España y que habilitaba una determinada disposición a actuar frente a los acontecimientos.

En este sentido, el papel que desempeñaron los mensajes de SMS durante la tarde del 13-M fue muy parecido. Tal y como han explicado analistas como Rheingold (2002), la capacidad para organizar una movilización tan espontánea e inmediata, sólo mediante el envío de SMS, dependió en buena medida de los vínculos afectivos inscritos en la agenda de los móviles. Cada agenda era una red social de gente conocida y de confianza, de modo que, a partir del momento en que la convocatoria comenzó a circular por esas redes, la información se convirtió en una interpelación personal.

Otro caso muy parecido, pero en el que el protagonista fue el correo electrónico, es el de Jonah Peretti y Nike. En el año 2001, en el marco de una estrategia de marketing para reforzar los valores de libertad y creatividad, la empresa Nike lanzó una web en la que los clientes podían comprar y personalizar sus zapatillas deportivas inscribiendo en ellas el mensaje que desearan. Jonah Peretti decidió hacer uso de esa “libertad” para comprar unas zapatillas deportivas con la palabra *sweatshop*, expresión inglesa que se refiere a las fábricas de montaje, habitualmente del sector textil, en las que los sueldos son muy bajos y en las que se aplican técnicas para evitar la organización de sindicatos.

Nike se negó a poner esa expresión en sus zapatillas, y comenzó entre ellos un duro intercambio de mensajes. Inicialmente Jonah sólo reenviaba los mensajes a sus amigos para comentar la experiencia, pero rápidamente los mensajes pasaron de amigo a amigo y lo que en un principio era una

anécdota se convirtió en el centro de una campaña global contra las prácticas de explotación de Nike.

La política en red

¿Qué es lo más significativo de todos estos ejemplos? Más allá de visiones instrumentales, lo más llamativo es la emergencia de un nuevo estilo de hacer política. Este nuevo estilo, estructurado en torno a redes de comunicación fluidas y globales, define sobre todo una nueva forma de concebir y practicar la política. Es lo que podríamos denominar *networked politics* o política en red, que nos habla tanto de la posibilidad de relación y coordinación entre personas, grupos y/o colectivos heterogéneos, como de la capacidad logística para desplegar acciones interconectadas, continuas, policéntricas y descentralizadas. A través de las TIC, los movimientos sociales actuales son capaces de articular lo público y lo privado, lo individual y lo colectivo, lo local y lo global, ampliando el tablero de juego que regula y define la vida pública y política de nuestras sociedades. Pero, a la vez, la *networked politics* es más que una transformación del aspecto pragmático y táctico del activismo, también supone un cambio de las coordenadas clásicas de la política moderna. Como hemos visto, el activismo informativo requiere necesariamente una apelación directa a una serie de ideas, no parte de la *con-vicción* y alineamiento con determinadas posturas políticas, sino más bien de lo contrario. Gracias a los vínculos afectivos inscritos en las agendas de los móviles y de los gestores de correo electrónico, de la interactividad y dinamismo de los *blogs* o de la utilización de dispositivos estéticos, como la fotografía y el vídeo digital autoeditado⁶, este activismo es capaz de articular acciones colectivas y plurales a partir de la *con-moción*⁷, de la producción *ad hoc* de disposiciones afectivas colectivas. **M**

Notas

1. Rheingold, H. (2002). *Multitudes inteligentes. La próxima revolución social*. Barcelona: Gedisa. 2004
2. McCaughey, M. y Ayers, M. (2003). *Cyberactivism. Online activism in theory and practice*. London: Routledge. Van de Donk, W.; Loader, I.B.; Nixon, P.; y Rucht, D. (2004). *Cyberprotest. New media, citizens and social movements*. London: Routledge.
3. Castells, M. (1997). *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
4. *El Independent Media Center funciona como una red de weblogs a escala mundial en la que se cuelgan documentos, noticias, anuncios de actividades y comentarios tanto de gente que pertenece a determinados movimientos sociales, instituciones o asociaciones, como de simples lectores. El weblog es básicamente un mosaico de acciones en el que están implicados muchos colectivos diferentes, tanto a escala internacional como nacional.*
5. A. A. V. V. (2004). *Pásalo. Relatos y análisis sobre el 11-M y los días que le siguieron*. Madrid: Traficantes de Sueños.
6. Vale la pena destacar los vídeos de www.vdevivienda.net, donde los propios internautas pueden colgar vídeos domésticos en los que explican cómo viven el problema de la vivienda.
7. Sloterdijk, P. (2003) *Esferas I*. Madrid: Siruela.

Identidad y diversidad europeas en diálogo:

Eric Hobsbawm Donald Sassoon

Texto **Daniel Gamper**

© Archivo CCCB

El pasado mes de noviembre, el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) y Editorial Crítica convocaron a Eric Hobsbawm y Donald Sassoon al foro de debate *Pensar Europa*. Una audiencia numerosa atendió al reclamo del historiador más conocido y citado del mundo, testimonio de los vaivenes de un siglo demasiado corto para tantas calamidades y reconstrucciones. Hobsbawm, el maestro, y Sassoon, el discípulo, compartieron su visión desde una perspectiva cosmopolita y eminentemente europea. El diálogo lo moderó Josep Fontana, profesor emérito de la UPF que, en sus palabras iniciales, distinguió entre dos modos de entender el rasgo común europeo: por una parte, el sustrato dejado por la herencia clásica y cristiana, y por otra, una fecundidad que procede del mestizaje y la disidencia. Para canalizar el debate, Josep Ramoneda, director del CCCB, propuso una serie de cuestiones sobre los factores que unen a los europeos, la definición de cultura europea, la aportación de Europa a la cultura universal y los principios que pueden contribuir a crear una Europa cosmopolita, hospitalaria y profundamente democrática.

Eric Hobsbawm: Pensar sobre Europa es pensar sobre una pregunta abierta y, por tanto, sujeta a discusión. Hay tres modos posibles de mirar a Europa. Podemos verla, en primer lugar, como un área geográfica en el límite occidental del gran con-

tinente euroasiático. Esta perspectiva es relativamente neutra en términos políticos e históricos, pero implica entender a Rusia, desde el punto de vista geográfico, como parte de Europa.

En segundo lugar, podemos contemplar Europa como un programa, conformado por un club más o menos estable de Estados y territorios que siempre se ha definido por exclusión de los países que no forman parte de la Europa definida en estos términos. En la actualidad, la presentación formal de este programa concreto es la Unión Europea, que desde 1957 ha sufrido un considerable proceso de expansión y transformación, cuyo futuro es objeto de amplia discusión. Hasta hace poco tiempo, se suponía que este club se reducía a la Europa geográfica, pero las negociaciones sobre la posible adhesión de Turquía a la Unión Europea han modificado el paisaje, haciéndose imperiosa una redefinición completa de lo que es Europa.

La tercera manera de entender Europa consiste en verla como un proceso histórico no acabado, que surgió en algunas partes de la Europa geográfica y que convirtió a estas partes en las dinamos de la transformación histórica del mundo y en adalides del liderazgo mundial. Durante algunos siglos todo lo que cambió en el mundo provenía de esta parte del mundo. Este periodo de la historia ha llegado a su fin, pero Europa, entendida como un proceso, continúa. No

es una entidad estática, sino un concepto en movimiento, sujeto a cambios históricos.

Ustedes se habrán apercibido de que he hablado de un grupo de poderes europeos, de los hegemónicos. Creo que la pluralidad de Europa se halla en la base de su emergencia como potencia dominante. Por ello, contemplo con escepticismo el proyecto que concibe Europa como una única entidad política. En realidad, los únicos momentos históricos en los que Europa ha mostrado una tendencia a la unidad se han dado como resultado de conquistas militares. A diferencia de otras grandes regiones culturales, como China, India, Irán u Oriente Medio, el territorio de Europa nunca tendió a generar un imperio dominante. El Imperio Romano no era europeo en el sentido moderno, pues tenía su centro en el Mediterráneo, las costas del norte y del sur, y la ribera oriental. Tras la caída del Imperio Romano, toda la zona se mantuvo dividida políticamente y era plural. Y sigue siendo así. Más aún, 1.200 años después del fin del Imperio Romano, gran parte de lo que consideramos Europa se encontraba a la defensiva frente a invasores, procedentes sobre todo de diversas partes de Asia y, en menor medida, del Norte. La derrota turca en Viena en 1683 marca el fin de esta larga época, cuando, en cierto sentido, lo que quedaba de Europa era lo que no había sido conquistado por los asiáticos o por los magrebíes.

Estos tres modos de entender Europa son históricamente novedosos, incluso la definición geográfica, que todos aprendimos en la escuela, es del siglo XVIII. Recordemos que en los libros de escuela los Urales, el mar Caspio y el Cáucaso formaban la frontera oriental de Europa. Esta definición la propuso Rusia cuando se hallaba en pleno proceso de modernización y con la finalidad de insistir en su carácter europeo y distinguirse de su *hinterland* asiático.

Europa se hizo europea cuando la tecnología europea se mostró superior en algunos aspectos a la china, y cuando los Estados de nuestra región empezaron a conquistar otras partes del planeta. Esto ocurrió, más o menos, durante el siglo XV, no antes. Después de que se hiciera retroceder al Imperio Otomano, Europa se convirtió potencialmente, y en el siglo XIX efectivamente, en una fuerza hegemónica y expansionista.

La Europa que apareció como tal en el siglo XVIII y que coincide en gran medida con la Europa de los mapas, se caracterizaba por tres rasgos.

En primer lugar, era un sistema de política internacional basado en las relaciones entre algunas grandes potencias y Estados menores, formado fundamentalmente por Francia, la monarquía de los Habsburgo, Gran Bretaña y una Rusia en proceso de modernización.

En segundo lugar, consistía en una pequeña comunidad de eruditos que operaban más allá de las fronteras estatales, mediante un lenguaje común, primero el latín y, con posterioridad, el francés. Podemos llamar a esta segunda perspectiva la “aldea europea”, que con el tiempo se ha convertido en una aldea global. Esta aldea europea abarcaba desde Dublín en Irlanda hasta Kazán en Rusia, desde San Petersburgo hasta Palermo. Era la llamada “república de las letras”. Una parte sustancial de estas personas estaban unidas por su cre-

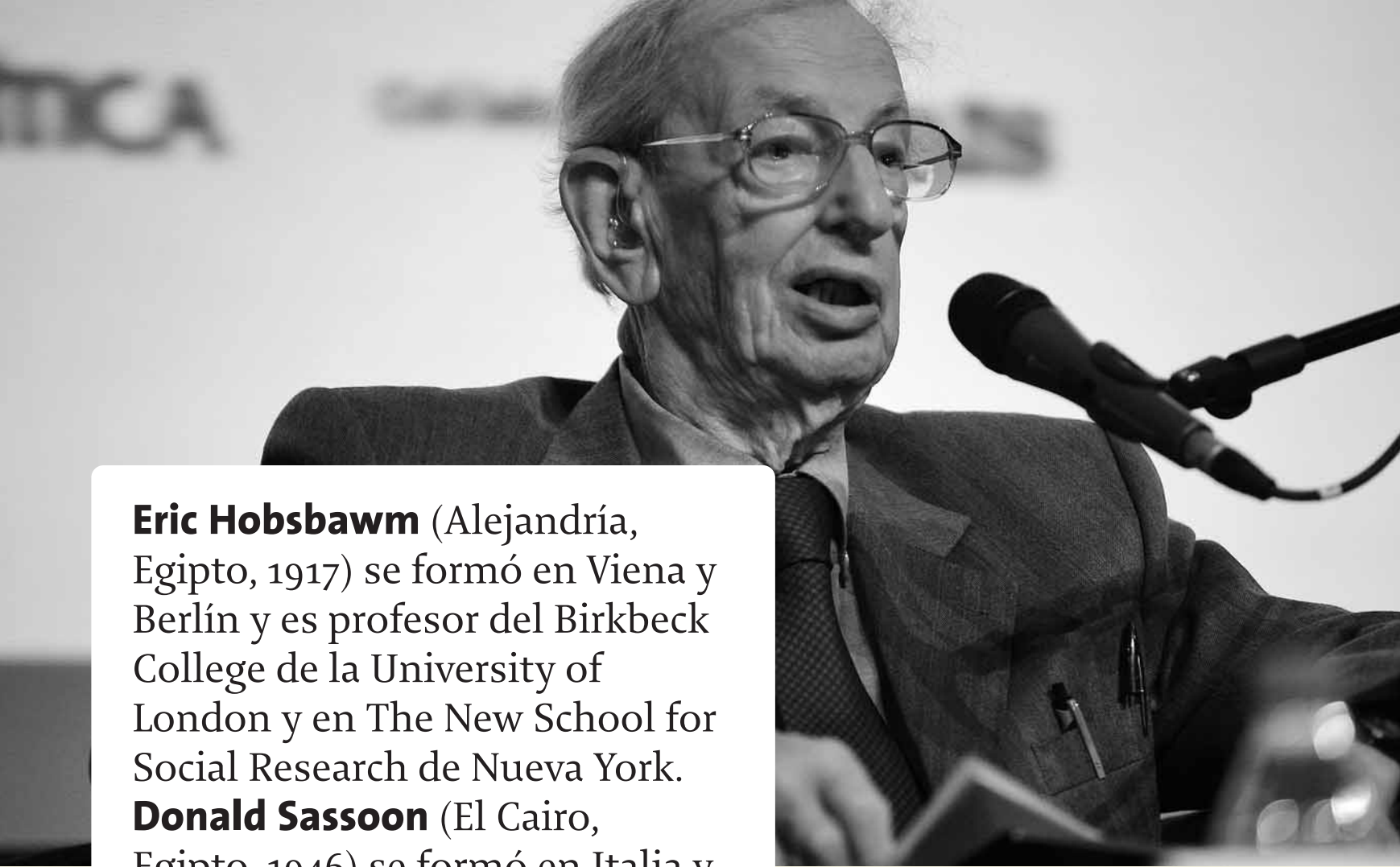
encia en la razón, en la educación y el progreso, así como en la posibilidad de mejoramiento de la condición humana en su totalidad. En pocas palabras, estaban unidos por los valores de la Ilustración del siglo XVIII. En mi opinión, esta es la forma más específica y duradera de la herencia europea.

El tercer aspecto tuvo mayor impacto en las vidas de los europeos: un gran modelo urbano de mejoramiento social general que se basaba en una economía comercial e industrial dinámica, en la educación, la cultura y la ideología, así como, de modo no menos importante, en un grupo de instituciones modernas estructurado mediante el vocabulario de la acción política colectiva.

Lo que quiero destacar es que, en la medida en que estos principios e instituciones fueron globalizados y democratizados, dejaron de ser específicos de Europa. Esto es obvio, pero deseo subrayar que estas tendencias crearon fuerzas tanto de unificación como de división en el interior de Europa. Los elementos constructivos básicos de la política europea, y, desde el fin del imperialismo colonial, de la política global, son los Estados territoriales centralmente gobernados y administrados, lo que nos hemos acostumbrado a llamar Estados-nación. Los Estados-nación se convirtieron en los soportes más habituales de las identidades colectivas. Por ello, los presentes esfuerzos de una UE en expansión impulsada por una fuerza de creciente homogeneización e incluso estandarización, así como unificación, topan con el problema de que las personas no se identifican con modelos institucionales comunes o con leyes institucionalizadas, sino con los rasgos distintivos de su Estado-nación de procedencia.

La autodefinición de los europeos se da mayoritariamente en términos nacionales. Es posible que hoy en día tenga lugar una nueva identificación en la forma de una religión fundamentalista revivida, pero hasta hace poco era impensable que la adscripción religiosa como fuente de identidad superara al vínculo con un Estado-nación en concreto. El catolicismo ha sido muy fuerte en Polonia e Irlanda porque era polaco e irlandés, no porque era universal.

Sin embargo, aunque han existido estas tendencias que, por así decir, europeizan a Europa, la tendencia histórica es otra. Desde el siglo XVI hasta 1940, Europa ha seguido un proceso de balcanización. Durante esta época se dio la tendencia al crecimiento del Estado territorial, a aumentar el tamaño de los Estados y a eliminar principados y unidades políticas más pequeñas. En cierto sentido, en 1930 y 1940 no quedaban más de unos veinte Estados en Europa, pues algunos países que a fecha de hoy son considerados Estados, como Andorra, no existían durante esa época como tales, excepto desde el punto de vista filatélico. Mientras que en 1930 Europa constaba de un número reducido de Estados, hoy en día hay por lo menos cuarenta Estados o grupos que aspiran a una existencia estatal individual, sin contar los territorios con potencial separatista en algunos países tradicionalmente unificados en la Europa occidental, como el Reino Unido, España, Bélgica e Italia. Todos ellos se arrogan una identidad colectiva étnica, lingüística, confesional o histórico-cultural separada y específica. Hay una tendencia creciente a definir la propia identidad en contraposición con el vecino.



© Archivo CCCB

Eric Hobsbawm (Alejandría, Egipto, 1917) se formó en Viena y Berlín y es profesor del Birkbeck College de la University of London y en The New School for Social Research de Nueva York.

Donald Sassoon (El Cairo, Egipto, 1946) se formó en Italia y Francia y es profesor de Historia Europea Comparada en la University of London.

Este proceso de creación de ideologías nacionales acciona fuerzas divisivas, comparativamente recientes, en el mundo moderno. De modo que la tendencia del desarrollo histórico va en contra de la formación de una identidad europea específica. Sin embargo, la globalización y los cincuenta años de la Unión Europea están empezando a crear un sentido entre los ciudadanos europeos, no de identidad común, ciertamente, pero sí de mayor diferenciación respecto a los habitantes de otras regiones. Por ejemplo, desde el triunfo de la ideología neoliberal entre los gobiernos, se ha puesto de manifiesto que Europa sigue intentando mantenerse fiel a una particular versión (o versiones) del capitalismo social o del bienestar, que no ha sido defendido de forma tan efectiva en ninguna otra parte del mundo. No afirmo que aquí radique un sentido primario de identidad de los europeos; no es así. Pero ha ayudado a crear un sentido de superioridad frente a las masas de países más pobres que se sienten atraídos por lo que ahora vemos que es nuestra excepcional riqueza y nuestro elevado estándar de vida. Así, esta superioridad ha redundado en el aumento de la xenofobia en Europa, incluso diría en una mayor toma de conciencia de las diferencias raciales. Esta especificidad europea contribuye también a distinguir las propias instituciones y modos de vida de las de los países ricos rivales, sobre todo los EE.UU. Este sentido de diferencia

se ha intensificado en los últimos años por motivos políticos y de otro cariz. Por otro lado, es demasiado pronto para predecir el efecto que tendrá en la experiencia europea el auge de Asia como nuevo centro económico del mundo.

En breve y ya concluyendo, Europa hoy en día está más unificada y dividida que en el pasado. Especialmente porque, a causa de motivos ideológicos, se expande hacia Europa oriental, esto es, hacia países a los que la base tradicional de la unidad histórica en la que se fundó Europa les es ajena. Sin embargo, y a pesar de todo esto, Europa ha fracasado en alcanzar una identidad plenamente europea, que era parte del proyecto original y que, por así decir, vive una existencia fantasmal en el intento de Bruselas de mantener instituciones y celebraciones de la cultura europea, y de convertir la Novena Sinfonía de Beethoven en una melodía europea. No hay una cultura europea, sólo hay culturas locales o nacionales o culturas globalizadas.

Donald Sassoon: En lo fundamental estoy de acuerdo con Eric Hobsbawm sobre las contradicciones presentes en el proyecto europeo. Pero mi versión es algo menos pesimista. A fin de cuentas, el grado de convergencia entre los países europeos durante los últimos cincuenta años ha sido muy sorprendente. ¿Cómo era Europa hace cincuenta años? Estaba dividida entre Europa del Este, bajo regímenes autoritarios de izquierdas; Europa meridional, España, Portugal y, en cierto modo Grecia, que se hallaban bajo dictaduras derechistas; e incluso en la Europa democrática se apreciaban diferencias profundas entre los de la costa norte del Mediterráneo, como Francia o Italia, por una parte, y las socialdemocracias escandinavas, por otra. Existían, asimismo, intensas diferen-

cias entre partidos políticos rivales, sobre todo comunistas en Francia e Italia, socialistas de apariencia radical en otras partes, y finalmente socialdemócratas más moderados y comprometidos con la doctrina del bienestar en Europa del norte. Desde entonces se ha dado una convergencia destacable. Por ejemplo, casi todo el mundo suscribe la doctrina del capitalismo liberal y, con algunas excepciones, una forma de capitalismo social. Una perspectiva de largo alcance nos muestra que Europa no tiende inexorablemente a la unidad; sin embargo, ahora está más unida que en cualquier otro momento anterior desde tiempo inmemorial.

¿Qué papel desempeña el proceso de integración económica? No ha desempeñado un papel primario, como lo demuestra el hecho de que el comunismo no desapareció a causa de los burócratas en Bruselas. No obstante, también está claro que la transformación europea ha sido tan compleja e importante, que no podemos explicarla como resultado de un proceso de integración que, sin perjuicio de la creación de una identidad europea, empezó en realidad por motivos mucho más pragmáticos. Se trataba de tener una política común de acero y carbón, y dado que esta política no era lo bastante motivadora para los ciudadanos, había que añadir que, además, se estaba construyendo Europa. Esta era la pretensión originaria de los primeros seis fundadores de la actual UE. Toda la construcción europea se basa en la desaparición de las fronteras, lo cual no impide que los Estados-nación puedan mantener el monopolio sobre los aspectos más importantes de la política económica, sobre todo la política impositiva y la política social. Los ingresos y los gastos se encuentran de modo abrumador en manos de los Estados-nación. Por ello, la fidelidad de las personas a los Estados-nación no se debe únicamente a todas las cosas que tienen en común, incluyendo unos sistemas burocrático y educativo centralizados, sino sobre todo al hecho de que pagan sus impuestos a un gobierno que es el que debe decidir cómo se gasta el dinero y cómo estos gastos deben afectar al bienestar de la población.

La Constitución es el proyecto más destacable para intentar darle una identidad a Europa, pero no por lo que en ella se decía. Su rasgo más importante es su nombre. Se denominaba a sí misma una “Constitución” precisamente porque el Tratado, que es lo que era efectivamente, lo que hacía era limpiar la miríada de tratados que existían con anterioridad. Al llamarla “Constitución” se intentaba emitir una señal, pero esta señal fracasó. Los opositores ofrecieron justificaciones dispares: los había que se oponían por motivos xenófobos, y otros temían que se acabara con la Europa social.

Nos hallamos en una situación en la que existe una contradicción muy importante entre las aspiraciones populares y las de los gobiernos. Las primeras defienden ciertamente el capitalismo y la economía de mercado, pero dentro de unos límites que imposibilitan la realización del sueño neoliberal. La narrativa político-económica central dominante no sólo en Europa, sino en todo el mundo, es muy distinta: el obstáculo principal al crecimiento económico y a la prosperidad es la falta de flexibilidad que han infligido las instituciones europeas en el mercado. De modo que la paradoja es que para estar mejor tenemos que reducir el nivel de protección.

Pero la ciudadanía rechaza esta medida desreguladora. Hay una discrepancia entre lo que dice la ciudadanía europea y lo que piensan los que escriben en *The Economist* o *Financial Times*, para los que el problema es que Europa no es suficientemente flexible. Así, lo que parece unir a los europeos no es la identidad, sino la aceptación del capitalismo social.

Para la creación de una identidad europea sólo disponemos de un único precedente: la creación de los Estados-nación a partir de la destrucción de las lealtades locales y regionales, convenciendo a las personas que no se sentían españolas, italianas, inglesas o francesas para que aceptaran formar parte de una misma nación. Este proceso se realizó desde arriba.

Por lo que se refiere a la política exterior, hay que recordar que no es necesario tener un ejército para ejercer una política exterior común. He intentado encontrar elementos que demuestren la existencia de una política exterior común, y he llegado a la conclusión de que no existe. El único momento en que se ha dado algo parecido fue en el caso reciente de Yugoslavia, pero no hay que olvidar que la intervención se realizó en conjunción con los EE.UU., con la OTAN. En asuntos como el de Oriente Medio y, en concreto, el conflicto entre israelíes y palestinos, hay una política exterior común europea, pero apenas está articulada y es bastante ineficaz.

A fin de cuentas, no quedan muchos elementos comunes: la Europa social está en peligro, y, con la excepción de asuntos menores, no existe realmente una política exterior europea. Podemos mencionar la cultura. Yo he escrito un libro sobre esto, pero la mayor parte del libro sostiene que es muy poco lo que los europeos tienen en común, excepto algo relativo a la cultura popular: todos consumen cultura norteamericana. Cuando los europeos se encuentran pueden hablar sobre los programas televisivos que comparten y casi todos los programas son americanos, algunos muy buenos, por cierto. He examinado las canciones más escuchadas en algunos países europeos. Si observamos los grupos y los temas más escuchados en Finlandia, Hungría, Italia o Francia, vemos que las únicas que se encuentran en todas las listas suelen ser americanas y, en menor grado, británicas. La cultura popular, si es transnacional, es americana, y si es local, su origen es local, no europeo. De modo que gran parte de la cultura que une a la gente no viene de Europa. Creo que hay una razón muy buena para que sea así, pues la cultura popular americana es mejor porque el mercado americano de la cultura no es nacional, sino que tiene una naturaleza híbrida. Otra cosa es la alta cultura. Ahí nos encontramos los europeos, defendiendo a Bach y Beethoven.

Eric Hobsbawm: Me parece que en algunos asuntos soy algo más optimista que Donald Sassoon, pues creo que hay algunas instituciones en Europa que han puesto en marcha un proceso que sigue en acción. Europa nunca se ha convertido en un Estado, no posee un poder ejecutivo ni legislativo. Basta comprobar que nadie se toma en serio el Parlamento Europeo, ni siquiera los *lobbies*, que no van a Estrasburgo, sino a Bruselas. Pero sí que tiene una Corte Suprema, de modo que existe un poder judicial. Por razones que no puedo entender y que se desarrollaron durante la década de





1970, se acepta que este tribunal sea, en algunos asuntos importantes, una instancia superior a las leyes locales, con la excepción del Reino Unido, que no firmó el tratado correspondiente. Esto significa que Europa se desarrolló en la dirección que De Gaulle predijo, *l'Europe des patries* (la Europa de las patrias), lo que conlleva el inconveniente de que hay algunas patrias que, por así decir, son más iguales que otras. De hecho, la mitad de la población europea vive en cinco países, y el resto se está balcanizando. Así, es previsible que se dé en el futuro una tensión creciente en el seno de Europa, provocada por el aumento de la población en los grandes países. Esto, más que solucionarlos, complica los problemas. A medida que aumente la balcanización, el problema se agravará. Ahora hay más países balcánicos que cuando se hablaba de la balcanización. En general, esta es la tendencia, pero el análisis no es aún lo bastante claro.

El problema sobre el futuro de la UE tiene que ver con la democratización de sus procesos. Siempre ha habido déficit democrático en la construcción europea. Europa fue construida desde arriba y eficazmente, a pesar de que los ciudadanos no se la tomaban en serio, pues creían que se trataba exclusivamente de una unión comercial y arancelaria. La así llamada "Constitución" se vende a los Estados intentando contar lo menos posible con los ciudadanos, porque cuando se les consulta, hay muchas probabilidades de que voten en contra.

¿A qué se debe, sin embargo, el entusiasmo genuino en algunos países por Europa? Creo que las razones son locales. Por ejemplo, en el caso de España, durante el periodo franquista había un entusiasmo genuino, porque Europa representaba una forma de modernización distinta a la defendida por el Opus Dei y otros grupos: si se quería ser un país moderno había que estar con los países europeos. En ese momento, España estaba pasando por un importante proceso de industrialización y cambio, y era comprensible su interés en Europa. En el caso de Italia, por ejemplo, el entusiasmo europeísta era otra manera de expresar la desilusión con el propio gobierno.

Donald Sassoon: Quisiera referirme a lo afirmado por Eric Hobsbawm sobre Europa como un conjunto que ha actuado en términos de exclusión. Esta lógica exclusivista presupone que lo que llamamos Europa es más civilizado, es algo que forma parte de un nivel superior. El filósofo esloveno Slavoj Zizek explicaba una historia sobre la antigua Yugoslavia. Durante varias generaciones los serbios decían: "Nosotros somos europeos y defendemos Europa de los otomanos, de los turcos, de los musulmanes". Por su parte los croatas sostenían que eran ellos los que defendían Europa del oscurantismo de los serbios. Y los eslovenos decían que eran ellos los que defendían Europa frente a la desintegración balcánica. Y los austríacos decían que ellos eran el verdadero bastión de Europa. Los alemanes, por su parte, si extendemos la historia, defienden Europa de la barbarie eslava y polaca. Los polacos la defienden de los rusos. Y España la defiende de los africanos. Etcétera. Los únicos que no defienden nada son los británicos, pues se limitan a decir que ellos no son Europa, que Europa es algo que está al otro lado del Canal de la Mancha y que, por añadidura, es

Para Sasson, la construcción de la Europa social se basa en el hecho de que todos los países han desarrollado algún tipo de Estado de Bienestar. El historiador considera que hay que defender la idea de protección social por oposición al sueño neoliberal. En la imagen, manifestación de trabajadores de toda Europa en Bruselas, en marzo de 1997, en apoyo a una huelga de la Renault contra la deslocalización.

un desastre. Lo que esta historia muestra es que Europa ha sido utilizada para dividir a los europeos.

Sobre el llamado déficit democrático, suscribo la afirmación de Eric Hobsbawm de que la construcción europea procede de arriba. Este déficit se evidencia con motivo de las elecciones europeas, cuyo número de votantes se reduce paulatinamente. Algunos interpretan este declive como una seria amenaza a la democracia, pues el abstencionismo posibilita que los partidos xenófobos ganen poder y se establezcan, defendiendo una idea de Europa que, a mi parecer, es incorrecta.

Eric Hobsbawm: Me parece necesario destacar que la situación actual de Europa difiere considerablemente de la que se daba en el siglo XX. En sus orígenes, el proyecto europeísta perseguía convertir la totalidad de Europa en un lugar en el que no hubiera guerra. La *entente* franco-germana estaba en el núcleo de esta idea. Este objetivo se ha realizado. Hoy en día es inconcebible que pudiera haber una guerra entre grandes países europeos. Pero esto no significa que las relaciones sean muy buenas. Por ejemplo, tengo motivos para creer que la razón principal por la que los ingleses mantienen las armas nucleares como fuerzas disuasorias, a pesar del enorme gasto que esto supone, es porque si detuvieran

su programa nuclear, la única potencia nuclear europea sería Francia. Esto no significa que los ingleses y los franceses vayan a luchar, pero pone de manifiesto las dificultades de las relaciones entre los Estados en el interior de Europa. Pero, por otra parte, hay que destacar el hecho de que se ha alcanzado una sólida estabilidad.

Estoy de acuerdo con Donald Sassoon en que los verdaderos peligros a los que hay que enfrentarse se refieren al hecho de que las instituciones vigentes no parecen ser las más efectivas para resolver los problemas del siglo XXI, por una parte, y al auge de la xenofobia en países que tradicionalmente no han sido xenófobos, como Italia o Escandinavia, por otra.

Donald Sassoon: La construcción de la Europa social se basa en que todos los países europeos han desarrollado algún tipo de Estado de bienestar. Esta apuesta política era el resultado de una especie de acuerdo entre las diversas fuerzas políticas en cada país, frecuentemente, entre los cristiano-demócratas y la izquierda. Así fue el caso en Italia, Austria, Alemania, Francia y en Gran Bretaña, en donde el Estado social fue desarrollado por los laboristas y posteriormente aceptado durante las décadas de 1950 y 1960 por los conservadores. Pero era un tipo de acuerdo que iba más allá de las fuerzas políticas e incluía a trabajadores y capitalistas. Era

Los conferenciantes valoran que el entusiasmo europeísta de algunos países se ha debido sobre todo a factores locales, y que la idea de Europa se ha utilizado en términos de exclusión frente a realidades que se rechazaban. En la imagen, el presidente francés, Charles de Gaulle, es recibido entusiastamente en las calles de Gdansk durante su visita oficial a Polonia, en 1967.



como si los trabajadores hubieran renunciado a sueldos equiparables a los de los trabajadores americanos a cambio de que el Estado protegiera su salud y sus pensiones. El coste de la salud y de las pensiones se socializó, no siendo por consiguiente necesario que los sueldos fueran tan elevados. Durante muchos años se consolidó esta diferencia entre los sueldos y las garantías sociales a ambos lados del Atlántico. Mientras esto duró, en el nivel nacional la situación se mantuvo, pero a medida que el mundo se ha globalizado y la exportación se ha convertido en una cuestión decisiva, las empresas han empezado a comparar las ventajas que les ofrece cada país. La pregunta ahora relevante, y para la que nadie tiene una respuesta correcta, es si se puede mantener el Estado del bienestar en un mundo en el que hay que competir con industrias poderosísimas como la china o la india. Por fortuna, los historiadores no tenemos que ofrecer previsiones de futuro, sino sólo explicar el pasado.

Un asistente al debate: Ambos han hablado de avanzar en el desarrollo de Europa. Pero, ¿la solución radica en mantener el proyecto de Europa?


Eric Hobsbawm: La solución no consiste en desarrollar Europa en el sentido antiguo, esto es, hacia una Europa unida o federal. Pero lo cierto es que Europa tiene problemas a los que debemos enfrentarnos lo queramos o no. Somos el mercado más grande y nos podemos comparar con los EE.UU. Probablemente somos también los que poseemos la mayor acumulación de capital intelectual. Pero también somos los que vemos nuestra posición socavada, no tanto por la manufactura china, sino por el descubrimiento de que la inversión en el capital intelectual de la que nos enorgullecemos se da también en países como China o India. Por ello, el peor peligro para Europa no es únicamente la pérdida de la industria, sino la de los sectores de los servicios que han ido reemplazando paulatinamente a las antiguas industrias. Este es y será un problema para toda Europa. Por consiguiente, no podemos quedarnos en el lugar en que estamos ahora.

Donald Sassoon: El trasfondo irónico de la pregunta consiste en cuestionar la necesidad de dejar atrás las instituciones y los acuerdos presentes, en pos de una mayor unidad. Para responder debo dejar de lado mi posición de historiador y preguntarme hacia qué mundo nos dirigimos. Todo el mundo tiene claro que sólo queda una gran potencia y que la diferencia entre el poder militar de los EE.UU. y el del resto del mundo es extraordinaria. Este poder militar exporta y exportará más ideas que bienes. Basta constatar que los americanos están a la vanguardia de gran parte de la tecnología *soft* que usamos en la actualidad. Pero, ¿puede un país ser una potencia militar y mantener a 300 millones de personas en un estándar de vida excepcionalmente elevado durante mucho tiempo? En el otro polo se encuentra China, con problemas, pero también con una capacidad competitiva destacable. En este mundo es importante que los europeos se pregunten qué papel quieren desempeñar en el futuro. Pienso que la idea de protección social y la solidaridad que ella

implica deben ser defendidas por oposición al sueño neoliberal. Europa se opone de la tortura. En Europa, formalmente, no hay tortura y para ser aceptado como europeo un país debe haber abolido la pena de muerte. Esta es una de las pocas cosas de las que los europeos podemos estar orgullosos. Europa ha demostrado que se puede ser rico, crecer, tener una economía de mercado y al mismo tiempo se puede cuidar de los viejos, de los enfermos y tener un sistema de justicia bastante decente. Esto no está mal, y en todo caso está mejor que lo que hacían los europeos hace cien años.

Una asistente al debate: ¿En qué consiste el imperialismo americano?

Donald Sassoon: Una de las consecuencias del crecimiento europeo es que la diferencia de sueldos a ambos lados del Atlántico ha desaparecido virtualmente. Sin embargo, la diferencia se mantiene, pues en cierta medida las empresas americanas están apoyadas por un único gobierno, que al mismo tiempo está en condiciones de recomendar a las empresas europeas que no inviertan en Irán, dictando así el modelo de desarrollo en el resto del mundo. Si una empresa desea hacer negocios en los EE.UU., se la invita a cerrar sus sucursales en Irán que, en comparación con el mercado americano, son poco importantes. Puede ser que esto no se pueda considerar imperialismo clásico, pero no hay duda de que los EE.UU. usan sus formidables recursos. Además, no están balcanizados, sino unidos, lo que les permite intervenir en las empresas de manera repetida. No hay ningún sistema mundial que les impida hacerlo, no hay contrapeso a este tipo de poder. Y por este motivo, todas las empresas decidirán naturalmente que es mejor hacer lo que dicen los americanos, a pesar de que a largo plazo podría ser una buena idea invertir en Irán contribuyendo a reconducir su economía y su política hacia una visión más moderada que aquella de la que ha hecho gala en los últimos años.

Eric Hobsbawm: No hay duda de que los americanos se han establecido no sólo como el mayor poder militar, sino también como la potencia económica dominante en la segunda mitad del siglo XX: creo que esta superioridad se está debilitando. Es cierto que ahora se mantiene gracias al enorme tamaño del mercado americano y su gran riqueza. Se puede incluso decir que esta situación continuará, porque a diferencia de Europa, pase lo que pase, los EE.UU. seguirán siendo el tercer Estado más grande del mundo, después de China e India. Sin embargo, hay indicios de un relativo declive estadounidense. En el futuro, si los EE.UU. se muestran incapaces de mantener su dominio sobre las políticas de otros países, existe la posibilidad de que se conviertan en un Estado mundial canalla. Sólo podemos esperar que esto no suceda. 

Notas

Son numerosas las obras de Eric Hobsbawm vertidas al castellano. Algunas de ellas son: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, 2004; *Entrevista sobre el siglo XXI*, Crítica, 2000; *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, Crítica, 2003; *Política para una izquierda racional*, Crítica, 2000.

De Donald Sassoon se encuentran en traducción castellana: *Cien años de socialismo*, Edhasa, 2001; y *Cultura: el patrimonio de los europeos*, Crítica, 2006.





De dónde venimos

La preservación de
un legado histórico

A dónde vamos

Nuevos usos
del espacio industrial

© Pere Virgili

Son conjuntos dinámicos que constituyen un ejemplo singular e identitario de los procesos de industrialización de Cataluña. La recuperación de este legado requiere el desarrollo de proyectos imaginativos y personalizados.

Colonias industriales, espacios para trabajar y vivir

Texto **Rosa Serra Rotés** Directora de Transversal Produccions Culturals

En el año 1855 se promulgó la primera de una serie de leyes que concedían privilegios fiscales a las actividades empresariales que se instalaran en zonas rurales; una ventaja que, sumada a otras de tipo energético, fiscal, social y político, explican uno de los fenómenos más singulares de la industrialización de Cataluña. Las colonias industriales, núcleos de poblamiento industriales situados en zonas rurales, son uno de los fenómenos más característicos del proceso de industrialización de Cataluña, tanto por el modelo industrial, empresarial y social que desarrollaron como por haberse convertido en uno de los rasgos más singulares del paisaje de las cuencas fluviales de Ripollès, Osona, Berguedà y Bages.

A finales del siglo XIX y principios del XX, esta parte de la Cataluña central dejó de ser rural: sin el desarrollo de esta colonización industrial, la industrialización no habría sido posible –o como mínimo no habría llegado hasta el nacimiento del Ter y del Llobregat–; tampoco habría sido posible si los empresarios no hubiesen planificado, junto a las fábricas, la construcción de viviendas y servicios, dando así lugar a las colonias. Se trata de un proceso extraordinario que llevó

la industria y la urbanización al interior del país y que acercó los Pirineos al Mediterráneo a través de los grandes corredores urbanos constituidos por los ríos Ter y Llobregat.

Las colonias textiles –unas 75–, que son las más importantes, numerosas y conocidas, se localizan al pie de los ríos Llobregat y Ter, y de sus respectivos afluentes –Cardener, Calders, Anoia, Fresser y Brugent–, porque sus fundadores aprovecharon el agua como fuente de energía gratuita. De las colonias mineras, que abarcan una extensa cronología que va desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, destacan las “carboneras” de Sant Corneli, Sant Josep y la Consolació (Cercs, Berguedà), Ogassa (Surroca, Ripollès) y la del valle de Peguera (Figols, Berguedà); la colonia minera desarrollada junto a las minas de plomo de Bellmunt del Priorat o las levantadas en la cuenca potásica del Bages, y más concretamente en los términos municipales de Cardona, Súria, Balsareny y Sallent, son más modernas.

La Farga Lacambra (Les Masies de Voltregà, Osona) es el ejemplo más destacado en lo que respecta a las metalúrgicas; a finales del siglo XIX y al pie del Ebro se comienza a cons-

truir la gran colonia de la empresa electroquímica de Flix (Ribera d'Ebre), al mismo tiempo que, al pie del Llobregat a su paso por el término municipal de Berga, la empresa química Sociedad Española de Carburos Metálicos iniciaba las obras de la fábrica y su pequeña colonia. Más discretas son las cementeras, como la del Clot del Moro (Castellar de n'Hug) o la del Collet (Guardiola de Berguedà), casi totalmente desaparecida. Y no podemos olvidar que el objetivo de las leyes de colonias del siglo XIX era transformar la estructura agraria, aumentar la población de las zonas rurales y crear una moderna industria agroalimentaria; en Cataluña destacan la de Raimat (Lleida, Segrià), la de Casanova del Prat (Baix Llobregat) y la colonia Graugès (Avià, Berguedà).

En las zonas rurales, las colonias se construyen allí donde el empresario encuentra materias primas rentables para explotar: minerales (carbón, galena, potasa, etc.), en el caso de las empresas mineras y metalúrgicas; piedra, en el caso de las cementeras y las químicas; grandes extensiones de tierra y agua para regar, en el caso de los empresarios agrícolas; y agua como fuente de energía gratuita, que es el caso de los empresarios textiles. Es lógico que los empresarios instalados en zonas rurales intentasen aprovechar las ventajas de una ley que, además de ahorrarles impuestos, les otorgaba representación pública, permiso de armas gratuito, permiso para explotar canteras y para hacer hornos de alfarería, y que redimía a sus obreros de la prestación del servicio militar. De todos modos, del total de 142 colonias industriales que se beneficiaron de la ley de 1868 en toda España, sólo 35 eran catalanas; y, de éstas, el porcentaje más elevado corresponde a las textiles (18), seguidas de las agrícolas (10), las papeleras (2) y las mineras (2).

Los industriales se las ingenieron para paliar el coste de la construcción de la colonia. A mediados del siglo XIX, en plena construcción del estado liberal, el procedimiento legal para tramitar las concesiones de aguas destinadas a usos industriales estaba regulado jurídicamente por la Ley de Aguas de 1866, que eximía del pago de la contribución industrial durante un período de diez años. Una vez finalizado este periodo, la documentación demuestra que los industriales iniciaban la tramitación del expediente de colonia y, de este modo, intentaban librarse del pago de la contribución industrial durante un periodo de, como mínimo, veinticinco años. Las colonias crecen y se desarrollan, e incluso se fundan al pie de los ríos, cuando ya era sabido y había quedado demostrado que el agua de nuestros ríos era insuficiente para garantizar los ritmos de producción que la industria requiere, incluso la de finales del siglo XIX.

Al pie de los ríos, los industriales textiles encontraron, además de energía gratuita, una mano de obra barata con ganas de trabajar a la que, aunque resultó menos disciplinada de lo que inicialmente habían pensado, lograron ir domando a fuerza de control, paternalismo, *Rerum novarum*, servicios y años. También encontraron terrenos baratos, muy baratos, con abundante materia prima -canteras vírgenes, posibilidad de hacer hornos de cal, de tejas y de alfarería-, y mano de obra disponible y especializada, como picapedreros, albañiles, peones, yeseros o caleros, procedente

de los mil y un oficios relacionados con la construcción en el mundo rural. También se encontraron con redes ferroviarias diseñadas, en construcción o ya en funcionamiento, que subían río arriba hasta las cuencas mineras de Sant Joan de les Abadesses-Ogassa y hasta la de Berga-Figols que, sin ninguna duda, eran las más importantes del país y cuya función era proporcionar carbón cuando, con demasiada frecuencia, llegaba el estiaje y las temporadas de sequía.

Y eso no es todo: también encuentran independencia y amplias oportunidades de ejercer competencias, protagonismo y poder. Los fabricantes de colonia son "los dueños" en la colonia, en la cabeza del municipio y en la comarca. Lo son en el momento de instalarse, cuando la colonia crece y, especialmente, durante el largo periodo del franquismo.

Si el sistema de colonia no hubiese funcionado, la totalidad de colonias industriales no habrían tardado en morir, y el sistema no se habría generalizado. Los industriales de colonia obtienen beneficios económicos, paz social y protagonismo industrial a pesar de las constantes inversiones en la construcción de viviendas y servicios, en infraestructuras, en personal de colonia, en transporte para cubrir el largo trayecto hasta Barcelona, a las que se tienen que sumar las inversiones propias de cualquier actividad industrial. Los trabajadores, miles y miles de personas anónimas, hasta cuatro y cinco generaciones, han encontrado en las colonias un puesto de trabajo, viviendas y servicios.

Laboratorio de experimentación urbana y arquitectónica

Las colonias son conjuntos dinámicos que se van transformando a lo largo de sus 150 años de vida: las fábricas se amplían, incorporan más máquinas y más modernas, los trabajadores se adaptan al sistema o lo abandonan, la colonia va creciendo en número de viviendas y servicios, etc. Se convierten, pues, en núcleos urbanos en medio de un paisaje rural y constituyen un nuevo modelo de urbanización totalmente innovador y que rompe con los que hasta entonces se habían desarrollado en el interior de Cataluña.

Las colonias constituyen un ejemplo singular e identitario de los procesos de industrialización de Cataluña porque la urbanización de los valles medios y altos del Ter y del Llobregat se debe, no tanto al crecimiento de pueblos y villas, sino más bien a la construcción de estos nuevos espacios industriales que, a su vez, van impulsando el crecimiento de los núcleos existentes. ¿Cómo se explica, si no, el crecimiento demográfico y urbanístico de Sant Joan de les Abadesses, Ripoll, Manlleu, Torelló, Roda de Ter, Cercs, Gironella, Puig-reig, Sallent, Cardona, Súria o Manresa? ¿Y la construcción de carreteras y de vías de tren que unen estos pueblos y estas colonias?

Aunque, como hemos dicho, no hay dos colonias iguales, es posible identificar la colonia genérica y clasificar, según su funcionalidad, los edificios y espacios insertados en una trama urbana más o menos compleja de calles y plazas:

- Espacios productivos: edificios industriales (fábrica, talleres, oficinas y almacenes) e infraestructuras energéticas (presa, canal, turbinas, máquina de vapor y central eléctrica).

- Espacios de residencia y de servicios que forman el



© Pere Virgili

La Colonia Soldevila de Balsareny (Bages), construida en 1897 en un complejo industrial hoy sin actividad. En páginas anteriores, Ametlla de Merola (Berguedà), núcleo originado en una pequeña fábrica textil, en la que llegaron a trabajar 800 personas durante la segunda mitad del siglo XIX. Es una de las primeras colonias industriales de Cataluña. En las siguientes páginas, el polígono industrial Can Roca de Martorelles.

núcleo y la esencia de la colonia obrera: viviendas para los trabajadores y los encargados, equipamientos de todo tipo.

-Espacios de dominio, la residencia del propietario, la iglesia, la muralla: las edificaciones simbólicas.

Según el número de construcciones de la colonia obrera y la existencia o no de edificios simbólicos, las colonias se pueden clasificar en tres categorías morfológicas: la básica, que muchas veces no identificamos como colonia, sino como una fábrica de río o como un núcleo industrial con viviendas, pero que, situada entre 1855 y 1936, funcionaría como un núcleo industrial en zona rural y según el modelo del control social; la colonia de desarrollo, con servicios; y la colonia evolucionada, con los edificios simbólicos.

Y es evidente que el modelo, por más que la colonia sea un núcleo urbano en construcción, no es tampoco ni el pueblo ni la ciudad. En las colonias, la decisión sobre cuándo y cómo se tiene que crecer, qué y cómo se tiene que construir, y dónde se tienen que ubicar los edificios, no la toman los poderes públicos, ni los técnicos municipales, ni los planes urbanísticos, ni las leyes del mercado, sino el propietario, que lo hace en función de una serie de parámetros: los objetivos empresariales, el espacio disponible, el presupuesto, el afán de protagonismo, la sensibilidad social e incluso su sensibilidad estética. Parámetros que se aplican de manera diferente según la época e, incluso, según la función que el edificio o el espacio tengan que cumplir.

Así, por ejemplo, en la construcción de espacios productivos se impone el sentido práctico y el criterio de máxima productividad, por lo que las obras se encargan a ingenieros industriales. Para la construcción de viviendas, a pesar de la diferente tipología existente y los diferentes niveles de calidad, la obra se encomienda a los maestros de obra locales, quienes también dirigirán las obras de construcción de los edificios de servicios. Para los arquitectos se reservan los proyectos de los edificios simbólicos, iglesias y residencias de los propietarios, en los que podemos encontrar una

amplia gama de estilos historicistas directamente relacionados con el presupuesto adjudicado, la categoría del profesional y el gusto personal del propietario.

Si comparamos las colonias catalanas con las grandes colonias construidas en Europa, desde las míticas New Lanark en Escocia hasta los grandes ejemplos de Italia, Gran Bretaña, Suecia, Francia, Polonia o Estados Unidos, todas las catalanas se muestran simples, austeras, pequeñas e incluso recientes. Pero constituyen una parte de nuestro patrimonio histórico, arquitectónico y urbanístico y destacan por su diversidad y gran concentración geográfica.

El sistema de colonia, en sí mismo cerrado, se abrió, como casi todo en nuestro país, durante los años sesenta. Y de la apertura se pasó muy rápidamente a la crisis. Una tras otra, las fábricas de las colonias fueron cerrando, como también lo han ido haciendo las fábricas textiles de las ciudades y las minas y las empresas metalúrgicas. Cuando cerró la fábrica, lo hicieron también buena parte de los servicios y las colonias entraron en un periodo de crisis y abandono profundos.

Estamos hablando de conjuntos que nacen, crecen y se desarrollan a ritmos diferentes pero, al mismo tiempo, al ritmo que marcan los últimos 150 años de historia de Cataluña. Esta diversidad es tan grande que incluso las colonias que han muerto y las que se resisten a morir lo hacen de manera distinta.

El futuro tampoco puede ser igual para todas. Ahora que los planes directores ya han marcado el camino se necesitan proyectos imaginativos, personalizados, apuestas decididas basadas en el reconocimiento creciente de los valores históricos, culturales y urbanísticos de un legado que, en muchos casos, ya ha iniciado un profundo proceso de recuperación: nuevas oportunidades y vocaciones en el campo de la industria, en la potenciación del espacio residencial, soluciones mixtas de convivencia entre el espacio productivo y el residencial, o de turismo cultural y patrimonial. **M**

Las arquitecturas industriales y de infraestructuras se podrán transformar e integrar si tienen las mismas cualidades que han hecho que los edificios históricos sean utilizables para otros usos.

Un futuro abierto para los grandes equipamientos

Texto **Josep Maria Montaner** Catedrático de Composición Arquitectónica de la ETSAB

La pregunta prospectiva sobre cuál será el patrimonio industrial que se valorará en el futuro suscita interesantes cuestiones: desde el valor de la historia y del patrimonio hasta el fenómeno contemporáneo de la conservación de la arquitectura industrial. ¿Qué arquitectura se valorará y se conservará en el futuro? ¿Crecerán tanto las ciudades que los polígonos industriales de hoy quedarán absorbidos? Y, cuando esto suceda, ¿cómo se podrán transformar para nuevos usos? En el fondo hay dos cuestiones previas de respuesta compleja: ¿cuál es, hoy en día, la industria en Barcelona? y ¿qué entendemos por patrimonio?

El primer razonamiento pertinente es aportado por el arquitecto Rem Koolhaas al interpretar que el intervalo entre el presente y lo que conservamos disminuye continuamente. En el límite, hoy ya estaríamos previendo qué –de lo que se está construyendo– pasa a ser patrimonio histórico. Para Rem Koolhaas la relación del presente con la historia es el tema clave de la arquitectura del futuro, y sus recientes proyectos –como la remodelación del LACMA de Los Ángeles y del Hermitage en San Petersburgo– se han planteado como intervenciones que parten del énfasis en los estratos existentes. La idea de conservación del patrimonio es parte esencial de la modernidad; es la que le da sentido.

En este proceso de aproximación temporal del patrimonio, el fenómeno clave ha sido la creación del DOCOMOMO, con su planteamiento reivindicativo de que la arquitectura moderna también es un patrimonio que debe ser conservado. Este movimiento, nacido en Holanda para defender arquitecturas amenazadas en este país y obras concretas, se ha ido extendiendo por todo el mundo, con una fuerte presencia en países como Brasil. Y no sólo se ha ido extendiendo en el espacio, sino también en el tiempo: si se defienden obras modernas hasta la década de los sesenta, ¿por qué no defender también obras posmodernas y actuales de gran valor si están amenazadas? En consecuencia, las actividades del DOCOMOMO han agudizado esta disminución progresiva de la distancia entre lo que se conserva y el presente.

Y esto se ha conseguido a pesar de los graves problemas de conservación que presenta la arquitectura moderna: construcción ligera y frágil, mal resuelta para resistir al agua

y a la nieve, en la que se han empleado medios técnicos que todavía no estaban bastante experimentados, a veces demasiado definida funcionalmente, y siempre basada en el orgullo de una modernidad que no tolera la decrepitud.

A esta aproximación entre el tiempo presente y la conservación del patrimonio contribuye el hecho de que la obsolescencia de los edificios llega cada vez más pronto: se construye previendo menos tiempo de vida para los edificios, y los cambios de propiedad y de uso se realizan a una velocidad cada vez más vertiginosa.

Cada vez hay casos más diversos y paradójicos de conservación de un patrimonio reciente. En primer lugar encontramos los ejemplos de reconstrucción historicista de centros históricos, como el caso de la ciudad alemana de Dresde, bombardeada al final de la Segunda Guerra Mundial; una reconstrucción recién culminada en el cambio de siglo, en la que incluso se han rehecho piezas emblemáticas del barroco, como la Sala Verde, y que hoy en día ya es un patrimonio merecedor de una altísima protección para el que se rechaza cualquier alteración moderna, es decir, del mismo tiempo que la reconstrucción. La paradoja es creada por la invención de la historia y de las tradiciones: monumentos falsos que ocupan el lugar de los que desaparecieron.

Otro caso, muy próximo, es el de la Sagrada Familia de Antoni Gaudí, realizada con medios contemporáneos, pero proyectada hace más de un siglo. Aquí lo que predomina es el aura y el mito de su autor. Sucede lo mismo que con la construcción de la iglesia de Firmini (Francia), que había sido proyectada por Le Corbusier, pero no se había realizado hasta ahora. Se construye una obra proyectada hace cincuenta años, un proyecto de vanguardia que, una vez acabado, ya es patrimonio defendido por el DOCOMOMO.

Los casos de intervención en la arquitectura moderna son muy diversos, por ejemplo: la antigua fábrica Martini & Rossi, en Madrid, proyectada en 1958 por Jaime Ferrater, ha sido reconvertida, siguiendo un estricto lenguaje racionalista, en la sede y *showroom* de la empresa de mobiliario urbano JC Decaux, según un proyecto de Carlos Ferrater. El cambio de uso y la transformación arquitectónica se han producido de una manera casi natural.



Una vez aclarado que la intervención en el patrimonio se acerca cada vez más a la actualidad y que los edificios cada vez duran menos, si volvemos a las primeras cuestiones, podemos plantear el supuesto de qué arquitectura industrial contemporánea será patrimonio en un futuro próximo. De buen seguro que será aquella mejor construida, con mayores posibilidades de uso flexible y de ser transformada, mejor diseñada, mejor situada y comunicada, y mejor integrada en un contexto y en un medio ambiente saneado y con un buen paisaje. Y lo que es vital, se podrán transformar aquellas zonas industriales con un buen espacio público y una buena estructura urbana que articulen los diversos edificios del polígono industrial y que constituyan un buen sistema de relaciones entre las naves.

Una respuesta más restringida nos llevaría a los premios Bonaplata, en el apartado dedicado a reconocer la mejor arquitectura industrial de nueva planta en Cataluña. Recordamos premios otorgados a bodegas, a nuevos centros de comunicaciones por satélite, a fábricas y *showrooms*, a centros de reciclaje y plantas incineradoras, a empresas de automóviles, a laboratorios y centros de investigación.

Y recordamos las obras industriales que han realizado equipos de arquitectos muy representativos, como Carlos Ferrater con el Parque Tecnológico del IMPIVA en Castellón (1993-1995) y la nueva sede de FISERSA (1998) en Figueres; Alfons Soldevila y toda la serie de cubiertas que ha proyectado para cocheras, como las de Horta (2000), o para bodegas, como las de Alella (1995-2000); Clotet, Paricio i Associats y las sedes de la firma Simon, como los almacenes en Canovelles (1987-1988); Jaume Bach y Gabriel Mora, autores del centro operativo de Rubí de los Ferrocarriles de la Generalitat de Cataluña (1995); Alonso y Balaguer y las nuevas obras para SEAT, como su edificio corporativo en Abrera (2003-2006) y el proyecto de centro de diseño en Martorell (2004) o el parque empresarial que han proyectado en Viladecans (2004-2007); o las bodegas que han realizado los arquitectos olotenses de RCR (Aranda, Pigem, Vilalta), como las Bell-lloc en Palamós (2005-2007).

¿Qué usos podrá tener en el futuro el magnífico centro industrial Gec Alsthom en Santa Perpètua de Mogoda, de Master S.A. de Ingeniería y Arquitectura y de Chico, Marco, Theilacker, Arquitectos Asociados, realizado entre 1992 y 1994 y Premio Bonaplata 1994? ¿No tiene ya un alto valor patrimonial la intervención de Oscar Tusquets en la colonia Güell? En este caso, tal y como sucede en el Palau de la Música, la intervención contemporánea revitaliza el patrimonio, pero tiene en sí misma valor patrimonial.

En el futuro, ¿de qué manera se podrán integrar los sistemas de los polígonos industriales, de los parques tecnológicos, científicos y de negocios, si cambian sus usos? ¿Qué transformaciones serán las adecuadas para nuevos usos, como centros comerciales y lugares de ocio, talleres de creación o centros universitarios de investigación?

Las arquitecturas industriales y de infraestructuras actuales podrán transformarse e integrarse si tienen las mismas cualidades que han hecho que los edificios industriales históricos sean fácilmente utilizables para otros

usos: estructura espacial y constructiva clara, posibilidad de crecimiento y transformación, buena relación con las redes de energía y transporte, estructura morfológica de sistema.

De hecho, estos centros suburbanos industriales ya son en la actualidad un buen sitio para discotecas y lugares de ocio; incluso cabría plantearse un uso intensivo: fábricas de día y lugares de ocio por la noche. Las máquinas y ordenadores trabajando de día, las instalaciones y la iluminación artificial convertidas en lugares de espectáculo y actuaciones, por la noche. También es lógico que estas áreas industriales, como el Parque Tecnológico del Vallés, estén cerca de las universidades. En el futuro puede irse produciendo una simbiosis entre industrias y centros de investigación universitarios. Y, lógicamente, los conjuntos industriales –antiguos y nuevos– se irán convirtiendo cada vez más en centros para las tecnologías de la información y la comunicación.

Otra posibilidad es potenciar que los usos de los polígonos industriales se vayan haciendo cada vez más complejos,

“Hay casos inquietantes, a fecha de hoy la torre de comunicaciones de Calatrava no está operativa y la pérgola fotovoltaica del Fórum nunca ha estado conectada”.

y que se dediquen también a centros de diseño y agencias de publicidad, a talleres de artesanos y de artistas, a estudios de cine e industrias audiovisuales.

Las renovaciones de los nuevos centros industriales se han hecho en dos direcciones: colonizando nuevos suelos próximos a los núcleos urbanos y reciclando los viejos emplazamientos industriales. Es decir, el exilio a las periferias, en el caso de los nuevos parques tecnológicos, o el retorno a la ciudad, como el 22@ en Barcelona. Y éste es un proceso dual que se irá produciendo y que llevará en el futuro a reutilizar los polígonos hoy periféricos y mañana incorporados a estructuras urbanas. De hecho, ya se está siguiendo desde hace tiempo una evolución en la que las grandes fábricas instaladas en Barcelona y en el Barcelonès, como la de SEAT o la de la Maquinista Terrestre y Marítima, se han ido desplazando hacia la región metropolitana, a veces con el mismo nombre, como la de SEAT, a veces con un nuevo nombre, como la de Gec Alsthom, antigua Maquinista.

De todas formas, las intervenciones en el tejido del Poblenou, siguiendo el plan 22@, nos muestran las dificultades para reconvertir los tejidos industriales y obreros para nuevos usos contemporáneos de las empresas de enseñanza, telefonía o información. No es un proceso que se pueda hacer de forma inmediata y no es lícito que, para favorecer la fuerza de los intereses inmobiliarios, se vayan desplazando empresas y trabajadores preexistentes, que se expulse brutalmente en lugar de saber superponer y sumar.

También han quedado patentes las dificultades legales para conseguir intervenir cuidadosamente en el patrimonio industrial reciente, como ha sucedido en el caso de la fábrica de SEAT en la plaza Cerdà con los dos prismas de vidrio que

servían para las oficinas y para el *showroom*: los intereses de la especulación inmobiliaria, a pesar de haber mantenido el volumen, han estropeado totalmente el lenguaje, la materialidad y la ligereza de la arquitectura racionalista que existía.

En cambio, en algunas ciudades portuarias, como Helsinki, Rotterdam o Seattle, conjuntos industriales de un relativo anonimato se han convertido, con una mentalidad muy operativa, sin mitificaciones, en centros artísticos y universitarios, (Helsinki), en centros de arte (Rotterdam) o en el parque del Gas (Seattle).

¿Quién decide sobre el patrimonio del futuro?

Y si hoy también incluimos en el patrimonio industrial los molinos, las canteras, las minas, las salinas, las bodegas y cavas, las centrales eléctricas, los puentes, las estaciones de ferrocarril, los almacenes portuarios, las cocheras y otros edificios de infraestructuras, es de suponer que en el futuro también se incluirán en el patrimonio industrial los puentes contemporáneos, las nuevas estaciones, los aeropuertos o las torres de telecomunicaciones en el caso de que queden obsoletos o cambien de uso. En este sentido podríamos considerar patrimoniales, para un futuro que ya es presente, el puente proyectado por Santiago Calatrava en la calle Bac de Roda o la torre de Collserola, de Norman Foster.

El valor patrimonial que alcanzan inmediatamente algunas de estas edificaciones da mucho que pensar. ¿Son emblemas por su calidad, por sus valores simbólicos o porque son equipamientos del poder? Existen casos inquietantes, como el de elementos que han dejado de ser útiles inmediatamente, como la torre de telecomunicaciones de Montjuïc, de Santiago Calatrava, que no está operativa, o la pérgola fotovoltaica del Fórum, de Elies Torres Tur y José Antonio Martínez Lapeña, que sirvió como anuncio del Fórum Barcelona 2004, pero que nunca ha estado conectada. No sirven para nada pero no se derriban. De hecho, parte del conjunto del Fórum 2004 plantea, sin una utilidad explícita, un caso extremadamente paradójico: no sólo ha quedado una arquitectura inútil, como el edificio Fórum, sino que ya se planteó desde un principio como una nueva intervención que convertía las preexistencias infraestructurales de las térmicas e incineradoras en estructuras patrimoniales de dudoso interés, pero con el objetivo de mantener visible su funcionalidad dentro de la maquinaria urbana.

En cualquier caso, los usos cambian a menudo y los contenedores, por su situación o por su interés arquitectónico, sean de la época que sean, pueden adaptarse a las nuevas actividades. Un proceso que será mejor en la medida en que se sepa escoger bien los monumentos que se deben mantener –véase la hipoteca que ha significado conservar el Palau Nacional como sede del MNAC o los gastos que supone mantener el edificio Fórum en funcionamiento. Y será mejor cuanto más nos dediquemos a rehacer las ciudades por dentro y cuanto menos tengamos que recurrir al consumo de las reservas de territorio. Por eso, el futuro auténtico tiene, en el fondo, un corazón antiguo y ecléctico; y lo que es más importante: conceptualizarlo constituye la misión de las futuras generaciones. **M**



Gobernar los nuevos espacios: entre lo local y lo global

Texto **Daniel Innerarity** Profesor de Filosofía. Universidad de Zaragoza
Fotos **Albert Armengol**

El espacio no es un mero receptáculo de las acciones de los seres humanos, sino lo que surge entre ellos mediante su acción. Cada sociedad produce su espacio característico. En las sociedades actuales el espacio se ha convertido en una realidad fluida, plural y dinámica; se ha vuelto simbólico, lo que permite configuraciones más flexibles que cuando los espacios estaban bajo la pretensión de monopolio exclusivo. Estas transformaciones exigen una nueva manera de pensar el gobierno, basado en cuatro operaciones especialmente aplicables al caso de las administraciones locales: representar, acercar, mezclar y cooperar. Son los principales desafíos de un liderazgo territorial al que compete mantener una especial cercanía con los ciudadanos, posibilitar el mestizaje social que se ha realizado en la ciudad y ejercer una forma de poder compartido que es especialmente importante en los actuales espacios de interdependencia.

“Las políticas del territorio tienen ahora la oportunidad de beneficiarse de unos procesos que liberan a los espacios políticos de las antiguas configuraciones homogéneas y hacen posible un nuevo pluralismo territorial”.

Los seres humanos no sólo configuran su historia, sino también su propia geografía (Giddens, *The Consequences of Modernity*. Oxford, 1990, 88; Werlen, *Sozialgeographie alltäglicher Regionalisierung*, Stuttgart, 1995), dan al espacio un sentido. El espacio no es el receptáculo de nuestras acciones, sino lo que surge entre nosotros mediante nuestra acción, de modo que cada sociedad produce su propio tipo de espacio. Propongo analizar estos nuevos espacios sociales desde cinco viñetas que dan, a mi juicio, una idea suficiente de sus actuales transformaciones: la virtualización del territorio; la debilidad de los lugares; la relación entre lo local y lo global; la sociedad sin centro, y el mundo sin alrededores. Suena un poco dramático eso de que ya no hay ni territorios, ni lugares, ni centros, ni alrededores, pero es una manera de decir que todos esos conceptos tienen que definirse de otro modo, más plural y menos determinista, si es que quiere entenderse correctamente la nueva relación entre lo local y lo global.

La virtualización del territorio

Aunque se afirme con tono solemne el principio de territorialidad, el espacio político está sometido actualmente a una gran incertidumbre (Badie, *Le fin de territoires*, 1995; Innerarity, *La transformación de la política*, 2003). Circuitos financieros, intercambios comerciales, difusión de ondas e imágenes, migración de personas, solidaridades religiosas, culturales o lingüísticas parecen pesar más que nunca en la frágil cartografía del mundo. Probablemente sea exagerado hablar del fin de los territorios; pero no cabe duda de que la gravedad del espacio nacional ha cedido el paso a una territorialidad difusa, ambigua y versátil. La escena mundial acoge precisamente ahora un conjunto de estrategias políticas, económicas y sociales que contradicen el principio de territorialidad. Las lógicas de la movilidad se imponen en general sobre las de la territorialización.

Una reducción del espacio al suelo o al territorio no alcanza a tomar en consideración las muy variadas referencias al espacio. La concepción naturalista del territorio olvida su condición de artificio social y se incapacita para pensar otra configuración del espacio. Por eso me parece que hoy es tan necesario insistir en la pluralidad de los modos de territorialidad, aunque esto nos obligue a pensar fuera de la lógica tradicional, al margen de conceptos como competencia, frontera o integridad territorial. La idea de un pluralismo espacial o de espacios pluridimensionales no hace otra cosa que recoger el hecho de que vivimos gobernados por lógicas diversas, de que el espacio mundializado está compuesto por imbricaciones y solapamientos, de que hoy resulta posible la constitución de diversos espacios en el mismo lugar. En última instancia, se trata simplemente de

que la organización política recoja esa experiencia de un espacio plural y dinámico que viene precedida por las discusiones científicas acerca del espacio que desató la matemática no euclidiana, el hábito de contemplar masivamente las imágenes de los espacios no unitarios del arte abstracto, los procesos de globalización, las modernas tecnologías informáticas o el uso generalizado de los medios de transporte.

Lugares débiles

El espacio, en el sentido de un sustrato material, parece haberse convertido en algo casi irrelevante. Hay quien deduce de ello que el tiempo ha aniquilado al espacio (Harvey, *Spaces of Hope*, 1990, 299), que vivimos en una sociedad atópica (Willke, *Atopia. Studien zur atopischen Gesellschaft*, 2001), en la que se ha producido una “bagatelización del lugar” (Luhmann, *Die Gesellschaft der Gesellschaft 1*, 1997, 152). En cualquier caso, lo que experimentamos es una relativización de la distancia, de lo cercano y lo lejano, que sacude las localizaciones fijas y estables. Para muchas operaciones, la distancia se ha convertido en una magnitud irrelevante. Como ya observó Heidegger hace tiempo, todos los inventos de la sociedad moderna que incluyen el prefijo “tele” sirven propiamente para la anulación de la distancia. Los medios realizan la ubicuidad, hacen presentes en numerosos lugares el acontecimiento, real o ficticio, registrado en otra parte. La percepción y la concepción de la proximidad o de la distancia son así profundamente transformadas.

Hemos pasado de un concepto de espacio como algo relativamente estable a una configuración más bien fluida de las relaciones sociales. Los modelos que recurren a la metáfora de la fluidificación abandonan la comprensión del espacio como algo fijo y estático, e insisten en conceptos como apertura, multiplicidad, procesualidad, diferencia o coexistencia. Entre ellos destacan el de Bauman, expresado en la imagen de una “liquidez” (*Liquid Modernity*, 2000). Nos recuerda que la modernidad fue una empresa para colonizar el espacio, como algo que se podía conquistar y cerrar. La riqueza y el poder han sido tradicionalmente magnitudes pesadas, voluminosas e inmóviles, que crecían con su expansión en el espacio y debían protegerse defendiendo el espacio que ocupaban. Pero los líquidos apenas pueden asegurar su forma. Donde mejor se advierte que el poder se ha convertido en algo extraterritorial es en el hecho de que el espacio ha perdido su clásico valor de barrera y protección. Con su fluidificación e suprime la diferencia entre lo cercano y lo lejano y entre civilización y mundo salvaje. El espacio ya no es un obstáculo para la acción, las distancias no cuentan y pierden significado estratégico. Si todos los lugares pueden ser alcanzados con facilidad, entonces ninguno está privilegiado.



El espacio ha perdido su valor clásico como barrera de protección. Con la fluidificación del espacio se ha suprimido la diferencia entre lo próximo y lo lejano; las distancias no cuentan y pierden significado estratégico. En la imagen, la Gran Vía en la zona limítrofe de Barcelona y L'Hospitalet.



Todo el espacio se ha vuelto simbólico, lo que permite configuraciones más flexibles que en la época en que los espacios estaban bajo la pretensión de monopolio exclusivo. Un espacio relacional y múltiple posibilita unos compromisos más abiertos que cuando el territorio era una dimensión fija, objetiva y rígida en la vida de los hombres y las sociedades. Las políticas del territorio tienen ahora la oportunidad de beneficiarse de unos procesos que liberan a los espacios políticos de las antiguas configuraciones homogéneas y hacen posible un nuevo pluralismo territorial.

La relación entre lo local y lo global

Nadie discute que las sociedades actuales han experimentado en los últimos años unos cambios muy significativos, muchos de los cuales son consecuencia de una redefinición de las tensiones entre lo local y lo global. Los espacios sociales y políticos han sufrido una evolución radical, que tiene que ver, entre otras cosas, con el hecho de que la escala de actividad económica ya no corresponde únicamente a los estados. Lo que se está produciendo es una nueva definición del territorio a partir de un reajuste entre lo local y lo global. No ha ganado uno frente a otro, sino que libran una batalla para volver a definir su articulación.

La frecuente incapacidad para reconocer la naturaleza dialéctica entre el plano global y el plano local, combinada con la tendencia a considerar las relaciones entre los actores en términos de ganadores y perdedores absolutos, ha dado lugar a interpretaciones que explican poco y orientan menos. Frente a esos modelos unilaterales, han sido especialmente afortunados conceptos como “glocalización” y “frangmentación”, en la medida en que nos advierten de que no hay una subordinación inmediata de lo local a lo global,

sino una compleja relación de causa y efecto entre los flujos globales y los recursos propios de la escala local. Las fuerzas de la centralización y la descentralización actúan en un proceso interactivo, articulando una red dentro de la cual son simultáneas la una y la otra. Esto no significa que no haya cambiado nada en lo que se refiere a la manera en que los lugares se constituyen y se relacionan con el resto del mundo. La globalización representa sobre todo una relación más estrecha entre las localidades y las dinámicas globales.

La tesis del final de los territorios es exagerada. Por supuesto que hay flujos que atraviesan los territorios y cuestionan una visión idealizada del ámbito local. Pero esto no desacredita la posible construcción social y política de los territorios como actores políticos y sociales. Como dice Ash Amjin, “pensar que los flujos globales representan el dominio y la transformación, y que lo local representa la tradición y la continuidad es equivocarse, porque significa negar la interacción entre ambos, así como su lógica evolutiva. En este sentido, por ejemplo, la cuestión de si una ciudad o una nación se ve amenazada o no por la globalización probablemente dependerá de los elementos de interacción entre las identidades y las capacidades internas y las influencias externas, y no de la capacidad de la ciudad o de la nación para evitar la conexión con los flujos globales. Así, ser un lugar en el mundo es más una cuestión de cómo se puede negociar esta conectividad o beneficiarse de ella y no tanto de cómo resistirse o cerrarse a ella”.

Una sociedad sin centro

El mundo actual tiende a la desaparición de los centros y a la formación de redes; no se construirá a partir del modelo de



las antiguas concentraciones, sino que ofrecerá el aspecto de una red. El principio organizativo que está en el origen de esa configuración reticular es el de la relación múltiple y variable de una infinidad potencial de centros de decisión; su transposición espacial no es ya la centralización sino una red que se densifica. Las redes –de tráfico, de comunicación, de información– son un elemento esencial de una civilización que se extiende multiplicando las relaciones posibles y las dependencias recíprocas entre sujetos espacial y socialmente alejados. La historia de la configuración de esas redes es una historia de progresiva multiplicación o densificación. Las redes se espesan con el aumento de la participación de elementos potencialmente anexionables y que ya están conectados en un sistema de red.

La posición privilegiada del centro se ha conservado notablemente, pero también es cierto que hay tendencias opuestas muy poderosas, especialmente en la vieja Europa. Estas fuerzas resultan de la presión de los procesos de modernización cuya condición real es el espesamiento de las redes. El espesor de las redes que nos vinculan sin centralidad crece exponencialmente como crecen las posibilidades de ir de un sitio a otro sin necesidad de dar rodeos por el centro. En las redes modernas de comunicación todos los participantes están potencialmente unidos entre sí. La consecuencia de esta densificación es la desaparición de la centralidad del sis-

tema. No se habla a través de centros (o centralitas). En todo caso, la central es un satélite geostacionario que no representa ningún lugar social privilegiado. Las conexiones entre los elementos de la red se realizan sin consentimiento central, tienen frecuentemente un carácter transnacional, ignoran las fronteras y configuran intereses diferentes de los definidos centralmente.

Por supuesto que en la sociedad-red sobreviven muchos centros, pero su función se ha alterado notablemente en un escenario en el que la nueva centralidad ha de ser pensada y ejercida de otra manera, más allá del viejo determinismo centro-periferia, como pluricentralidad.

Un mundo sin alrededores

Todas las explicaciones que se ofrecen para aclarar lo que significa la globalización se contienen en la metáfora de que el mundo se ha quedado sin alrededores, sin márgenes, sin afueras, sin extrarradios. Global es lo que no deja nada fuera de sí, lo que contiene todo, vincula e integra de manera que no queda nada suelto, aislado, independiente, perdido o protegido, a salvo o condenado, en su exterior.

En estos procesos ha sido menos decisiva la producción de bienes que la defensa frente a determinados males: los riesgos que amenazan sin distinción y exigen estrategias comunes. Para Beck globalización significa fundamental-



Cuando existían los alrededores todo se podía resolver con la simple operación de externalizar los problemas, traspasarlos a un lugar lejano, fuera del alcance de la vista, como a un vertedero. La globalización implica una comunidad de riesgos involuntaria, de la que nadie queda fuera. En la imagen, solar abandonado en Poblenu.

mente la experiencia de la autoamenaza civilizatoria que suprime la mera yuxtaposición plural de pueblos y culturas, y los introduce en un espacio unificado, en una unidad cosmopolita de destino (*Macht und Gegenmacht im globalen Zeitalter*, 2002, 37-38). David Held hablaba, en un sentido muy similar, de “comunidades con destinos solapados” (*A Globalizing World? Culture, Economics, Politics*, 2000, 400) para indicar que la globalización de los riesgos suscita una comunidad involuntaria, una coalición no pretendida, de modo que nadie se queda fuera de esa suerte común.

La mayor parte de los problemas que tenemos se deben a esta circunstancia o los experimentamos como tales porque no nos resulta posible sustraernos de ellos o domesticarlos fijando unos límites tras los que externalizarlos: destrucción del medio ambiente, cambio climático, riesgos alimentarios, tempestades financieras, emigraciones, nuevo terrorismo... Se trata de riesgos a los que no puede hacerse frente con una estrategia que los limite o ignore porque se burlan de cualquier externalización, ya sea espacial, temporal o social (Beck 2004, 37). Cuando existían los alrededores había un conjunto de operaciones que permitían disponer de esos espacios marginales. Cabía huir, desentenderse, ignorar, proteger. Tenía algún sentido la exclusividad de lo propio, la clientela particular, las razones de Estado... Y casi todo podía resolverse con la sencilla operación de externalizar el problema, traspasarlo a un “alrededor”, fuera del alcance de la vista, en un lugar alejado o hacia otro tiempo, hacia el futuro. Un alrededor es precisamente un sitio donde depositar pacíficamente los problemas no resueltos, los desperdicios, un basurero.

Retos y oportunidades del gobierno local

Esta configuración del espacio social que he abordado aquí de manera esquemática y a partir de cinco metáforas exige lógicamente otra manera de pensar el gobierno. Lo he sintetizado, siguiendo el método más bien impresionista que he seguido hasta ahora en cuatro operaciones que me parecen especialmente aplicables al caso de las administraciones locales: representar, acercar, mezclar y cooperar. Estas cuatro operaciones plantean, a mi juicio, los principales desafíos de un liderazgo territorial al que compete mantener una especial cercanía con los ciudadanos, posibilitar ese mestizaje social que se ha realizado en nuestras ciudades y ejercer una forma de poder compartido que es especialmente importante en esos espacios de interdependencia que acabo de dibujar.

a) Representar: el liderazgo territorial. – El territorio es algo que en buena medida se construye. La política puede “inventar” un espacio, innovarlo, como se hace con otras realidades y producciones humanas, hacerlo valer, ponerlo en circulación. El liderazgo local consiste fundamentalmente en hacer existir ese territorio, conferirle una imagen, más allá de las políticas sectoriales, la diversidad de niveles, agentes sociales y autoridades. Pierre Bourdieu (*Choses Dites*, 1987) mostró la simetría que preside el principio de la representación política: el grupo hace al representante, pero a su vez el representante hace existir al grupo, aunque sólo sea por el hecho de que lo nombra, habla de él, en su nombre.

Un presupuesto para explorar las posibilidades del gobierno local consiste precisamente en no reducir la acción a competencia y poder, sino atender de entrada a otras dimensiones no menos importantes del liderazgo territorial. Pensar lo local exige también hacerlo fuera del exclusivismo del poder. La política no es sólo acción sino también evocación (Marc Abélès). Hay una política más allá del poder en sentido tradicional como decisión, competencia o control, en acciones simbólicas que representan y movilizan. Se trataría de un liderazgo que estriba no tanto en un poder decisorio como en capacidad de simbolizar y articular. Para descubrir ese campo de posibilidades hay que librarse de una concepción restrictiva del poder definido únicamente como un conjunto de recursos políticos “palpables” y atender a los modos en que el liderazgo puede producir nuevas representaciones del territorio.

Una de las funciones más importantes de los gobiernos locales es precisamente la de representar un espacio concreto, encarnarlo, ejercer un liderazgo expresivo. Se trata de un liderazgo difícil en medio de un contexto de desterritorialización económica y cultural extrema, inventando categorías y cargándolas de evidencia. El territorio puede ser fortalecido mediante un sentimiento de pertenencia, como expresión de un vínculo social. Los poderes locales y territoriales no son sólo algo funcional sino también afectivo, portavoces de comunidades emocionales.

Precisamente la idea de gobernanza, frente al modelo de un marco institucional relativamente estable, hace referencia a los procesos de recomposición de la acción pública, a procedimientos para coordinar en un contexto fragmentado e inestable. Los territorios pueden y deben ser liderados: un liderazgo no es tanto una autoridad como una orientación que confiere sentido, proyecta hacia adelante y establece modalidades de coordinación entre los actores que cooperan en el proyecto. En definitiva: hace posible la acción colectiva allí donde antes no había más que un conjunto de operaciones descoordinadas.

b) Acercar: el gobierno de la proximidad. – La democracia representativa construye entre gobernantes y gobernados una relación compleja marcada por la tensión entre dos lógicas contrarias: una lógica de proximidad que obliga a los políticos a mantenerse en contacto y a la escucha de los ciudadanos y una lógica de distanciamiento que les invita, por el contrario, a mantenerse alejados de ellos. De todo esto resulta una tensión contradictoria sobre el oficio político: hay que poner en escena a la vez el contacto cotidiano con los electores y asumir el lenguaje del interés general; a los políticos se les exige al mismo tiempo cultivar la cercanía y una prudente distancia de seguridad.

Desde hace algunos años esta tensión parece haberse resuelto a favor de una primacía de la proximidad. Se multiplican las apelaciones a la proximidad: justicia de proximidad, policía de proximidad, democracia de proximidad. La acción política se ha conjurado contra el alejamiento geográfico, social y tecnocrático (Le Bart / Lefebvre, *La proximité en politique*, 2005). “Proximidad” es un término recurrente, una palabra mágica, que plantea la obligación de que los gobernantes parezcan próximos y les somete a la presión de la



© Xurxo Lobato / Cover

ubicuidad: la política como el arte de estar ahí. Las encuestas de opinión movilizan las categorías de lo cercano y lo lejano para evaluar a los gobernantes. Por ello no está de moda la monumentalidad intimidante de la que hablaba Bataille (*Architecture*, 1974). La cercanía y la transparencia son imperativos que rigen los estilos políticos a todos los niveles.

Este es el contexto en el que se habla de “democracia local” (Blodiaux, *La démocratie locale*, 1999). Lo local, lugar de la proximidad, es considerado como la escala donde se establece la coherencia e integración de la acción pública. Lo local ha sido erigido en espacio ideal de reconquista ciudadana, ese mismo espacio que había sido considerado en otras épocas como el lugar del particularismo y del arraigo identitario. La proximidad aparece como una reserva de soluciones unificadoras, pacificadoras, implicantas, como refugio en un mundo al que se considera carente de referencias, impersonal, complejo, anómico. Las relaciones de proximidad corrigen la verticalidad de las relaciones sociales y las reglas sociales impersonales. La proximidad parece “localizar” lo social, la inmediatez y la reciprocidad directa en el seno de grupos y situaciones concretos. La implicación concreta de los individuos en un grupo es concebida como el paradigma de la socialización real, eficaz y directa.

Pero la idea misma de “políticas de proximidad” suscita algunos interrogantes. De entrada, la idea de proximidad no debería ser una disculpa para arrebatar a la acción política la coherencia en espacios y en horizontes temporales más amplios. Igualmente hay que tener en cuenta que la proximidad tiene mucho de artificio, de efecto construido mediáticamente. Y, por otro lado, la proximidad no es una magnitud física o una dimensión indiscutida, especialmente en nuestros espacios virtualizados y mediáticos, sin determinismo territorial, en un mundo globalizado y de creciente movilidad. Buena parte de los combates sociales se llevan a cabo en torno a la pretensión de proximidad y a su definición. La proximidad se ha convertido en la ideología central por la cual múltiples actores trabajan en su propia legitimación. Pero ¿qué es, propiamente hablando, lo más próximo? ¿Cómo se define la cercanía y la distancia?

La cuestión acerca de las políticas de la proximidad nos plantea por último un gran interrogante. ¿Se trata de un simple argumento ideológico de circunstancia para asegurar que nada cambie en el modo de ejercer la autoridad o pone de manifiesto un nuevo paradigma? Cabe, desde luego, analizar estos fenómenos como la consecuencia de una inquietante disolución del interés general favorecida por un repliegue de la acción estatal y por un aumento del individualismo, pero también puede entenderse como el acceso del poder local y de la sociedad civil al interés general. En este último caso la fragmentación de la política correspondería más bien a una ampliación de los espacios de deliberación; pondría de manifiesto entonces que la sociedad no acepta dejarse imponer una concepción del bien común abstracta y centralizada. Cuando la idea de política en tanto que voluntad y capacidad de gobernar parece escapar de nuestro horizonte, la temática de la proximidad tiene de entrada el valor de comenzar por lo local el trabajo de modular la comunidad y alimentar el vínculo social.

c) Mezclar: lugares para la convivencia de los extraños.— La idea de espacio público está vinculada estrechamente con la realidad de la ciudad, con los valores de la ciudadanía y con el horizonte de la civilización. Quisiera examinar ahora brevemente en qué consiste el espacio urbano, entendido en sentido amplio, y de qué modo pueden realizarse los valores de la ciudadanía en un espacio globalizado.

Los sociólogos han definido siempre a la ciudad como un espacio para los extraños, el ámbito más apropiado para desarrollar una cultura de la diferencia. Son los lugares privilegiados de esa mezcla que produce el desplazamiento de los hombres y les expone a la combinación y la novedad. En la polifonía de la ciudad los seres humanos hemos adquirido la experiencia de la diversidad que ahora tenemos.

¿En qué consiste esa extrañeza de los habitantes de la ciudad y por qué se produce en ella esa heterogeneidad tan acusada? De entrada, es algo que está en función de su disposición espacial. La Escuela de Chicago estableció a comienzos del siglo XX tres características distintivas de la ciudad que ya se han convertido en un lugar común: *hetero-*

La ciudad es un lugar de comunicación, de división del trabajo, de mezcla cultural, de conflicto e innovación. En la página siguiente, inmigrante en Poble Sec. Arriba, la nueva biblioteca de Bellvitge, uno de los barrios históricos de la inmigración intraestatal. A la izquierda, fábrica de la multinacional gallega Inditex-Zara en Arteixo, Coruña. La globalización sustrae el mercado al ámbito urbano.



geneidad, espesor y gran tamaño. En la ciudad todos los elementos –habitantes, edificios y funciones– están en estrecha cercanía, “condenados” por así decirlo a la tolerancia recíproca. Esa obligación, con el curso de los siglos, ha conducido al conjunto de reglas que admiramos como cultura histórica de la ciudad. El tamaño de su población, la densidad de sus edificaciones y la mezcla de los grupos y funciones sociales, la yuxtaposición inabarcable de pobres y ricos, jóvenes y viejos, nativos y foráneos, su composición intergeneracional, todo eso hace de la ciudad un lugar de comunicación, de división del trabajo, de experiencia de la diferencia, de conflicto e innovación. Las ciudades son lugares en los que los extraños se encuentran de manera regular, donde es posible que convivan quienes no se conocen, de manera que se produzca una comunidad de los extraños (Lofland 1973). La mayor parte de las normas de la gran ciudad sirven para mantener la distancia: no tener que saludar, no entrometerse en una conversación, no tener que prestar demasiada atención, son cosas que hacen soportable la cercanía espacial. Imaginémoslo lo molesto e incluso ridículo que resulta el comportamiento inverso. La función de estas reglas consiste en controlar las relaciones no deseadas, en proteger la privacidad propia y ajena. Goffman llamó “desatención educada” a esa especie de ritual informal que organiza las interacciones difusas del espacio público (*La mise en scène de la vie quotidienne*, 1973) y que convierte a la ciudad, según Montesquieu, en un lugar de relativa y generalizada indiferencia.

Es evidente que hoy ya no se da esta forma de ciudad y que nuestros espacios urbanos presentan un aspecto muy diferente: sin contraposición entre el campo y la ciudad, sin espesor y con diversos tipos de segregaciones, sin centro ni densidad. Pensar hoy las condiciones de posibilidad de la urbanidad probablemente exija hacerlo fuera de la tradicional idea de ciudad. La urbanidad es más que la forma clásica, europea de la ciudad; es un modo de vida, una actitud, una cultura cívica, que tal vez podría realizarse en otro escenario y que probablemente ya no pueda realizarse más que en otro escenario.

Cuando no había coches, ni telecomunicaciones, ni medios de información, la densidad espacial de la gran ciudad era necesaria para llevar a cabo las grandes innovaciones económicas, políticas y culturales que a ella le debemos. Todos los que querían participar en esa gran oportunidad “tenían que estar ahí”. Pero esto se ha convertido en algo superfluo. Cuando se abandona el modelo centro/periferia, cuando el centro está en todas partes, la implantación local cambia de estatuto; cada punto es un centro en las intersecciones múltiples de la red. Cada punto local implica la red global; recíprocamente ésta no es nada sin la multiplicidad de los lugares singulares. Las sociedades modernas apenas necesitan centralidad espacial. Es importante comprenderlo para concebir el nuevo espacio público que se nos abre más allá del antiguo paradigma arquitectónico y nos invita a pensar de otra manera la ciudad. La emancipación frente a la naturaleza y la comunidad, el autogobierno, la integración social son objetivos que ya no requieren la forma de la ciudad: la opinión política se realiza fundamentalmente a través de los medios de comunicación y no en las plazas o calles; la organización democrática ya no es una propiedad exclusiva de las ciudades sino de un principio de organización de los estados; con la globalización el mercado ya no es un lugar urbano; la diferencia entre lo privado y lo público se da igualmente en el campo; también fuera de la ciudad se puede vivir sustraído del poder de la naturaleza. Esta pérdida de la especificidad política, económica, social y civilizatoria de la ciudad es el motivo por el que ha desaparecido la forma física de las ciudades en las actuales aglomeraciones urbanas, pero también explica la imposibilidad de restaurar la urbanidad por medio de una intervención planificadora.

¿Se puede hablar todavía de integración social, urbanidad o espacio público en las actuales circunstancias? Creo que sí pero a condición de distinguir los valores de urbanidad de la vieja representación que tenemos de la ciudad europea. La urbanidad (ciudadanía, civilización) es algo más que la forma de la ciudad europea y más incluso que una forma urbana de vivir. Las esperanzas de liberación,

“La urbanidad como forma de vida puede realizarse en cualquier sitio. Lo que queda de la ciudad es el valor ubicuitario de la urbanidad. El ejercicio de los valores de la urbanidad ya no está condicionado por la ciudad como su lugar exclusivo”.

autorrealización, integración, han de liberarse a su vez de la forma tradicional de la ciudad europea. El proyecto de una vida urbana se ha deslocalizado y la ciudad se ha convertido en un valor simbólico; la forma tradicional de la ciudad europea es hoy simplemente una metáfora cuyo contenido se realiza en las democracias que funcionan, en los mercados justos, en los espacios globales humanizados, allá donde sea posible la convivencia entre diferentes sobre el horizonte de un mundo verdaderamente común.

¿Cómo pensar entonces la “nueva urbanidad”, en la ciudad desmaterializada del futuro? Probablemente estemos asistiendo a una universalización de la forma urbana de vivir, que permite presentarse de modos muy diversos. La urbanidad como forma de vida puede realizarse en cualquier sitio. Lo que queda de la ciudad es el valor ubicuitario de la urbanidad. El ejercicio de los valores de la urbanidad ya no está condicionado por la ciudad como lugar exclusivo.

d) Cooperar: el poder compartido. – Vivimos en una época en la que el poder político –los estados y los gobiernos, pero también las administraciones locales– se encuentran en apuros, ante unas dificultades no menos graves que las que acompañaron, en los orígenes de la era moderna, su proceso de constitución. La política es débil frente a la poderosa competencia de los flujos financieros y los poderes mediáticos; su espacio propio se pierde en los formatos inéditos de la globalización y frente a las exigencias particulares que plantean los procesos de individualización.

Un rasgo común de diversos procesos sociales es que de manera creciente se sobrepasan los límites políticos, tanto de los límites territoriales como funcionales o sectoriales. Las acciones locales producen cada vez más efectos externos en otras comunidades, la política local queda trabada con la exterior, los procesos de globalización configuran nuevos espacios regionales. Todo ello conduce a que las tareas públicas ya no se puedan realizar dentro de los tradicionales límites institucionales. En una sociedad en la que aumentan las interdependencias entre territorios y niveles, crece también la necesidad de coordinación.

Se trataría, por tanto, de salvar al poder haciéndolo cooperativo, de transformar la política de manera que pueda así cumplir las funciones que le asignamos. Precisamente la idea de gobernanza se ha ido introduciendo en los últimos años para caracterizar una nueva manera de gobernar. Son formas de cooperación entre diferentes actores, de integración, confianza y legitimación, que aparecen como una oportunidad de conquistar nuevos espacios de juego para la configuración política, donde antes no se veían más que obstáculos para realizar una política orientada al interés general. En tanto que modo de gobernar, pone en cuestión la idea y los instrumentos tradicionales de la actuación

política, lo que afecta de manera especial a la administración pública, a la que corresponde la función de identificar y llevar a cabo las políticas públicas.

Cada vez hay más ámbitos políticos (pensemos en las políticas del medio ambiente, los transportes, la sanidad o la vivienda) en los que están condenados a la perplejidad o la ineficacia quienes actúan de manera autoritaria. La mayor parte de los problemas políticos a los que nos enfrentamos tienen un carácter transversal, lo que aumenta la necesidad de coordinación. La política podría entenderse como una “organización de las interdependencias” (Mayntz).

La idea de gobernanza proporciona una nueva orientación de la administración pública cuyas características podrían sintetizarse del siguiente modo: 1) ya no tiene sentido una escala jerárquica clara y una delimitación incontable de los ámbitos de poder; 2) gobernar es una combinación de procedimientos, en la que además de decisiones unilaterales hay confianza, cooperación y mercado; 3) los procesos son más importantes que las estructuras, de manera que es la lógica de los asuntos la que establece el modo en que se articulan las instancias que intervienen.

Los sistemas complejos no pueden ser gobernados desde un vértice jerárquico. Lo que se impone no es tanto una reforma de la administración como una revisión de las tareas del Estado. No se trata de que el Estado se sustraiga de las decisiones que deba tomar, sino de que las acuerde en interacción con otras instancias sociales. La forma de gobierno cooperativo se distingue tanto del modelo jerárquico como del que aconseja la delegación en el mercado precisamente porque no rehuye la decisión, aunque insista en adoptarla en el seno de un proceso de cooperación.

Tanta cooperación como sea posible, tanta jerarquía como sea necesaria, podría ser una máxima del buen gobierno y la buena administración. Lo que se ha agotado no es la política, sino una determinada forma de la política, la que corresponde a la era de la sociedad delimitada territorialmente e integrada políticamente. Las modificaciones de la política vienen exigidas por unas profundas transformaciones de la sociedad, que se caracteriza por una arquitectura policéntrica (Polanyi). La política debe transitar desde la jerarquía hacia la heterarquía, de la autoridad directa a la conexión comunicativa, de la posición central a la composición policéntrica, de la heteronomía a la autonomía, del control unilateral a la implicación policontextual. Tiene que estar en condiciones de generar el saber necesario para moderar una sociedad del conocimiento que opera de manera reticular y transnacional. El poder cooperativo aparece así hoy como la posibilidad de salvar al Estado de su ineficacia y de su insignificancia, de recuperar la política y, al mismo tiempo, transformarla profundamente. **M**

De prestado



Naomi Klein

“La mayor fuente de debilidad para la izquierda es pensar que sus ideas ya están desacreditadas”

Entrevista **Óscar Reyes** *

“Saber cómo funciona el shock puede ayudar a blindarnos contra él. Cuando un prisionero sabe cómo funciona el shock como técnica de interrogatorio, puede resistir estos métodos. Considero que esto mismo es aplicable a gran escala”.

Naomi Klein, nacida en Montreal (Canadá) en 1970, es una de las autoras más influyentes del movimiento contrario a la globalización. Economista política, periodista y escritora, los trabajos de Klein han profundizado en el estudio del capitalismo de finales del siglo XX y del imperialismo neoliberal, así como en sus efectos en la cultura de masas, y en el planteamiento de la denominada Tercera Vía como alternativa al comunismo autoritario y al capitalismo salvaje. Ha escrito un gran número de artículos periodísticos y políticos y ha sido columnista de periódicos como *The Guardian* de Londres o *The Globe and Mail* de Toronto, y es también autora de libros como el superventas *No logo*, *Vallas y ventanas* y el reciente *La doctrina del shock* (los tres publicados en castellano por Paidós), así como del guión del documental *La Toma/The Take*, sobre la crisis económica argentina y las movilizaciones ciudadanas de los años 2001 y 2002.

De Polonia a Iraq y de China a Nueva Orleans, el neoliberalismo se ha impuesto gracias a lo que Naomi Klein llama el “capitalismo del desastre”. La activista canadiense estuvo en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) en el mes de octubre pasado para presentar *La doctrina del shock*.

¿Qué recorrido le ha llevado de escribir sobre la cultura de marcas y documentar la recuperación de fábricas en Argentina a informar sobre el “capitalismo del desastre” en Irak y el resto del mundo?

Al estallar la guerra de Irak yo vivía en Buenos Aires y estaba rodando una escena sobre el tejado de una fábrica ocupada. Ese fue el germen de *La doctrina del shock*. En Argentina y en muchos otros lugares de Latinoamérica, la guerra se analizaba en términos de “esto, a nosotros, ya nos ha pasado”. El neoliberalismo llegó a Latinoamérica a sangre y fuego, y ahora lo están llevando a Oriente Medio de la misma forma. Estar allí en ese momento y poder apreciar la guerra desde una perspectiva latinoamericana me llevó a adoptar un enfoque histórico sobre el uso real del *shock* como herramienta terapéutica.

Pero el hecho de observar la guerra desde Latinoamérica implicaba algo más. Estábamos allí porque Argentina se encontraba inmersa en un proceso de rechazo nacional muy intenso ante el Consenso de Washington, el modelo económico que promueve las políticas de privatización, el destripamiento de los servicios públicos y, a la larga, una reconstrucción del Estado en interés de los inversores extranjeros. Dado que Argentina, antaño un alumno modélico de neoliberalismo, estaba rechazando este modelo económico, éramos capaces de percibir su imposición en Irak como un acto de fuerza bruta.

Escribí mi primera columna sobre Irak en aquella época. Se titulaba *Privatización disfrazada* y hablaba de cómo el rechazo internacional del neoliberalismo había generado un aumento de la fuerza necesaria para imponerlo. Mientras las juntas de la OMC, el FMI y el Banco Mundial seguían haciendo gala de una disposición aprobatoria, de repente la perspectiva se desplazó hacia una actitud de carta blanca: ya no era necesario ni preguntar, bastaba con coger lo que se deseaba en el campo de batalla de la guerra preventiva.

Así pues, al plantearme escribir este libro nunca lo percibí como un cambio de tema. Creía estar rastreando la transición desde una perspectiva blanda del comercio libre hasta una posición mucho más dura, desde una imposición prácticamente pacífica con mecanismos de presión ligera hasta la imposición abiertamente violenta de lo que he dado en llamar el “capitalismo del desastre”. Este uso de la guerra preventiva y los desastres naturales a gran escala para construir estados corporativos a partir de los escombros tuvo lugar en el escenario más antidemocrático que pueda imaginarse, mientras la población estaba dispersa, desorientada, en estado de *shock*.

Al principio creí que iba a escribir un libro sobre un cambio; sin embargo, al realizar una retrospectiva de la historia del neoliberalismo, me di cuenta de que en todas las coyunturas clave en que esta ideología conseguía abrirse paso (como en Chile en 1973, en China en 1989, en Polonia en 1989, en Rusia en 1993 y en la crisis económica asiática de 1997 y 1998) convergía la misma lógica de sacar partido de una situación de trauma.

En la introducción de *La doctrina del shock* cita la afirmación de Milton Friedman de que “solamente una crisis real o percibida produce cambios verdaderos” como la panacea estratégica central del capitalismo contemporáneo. Sin embargo, muchos marxistas han articulado ideas similares sobre la crisis como una oportunidad de cambio. ¿Cree que es peligroso en todos los casos o que las crisis pueden ofrecer la posibilidad de una transformación positiva?

Creo que siempre es peligroso afirmar que las cosas deben empeorar antes de mejorar, se haga desde la izquierda o desde la derecha. En estos casos, la izquierda pierde su identidad básica de apoyar a la humanidad y comienza casi a deleitarse con la pérdida de vidas y el dolor porque es lo que traerá consigo el gran cataclismo. Aunque tanto la derecha como la izquierda han acusado esta forma de pensar, la derecha lleva al menos 35 años de supremacía ininterrumpida y, por tanto, es el sector que se está beneficiando actualmente de las crisis.





© Ferdinando Scianna / Magnum Photos

El colapso de la economía argentina y la imposibilidad de los ciudadanos de acceder a sus bancos fue un fenómeno tan traumático como la Gran Depresión. En la imagen, manifestación contra los políticos y banqueros corruptos en Buenos Aires, mayo de 2002.

La obra de Milton Friedman se formuló como una oposición al keynesianismo y el desarrollismo más que al marxismo. En concreto, Friedman se declaraba en contra de lo que percibía como una explotación exitosa por parte de los keynesianos de la crisis de la Gran Depresión, la caída del mercado de 1929, que derivó en la imposición del New Deal o Nuevo Trato y otros proyectos similares en todo el mundo.

Según Friedman, tal como indicó a Pinochet, es en ese momento cuando la historia tomó un rumbo equivocado. Cuestionaba la idea de que la Gran Depresión hubiese sido provocada por mercados desregulados; por el contrario, argumentaba que había sido causada por una regulación demasiado intensa de los mercados. También investigó cómo el sector keynesiano estaba preparado con sus ideas para afrontar la crisis. En mi opinión, el proyecto actual de la derecha a escala internacional debe entenderse como un intento de emular esto, haciendo uso de tanques de pensamiento corporativo muy bien financiados como hornos que mantengan las ideas calientes para cuando estalle la crisis.

También resulta interesante transponer esta cuestión al caso de Argentina, puesto que fue precisamente el colapso económico de finales de 2001 lo que abrió un espacio para el surgimiento de alternativas. De hecho, nuestra película *La toma* trataba precisamente de eso, de los experimentos

democráticos maravillosos y estimulantes que estaban teniendo lugar en fábricas cuyos trabajadores, en vez de permitir el cierre, trataban de reactivarlas.

Aunque la crisis fue importante para el experimento argentino, la forma de pensar de las personas implicadas era muy diferente a la de un terapeuta de *shock* o un partidario de la teoría epistemológica de la “tabla rasa”, cuyo punto de partida ideal es siempre una página en blanco. Las personas cuya historia documentamos en Argentina tenían una idea totalmente diferente porque decidieron reconstruir a partir de los restos, no desde cero. No se trataba de una ideología de hacer borrón y cuenta nueva, sino de empezar desde el punto en que se encontraban, desde los maltrechos restos de proyectos económicos anteriores, y volver a montarlos para crear algo nuevo. Se trata de un enfoque que podríamos denominar de mosaico que otorga una posición central a la vida y la dignidad humanas.

En la actualidad, algunas de las alternativas económicas más estimulantes se caracterizan por esta idea de “empezar desde los restos”, que creo que deriva de lo aprendido con los errores del pasado de la izquierda totalitaria.

Aunque usted menciona la transición desde la terapia de *shock* hasta la estrategia de “shock y pavor” (*shock and*



awe), también hay intentos de suavizar la imagen del neoliberalismo. Jeffrey Sachs, el economista pionero de la terapia de shock, escribió su último libro sobre *El fin de la pobreza*. ¿Se esconde detrás de esto algo más que un ejercicio de “renovación de marca”?

Mucha gente tiene la idea de que Jeffrey Sachs ha renunciado a su pasado como terapeuta de shock y actualmente está haciendo penitencia. Pero si lee *El fin de la pobreza* con atención, verá que sigue defendiendo estas mismas políticas; sencillamente, afirma que debería haber un colchón más grueso para la gente que está en el nivel más bajo.

El auténtico legado del neoliberalismo es que destruyó las herramientas capaces de cerrar la brecha de renta existente entre ricos y pobres. Es probable que las mismas personas que abrieron esta violenta división afirmen ahora que debemos hacer algo por la gente que está tocando fondo, pero siguen sin tener nada que decir sobre los que están en medio y lo han perdido todo.

En realidad, no es más que un modelo de beneficencia. Según Jeffrey Sachs, los pobres son aquellos cuyas vidas corren peligro, las personas que viven con un dólar al día, las mismas personas de las que se habla en los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Desde luego, es un problema que debe solucionarse, pero debemos tener muy claro que esa actitud tan solo responde a la vieja máxima “noblesza obliga”.

¿Existen las herramientas para reconstruir una sociedad más justa?

Muchas sí existen y podemos apreciar cómo se las ataca de forma deliberada en estos momentos de desorientación. Mire lo que ha ocurrido en Nueva Orleans desde el huracán Katrina. La ciudad se convirtió en un laboratorio para estos tanques de pensamiento derechista financiados por el sector corporativo. Empiezo *La doctrina del shock* hablando de un artículo de opinión escrito por Milton Friedman tres meses antes de que los diques se rompiesen en Nueva Orleans en el que reivindica la privatización de los centros educativos de la ciudad. Pues bien, esto ya ha ocurrido, aplicando una modalidad de privatización promovida en los EE.UU. que se denomina *charter schools*.

Dos años después del Katrina, las promociones de viviendas de protección oficial que permitían a los ciudadanos de renta baja vivir en el centro de la ciudad en vez de quedar marginados en los suburbios son las que se derruirán para convertirlas en apartamentos. Por otra parte, la idea original de las mayores instalaciones sanitarias públicas de la ciudad, como el Charity Hospital, también era la de

“Nuestras ideas son muy positivas para el crecimiento económico, pero se esfuerzan en presentarlas como un fracaso porque reducen enormemente el margen de beneficios”.

Trabajadores de una fábrica de acero de Magnitogorsk, Rusia. Debajo, tropas rusas cercan el Parlamento tras el bombardeo ordenado por Ieltsin, octubre de 1993. Al pie, niños ante las ruinas de la sede de la Guardia Republicana en Bagdad.

cerrar la brecha de pobreza, a pesar de que se había permitido su deterioro durante décadas.

Estos son los puentes, y son los puentes lo primero que bombardea esta ideología: la vivienda protegida, las instalaciones sanitarias públicas, los centros de educación pública. El mensaje central de mi libro es que nos han contado que ya se han probado nuestras ideas y fracasaron, pero de hecho es justo al revés. Nuestras ideas funcionan, pero implican un coste. Aunque son muy positivas para el crecimiento económico, reducen enormemente el margen de beneficios, por eso se esfuerzan tanto en presentarlas como un fracaso.

Parece que también esté hablando del deterioro y el cierre de espacios públicos, pero este hecho no solo se da con acontecimientos traumáticos. Basta con tomar el ejemplo de una ciudad que se prepara para las Olimpiadas. No se trata de un shock, pero el megaevento de los Juegos Olímpicos termina utilizándose para desplazar comunidades y aburguesar barrios enteros.

Tiene toda la razón. Eso está relacionado con la idea del estado de excepción. Leszek Balcerowicz, el ex ministro de finanzas que colaboró con Jeffrey Sachs para imponer la terapia de shock en Polonia en 1989, afirmaba que la ideología avanza en momentos políticos extraordinarios, como por ejemplo el final de una guerra y momentos de transición política extrema. Pero usted tiene toda la razón al decir que incluso unos Juegos Olímpicos pueden desempeñar esa función, porque son momentos de excepción en que nuestras ciudades dejan de ser nuestras ciudades y se aplican otras normas. Ahora mismo está ocurriendo exactamente lo mismo en Vancouver, donde se están preparando las Olimpiadas de Invierno de 2010. Es interesante porque convergen dos estados de excepción que están transformando realmente la ciudad. Uno es la mayor participación de Canadá en la guerra de Afganistán y el otro las Olimpiadas de Invierno. Juegos y armas.


¿Qué posibilidades ve en el mundo de hoy para la esperanza?

Creo que con este proyecto se ha cerrado un círculo completo. Se inició en Argentina sobre el tejado de una fábrica ocupada. Entonces volví mi mirada hacia esos momentos políticos extraordinarios, cuando surge el sueño de una alternativa real, de una tercera vía entre el comunismo totalitario y el capitalismo salvaje que nada tiene que ver con la postulada por el Nuevo Laborismo británico. Al observar esas coyunturas, el sueño que surge una y otra vez es la idea del cooperativismo.

Esta idea de cooperativismo no ha fracasado; de hecho, nunca se ha probado. En Polonia, Solidaridad nunca tuvo la oportunidad de hacer realidad su auténtico programa económico antes de que esos sueños fuesen traicionados con terapia de shock. En Rusia se tomó la decisión muy clara de no reorganizar la economía de forma democrática, a pesar de que el 67% de los rusos afirmó preferir como medio de privatización la entrega de las empresas estatales a los trabajadores para la creación de cooperativas laborales.

Siento una gran esperanza al comprobar que, por mucho que nos repitan que no son prácticas, estas ideas nunca han fracasado. La creencia de que nuestras ideas ya están desacreditadas constituye la fuente más importante de debilidad para la izquierda. Es lo que nos hace dudar en los momentos clave. El hecho de que se arranquen estos mundos perdidos de la historia de los últimos 35 años pone de manifiesto que lo que deseaba la inmensa mayoría de la población en Sudáfrica, Polonia, Rusia y China no fracasó, sino que fue aplastado. Por tanques y de pensamiento.

Saber cómo funciona el shock puede ayudar a blindarnos contra él. Cuando un prisionero sabe cómo funciona el shock como técnica de interrogatorio, puede resistir estos métodos. Y considero que esto mismo puede aplicarse a gran escala. Aquellas sociedades que han aprendido de sus traumas pasados (y muchas sociedades latinoamericanas entran en esta categoría) son más resistentes al shock y resulta más difícil explotarlas en momentos de trauma.

Lo que presenciamos en Argentina, con el colapso de su economía y la imposibilidad de los ciudadanos de acceder a sus bancos, fue tan traumático como la Gran Depresión. El presidente declaró el estado de sitio el 19 de diciembre de 2001 afirmando que “todo el mundo debe permanecer en sus casas, el país está amenazado, créanme”. La gente se apresuró a salir de sus hogares con cacerolas y sartenes y consiguieron derrocarlo. Si le preguntas a un argentino por qué, te dirá que no es la primera vez que les ocurre y que no están dispuestos a que vuelva a pasar. Lección: sabemos cómo funciona el shock y no vamos a volver a un estado de aceptación regresiva y temerosa de las personas en cargos de autoridad. Saco mi esperanza de ese ejemplo. 

* Entrevista realizada originariamente para la revista Red Pepper, publicación que forma parte del proyecto Eurotopia.



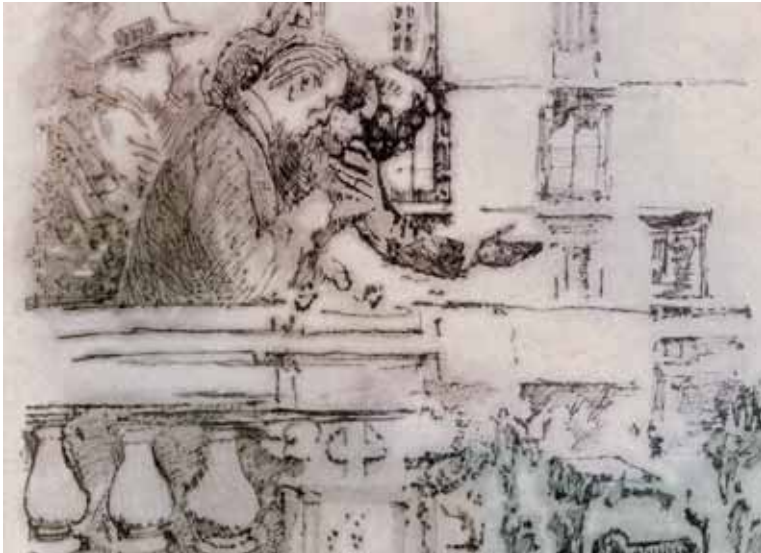
Empecemos con un “¡viva!” a la Mancomunitat que presidió Enric Prat, el señor Prat de la Riba.

Allá crecen con ahínco la lengua y la cultura, hasta que la Dictadura se la pule el veinticinco.



Cuando aún no había turismo que rondase por aquí, se inventa el Modernismo el arquitecto Gaudí.

Algo cambia, algo se mueve. Inaugura el general la Expo Universal del lejano veintinueve.



Ha sido larga la espera, ya no aguantamos más; hay que ir dejando atrás lo de Primo de Rivera.

Y se produce el gran trauma en la plaza de Sant Jaume: Macià, que el pueblo ama, la República proclama.



A mediados de abril todo muda de perfil y al viento ondea tranquila la amarilla, roja y lila.

Más tarde, como sabéis -en julio del treinta y seis- cambia el sentido del viento con el brutal Alzamiento.



Y por toda nuestra tierra se extendía la posguerra. La burguesía intriga: con Franco colaboró

el señor Francesc Cambó, un prohombre de la Lliga que, para purgar sus penas, luego hizo de mecenas.



¿Es olvido la distancia? Trenes de humo y carbón y maletas de cartón por la estación de Francia.

El gran Francisco Candel sueña una luna de miel: ni charnegos ni haraganes, son “Los Otros Catalanes”.



Contra la franquista farsa nos inventamos el Barça y en el cielo nos instala al crack Ladislao Kubala.

El paisaje era muy feo, pero en el ruedo ¡oles! y ¡bravos! en el Liceo en tiempos de Porcioles.



Se ha dicho muchas veces: algo nuevo empezó cuando los "Dieciséis Jueces" fundan la "Nova Cançó".

En las manifestaciones se expresan las emociones y entre noche, sexo y gin discurre la "gauche divine".



No hemos olvidado aquellas palabras que Tarradellas, -el de Saint Martin le Beau- desde el balcón pronunció.

Luego, ayuno y abstinencia para todo aquel que no se afiliase a Convergència o a sus socios de Unió.

El mito de la sociedad civil catalana

Texto **Joan Ollé**

Ilustraciones **Pilar Villuendas**



Maragall dirige los Juegos del noventa y dos. Aquel arquero, la llama, la flecha y el pebetero

llegaron al mundo entero dándonos prestigio y fama. En cambio, Clos y su Fórum no obtuvieron ningún quórum.



El XXI ha deparado aún un nuevo personaje: el del Catalán Cabreado, que siempre está de viaje,

toma trenes, aviones... y le toca los cojones el enorme desconcierto del AVE y el aeropuerto.

Hay dimensiones de la vida social más genuinas que otras como sociedad civil, sobre todo aquellas que representan “lo privado público”: es decir, la entrada de ciudadanos libres, no encuadrados en partidos políticos, en la esfera de la responsabilidad compartida.

¿Qué hay que entender por sociedad civil?

Texto **Salvador Giner** Sociólogo. Presidente del Institut d'Estudis Catalans

La invocación a la sociedad civil es hoy constante. Tanto, que hasta quienes se han esforzado por restituir alguna dignidad a esta venerable expresión comienzan a temer ya por su significado. Es una noción que había caído, literalmente, en desgracia. Combatida por unos, considerada imprecisa por otros, ignorada por los más, la expresión parecía, hace un par de decenios, condenada al diccionario de arcaísmos. Y hete aquí que ha vuelto. Y cómo.

La expresión es relativamente antigua: fraguada en el pensamiento liberal clásico, se usó para indicar aquella esfera de entidades privadas, ajenas al mundo del poder, es decir, del monarca o del orden feudal. Durante el período de la Revolución Industrial, a lo largo del siglo XIX, la noción fue emigrando desde el vocabulario liberal al socialista. La, a la sazón, llamada “sociedad burguesa” –que se había identificado antes con la misma sociedad civil– fue dotándose de sus gobiernos, administraciones públicas, ejércitos, de modo que de alguna forma se fundió con ellos. La dicotomía sociedad civil y sociedad política, o Estado, perdía así para la sociedad burguesa su antiguo significado en el que predominaba la distancia entre una y otra esfera. El mismo Marx llegó a sostener que sociedad burguesa, sociedad civil y aparato estatal eran una sola unidad, con la aviesa intención de demostrar la endeblez de la dicotomía en cuestión.

Durante no poco tiempo, llenos de un santo pavor ante esta elemental constatación marxiana –¿a quién no le amarga una verdad proclamada?–, el pensamiento liberal burgués se deshizo de esa peligrosa noción, que no obstante siguió siendo usada por gran parte del pensamiento socialista o libertario. Sin embargo, las cosas estaban destinadas a dar otro vuelco. Peor aún.

A medida que se anquilosaba y dogmatizaba el socialismo en gran parte del mundo, es decir, a medida que dejaba de ser marxista al tiempo que afirmaba con contundencia serlo, desaparecía la expresión también de ese campo. Una sociedad civil, autónoma e independiente del aparato estatal, pero también del control de un partido único, no puede agrardarle

a tal partido. En el siglo XX, los únicos marxistas que lo usaban eran disidentes de toda ortodoxia o comunistas, como el gran Antonio Gramsci, que habían perdido contacto con su partido por hallarse en alguna mazmorra fascista.

El renacimiento o redescubrimiento de la noción entre las filas del progresismo heterodoxo –en Europa y América– a cubierto de la ortodoxia impuesta por los totalitarismos estalinistas, en los años sesenta y setenta del siglo XX, vino a animar el análisis y la sensibilidad ante el orden capitalista e industrial de las sociedades de democracia liberal. La indiferencia u hostilidad de los ideólogos conservadores ante ese nuevo interés reforzaba a los progresistas en su convicción de que se trataba de una noción rica y potente para analizar la estructura social de la modernidad.

Pero un buen día, la sociedad más tranquilamente instalada en los privilegios que la desigualdad reinante les confería descubrió que también le iba muy bien la idea. Ahora la gran banca, las asociaciones profesionales, las iglesias, descubrieron ser todas sociedad civil. Albricias. Se había logrado quitar la espoleta a esa explosiva noción que parecía haberse convertido en patrimonio de la izquierda. Fue el momento del redescubrimiento neoliberal de la noción de sociedad civil.

Tal vez convenga aclarar las cosas. En el mundo contemporáneo, en países europeos como el nuestro, hay una esfera privada, protegida por la Constitución, que posee una parte cívica, civil, que es la genuina sociedad civil. Y otra, caracterizada por el afán de lucro –las empresas, las finanzas–, que es la esfera de los intereses organizados constitucional y legítimamente para la ganancia y el beneficio. Su pertenencia a la sociedad civil no está siempre clara, aunque sepa a veces vincularse a ella. El donativo bien administrado, el mecenazgo inteligente y las relaciones públicas hacen milagros.

El núcleo principal de la sociedad civil se compone, hoy, esencialmente, por aquellas instituciones dedicadas a la intervención solidaria en la vida social. Las asociaciones cívicas altruistas –las cooperativas, las alianzas para la ayuda de los menos privilegiados, los movimientos cívicos para la



© Txema Salvans

El Gran Teatre del Liceu, hoy de titularidad pública, fue construido gracias a las aportaciones de accionistas particulares. Su origen se remonta a una sociedad creada en 1837 para promover la enseñanza musical y las representaciones operísticas, el Liceo Filodramático de Montesión, vinculado a la Milicia Nacional.

consecución pacífica de intereses humanitarios- son, sin duda, sociedad civil. El resto de instituciones privadas constituidas en torno a la promoción de intereses particulares -empresas, partidos políticos, asociaciones deportivas, escuelas clasistas- no pertenecen a ese sector de igual modo. Aunque les ayuden de cuando en vez: el mecenazgo, propagandístico o no, no queda excluido. La subvención, tampoco. Nada impide al “sector público” subvencionar el “privado”. Véase, si no, la paz resultante.

Nada hay nítidamente aislado en una sociedad como la nuestra. Que unos quieran comprar la sociedad civil, manipularla mediante subvenciones, o domesticarla con halagos, no significa que no exista. Así, el llamado “tercer sector” de la economía -la economía autogestionada sin ánimo de lucro- es sociedad civil, pero no es siempre inmune a esas tergiversaciones.

Hay dimensiones de la vida social que son mucho más genuinas que otras como sociedad civil. Sobre todo aquellas que representan *lo privado público*: es decir, la intervención de ciudadanos libres, desde su esfera particular, que se asocian libremente para realizar un fin solidario, a favor del interés común: para salvar una laguna de la destrucción por la especulación inmobiliaria; para ayudar a los enfermos de una epi-

demia o a las víctimas de una guerra. Es decir, la entrada de gentes libres, pertenecientes a la esfera privada y no enmarcadas en partidos políticos, en la esfera de la responsabilidad compartida. Otros, lo son menos. No hay una distinción tajante. Cuando la llamada “obra social” de un banco o caja de ahorros apoya iniciativas cívicas, no cabe duda de que se acerca y promueve la sociedad civil, sobre todo, si no se interfiere demasiado. Se trata más de un continuo que de dos esferas con barreras infranqueables entre sí.

La versión más benigna es la que considera sociedad civil a cualquier iniciativa espontánea entre ciudadanos que se organizan por su cuenta para hacer su vida según les place. Para montarse un club *intemético*, o deportivo, por ejemplo. La más estricta, la del aguafiestas que ha pergeñado estos renglones, es la que atribuye la noble idea de la sociedad civil, en este siglo XXI, solamente a quienes cumplen con su condición cívica ayudando a cultivar predios ajenos. Ayudando a la libertad y a la dignidad de los demás, y no sólo a las propias. **M**



El mito de la sociedad civil catalana

Historia de un t3pico

El concepto de sociedad civil ha condicionado toda la vida social y política catalana del siglo XX. Actualmente se insiste en los mismos tópicos sobre la excepcionalidad del fenómeno.

¿Más que un club? Examen de un relato persistente

Texto **Enric Ucelay-Da Cal**

Catedrático de Historia Contemporánea. Universitat Pompeu Fabra

Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?

Título de una autodefinida “novela del donjuanismo”, obra muy exitosa de 1930 del humorista madrileño Enrique Jardiel Poncela (1901-1952).

Vamos a explorar –o peor, revisar– un tópico repetido de manera incansable en los medios de comunicación barceloneses desde hace más de un siglo: la denominada “sociedad civil catalana”. Tópico del que han hablado, y mucho, fuentes vulgarizadoras hispánicas de todo tipo. En todo el mundo, su existencia es axiomática. Su descripción, en cambio, destaca por la fragilidad o pobreza de los materiales y la escasez de los intentos. En consecuencia, nos vemos llamados a una tarea, llamemos forense, de comprobación. La primera pregunta es muy básica: ¿qué es, exactamente, una “sociedad civil”, así, en general?

La respuesta evidente es que no se sabe. Nadie se pone de acuerdo, pero todos hablan de ello. Profundicemos, pues.

Una investigación rápida en la red sirve sólo para verificar la falta de acuerdo: si se tecldea <Define: Civil Society> en el servidor Google, aparece de inmediato una entrada con al menos dieciséis definiciones listadas, ninguna de las cuales concuerda con las demás en lo que respecta a qué o a quién forma parte de ella o a qué o a quién no. Con razón, nada más comenzar, la página web de la entidad norteamericana Civil Society International observa, con cierta sorna, que: “La sociedad civil es un concepto inusual puesto que parece necesitar siempre ser definido antes de ser aplicado o comentado”; y atribuye semejante exigencia al exotismo del discurso estadounidense (2004; www.civilsoc.org/whatisCS.htm). El informe oficial de la Comisión Europea (o sea, de la UE) sobre la sociedad civil, que aspira a “ofrecer una visión concisa del marco de consulta y diálogo con la sociedad civil y otros partidos interesados de la Comisión”, le dedicó varias páginas de densa prosa sociológico-burocrática no demasiado clarificadoras (http://ec.europa.eu/civil_society/apgen_en.htm). Mucho más densa todavía, en el peculiar lenguaje de los *eurócratas*, es la información oficialista ofrecida en www.idea.gov.uk/idk/core/page.do. El Carnegie Trust del

Reino Unido (<http://democracy.carnegieuktrust.org.uk>), cuando se plantea directamente la pregunta: ¿qué es la sociedad civil?, responde que las muchas definiciones existentes pueden agruparse en tres categorías: la sociedad civil entendida como la vida asociativa, como la sociedad *buena* [*the ‘good’ society*], y, finalmente, como “espacios de deliberación pública [*arenas for public deliberation*]”; un buen indicio de que el centro es probablemente un antro de habermasianos; además, casi al mismo tiempo que escribo esto, ha colgado, el 23 de octubre de 2007, unos informes sobre el futuro de la sociedad civil en el Reino Unido e Irlanda. Un poco más allá en el éter *on-line*, la *Enciclopedia del Marxismo*, del Marxist Internet Archive (*MIA. Encyclopedia of Marxisme: Glossary of Terms*; fuente británica, por la ortografía) vincula, por asociación, las voces “ciudadano” (*Citizen, Citoyen, Bürger*), “civilización” (*Civilisation*) y “sociedad civil” (*Civil Society*). Así, nos explica que, en el argot marxista, civilización alude “a la sociedad de clases, que se sitúa entre la sociedad tribal y la sociedad comunista sin clases del futuro”. Además, indica que fue el ilustrado escocés James Boswell quien lo introdujo en el vocabulario de la lengua inglesa en el siglo XVIII, en contraposición a *barbarie*; no cita, sin embargo, la clásica vinculación germánica –mejor dicho, la yuxtaposición negativa– entre *Zivilisation* y *Kultur*. La Enciclopedia del Marxismo asegura que la expresión “sociedad civil” hace referencia “al sistema de relaciones sociales basado en la asociación de gente, independiente del Estado y la familia, que por primera vez apareció en Europa en el siglo XVII”. Remacha el clavo aclarando que: “La sociedad civil se caracteriza por el trabajo ‘libre’ y un mercado de bienes, por un sistema de aplicación de la ley y por la asociación voluntaria”. La etimología conceptual –entre *pensadores burgueses*– va de Hobbes a Rousseau y culmina en Hegel. Hace alusión a la expresión alemana *bürgerliche Gesellschaft*, especificando que la definición correcta se encuentra en la carta de Engels a Marx del 23 de septiembre de 1852, pero no menciona el abundante uso germánico del adjetivo *zivil*, tomado del francés o del inglés, que indica juegos de interacción (www.marxists.org/glossary/terms).

“A lo largo del siglo XIX, el ejercicio de una religión cívica se convirtió en una característica de la izquierda radical democrática y del obrerismo”.

Para ir resumiendo, podemos destacar que muchos citan como definición funcional el texto ofrecido por el Centre for Civil Society del London School of Economics (www.lse.ac.uk):

“La sociedad civil se refiere a la palestra [*arena*] de acción colectiva no forzada en torno a intereses, propósitos y valores compartidos. En teoría, sus formas institucionales son diversas de las del Estado, la familia o el mercado, si bien, en la práctica, los límites entre Estado, sociedad civil, familia y mercado son a menudo complejos, borrados o negociados. La sociedad civil, de forma común, abarca una diversidad de espacios, actores y formas institucionales que varían en su grado de formalidad, autonomía y poder. Las sociedades civiles se encuentran con frecuencia pobladas por organizaciones como las de caridad, oficialmente reconocidas, ONG para el desarrollo, organizaciones de mujeres, entidades fundamentadas en la religión, asociaciones profesionales o empresariales, sindicatos, grupos de autoayuda, movimientos sociales, grupos y coaliciones que defienden alguna cuestión en concreto [*coalitions and advocacy groups*].”

Un glosario: definiciones de andar por casa

Repasemos las ideas. La expresión “sociedad civil” no aparece en los diccionarios, si bien es antigua y de uso habitual: inicialmente, en el siglo XVII, significaba “el conjunto de la cosa pública” (como en la obra de Adam Ferguson, *Assaig sobre la història de la societat civil*, 1767; traducción Península), pero con la progresiva definición del ámbito estatal y de la representatividad parlamentaria a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, pasó a significar –especialmente del siglo XIX en adelante– el grueso de activos sociales organizados en cualquier ámbito privado fuera del control público, entendido éste como estatal. Así, la sociedad civil englobaría todas las actividades privadas de la sociedad: empresas económicas o financieras, comercio al por mayor y al detalle, asociaciones corporativas o de defensa colectiva, entidades políticas, agrupaciones culturales, organismos de protección mutua, y así sucesivamente. Es posible relacionarlo con la aplicación del Derecho mercantil, que utiliza el término para definir cualquier entidad (sociedad) que se puede constituir sin una forma especial, excepto en el supuesto de que se aporten inmuebles, en cuyo caso se distingue entre sociedades civiles particulares o universales.

El antónimo de “sociedad civil” sería “poder público”. Tampoco aparece en los diccionarios, si bien es un término antiguo y de uso habitual. Dado el debate existente entre los historiadores del Derecho, con respecto a si se puede hablar

de Estado antes del siglo XIX, he preferido hablar de *poder*, entendido como público, en especial cuando me refiero a las formas iniciales de representación, por ser un término genérico de mayor antigüedad que cualquier discutida noción de estatalidad. Por tanto, sería lo contrario de sociedad civil.

Frente a los contrarios confrontados –sociedad civil y poder público–, se erigiría una opción sintética, de encuentro: “cultura cívica”, noción acuñada por los politólogos norteamericanos Gabriel Almond y Sidney Verba en su obra *La cultura cívica* (1963). Recogemos algunas citas para resumir su argumento:

“La cultura democrática o cívica surgió como un modo de cambio cultural ‘económico’ y humano. Sigue un ritmo lento y ‘busca el común denominador’. El desarrollo de la cultura cívica en Inglaterra puede ser entendido como el resultado de una serie de choques entre modernización y tradicionalismo, choques con la suficiente violencia como para producir cambios significativos, pero, sin embargo, no tan fuertes o concentrados en el tiempo como para causar desintegración o polarización. [...] Nació así una tercera cultura, ni tradicional ni moderna, pero que participaba de ambas; una cultura pluralista, basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de consenso y diversidad, una cultura que permitía el cambio, pero que también lo moderaba. Ésta fue la cultura cívica. Una vez consolidada dicha cultura cívica, las clases trabajadoras podían entrar en el juego político y, a través de un proceso de tanteos, encontrar el lenguaje adecuado para presentar sus demandas y los medios para hacerlas efectivas.” (Almond & Verba, *La cultura cívica*, Madrid, 1970, pp. 23-24).

No es necesario decir que el espacio de continuidad *moral* apuntado por Almond y Verba no resulta tan original como ellos pretendían. Para comenzar, tenemos la idea de *civismo*, procedente de la Revolución Francesa (neologismo a partir del latino *cives*, ciudadano), que indica el conjunto de principios o ideales de la buena ciudadanía. Según el *Diccionari de la llengua catalana* del Institut d’Estudis Catalans, consistiría en “celo por los intereses y las instituciones de la patria”. En inglés, especialmente en Estados Unidos, *Civics* sería la rama de la ciencia política que trata de los asuntos públicos y de los deberes y derechos de la ciudadanía. Así pues, si el *civismo* fuese el comportamiento ciudadano, quedan por especificar sus derechos, derechos civiles, de origen norteamericano como *civil rights*, expresión surgida a raíz de la guerra civil de 1861-1865 para referirse a los derechos garantizados al individuo por las enmiendas 13ª y 14ª a la Constitución de Estados Unidos y por otras leyes aprobadas por el Congreso estadounidense en la misma línea, que se refieren especialmente a



Prat de la Riba preside una reunió de las cuatro diputaciones catalanas en octubre de 1911, mientras se preparaban las bases de la futura Mancomunitat. En la página 46, en la portada del presente artículo, instalaciones del Ateneu Barcelonès, inaugurado en 1860 a ejemplo de los existentes en Madrid y Londres.

la abolición de la servidumbre involuntaria y al tratamiento igualitario respecto a “la vida, la libertad y la propiedad, bajo la protección de la ley”, según la fórmula habitual.

También en la primera mitad del siglo XIX, el pensador francés Auguste Comte imaginó un pensamiento positivo, o positivismo, de gran impacto en los países de habla ibérica. En su esquema, las creencias antiguas serían superadas por una *religión cívica*, que concretamente se denominaría “sociología”. Bien mirado, fue una evocación no demasiado alejada de lo que, un siglo más tarde, sería la función del pensamiento marxista-leninista en los sistemas comunistas, hoy en día, por lo general, de capa caída. En el presente, “religión cívica” no pasa de ser un tecnicismo utilizado por los historiadores del republicanismo para describir las liturgias, festividades, pasos y otras expresiones de veneración a un culto a la razón o al racionalismo, con un sentido explícito anticlerical. Se emplea desde la Revolución Francesa, a partir del intento jacobino de establecer una devoción revolucionaria a la diosa de la Razón en sustitución del catolicismo, definido éste como contrarrevolucionario. A lo largo del siglo XIX, el ejercicio de una religión cívica se convirtió en una característica de la izquierda radical democrática y del obrerismo, con expresiones de fidelidad a una tradición revolucionaria o al predominio del poder público progresista –es decir, idealmente, en manos revolucionarias– sobre formas reaccionarias de religiosidad, supuestamente opuestas al progreso.

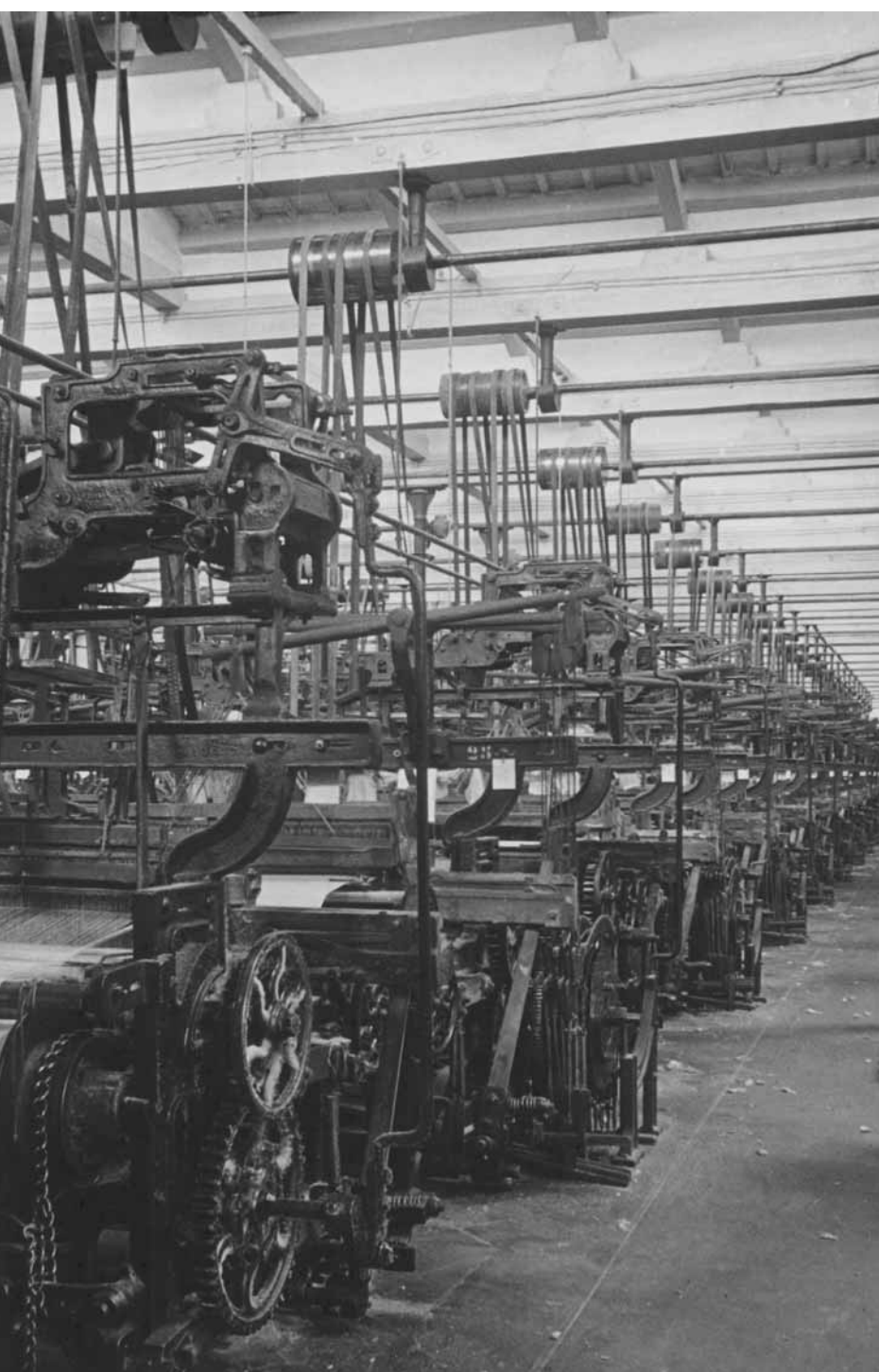
Más allá de la mera subjetividad ciudadana, de la cultura cívica o el civismo, hay otro componente del buen comportamiento: la falta de corrupción y, por tanto, la eficacia de los servicios públicos. El “servicio civil” –del inglés *civil service*– fue originariamente una expresión británica, que se extendió luego a Estados Unidos, para caracterizar al personal no militar de la administración pública (o, más estrictamente a los que no forman parte no ya de la marina o el ejército, sino tampoco del cuerpo de legisladores ni de la judicatura); contrasta, por su tono, con el galicismo negativo “burocracia”. La palabra tiene su origen en los administradores no militares de la Compañía de las Indias Orientales británica. La implicación de *civil service* sería la meritocracia (del inglés *merit system*), ya que, desde la segunda mitad del siglo XIX, se supone que las plazas se ganan mediante exámenes públicos y no por favoritismo o nepotismo.

Desde este punto de vista, los servicios empresariales, aunque son meramente privados, tendrían el mismo criterio de mérito, ya que, con un enfoque derivado de Bentham y el utilitarismo, se supone que las “fuerzas del mercado” impondrían “el mejor beneficio para el mayor número”, en la medida en que el tratamiento de calidad inferior que supusiese el mismo coste que el superior resultaría expulsado del mercado. Sería bueno, si así fuese.

Para hacer un balance, podemos constatar que la noción de “sociedad civil” fue menospreciada en los largos años de



© Frederic Ballell / AHCB-AF



© Vidal Ribas / AHCB-AF

estataltría –la adoración del Estado como impulso decisivo de todo– que dominaron el siglo XX. Así fue, al menos, hasta que el abrupto giro político de Thatcher (primera ministra británica, 1979-1990) y Reagan (presidente norteamericano, 1981-1989) y la correspondiente respuesta aperturista de Gorbachov (dirigente soviético, 1985-1991), al abandonar la expansión del Estado asistencial o *Welfare State* tal como se había desarrollado desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945, edificado sobre los fundamentos del frente-populismo (y, aunque nadie lo admitiera, también del fascismo), o, en otras palabras, el bagaje conceptual de entreguerras (1919-1939), las lecciones de la Primera Gran Guerra (1914-1918) y de la Gran Depresión (1929-1939). El cambio de los criterios de los años ochenta fue incontenible, como acabó por demostrar el colapso de la Unión Soviética, entre 1989 y 1991 y, por extensión, del movimiento comunista internacional después de 1992. Y semejante cambio supuso la nueva revalorización internacional de la expresión “sociedad civil”.

El cambio de los años ochenta significaba apartarse del protagonismo del Estado en el desarrollo de los recursos y, por extensión, de la relación entre mejores servicios públicos y ascenso social mediante plazas burocráticas, que se justificaba por su intención de hacer llegar el bienestar a los ámbitos sociales especialmente pobres más allá de los intereses de cualquier inversor de mercado; una acción estatal realizada a expensas de cualquier ámbito que se interpusiera en su camino (como la sociedad civil en cualquiera de sus definiciones). La estataltría (adoración del Estado, un término de la sociología católica) reveló de una forma palmaria su concomitancia con el intervencionismo estatal: se puede ver en la supuesta frase de Lenin en la que afirmaba que “socialismo más electrificación equivale a comunismo”, pero también en el eslogan de Mussolini que exigía “todo dentro del Estado, nada fuera del Estado”. Es lo que se denomina, con cierto sentido paródico, *High Modernity*, la alta modernidad (véase James C. Scott, *Seeing Like a State*, 1998). Ya se intuía que se tendía hacia una “sociedad postindustrial” (Daniel Bell y Alain Touraine), es más, que los parámetros ideológicos de entreguerras no se mantendrían para siempre (de nuevo Bell, en su primer gran trabajo titulado *The End of Ideology* [1960], copiado en España por Gonzalo Fernández de la Mora).

Los discursos de la posmodernidad

Eso deja paso, en los años ochenta, a los discursos variados de la posmodernidad, y, por extensión, en las disciplinas sociales, a lo que se llamó “giro lingüístico”, o sea, el despertar del sueño del *langage de bois* ideológico heredado de los años treinta. Dicho claramente con un ejemplo: la comprensión de que el proletariado o la burguesía no son un hecho, sino sólo una idea explicativa, y, por cierto, no precisamente una idea que soportara bien ser inspeccionada a fondo. Al mismo tiempo, la discusión sobre la postindustrialidad significó que, por primera vez, se cuestionaba de un modo gene-



© Pérez de Rozas / AHCB-AF

realizado la suposición de la producción como clave de cualquier concepción de la economía. Se llegó a tener cierta conciencia de que, en algunos lugares, se vivía una relativa riqueza colectiva, marcada por la tendencia a la vida larga y a la aparición de personas ancianas –no de sesenta años, sino de más de ochenta años de edad– en número suficiente como para poder ser consideradas como *grupo social*. Se empieza a hablar así de ondas tecnológicas (Alvin Toffler), y también de una concepción de poder derivado del dominio de la información –por primera vez posible gracias al ordenador personal y a la cada vez más compleja red de interconexiones electrónicas– y no de la capacidad de control y administración (la “sociedad del conocimiento”, de Peter Drucker, propugnada desde los años sesenta y setenta en la teoría del *management*).

Los muchos intentos para dar un sentido profundo a la noción de posmodernidad (François Lyotard en Francia, Frederic Jameson, inventor de los *Cultural Studies* en Estados Unidos) pierden de vista a menudo que lo único realmente relevante era el fin de la alta modernidad y sus supuestos axiomáticos. Además, con la década de los noventa se hundió la histórica exclusividad del Estado. Desde el Congreso de Viena en 1815, el criterio oficial era que un Estado sólo hablaba con otro Estado mediante la diplomacia (por esta razón, tradicionalmente se denomina en España y Estados Unidos, por ejemplo, Ministerio de Estado al Ministerio de Asuntos Exteriores). Así, en el terreno interestatal, cualquier diálogo entre particulares y autoridad pública se dejaba en manos del servicio consular (en cada país soberano, el trato con los ciudadanos era tarea del Ministerio del Interior). Como consecuencia directa, aquellas entidades que eran *de facto* indepen-

dientes, pero que no respondían a las normas de la diplomacia (en el siglo XIX, los poderes locales o reinos de África, por ejemplo), también eran entendidos como intereses privados. En la actualidad, desde 1992, han ido surgiendo las ONG como una fuerza que ha conseguido imponerse en los escenarios antes exclusivamente diplomáticos, como la ONU: en las sonoras palabras de Kofi Annan (secretario general, 1997-2006), tan significadas que, al ser citadas oficialmente, ni tan sólo se les pone fecha: “Hubo un tiempo en que Naciones Unidas sólo trataba con gobiernos. Pero, ahora, ya sabemos que la paz y la prosperidad no se pueden conseguir sin asociaciones que impliquen a gobiernos, a organizaciones internacionales, a la comunidad empresarial y a la sociedad civil” (www.un.org/issues/civilsociety).

Los politólogos, sociólogos y todas las disciplinas urgían la creación de un concepto sustitutorio, y se redescubrió la idea de la “sociedad civil”, así como todos los viejos argumentos sobre el tejido social norteamericano, al margen del poder de Alexis de Tocqueville (*La democracia en América*, 1835-1840). Pronto, la presunción de la sociedad civil como componente esencial de cualquier sociedad funcional lleva al entusiasmo analítico desde enfoques muy diversos. La nueva fórmula (o reformulación) pudo disfrutar, desde la socialdemocracia innovadora tras el colapso comunista, de la aprobación de Giddens, ahora lord Giddens. El politólogo norteamericano Robert Putnam lo apuntó, primero en Italia y, después, en Estados Unidos, con un título que se ha hecho famoso, *Bowling Alone* (2000), desde donde podemos llegar fácilmente hasta el muy vacío pero escandaloso ensayista filmico Michael Moore y su película documental *Bowling for Columbine*

Arriba, llegada del presidente Lluís Companys y de los consellers de la Generalitat, encarcelados por los hechos de octubre de 1934, tras ser liberados a raíz de la victoria del Frente Popular en 1936. En la página anterior, el Passeig de Gràcia en una fecha no precisada de principios del siglo XX, e instalaciones de la gran algodonera La España Industrial.

“El cliché de la trabajadora Barcelona se basaba en el supuesto de que existía una industria catalana poderosa, cuando de hecho era muy débil”.

(2002). Más profundo resulta el concepto de *habitus*, el contexto social del compendio de costumbres colectivo, popularizado por Pierre Bourdieu, pero originario en realidad de Norbert Elias. En España, Víctor Pérez Díaz ha divulgado la “sociedad civil española” como el componente decisivo de la transición democrática y el despegue de España como sociedad básicamente aquejada del hecho de ser *rica*.

Pero toda esta *movida postmoderna* en torno a la sociedad civil ha tenido muy poco que ver con la dinámica catalana, incluso en el caso de Pérez Díaz, cuyos argumentos tendrían que haber servido al menos como aviso de un cambio de fondo. En Cataluña, sin embargo, nadie ha querido darse cuenta, y todos han seguido con los tópicos de siempre sobre la excepcionalidad catalana por el hecho de disfrutar de una sociedad civil singular, cuando ya no lo es tanto, y los catalanes, además, ya son masivamente funcionarios (aunque sea de la Generalitat). En Cataluña, la sociedad civil (no siempre designada con este nombre, aunque sí haciendo referencia a esa idea) ha condicionado toda la vida política y social a lo largo del siglo XX, de forma mantenida, incluso obsesiva. Todos los sectores habidos han bebido de este abrevadero ideológico con auténtica sed de poder. Nunca se han sentido satisfechos del todo, ni han sentido saciada su sed, pero todos cantan las excelencias de la fuente surtidora. Y todos actúan como si el siglo XX tuviese que durar indefinidamente, cuando ya hace tiempo que se acabó.

Una reflexión historicista

Parece lamentable, pero es un hecho: la mentira resulta imprescindible. Cualquier conjunción social necesita, para sostenerse, un entramado de lo que podríamos llamar “sueños despiertos”. Es comparable al hecho de que los individuos se apoyen en los vínculos personales idealizados, como el amor o la estima. La urgencia de la literalmente pavorosa necesidad emotiva, tanto individual como grupal, provoca que sentimientos del todo evanescentes se *cosifiquen* (o *reifiquen*): es decir, lo que sólo consiste en emoción huidiza y contradictoria, una suma confusa y contradictoria de pulsiones, culpabilidades y otras programaciones profundas, además de añadidos de presiones más recientes o coyunturales, queda mentalmente transmutada en algo sólido, evidente, literalmente fehaciente. Los sueños despiertos, al contrario de los sueños dormidos, son del todo comunicables; aún más, se contagian y generan dependencia en las otras personas. Queremos creer. Aun estando compuestos de reflejos parciales y malentendidos, los sueños despiertos parecen reales, por la razón de que las emociones que suscitan lo son. Vayamos más lejos todavía: cualquier vida social consiste en

sueño despierto o, como dirían, los *vedánticos* y budistas, en vana ilusión.

Un sueño vertebra la sociedad catalana, en la medida en que existe tal cosa totalmente cosificada –y lo mismo se puede decir de España, el Estado, de Francia y de una lista tan infinita y variada como el repertorio de interacción humana–. Sin sueño despierto y ampliamente compartido no hay relato histórico, ni mitología política, ni las imprescindibles identificaciones que configuran la participación y garantizan su transmisión y contagio. Como en todos los casos, el sueño que justifica la noción de los “catalanes” es circular: hay que creer que existen los catalanes para que, en efecto, existan. Más concretamente, en la medida en la que el sueño despierto catalán se vuelve insistentemente tautológico, y, por tanto, más atractivo, de movimiento, más catalanista, el relato cosificado adquiere mayor densidad: los catalanes, según la suposición constituyente, son algo aparte, diverso de su marco legal o político, que es presumiblemente espurio, ya que cada sueño despierto tiene que determinar la realidad que lo rodea, y decidir qué hay de real, o mejor, de auténtico en las categorías empleadas. Pero en el relato soñado catalán, hay un hecho diferencial que no permite que tal cosa colectiva catalana, entendida como fáctica, se confunda con otras cosas que, de forma accidental, se sobreponen. La suposición catalana, o mejor catalanista, es, dicho sucintamente, que *la historia se ha equivocado y tiene que ser corregida, allá atrás, en el pasado, y no ahora*.

Los catalanes –siempre según el relato de sueño despierto– son diferentes del resto de los españoles y/o hispánicos porque trabajan, ahorran, son currantes. Es reconocido que también pueden tener mucha cara, que tienen terribles arranques que todo lo destrazan. Algunos, al elaborar este relato solipsista, apuntan a la equivocación histórica como culpable de esos arranques: si pudiesen *ser*, vivir su autenticidad, vivirían tranquilos y realizados. Pero si profundizamos en la narración compartida del sueño despierto, si extraemos el relato, y vamos al corazón del pueblo (un *topos* del casi olvidado dramaturgo Ignasi Iglèsies), queda demostrado que las ganas laboriosas del colectivo siempre se sobreponen a las furias, es decir: el *seny* (la sensatez), el sentido común racial, de nuestra tierra, de la tierra, puede con el arrebato. Y la sensatez, no hay que decirlo, es asociativa.

La suposición de la excepcionalidad catalana

Se ha podido leer la experiencia del Sexenio Revolucionario, de 1868 a 1874, como una tentativa, liderada por el reusense Joan Prim, de imponer alguna especie de proyecto barcelonés a la política española. Así, los muchos catalanes que se



El franquismo obligó inicialmente a las entidades de la sociedad civil catalana a someterse a una purga y, con posterioridad, a mantenerse siempre bajo control. En la imagen, Franco asiste a una representación operística en el Liceu, el 18 de mayo de 1960.

embarcaron con Prim –como Laureano Figuerola o Víctor Balaguer, entre otros– representaban una variedad bien dispar de lecturas sobre la disyuntiva *pays réel-pays légal*, como también las abundantes contradicciones entre las visiones opuestas a la *neo-whigista* Gloriosa Revolución, los Mañé i Flaquer o Duran i Bas que desconfiaron del cambio dinástico o, más aún, del experimento republicano, y un Almirall, por ejemplo, al que le parecía poca cosa.

Pero nadie dudaba, ya en 1868, de la verdad de la dicotomía española entre la laborista, febril y humeante Barcelona y la gandula, burocrática y cortesana Madrid. El dualismo entre fabricantes “claros y catalanes” y funcionarios con pretensiones (el “Vuelva Vd. mañana” de Larra) quedó fijado como la grieta central frente a cualquier modernización de la sociedad española. Dentro del agudo gusto por la autocontemplación propia, se produjo el autodescubrimiento de la sociedad civil catalana a lo largo de la década siguiente, sobre todo una vez pasada la tormenta revolucionaria.

Hacia 1880, cuando Almirall intentó proyectar un movimiento de identificación catalanista, basado en la confluencia proteccionista de patronos, abogados y obreros, al estilo de los republicanos norteamericanos, el tópico ya estaba sellado y convertido en una perfecta cosificación. Es más, la creación oficial en 1887 del Registro Civil de Asociaciones confirmó la percepción de la propia relevancia catalana. Por aquel entonces, la rivalidad Madrid-Barcelona, la lucha por la capitalidad española entre “la Villa y Corte” tradicional y la “contracapital” barcelonesa, totalmente insatisfecha con el papel de capital de provincia (¿como Soria o Cuenca?), se había convertido en el hecho que dominó, sin ninguna duda, la vida política y social española hasta finales de la Guerra Civil de 1936-1939.

El cliché de la trabajadora Barcelona (pronto transmagnificada en “la Barcelona de los trabajadores”) se fundamentaba en muchas ilusiones, algunas de ellas muy ilusorias. Se basaba en la suposición de que existía una industria catalana poderosa, pero el hecho era más bien que la producción catalana era muy frágil, dependiente por sus bajos costes y por sus escasos márgenes de beneficio, obtenidos en talleres raquíuticos con pocos operarios y, a menudo, con maquinaria de segunda o tercera mano. No había una *grande bourgeoisie*, sólida y arraigada, en Barcelona (ni en Sabadell, Terrassa, Mataró, y otras ciudades fabriles), sino muchos “señores Esteve”, unos pocos indios y negreros, y una familia Güell y otra Muntades, y para de contar. El tejido burgués (neologismo venido del francés al castellano a través del catalán) era bien fino, poca cosa, y estaba tan vacío como las ínfulas españolas de ser una gran potencia con una flota y un ejército de rango. En Barcelona, como en Madrid, todo dependía de las apariencias, aunque no compartían su preocupación por los mismos indicadores de rango social, de ascenso o de descenso. La pobre realidad catalana quedó tapada por el recurso, tan español, al excepcionalismo, por la convicción de que la puntualidad y la ética del trabajo en Cataluña eran raciales, como lo eran el desorden y la pomposidad jurídicista castellana. En la práctica, la solidez catalana dependía más de la “sociedad de familias”, elupidísimo entramado social de parentesco, de matrimonios cruzados (dos hermanos con dos hermanas, un hermano con la viuda fraterna, los enlaces entre primos...) que garantizaban que el juego de apellidos fuera totalmente reiterativo, como lo eran las muchas fabriquillas que adoptaban nombres sonoros de empresa. Por eso, la agudeza del espíritu *socarrón* catalán, la sorna, el sar-



© Pérez de Rozas / AHCB-AF

casmo, la descarnada ironía del idioma pronto acababa con cualquier intento de echar las campanas al vuelo.

Nadie iba a enganchar a los corrosivos catalanes, y menos los españoles o “castellanos”, con el vacío estatal, raquítrico injerto de liberalismo en un tronco dinástico y absolutista. Nadie, salvo, claro está, ellos mismos. A lo largo del siglo XIX, la sociedad de familias fue creando unos hábitos que tenderían a adquirir aspecto muy sólido a fuerza de evitar hablar con alguien que no compartiese los mismos criterios. Si la red de parentesco ya parecía bastante reunida en el Liceu, todas las sedes sociales, los encabezados de papel de carta y la decoración empresarial también fueron tomando vida propia hasta aparentar ser una auténtica sociedad civil. Barcelona no sería la capital de nada (más que de la provincia de Barcelona), pero era el aparatoso centro de una densa red de empresas y personas sociales, bendecidas por el caduceo de Mercurio, dios del comercio, además de por otras figuras de la mitología fabril y mercantil.

Habían surgido algunas entidades emblemáticas: el Liceu (1847, reconstruido en 1861 y 1994), el Ateneu Barcelonès (1860, copiado del de Madrid, 1835, y del de Londres, 1823), y el modelo se extendió pronto, ya que los menestrales y autodidactos no se creían inferiores a los señores, burgueses como Dios manda. Así se fundó el Ateneu Igualadí de la Classe Obrera en 1863, el primero de una larga cadena de entidades populares dedicadas a la autoayuda y a la autopromo-

ción, del mismo modo que las mutuas pagaban los entierros (nadie lo haría, si no lo hacían ellos). Y así, de entidad en entidad, se produjo el milagro de la sociedad civil catalana. ¿Existía? Pronto corrieron las imágenes del despertar de los muertos: la del ave fénix, emblema del significativo periódico *La Renaixensa*, se convirtió en logotipo arquitectónico de la construcción de la Barcelona moderna; incluso la de Lázaro: “*Surge et ambula*”, dice Cristo, y el cadáver despierta de su letargo (es el lema de la Biblioteca-Museu Balaguer en Vilanova i la Geltrú o del Primer Congreso de la Lengua Catalana en 1906).

El catalanismo político, por tanto, se edificó, totalmente convencido, sobre unos fundamentos asociativos en apariencia firmes y, sobre todo, únicos en España. Unamuno muestra a Eugeni D’Ors la grandeza solemne de Salamanca y Xènius le replicó que hacían falta cafés de barrio a la francesa (o sea, como los que abundaban en el *petit Paris du sud*). La primera campaña electoral de la Liga Regionalista, tras un “cierre de cajas” o huelga de impuestos de tenderos, se presentó como la de los “cuatro presidentes” (en realidad, ex presidentes de la Societat Econòmica Barcelonina d’Amics del País, el Foment del Treball Nacional, el Ateneu Barcelonès, la Lliga de Defensa Industrial i Comercial) en donde las entidades suplían a las instituciones públicas. La estrategia de ligas confiaba en los fundamentos de la sociedad civil, de la que Prat de la Riba fue un adepto entusiasta. De semejante seguridad nació

Josep Tarradellas visita la tumba de Macià el 26 de octubre de 1977, tres días después de su regreso del exilio para hacerse cargo de la presidencia de la Generalitat provisional. En la página 56, festival catalanista en el Camp Nou, el 24 de junio de 1981.

“Prat de la Riba se lo pasó en grande inventando instituciones públicas que suplían las carencias privadas, cuando el discurso oficial catalanista era justo el contrario”.

Solidaritat Catalana, en 1906, que arrasó en las elecciones de 1907 como “alzamiento”, según el poeta Joan Maragall. Sólo la Revolución de julio de 1909 indicó que quizá no todo era tan sólido como se creía y Cambó, por entonces distanciado de Prat, promovió una encuesta y descubrió que había bien poca sociedad civil, más agujeros que otra cosa. Quedó horripilado, tapó los resultados y comenzó a insistir en la necesidad de acceder al Estado, como “socialismo estatalista”. Prat ya había asaltado la Diputación barcelonesa y se divirtió de lo lindo inventando instituciones públicas que suplían las carencias privadas, mientras el discurso oficial catalanista era todo lo contrario. ¿Cuál es, pues, la justificación? Que Cataluña “actúa en función de Estado” (fórmula recogida por Alexandre Galí, en su vasta recopilación descriptiva de las instituciones catalanas y/o catalanistas –y esa distinción resultó ser otro problema–). Finalmente, gracias al pacto de Cambó, primero con el liberal Canalejas y después con el conservador Dato, se obtuvo la anhelada Mancomunidad interprovincial y Prat pudo seguir, hasta su muerte en 1917, inventando organismos. Su heredero “liguero” al frente de la interdiputación, el arquitecto Puig i Cadafalch, modernizó la política pratiana al crear empresas para el desarrollo (teléfonos, por ejemplo), a la vez que, desgraciadamente, buscó sin éxito someter a los intelectuales a su disciplina.

Para cuando llegó la Dictadura del General Primo de Rivera, nacida en Barcelona el 13 de septiembre de 1923, todos conocían ya el truco catalanista de publicar manifiestos con interminables listas de asociaciones, que ya no impresionaba a los militaristas y españolistas, que intentaron hacerle frente endureciendo la capacidad de intervención de la provincia y la Capitanía. Pero los obreristas sí que habían aprendido y copiado la lección catalanista.

¿En qué falla la supuesta excepcionalidad catalana?

Desde 1808 España no ha tenido un régimen político exitoso que haya durado al menos cincuenta años seguidos. No ha disfrutado, pues, de una *cultura cívica* consolidada e incuestionada. Todo lo contrario, ha sufrido la desgracia de una cultura de guerra civil: el guerracivilismo parte de la noción antiquísima de “guerra civil”, o sea, guerra entre secciones geográficas o facciones políticas de un mismo país o Estado; sería, pues, la idea de que, durante un período largo y a partir de un conflicto interno violento particularmente traumático, una sociedad está estructurada de forma escindida y partisana, en dos (o quizá más) grandes bandos ideológicos, que, identificados vagamente con derecha e izquierda, agruparían y resumirían

las simpatías y enemistades de la contienda pasada, argumentando que el nacimiento de todo parlamento surgido de la experiencia histórica de una sociedad refleja esa “cultura de guerra civil”, en la medida en que los grandes bandos ideológicos y parlamentarios reflejan al menos parcialmente los criterios de las partes en la guerra civil. Los ejemplos primordiales serían el Parlamento inglés de la Restauración después de 1660 o el francés, tras la Restauración borbónica en 1815.

La tradicional pretensión catalanista ha sido que los problemas españoles no eran suyos. Las guerras civiles *españolas* –por tanto, forasteras– recaían sobre los pobres catalanes sin que éstos supiesen por qué. Es un bonito giro argumental, pero totalmente falso, ya que ha existido un guerracivilismo muy catalán, más o menos sostenido, desde el siglo XIV. *Bandositat*, en catalán, y *particularidad*, en castellano, son sinónimos, y describen un Antiguo Régimen catalanesco, anterior al llorado 1714, que fue un combate incansable a golpe de pedernal, que aportó al castellano la noción de *pundonor* (o punto de honor). En su sentido político, *particularidad* se puede entender a partir del término *particularismo*, definido por el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia como una “preferencia excesiva que se da al interés particular sobre el general; propensión a obrar por el propio albedrío”. Hay que añadir una palabra más, muy propia: *polarización*. Esta palabra viene de la ciencia política y es una extrapolación de un término propio de la física (no reconocida en los diccionarios españoles o catalanes), que alude al hecho de girar, crecer, actuar, pensar en un sentido concreto, como si fuese el resultado de una atracción o repulsión magnética; así pues, la tendencia a la radicalización de posturas políticas cada vez más extremas e inclusivas que acompaña la ruptura social y el estallido de guerra civil.

Desde 1919, la CNT –el anarcosindicalismo, sin partido político ni interlocutores fijos– había exigido entrar, y por la puerta grande, en la sociedad civil catalana. Obreros y patronos organizaron el mercado de trabajo, sin arbitraje estatalista. Se le denegó el acceso y respondió a tiros. Los empresarios se sintieron débiles. No es de extrañar que los protagonistas del sindicalismo patronal (o sea, agrupar a los patronos) fuesen los más pequeños, pero fachendosos, dueños de taller (como el famoso Graupera, con el puro en los dientes). Tampoco debe sorprender que el “sindicalismo libre” –de raíz católica y carlista– surgiera de los muchos obreros que no se sentían obreristas ni ácratas, que iban a misa o eran tan absolutamente libertarios que se negaban a comulgar con las tonterías bendecidas de los “chicos de la pipa” de los



© Pérez de Rozas / AHCBA-AF

“grupos específicos” anarquistas y/o anarcosindicalistas. El juego del pistolero, muy conocido en todas partes, consistía, pues, en atentados personalizados entre organizadores sindicales de los unos y de los otros, patronos chulos (“a mi nadie me dice lo que tengo que hacer en mi taller”) y operarios que iban a la suya, con un buen componente del “negocio de la protección” y con los policías metidos hasta las cejas. Con esto podemos trazar un vocabulario político de dos siglos: del *bandolerismo* decimonónico al *pistolero* novecentista y, en la segunda mitad del siglo XX, al *terrorismo*. En resumen, una merienda de negros. Y el previsible juego de provocación-respuesta-provocación-respuesta. Huelga general y golpe de Estado, huelga general y boicot empresarial. Si los años de dinero fácil al abrigo de la neutralidad en la Gran Guerra de 1914-1918 trajeron un juego de entidades fantasmales, ahora el mismo juego se traspasó a la política, con entidades multiplicadas y sin contenido (como cuando liberales y mauristas intentaron registrar todo tipo de círculos locales más imaginarios que sustanciosos).

Llegada a este punto, la política catalana se fundamentó en el *bluf* (farol), como suele pasar en tiempos de agitación cuando no se pueden contar votos. También en este punto constatamos la pobreza de la lengua catalana oficializada y fabriana para asumir los aspectos más oscuros de la propia realidad vivida en tierras de habla catalana: no hay sinónimos para el bluf de cartas o naipes, cuando todos los juegos importantes del país (el *mentider*, la *botifarra*) se basan en dar una falsa impresión a los adversarios. Por el contrario, los diccionarios ofrecen “fanfarronada”, “fachenda”, “presunción”, “jactancia”, o sea, términos que remiten al *bragadaccio* del militarismo españolista o a la ostentación más vacía, digamos al Cercle del Liceu o al Cercle Equestre, pero no a la esencia de las jugadas de los negocios y de la política que han sostenido más de un siglo de vida catalana.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera, de 1923 a 1930, nadie votó, así que el Gobierno hizo lo que quiso: el propio primorriverismo era un farol, ya que carecía del más mínimo fundamento legal. La proclamación de la II República fue asimismo un “órdago a la grande” que salió bien. Y el renacimiento del anarcosindicalismo a lo largo de los años treinta, con sus revueltas antirrepublicanas, fue otra operación de escaparate: “un gigante con pies de barro”, según el obrerista rival (y ex cenetista) Maurín. También lo fue el nacionalismo radical, lleno de Ejércitos de Cataluña que no luchaban y de “batallas de Prats de Molló” en las que no se disparaba ni un tiro.

A lo largo de los años veinte, la prensa en catalán aumenta en cuanto a consumo, así como la edición, pero el cambio en 1931 demostró que comprar y leer no son lo mismo. La falsa realidad, desde entonces hasta ahora, ha sostenido un mercado en el que nadie lee, salvo unos cuantos que hacen de todo con tal de mantener las apariencias.

Así pues, los años republicanos consagraron la tendencia a creer que las pretensiones asociativas eran resultados. En

buena medida, el éxito tan fácil del golpe de Primo de Rivera en 1923 y la agitación callejera en 1931 convencieron a todo el mundo de que bastaba con aparentar para obtener el beneficio deseado. Con tan alegre criterio, media Cataluña se lanzó a la rebelión en octubre de 1934; y ayuntamientos y entidades públicas y privadas se solidarizaron con el Gobierno catalán, pero, después, se quedaron sorprendidos al ser arrestados al día siguiente. No obstante, los militares que se impusieron cayeron en el también fácil error de suponer que sólo bastaba con sacar las tropas a la calle para que todos se encogieran; criterio equivocado, como comprobaron en el verano de 1936. Tampoco era tan sencillo, ya que todo el mundo se acostumbraba al vacío. La brutalidad de la Guerra Civil de 1936-1939, su naturaleza traumática, en resumen, tiene mucho que ver con esa ligereza acumulativa, de la que proviene la tendencia hispánica a creer más en la palabra y en su articulación formal que en los hechos, los costes y los precios a pagar.

El franquismo fue consecuente con la tradición de la apariencia teatral, la política sonora e insustancial. Hubo un fuerte debate interno durante 1937 sobre el contenido nuevo del Estado Nuevo, que confrontó propuestas católicas y carlistas de índole corporativa con el nacionalsindicalismo verticalista de los presuntuosos falangistas, fuchendas éstos sí, ya que si no se tenía en cuenta a los carlistas de verdad, no eran nadie (al menos en cifras), pero querían controlarlo todo, con el mejor y más moderno espíritu totalitario. Ganaron éstos últimos en la forma, pero no en el contenido, ya que la Iglesia Católica, muy partidaria de una sociedad civil bajo su control y *purificada* de discursos y liturgias competidores, se mantuvo en su espacio. La dictadura de Franco –siempre maximalista o vergonzante, “Estado imperial” o “régimen” por antonomasia– presentó una fachada totalitaria y una praxis interna de sistema muy poco ortodoxa, de andar por casa y en pantuflas, al menos mientras nadie los estuviera mirando.

“Rojoseparatismo” de retroalimentación

En resumidas cuentas, en Cataluña, el franquismo obligó a las entidades de la sociedad civil a someterse a una purga inicial y, luego, a mantenerse siempre bajo control. El sector católico más favorecido, el llamado opusdeísta –fuertemente vinculado a Cataluña (López Rodó)–, manifestó mediante la planificación el deseo preferente de una sociedad civil tradicional –o sea, monopolizada por la Iglesia– que, no obstante, lideraría el desarrollo económico, moral e incluso político de los españoles. En Cataluña, el protagonismo, que no liderazgo, de Porcioles indicó que el tejido local podía encabezar una recuperación, mientras los recursos estatales apuntaban a Madrid, capital pecadora que el régimen también tenía que corregir. El antifranquismo, en consecuencia, se embriagó con un pseudo-recuerdo de los años treinta: el *rojoseparatismo* de los tópicos franquistas en retroalimentación, invertido y tomado en serio, aunque nunca hubiese existido.

La transición catalana, con un PSUC blando y frentepopulista, encarnación del nacionalcomunismo y pletórico de

muchachos peludos que abandonaban el catolicismo social, confrontó un centro-derecha catalanista también post-católico (de aquí que asumiera la *culpa* de la Iglesia en su propia represión 1936-1937), pero que no podía admitirlo. Entre unos y otros, los “años treinta catalanes” fueron sintetizados en una nueva mitología que reimaginaba la sociedad civil como sindical, precisamente cuando los sindicatos iban hacia un futuro de evaporación al iniciarse un cambio de gran profundidad en la naturaleza de la producción y el consumo en todo el mundo industrializado. El afán idealizador de los años treinta fue una equivocación grave, totalmente generalizada, fruto de percibir el pasado a través del verticalismo sindical y corporativo del franquismo, pero funcionó como un nuevo “sueño despierto”. Quedó consagrado el sueño por el retorno de Tarradellas en 1977 y por la integración de un trozo republicano en la instauración de la monarquía juancarlista. La ficción de un pasado ideal reciente, a la vuelta de la esquina, ha demostrado ser adictiva para la opinión intelectual y política catalana, dispuesta con entusiasmo al sonambulismo.

Así, la falsa *memoria histórica*, más o menos neocatalanista o neorrepblicana según las exigencias del guión, presidió la desindustrialización catalana, mientras los sectores de *opinion-makers* se funcionarizaban, como el resto de España, gracias a la invención del Estado de las Autonomías y de la ley fiscal de Fernández Ordoñez para pagarlo todo. En la medida en que encogía la base industrial catalana, el pujolismo lo reinventaba todo desde arriba, en espejo franquista, como inversión especular disfrazada de *autenticidad* catalanista. A pesar de todo, la gran habilidad táctica de Pujol, que supo quedarse, durante dos largas décadas, con los sucesivos programas de las izquierdas, mientras él nadaba y guardaba la ropa, partía de un error de fondo garrafal. Como Prat, tuvo la inocencia de creer que la sociedad civil catalana realmente existía como algo sólido, que aguantaría su famoso esquema de *pal de paller*. En la versión pujolista del sueño despierto, existía una Cataluña articulada bajo la pintura azul franquista: no haría falta nada más que quitar la pintura españolista, añadir prensa, radiotelevisión y escuela en catalán, y la patria resurgiría, naturalmente, como sociedad civil madura, mucho más madura que los pobres simulacros *africanos* que surgirían en las regiones *loapizadas* españolas. Así, cuanto más estimulaba el pujolismo el tejido asociativo y su sustrato económico desde una administración en expansión exponencial, más se encontraba con la sorpresa de que los fundamentos se fundían, hasta casi desaparecer literalmente, si no eran regados con regularidad con financiación pública. Los tripartitos maragallianos y montillescos que han sucedido al largo *pujolato* se han encontrado el “churro”, del que han pretendido ser gestores, y así les ha ido.

Algún día tendremos que despertar y soñar despiertos de una forma más plausible, si eso fuera posible. **M**



El mito de la sociedad civil catalana

Esfera económica

Pese al papel positivo de la sociedad económica catalana a partir de los años 60, durante el periodo democrático destaca por una actitud generalizada de subordinación a los poderes públicos. Esta dinámica, no obstante, parece haberse modificado recientemente.

En busca de un nuevo espacio de influencia

Texto **Jordi Alberich**

Una corriente generalizada de opinión nos habla de una sociedad civil que ha sido determinante en el progreso económico y social de Cataluña en sus dos últimos siglos de historia y que, actualmente, goza de un protagonismo e incidencia notorios y crecientes en la vida pública.

No obstante, otras consideraciones incorporan, cada vez con más frecuencia, una visión crítica de la sociedad civil, especialmente por su labor en las últimas décadas. Una sociedad civil satisfecha de un pasado que constituye su seña de identidad, que recibe de buen grado el discurso de alabanza de los poderes públicos. Este grado de autorreconocimiento, junto con la tradición asociativa del ciudadano catalán que también se manifiesta en ámbitos culturales y recreativos, puede haber favorecido la dinámica de creación de nuevas y numerosas iniciativas asociativas en el ámbito económico.

Para enmarcar este debate, de entre las aportaciones de los numerosos académicos de prestigio que han tratado sobre los diferentes aspectos de la sociedad civil, son especialmente significativas las efectuadas por Víctor Pérez Díaz y, situándonos a mediados del siglo pasado, por Jaume Vicens Vives.

Víctor Pérez Díaz, catedrático de sociología y reconocido académico, en una conferencia pronunciada en el marco del III Encuentro Economía y Sociedad ante representantes de destacadas instituciones de la sociedad civil económica española, señalaba: “El concepto de sociedad civil tiene dos acepciones. En su acepción restringida, es un tejido de asociaciones y redes sociales que, para algunos autores, incluye las redes familiares. En su acepción amplia denota un tipo de sociedad definido por el conjunto de ese tejido de asociaciones, los mercados y el sistema político de una democracia liberal: tres sistemas institucionales que se entrelazan y responden al principio unitario de un orden de libertad”.

En la misma intervención, señala más adelante: “[...] las clases políticas del franquismo acostumbraron a la sociedad, por una parte, a la pasividad con respecto al hecho público y a la deferencia hacia los políticos de turno y, por otra, a la búsqueda de sus avenencias, para asegurarse la supervivencia y procurar el avance de su interés. Pero hay que añadir

que, y aquí viene nuestro problema, lo que han hecho y están haciendo las clases políticas de la democracia es acostumbrarse a vivir dando por sentada nuestra pasividad cívica en lo que respecta a resolver los problemas del país [...] y nuestra participación en el hecho público se reduce a poco más que a votar, nuestra virtud cívica se atrofia y desaparece. Y están lejos de comprender que este país tiene problemas enormes e intrincados, urgentes y crecientes, que desbordan la capacidad de cualquier clase política, incluida la suya. Problemas que no se pueden tratar si no son abordados por la sociedad entera, con los ciudadanos en primer lugar y los políticos, con frecuencia, después”.

Seguidamente, el profesor Pérez Díaz añade. “Recomiendo una renegociación entre la clase política y la sociedad. Esta recomendación sólo puede llevarse a cabo si la sociedad desarrolla su voluntad y su capacidad para asumir la responsabilidad que le corresponde en los asuntos comunes. Si no lo hace, estas recomendaciones se convierten en música celestial; y la sociedad vuelve a caer al suelo por su propio peso, y vuelve a representar en el escenario sus dos papeles tradicionales, el de la subordinación de la mayoría y el de la complacencia de la minoría”.

El reconocimiento de Vicens Vives

Hace medio siglo, la indiscutible figura académica de Jaume Vicens Vives otorgaba cuerpo doctrinal a la sociedad civil catalana. Su obra clave en este ámbito, *Industrials i polítics del segle XIX*, constituye una aportación que representa un antes y un después en el análisis y reconocimiento de la aportación de la burguesía catalana al desarrollo económico y social en el siglo XIX.

En el libro *Cercle d'Economia 1958-1983: vint-i-cinc anys de modernització i convivència*, se cita expresamente: “Su idea y preocupación fundamental era que, frente al desastre que, en toda España y, particularmente en Cataluña, habían provocado la Guerra Civil y la posguerra, era necesaria una recuperación de todo el conjunto de la sociedad que situase a Cataluña nuevamente en el camino del crecimiento hacia una

sociedad moderna y europea. Ahora bien, esta recuperación no tenía que ser llevada a cabo por una única clase o grupo social, sino que debía ser impulsada conjuntamente por todas las fuerzas de la sociedad. Insistía, particularmente, en el importante papel que deberían desempeñar un nuevo sindicalismo —el antiguo estaba prácticamente destruido entre la represión y el exilio— y una burguesía industrial que fuese emprendedora, moderna y europea”. Jaume Vicens Vives recalca que “era necesario que los nietos y biznietos de aquella burguesía cogiesen el relevo para hacer la Revolución Industrial que todavía estaba pendiente en España”.

Reviste un especial interés la conferencia de Jaume Vicens Vives, *El capità d'indústria espanyol al llarg dels últims cent anys*, considerada la conferencia fundacional del Cercle d'Economia, pronunciada el 16 de octubre de 1958. Un mensaje resume el denso contenido de su intervención en lo que se refiere a la burguesía: “De sus ambiciones y de su interés, de su comprensión de los demás elementos de la sociedad, de su nueva fe en el país, pueden y deben esperarse muchas cosas”.

¿Qué ha sucedido en Cataluña desde la intervención de Jaume Vicens Vives en 1958? ¿Nuestra burguesía ha sabido contribuir de manera determinante al progreso económico y social? ¿Ha sabido articular mecanismos para hacer frente a los problemas enormes e intrincados que señala Pérez Díaz, o, por el contrario, ha predominado la pasividad cívica a la que también alude este autor?

Ya son numerosos y reconocidos los análisis académicos del papel de la sociedad civil catalana en los años del franquismo que sucedieron al Plan de Estabilización. La mayoría de ellos coinciden en una valoración positiva, especialmente meritoria, si tenemos en cuenta el entorno político de la época.

Entre otras iniciativas, la sociedad civil catalana creó el Cercle d'Economia en 1958; supo comprometer a una nueva generación de empresarios y académicos de la Universitat de Barcelona en un proyecto común; fundó ESADE e IESE en el mismo año 1958; posteriormente, dirigió la fusión de las Cámaras de Comercio e Industria; intentó modernizar, sin gran éxito, la patronal catalana; abrió la vía para el diálogo y la negociación con un nuevo sindicalismo; ostentó un claro liderazgo en el movimiento europeísta en España, tanto con la constitución de entidades de carácter netamente europeísta, como la Liga Europea de Cooperación Económica, así como con la adopción de compromisos inequívocos con Europa, con el *Document dels Tretze*, por ejemplo; sin olvidar la voluntad de acercar las nuevas generaciones a un nuevo modelo de economía y sociedad, con iniciativas como la creación de las Joves Cambres. Se trataba, en esencia, de favorecer las medidas económicas que animaban el Plan de Estabilización pero, también, de apostar por la configuración de una red institucional moderna e independiente, en la medida de lo posible, de la política de la dictadura.

Con este conjunto de iniciativas no sólo se pretendía contribuir al impulso del desarrollo económico sino también a preparar y favorecer el camino hacia la democratización social y política. Como consecuencia de este intenso dinamismo de la sociedad civil, de Cataluña surgieron figuras clave en la transición política y en la consolidación de una sociedad democrática. Un proceso que se inició hace ya trein-

ta años con una idea muy definida de adónde debía dirigirse nuestra economía y sociedad.

Tres décadas de activismo en un contexto democrático ya son un periodo suficiente para valorar la dinámica de nuestra sociedad civil económica en democracia. Para ello sería conveniente recordar algunas de las reflexiones de Víctor Pérez Díaz y Jaume Vicens Vives, quienes, en sus intervenciones, hacen referencia, entre otras cuestiones, a tres consideraciones determinantes: a la subordinación, como consecuencia de la pasividad cívica, la subordinación de la mayoría y la complicidad de la minoría; a la revolución industrial pendiente en España; y a los enormes e intrincados problemas a los que había que enfrentarse a comienzos de este siglo XXI.

De la subordinación a la beligerancia

Un análisis objetivo de la actuación global de la sociedad civil durante los treinta años de vida democrática en España debe poner de manifiesto una actitud generalizada de subordinación de la sociedad civil a los poderes públicos. Ha sido habitual que incluso las entidades más representativas de la sociedad civil se hayan autolimitado en sus ambiciones, manifestando una actitud de excesiva condescendencia con el poder político. Una actitud que se podía entender en los primeros años de la transición democrática, cuando la apuesta del conjunto de la sociedad era reforzar los partidos políticos para consolidarlos como ejes esenciales de la vida democrática.

Además, esa actitud se ha mantenido especialmente en una época de fuertes liderazgos políticos en Cataluña y en España, sustentados en claras mayorías parlamentarias, lo que ha favorecido la primacía exagerada del poder político.

A pesar de ello, esta dinámica parece haberse modificado recientemente, coincidiendo con un clima de creciente distanciamiento de los ciudadanos de la vida política y de necesidad de los partidos políticos de conformar mayorías parlamentarias de coalición, tanto a escala española como catalana.

Esta actitud de mayor beligerancia por parte de la sociedad civil de Cataluña también puede estar favorecida por haber depositado en los gobiernos del Estado, y en los principales partidos que los sustentan, la responsabilidad de políticas centralistas que animan las críticas de varias entidades catalanas. El hecho de que el principal receptor de la crítica esté a cierta distancia siempre favorece una actitud de denuncia y, si conviene, de enfrentamiento.

Jaume Vicens Vives hacía alusión a la necesidad de una revolución industrial en España, y esta revolución ya se ha producido. Hoy, Cataluña no es el espacio europeo e industrializado en una España atrasada. El objetivo de contribuir a la modernización de España se ha conseguido con gran éxito. Más allá de los actuales e intensos debates políticos territoriales es innegable que España es, en la actualidad, un país moderno y avanzado en su conjunto, y su capital ocupa un lugar entre las grandes ciudades europeas y mundiales.

Anteriormente hemos señalado que, al iniciar nuestro proceso de democratización, la idea de adónde tenía que dirigirse nuestra sociedad estaba muy definida. Hoy en día, treinta años después, la confusión parece haber sustituido a la certeza. Las cuestiones que nos ocupan son ciertamente imbricadas. Durante años, décadas, las reclamaciones de la sociedad



© Pérez de Rozas / AHCB-AF

económica eran claras y recurrentes. Nos referimos a la demanda de una fiscalidad mejor, de una flexibilización del mercado laboral, de una política monetaria que redujese el tipo de interés o una política de tipo de cambio favorable a la competitividad de la industria. Éstas han sido las principales demandas que no han cesado en los últimos treinta años.

Algunas de ellas seguirán constituyendo cuestiones importantes, pero no tienen la trascendencia que durante años se les había otorgado. Entre otras razones porque algunas ya no forman parte del ámbito de decisión de la soberanía nacional. Hoy en día nos afectan cuestiones de una complejidad mucho mayor. Como muestra de ello, en los últimos años, el Cercle d'Economia, seguramente el foro de reflexión más plural, ha centrado sus "Opinions d'Actualitat" en cuestiones como justicia, educación, seguridad, marco institucional, el papel del Estado en el mantenimiento del equilibrio económico territorial, financiación de partidos políticos, inmigración o en la responsabilidad del empresariado catalán; ejemplo de estos nuevos debates mucho más complejos que los tradicionales, lo que obliga a analizarlos desde perspectivas más amplias que las estrictamente empresariales.

La modernización de España, la necesidad de una participación comprometida en la vida pública y la aproximación a nuevas realidades de especial complejidad son algunas de las grandes transformaciones que tienen una especial influencia en la sociedad civil económica catalana.

Otro hecho remarcable al considerar la composición de la sociedad civil económica catalana es el extraordinario número de entidades que la conforman. Junto a las más destacadas, Fomento del Trabajo Nacional y Cámara de Comercio de Barcelona, se encuentran el resto de cámaras de comercio de otros ámbitos territoriales; el conjunto de patronales repartidas por toda Cataluña; agrupaciones de pequeñas y media-

nas empresas; de gremios tradicionales; nuevas iniciativas como el Instituto de la Empresa Familiar, cuya idea ha sido "exportada" a España y a Europa; la más reciente e innovadora Fundació FemCat; y otras iniciativas como la Fundació Gresol en Tarragona, la Trobada del Pirineu en Lleida, y las numerosas tribunas o agrupaciones de entidades con vocación de emitir opinión, como el GTI-4, Entitats Barcelonines, etc. La propia existencia de un número tan elevado de entidades constituye una invitación a la autocomplacencia, al poder confundir activismo con influencia.

El gran reto es no dejar espacio para la autocomplacencia, apostando por la colaboración entre entidades; incorporar y aprovechar la nueva realidad española y la profundización en nuestros espacios naturales, como son América y Europa; aceptar que las cuestiones que realmente determinarán nuestro progreso económico y social son de una especial complejidad y ya no admiten las aproximaciones tradicionales, y asumir, de una vez, decididamente, la responsabilidad que corresponde a la sociedad civil en una sociedad abierta.

Una responsabilidad que tiene que ser todavía mayor en una sociedad que se aleja de la vida política. Porque el primer gran objetivo de la sociedad civil probablemente tendría que ser contribuir a la recuperación de la confianza en las instituciones públicas, para lo cual sería necesario llevar a cabo reformas en profundidad que favorecieran una mayor calidad de la democracia. Reformas que también son necesarias en otros ámbitos especialmente próximos al inmovilismo. Pero este conjunto de reformas e iniciativas sólo podrá ser abordado por el poder político, que es a quien le corresponde hacerlo, con un apoyo claro y exigente de la sociedad civil.

La tarea no es sencilla, pero es el único camino que puede dar su auténtico sentido a la sociedad civil económica catalana en este comienzo de siglo. **10**

La Seat, uno de los símbolos de la industrialización impulsada por el franquismo, durante una visita del primer ministro griego, Alexandros Papagos, en octubre de 1954. Poco tiempo después, coincidiendo con la puesta en marcha del Plan de Estabilización, se produciría el primer resurgimiento importante de la sociedad civil catalana en la posguerra.

La sociedad civil catalana es una clase en extinción en el contexto de la cultura. Ahora conviene plantearse qué parámetros tendrían que configurar una nueva sociedad civil para el siglo XXI.

La liquidación de un protagonismo histórico

Texto **Xavier Marcé**

Sospecho que el concepto de sociedad civil, tal y como se ha utilizado en Cataluña en los últimos años, tiene una escasa vigencia. Me refiero, evidentemente, a una burguesía catalana que a lo largo de los años ha mantenido con la política, la economía y la cultura una relación basada en la administración de los ceremoniales del poder y el liderazgo social, y soy consciente de que dejo a un lado a los centenares de miles de personas que participan de la vida social y cultural del país desde una perspectiva no gubernamental y a través de su militancia en todo tipo de asociaciones culturales y cívicas.

Hasta los años veinte, la existencia de la sociedad civil era una obviedad en toda Europa, la consecuencia inevitable de un orden burgués y liberal en el que sociedad y cultura vivían al margen de una acción pública que, por otra parte, era tremendamente frágil y poco preocupada por el desarrollo de los servicios personales. Como consecuencia de ello, en Cataluña hemos entendido la sociedad civil como un modelo de participación ilustrada en los asuntos sociales y culturales, con frecuencia sustitutoria de las políticas públicas que las circunstancias han echado a perder en Cataluña a lo largo de buena parte del siglo XX.

Cuando las teorías de Keynes modifican el papel de los estados modernos y se inicia el proceso que nos lleva al actual estado del bienestar, la presión fiscal mengua las fortunas personales, limitando el tradicional papel de mecenazgo que la burguesía europea había desempeñado hasta aquel entonces. El retraso histórico que suponen para España las dictaduras de Primo de Rivera y, especialmente, la de Franco, lleva aparejado la construcción de un Estado poco comprometido con el desarrollo cultural y social, lo que facilita, y en cierta medida exige, el mantenimiento de una sociedad civil muy activa. Así pues, a la sociedad civil catalana se le ha supuesto un estado de vigilancia respecto a la vida cultural, gracias al cual pudimos disfrutar de ciertos niveles de excelencia cultural durante los años de dictadura, sustituyendo (es decir, supliendo) las funciones propias de un Estado moderno.

En Cataluña, sin embargo, la vida institucional se ha normalizado y el desarrollo cultural ha sido asumido por la

Administración Pública de manera lenta pero ordenada. El municipalismo cultural fue especialmente activo durante la década de los ochenta, y la celebración de los Juegos Olímpicos permitió la realización de un pacto interinstitucional que nos dotó de infraestructuras de orden nacional hasta entonces inexistentes. Podemos afirmar que, a finales de la década de los noventa, el mapa básico de las infraestructuras culturales catalanas, predibujado por nuestros abuelos novecentistas, ya estaba razonablemente resuelto, a excepción de la Biblioteca Provincial y de la reformulación o creación de algún nuevo museo que diese respuesta a sectores como el del diseño o la imagen, que en la actualidad todavía siguen siendo tratados con una perspectiva patrimonial decimonónica.

Todavía hoy queda por concluir el mapa de infraestructuras territoriales, pero es de justicia señalar que no es una cuestión que afecte al papel de la sociedad civil, sino que esencialmente es una cuestión de democracia cultural y de ampliación del mercado interno de consumo cultural, aspecto del que se ha ocupado bien poco la burguesía catalana.

En el contexto de la cultura, no nos debe extrañar que la sociedad civil catalana sea una clase social en proceso de extinción. El incendio del Liceu (1992) y el proceso de entrada del Gobierno Central en el MACBA (2006-2007) marcan el fin de su protagonismo. Quedan como ejemplos, a mi parecer residuales, algunas instituciones que todavía representan el espíritu de la antigua sociedad civil, como el Ateneu Barcelonès y Òmnium Cultural, en las que se imparten alegatos socioculturales con pretensiones de liderazgo político sobre la cultura. Las demás instituciones históricas independientes se han ido convirtiendo progresivamente en asociaciones gremiales más o menos reconvertidas en agentes de producción cultural o en expresiones, no siempre solubles, del muy extendido sindicalismo vertical que predomina en nuestra vida cultural.

La falta de un Estado ha convertido a Cataluña en un extraño andrógino sociopolítico. Hacer política en Cataluña ha significado en algunos momentos históricos una manera de servir al país en los mismos términos en los que podría



© Julián Martín / EFE

hacerlo el activismo social propio de un buen patriota. Una tradición política que permitió a Cambó dirigirse al Rey como lo haría el presidente del Ateneu, a Pujol exigir a las empresas que financiaran la reconstrucción del Liceu como lo haría el presidente del Cercle d'Economia, o a Lluís Companys, un presidente con antecedentes sociopolíticos tan discutibles (desde el punto de vista de la militancia catalanista), convertirse en un mártir del catalanismo. Hasta hace muy pocos años, la sociedad civil en Cataluña se ha confundido con el Gobierno de Cataluña hasta el punto de que no era descabellado analizar la política local como si fuese su extensión.

La generación del presidente Montilla o del candidato Mas es la que, de hecho, profesionaliza la política desproviniéndola de ese tono mesiánico que la había acompañado a lo largo del siglo XX.

Sería injusto negar que la burguesía catalana prescribe en términos económicos. El reciente encuentro de empresarios, en torno a la Cámara de Comercio, Fomento y al Cercle d'Economia, para reivindicar soluciones efectivas e inmediatas al retraso de las infraestructuras de comunicación catalanas sería el último ejemplo de esa tradición. Pero, en este caso, hay que señalar asimismo que se hace de la necesidad virtud, dado que esta misma burguesía tiene una escasa participación en la financiación de la vida cultural local.

No obstante, no negaré muchas virtudes históricas de cierta burguesía comprometida con la cultura. Cataluña ha vivido épocas gloriosas en manos de una *gauche divine* objetivamente activa, aunque aristocrática y distante de los problemas reales del país. Pertenecen a este mito algunas de las

etapas mejor publicitadas de la Barcelona del tardofranquismo: la excelente poesía de los “malditos” –Costafreda, Ferrater, Gil de Biedma o Goytisolo–; el cine de la Escola de Barcelona, con los Nunes, Portabella, Camino y Jordá, entre otros; la fotografía de Maspons, Miserachs o Colita; el pensamiento de Paniker, Castellet, Barral; arquitectos como Bofill o Tusquets o agitadores sociales como Oriol Regàs, etc.

Pero en la actualidad es más interesante plantearse cuáles son los parámetros que tendrían que configurar una sociedad civil para el siglo XXI; cómo aparecen los creadores de opinión en una sociedad virtual en la que los canales de información y de influencia ya no tienen nada que ver con las pertenencias familiares, las proximidades políticas o el “bonvivantismo” estético. Lo que ahora procede es preguntarnos si los *okupas* de Can Ricart, los músicos de comarcas, los empresarios de las modernas industrias culturales (a menudo nacidos fuera de Cataluña) o los cineastas formados por primer vez en una escuela de verdad son sociedad civil, y si los efectos de sus acciones condicionan al Gobierno en la misma medida en la que hace años podía hacerlo la opinión de cierta clase social.

Una vez alargada hasta el límite de lo posible la gestión de ciertos templos culturales (el Liceu, por ejemplo), agotadas las posibilidades de financiación independiente y activadas las redes infraestructurales de un país moderno (los equipamientos nacionales de los noventa), la antigua sociedad civil catalana no podía tener otra función que la de mantener ciertas representatividades consolidadas por la historia y finiquitarse por el simple advenimiento de la normalidad cultural.

Conviene preguntarse por los mecanismos de creación de opinión en la sociedad virtual del siglo XXI y por la influencia de los nuevos colectivos en la acción del gobierno. En la imagen, manifestación del colectivo “okupa” La Makabra en la plaza de Sant Jaume, en diciembre de 2006, en protesta por el desalojo de Can Ricart. En la portada del artículo, cristalera del MACBA con un listado de patrocinadores privados.

“Para la cultura catalana, el próximo Consejo de las Artes será una prueba de fuego. También para la antigua y casi inexistente sociedad civil catalana”.

La concepción tradicional de sociedad civil es víctima de la denominada ley de los precios de la cultura, conocida también como Ley de Baumol, que se podría definir de la siguiente manera: los costes de las Bellas Artes (concepto bastante discutible en la actualidad, pero útil a efectos de la mirada cultural de ciertas clases sociales) no admiten procesos de productividad intensiva, es decir, mantienen una curva creciente de costes. Si la burguesía catalana no puede financiar la cultura, bien porque ya lo hace el Estado o bien porque se trata de una clase progresivamente empobrecida, no le queda otro remedio que reducir su función a la influencia y al debate cultural, escenarios en los que su representatividad se confunde progresivamente con las mayorías legitimadas por la acción democratizadora del Estado, la provisión de las modernas políticas culturales y una más activa formación ciudadana en las artes y la gestión eficiente de la cultura.

Hace ahora quince años, el Liceu estaba ardiendo. En cuestión de horas el presidente Pujol prometió que el coliseo se reconstruiría rápidamente, manifestando la certeza de que la misma sociedad civil que lo había edificado –y a la vez reconstruido, después del primer incendio– prestaría de nuevo y de forma desinteresada su colaboración. Evidentemente, era una forma de hablar, porque el propio presidente Pujol, acostumbrado a una visión de la cultura más social que institucional, sabía perfectamente que esa sociedad civil a la que pedía ayuda era, en realidad, una proliferación de siglas y logotipos que acababan, todos, con una impersonal y muy calculadora S.A.

Josep Caminal ha tenido que soportar muchas bromas sobre el incendio del Liceu, incluso alguna comparecencia para demostrar su falta de responsabilidad en el incidente. Sospecho que si en su mente había algún pecado de pensamiento, debía de estar más relacionado con el deseo de quemar la sociedad civil configurada por los propietarios del Gran Teatre que imposibilitaban su necesaria modernización. Ironías aparte, es muy cierto que pocos meses antes del incendio la situación del Liceu era insostenible.

La puesta en marcha del MACBA también supuso un importante golpe de efecto de nuestra sociedad civil catalana. En este caso, el alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall, quiso crear un Consejo de Mecenazas encargado de comprar la obra que, progresivamente, iría constituyendo la colección permanente del Museo. Confieso que personalmente preferiría que la burguesía catalana dedicase sus recursos a generar colecciones privadas (el principal problema del sector artístico catalán es la falta de un mercado privado potente y activo), dejando que el Estado dote el Museo de una colección financiada con fondos públicos, como pasa en toda Europa. La presencia de una larga lista de mecenazas en el Consejo del MACBA no se puede entender exclusivamente como un pro-

blema de falta de recursos, sino como un modelo largamente defendido por Maragall. La entrada del Ministerio de Cultura en el MACBA es la mejor manera de normalizar su organización y una limitación implícita de las funciones que originalmente le correspondieron a la comisión de empresarios.

Defiendo la teoría de que la falta de interés por las políticas culturales que han manifestado los presidentes Pujol y Maragall, o políticos tan influyentes como Narcís Serra (uno de los grandes “lobbistas” culturales del país) está relacionada con una visión prosaica de esa pretendida sociedad civil catalana con la que ellos habían establecido un maridaje durante los años de la reconstrucción nacional (a partir de la década de los sesenta), ya sea por razones familiares o por convencimiento ideológico.

Para la cultura catalana, el próximo Consejo de las Artes será una prueba de fuego. También para la antigua y casi inexistente sociedad civil catalana. Entre los años 1997 y 2000, un grupo de personas capitaneadas por Ferran Mascarell, entonces responsable de política cultural del PSC, diseñamos una propuesta alternativa a la larguísima (aunque aún lo fue más) y poco productiva experiencia cultural de los Gobiernos de CiU. Aquel trabajo se editó con el nombre de *Llibre blanc de la cultura a Catalunya* y fue presentado por Pasqual Maragall, candidato entonces a presidente de la Generalitat, en la sede del FAD. Maragall sorprendió a todos cuando se comprometió a poner en marcha el Consejo de las Artes y la Cultura de Cataluña. Nadie se lo pidió y nadie esperaba que expresara de manera tan contundente su poca afición por desarrollar una política institucional de cultura, decantándose por un modelo anglosajón que, todo sea dicho, no resulta nada fácil de poner en marcha en nuestro país. El libro blanco hacía referencia al Consejo de las Artes, pero en ningún caso como una alternativa a la función inexcusable de una Consejería de Cultura.

Seis años después de aquella fechoría, el Consejo de las Artes sigue siendo un monstruo con siete cabezas que circula por el Parlamento, la Consejería y el sector dejando un reguero de desconcierto. No se trata de analizar ahora qué hubiera podido ser, cómo se tendría que haber configurado y qué funciones tendría que haber asumido un consejo que, probablemente, nacerá repleto de problemas y con escaso consenso. En mi opinión, Maragall y, en alguna medida, el redactor del documento original, Josep Maria Bricall, pensaron en un tipo determinado de consejo porque creían en la existencia de una sociedad civil legítima y legitimada para conducir la vida cultural de los catalanes. Esa sociedad ya no existe. Afortunada o desgraciadamente, forma parte del pasado, y me atrevería a decir que nunca más existirá, si la suerte nos acompaña y si Cataluña se convierte en un país políticamente maduro y culturalmente solvente. **M**



El mito de la sociedad civil catalana

El poder político

Se necesitan unas reglas de juego diáfanos que garanticen el funcionamiento de grupos, entidades y fundaciones y su autonomía respecto del poder político.

Reglas claras para una relación siempre difícil

Texto **Ignasi Riera** Escritor

Vivo, aprendiz de náufrago, con dudas sistemáticas sobre el tema de este artículo: el concepto de sociedad civil catalana y los buenos y malos usos de la política realmente existente. Además, como dice la canción, “dicen que la distancia es el olvido”. En algunos aspectos, vivir en Madrid es vivir lejos: las ópticas sobre esta cuestión pueden ser víctimas del virus informático de la subjetividad.

Una nota previa más, es verdad que a lo largo de mi vida he practicado con tozudez los dos pecados capitales por los que se me convoca: el de la política, tanto en tiempos de clandestinidades (tan honestas como deformadoras) como de responsabilidades públicas de político electo, como concejal y como diputado; y el de ser cooperador activo en el seno de la sociedad civil, en diferentes ámbitos: en las juntas del Centro de Estudios Comarcales del Baix Llobregat, en el Ateneu Barcelonès, en la Federación de Ateneos de Cataluña; como presidente del DESC (observatorio de los derechos económicos, sociales y culturales); como secretario de la AELC (Asociación de Escritores en Lengua Catalana) y patrón, en activo, de la Fundación Orienta.

¿A qué herencia no queremos renunciar?

Aunque comparto, al menos en parte, el escepticismo de un puñado de personas sobre la consistencia actual de la energía transformadora de la sociedad civil catalana, la cual se define con frecuencia con términos demasiado vagos, he creído y sigo creyendo en ella. Sin dejar de sentir una pizca de angustia leo un texto, *Visions d'un sindicalista*, del blog personal de Roger Malló (30 de julio 2007):

“[...] aquella Cataluña de la que nos hablaban algunos [...], aquella sociedad dinámica, valiente, con empuje, capaz de salir adelante a pesar de las adversidades, de la que apenas queda rastro. Es una sociedad civil en la que hay un montón de siglas, organizaciones, entidades, centros recreativos, ateneos, sindicatos –nacionales o no, da lo mismo–, pero en la que hay más entidades que afiliados, más ‘liberados’ que catalanes, más ‘comisarios políticos’ que gente sacrificada. Resumiendo, en conjunto, una ficción: sostenida y mantenida con el dinero público”.

Diferente es el análisis del profesor Manuel Castells, quien, el 15 de marzo de 2006, nos decía en el Ateneu Barcelonès:

“¿Qué papel les queda a los ateneos en la era digital? Su supervivencia física, social y financiera, ya por sí sola difícil, no resuelve el problema de su supervivencia cultural, es decir: su papel como medio de innovación cultural y de intercambio de ideas y proyectos en un mundo de comunicación global digitalizada. [...] Recordemos que el esplendor del pasado no garantiza el futuro. Hubo importantísimos medios culturales de innovación, como los monasterios, en su momento, que han desaparecido como tales. Y numerosos ateneos que se han refugiado en un ámbito intermedio de estética de la nostalgia y pervivencia de los símbolos distintivos de la elite social”.

El concepto “la estética de la nostalgia” bien se merece una glosa, porque si toda nostalgia es legítima –“quien pierde los orígenes, pierde la identidad”– todos estamos obligados a reinvertir los capitales de nostalgia en activos de futuro, en el sentido de la frase “venimos de lejos y vamos más lejos aún”. Creo que en este punto, y en esta ocasión, tenía razón Jordi Pujol, en su conferencia *Perspectiva política del catalanisme*, del 15 de febrero de 2007:

“[...] incluso en los momentos más duros y adversos, una mayoría de los catalanes ha creído en el futuro y ha apostado por construir el país. A veces lo han hecho con argumentos contundentes como ‘la democracia, el noventaismo, la catalanidad recuperada, el europeísmo o el progreso económico y social’, y en otras ocasiones, mezclando conceptos, ideas y argumentos, a priori contradictorios, pero netamente catalanistas, como el Barça, Montserrat, el mundo intelectual, literario y artístico, la burguesía, los orfeones, los ateneos, las sardanas, los *castells* y el mundo económico”.

Para no perderse en una jungla espesa...

El de “sociedad civil”, y para afirmarlo nos bastará con los tres testimonios aportados, es un concepto-contenedor o como el de una macrosuperficie comercial de muchos pisos, con departamentos, secciones, subsecciones, áreas, sucursales y franquicias de todo tipo. Cuando oigo la expresión



© Pérez de Rozas / AHCB-AF

Sobre estas líneas, presentación del Congrés Universitari Català en el paraninfo de la Universidad de Barcelona, marzo de 1977. En la página siguiente, cartel publicitario del referéndum sobre el Estatut, octubre de 1979. En la portada del artículo, patio del Institut d'Estudis Catalans.

“sociedad civil” se me pone en marcha un mecanismo, diseñado para robots imperfectos, y voy vomitando, desde el más desordenado (o sea, caótico) de los caos, nombres como, por ejemplo: Cors de Clavé, Òmnium Cultural, Federació d'Associacions de Veïns, Centre de Lectura de Reus, Usuaris de la Salut Mental de Catalunya, CADCI (Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria) –al que había pertenecido Josep Tarradellas–, Orfeo Català, Centre Excursionista de Catalunya, sociedades gastronómicas, Paz en el Sahara y Amics del Poble Saharauí, Federació de Gais i Lesbianes, Rosend Arús (1845-1891) y su biblioteca pública, Institut d'Estudis Catalans, Institut Català de la Cuina, Rosa Sensat, la Societat Protectora d'Animals, OCUC (Organització de Consumidors i Usuaris de Catalunya), las AMPA de los centros públicos de enseñanza, asociaciones de editores y de escritores en lengua catalana, Institut Guttmann, fundaciones como la Jaume Bofill, Orienta, Joan Miró, Antoni Tàpies, Espai Guinovart o la del Museu del Joguet de Figueres; y muchos más. Los nombres que me han salido a borbotones me inspiran, todos, buenas vibraciones y defendería tanto sus objetivos como su itinerario.

Sin embargo, hay personas refractarias al concepto de “sociedad civil”. Recuerdo a una diputada socialista, pero amiga, del Parlamento catalán, que creo que posteriormente ha estado ejerciendo como consejera del Gobierno de la Generalitat, que cuando invocábamos la “sociedad civil” se

ponía a hablar, toda marcial, de la “sociedad militar”. Le sugerí que para incrementar su contundencia dialéctica, hablase también de “sociedad religiosa, confesional”. ¿Por qué lo hacía así? Porque ha habido una cierta corriente, entre las filas de la política de nuestra tierra, que ha querido creer que se tenía la intención de criticar, en nombre de la sociedad civil, la acción de (supuesto) bienestar social y las dinámicas pretendidamente culturales estimuladas, y financiadas, por los poderes públicos, locales (ayuntamientos y diputaciones, especialmente la de Barcelona) y autonómicos. No van del todo descaminados, que éste es uno de los flecos todavía no cicatrizados de nuestra “transición”. Me explico: cuando no había poderes políticos democráticos, la “sociedad civil” era el motor y el eje vertebrador de muchas acciones reivindicativas en Cataluña. A favor de las libertades, sí, y también a favor del reconocimiento de nuestra historia, de las raíces colectivas, del patrimonio requisado y de los signos de identidad que nos convertían en un pueblo –mejor o peor– diferente. La mayoría de las personas que nos convertimos en “carne de lista electoral” veníamos de núcleos de esta sociedad civil. Los que no quedaron incardinados en las filas de las nuevas administraciones públicas, a menudo se sentían –y no sé si todavía se sienten– traicionados por los antiguos compañeros de proyectos y de luchas.

Eso por una parte. Por la otra, ha habido partidos políticos poderosos, capaces de administrar recursos impensables



© Pérez de Rozas / AHCB-AF

antes de 1976, que han querido *controlar* (y uso el término más benévolo) esta rebanada de vida asociativa para convertirla en correa de transmisión y en apéndice de su acción política. Lo diré más claro: para la clase política catalana, la “cultura” tiene un interés mínimo. Pero todos los electos se han dado cuenta de que “la cultura vende” y han aprendido a hacer discursos inaugurales de todo tipo de acontecimientos culturales y artísticos sin que se les caiga la cara de vergüenza. Les apasiona, sobre todo, la “cultura de lo efímero”, que da para dos ruedas de prensa, una inauguración, una clausura, unos cuantos miles de invitaciones y media tonelada de canapés (no sometidos a ninguna ley, ni de higiene ni de buen gusto). ¿Sienten la misma pasión por los archivos, las bibliotecas, los centros de restauración, la investigación científica o los centros de enseñanzas artísticas? Una respuesta negativa explicaría la relación tan poco saludable entre política y sociedad civil.

En contra de estas iras y sospechas, tan dignas de un buen psicoanálisis colectivo, me parecen interesantes las consideraciones sobre la sociedad civil que Antoni Garrell Guiu, presidente del Cercle per al Coneixement, expresó el 25 de marzo de 2007:

“La sociedad civil es aquella parte del ámbito privado cuya actividad no tiene afán de lucro. Dicho de otro modo, la sociedad civil acaba allí donde comienza la Administración pública y donde comienza el mercado (entendido como la actividad que se genera con finalidad lucrativa). Dicho así,

podríamos pensar que la sociedad civil es el elemento menos importante de los tres, que sólo existe para contextualizar los otros dos. Nada más lejos de la verdad. Lo cierto es que los tres componentes (sociedad civil, administraciones y mercado) son factores esenciales de cualquier sociedad humana; los tres elementos forman un equilibrio sin el que una sociedad no puede desarrollarse. (...)”

“Hoy en día comprendemos que la acción de gobierno supera la mera tarea de la Administración pública, necesita la presencia de una sociedad civil activa y estructurada, además de la acción de un mercado dinámico y poco intervenido. Cada uno de estos tres elementos actúa como contrapoder de los otros y contribuye a evitar situaciones de desequilibrio. De este modo, constatamos que, cuando la Administración es demasiado preponderante, se producen situaciones de desánimo social y de estancamiento económico; por el contrario, si el mercado se vuelve predominante, se acostumbran a acentuar los desequilibrios y las desigualdades sociales. Pero, y esto es muy importante, sólo una sociedad civil fuerte puede evitar los abusos de los otros dos elementos y, a la vez, ayudar a abrir nuevas vías y actuaciones de futuro”.

Reglas de juego y financiación del fenómeno

Navega que navegarás, he encontrado críticas ácidas, no siempre suficientemente razonadas, sobre lo que podríamos etiquetar como “el secuestro de la sociedad civil por parte del

En las manifestaciones que se convocaron en Barcelona y otras ciudades contra la guerra de Irak, como la de la imagen, tuvieron un papel primordial organizaciones sociales no vinculadas a los partidos políticos.

poder –y del dinero– público”. Lo explicaba así Narcís Sastre el 19 de abril de 2006: “La teórica sociedad civil en nuestro país depende del dinero público para poder sacar adelante sus actividades, lo que acaba pervirtiéndolas”.

Otras voces afirman, y no tengo datos para desmentirlas, que una de cada tres ONG se financia en un ochenta y cinco por ciento con dinero público.

Es cierto que, en este campo, es un clamor la exigencia de unas reglas de juego más diáfanos que garanticen tanto el funcionamiento como la autonomía (con relación al poder político) de grupos, entidades y fundaciones. El siempre elegante Carles Campuzano, paradigma de diputado joven, primero en el Parlamento catalán y, ahora, en el Congreso de los Diputados, y experto en frases encíclicas, lo decía así el 9 de mayo de 2007:

“Necesitamos una sociedad civil que sea lo más independiente posible de los poderes, con capacidad crítica, y que sepa construir una idea compartida sobre el interés general. Y necesitamos que lo haga con rigor y generosidad, pero también con alma o compromiso”.

Aunque confieso que no sé qué quiere decir hacer las cosas “con alma”, quizá porque el mío es un hilemorfismo de baja intensidad “anímica”, sí que me apropio de la expresión “de una sociedad civil que sea lo más independiente posible de los poderes”. Lo cual me lleva a la serie de consideraciones siguientes:

1.- Es legítimo y exigible que el dinero público ofrezca apoyo efectivo a los grupos constituidos de acuerdo con la normativa vigente –es decir: con finalidades que sean totalmente constitucionales– para poder sacar adelante sus programas. Y más cuando el trabajo de estos grupos es subsidiario del de los poderes públicos. Por ejemplo: cuando presidía en el Parlamento catalán la comisión de estudio sobre el sida en Cataluña, diferentes profesionales públicos y privados insistían en que había acciones de ayuda para los infectados con el VIH que eran mejor realizadas por grupos privados que por otros grupos que dependen de la Administración.

2.- Siempre, y en todas partes, el destino del dinero público tiene que ser transparente y controlado (auditado) al final de cada nuevo ejercicio presupuestario.



“Si toda acción cultural y social debe posibilitar la cohesión de un pueblo, hay que erradicar las tentaciones de intervencionismo sobre los colectivos subvencionados con dinero público”.

3.- Los poderes públicos no pueden dejar de prestar los servicios que les impone la ley y los programas de gobierno, alegando simplemente que ya hay grupos de voluntariado que actúan en ese ámbito. Por ejemplo: durante muchos años, Òmnium Cultural impartía cursos de catalán. Ahora, los gobiernos autonómico y locales, mediante el Consorcio para la Normalización Lingüística, tienen la obligación de garantizar el derecho de todos al acceso a los cursos de catalán, en todos sus niveles y modalidades.

4.- Cataluña, nación europea, debería apropiarse de las políticas de mecenazgo con el fin de destinar más recursos a la acción cultural, con un tipo de fiscalidad que conceda mayores recursos a las fundaciones legalmente constituidas.

5.- En la sociedad catalana, debería crecer con fuerza un doble compromiso “autónomo”: el de luchar enérgicamente a favor de la “cultura de la autonomía y de la autonomía de la cultura”, por decirlo con una expresión acuñada, hace casi treinta años, por Alfons Comín. Eso presupone que si cualquier acción cultural y social tiene que posibilitar la cohesión de todo un pueblo, se deben erradicar todas las tentaciones de censura o intervencionismo en las acciones de los colectivos subvencionados con dinero público por parte de quienes rigen ese poder político. Creo que un colectivo de expertos, si es necesario con el asesoramiento de la Sindicatura de Greuges y la de Comptes, tendría que elaborar y llevar a su aprobación parlamentaria la normativa reguladora de las subvenciones para entidades y fundaciones.


A modo de conclusión

Antes de redactar estas notas, he enviado el esquema-guión a personas que saben de qué va esta historia. La última de las conversaciones mantenidas sobre este guión fue con Jordi Porta, en su sede de Òmnium Cultural. Hace años que nos conocemos: creo que el primer encuentro fue en París, en el año 1970, cuando yo volvía de Beirut, donde había formado parte de una delegación catalana que quería mantener un contacto más directo con la “guerra” entre Palestina e Israel. Posteriormente nos hemos seguido viendo cuando era él era responsable de la Fundació Jaume Bofill. Sumergido en el mar de artículos, notas y publicaciones sobre la sociedad civil catalana he podido comprobar que la de Jordi Porta ha sido y es una voz que contagia credibilidad y de las que nunca callan, cuando nos desasosiegan las dudas sobre la pregunta: ¿qué hay que hacer, ahora y hoy? Insiste siempre en el deber de los responsables políticos de consultar las grandes cuestiones –como, por ejemplo, el Estatuto de Autonomía de Cataluña– con colectivos, entidades, etcétera.

Nos ponemos de acuerdo con Jordi Porta con respecto a la legitimidad de la subvención mediante dinero público de las actuaciones de los grupos que no dependen de la Administración, aunque sabemos que nunca es fácil, y menos en épocas de fiebre electoral, quedar al margen de los intentos de manipulación por parte de los representantes políticos –que, en eso, alguna vez son sutiles, pero, por lo general, son chapuceros y se les ve el plumero– a cambio de promesas de “favores”. Es importante pedir que estas promesas o buenas voluntades queden siempre expresadas por escrito: *verba volant, scripta manent*, decían los clásicos. Y sabían muy bien por qué lo decían.

Jordi Porta me pasa uno de sus artículos, titulado: *Cultura subvencionada?*, que pretende ser un comentario del libro de Frédéric Martel, *De la culture en Amérique* (Gallimard, 2006). Después de negar el tópico, tan repetido, según el cual “la cultura catalana es una cultura subvencionada y que subsiste gracias al apoyo de las instituciones públicas catalanas”, y de pedir que nos miremos con más detalle los ejemplos de la política cultural que se practica –en expresiones culturales que utilizan la lengua propia como vehículo de expresión– en países como Dinamarca, Noruega o Finlandia, acabará diciendo, con contundencia:

“Sería una contradicción que un país, como Cataluña, con las condiciones adversas que se han dado en el pasado por causas políticas, no pueda ahora adoptar las medidas para un desarrollo normalizado de su propia contribución a la cultura universal”.

Estoy de acuerdo en eso. Diría más: ni el poder político debe considerarse prepotente, y mucho menos omnisciente, frente al resto de la sociedad que lo sostiene, ni dicha sociedad civil debe creer que siempre tiene “toda la razón”. Las tentaciones populistas de los que se limitan a afirmar que todos los políticos son corruptos, sin aplicar la sentencia a otros colectivos gremiales de la sociedad, corrompen el diálogo social o atizan odios que esconden frustraciones de los que litigan. Y del hervor de la frustración sólo surgen propuestas estériles. Y lo que le conviene a Cataluña es una dosis extraordinaria de energía creadora..., así como una clase política más ablandada por el vino de las voces, de los colores y de los aromas de quienes gustan de la cocina del *slow food*, bien alejada de las prisas de los salvadores o de la adulación acrílica de quien ostenta el poder. 

A blurred photograph of a crowd of people, likely at a public event or protest. The image is out of focus, showing the backs and profiles of individuals in a dark, possibly outdoor setting. The overall tone is somber and dynamic.

El mito de la sociedad civil catalana

Cuatro lugares emblemáticos

No es exactamente un grupo de presión; ni un ‘think tank’ económico; ni un centro de formación; ni una organización empresarial; ni un club de gente influyente; ni un foro de debate: es todas estas cosas al mismo tiempo.

Círculo de Economía, el núcleo duro

Texto **Ariadna Trillas** y **Xavier Vidal-Folch**

El Círculo de Economía es seguramente la entidad económica más interesante y dinámica de Cataluña. Figura en vanguardia de lo que se ha convenido en llamar “sociedad civil”.

A modo de ejemplo, dos de sus últimos documentos de reflexión han hecho furor: el que propugnaba la actuación del Estado para compensar los desequilibrios territoriales causados por una creciente centralización, y cargaba contra una España radial en infraestructuras, defendiendo un modelo plural y multipolar en sus centros de poder (2001); y el que asumía una inédita autocrítica del empresariado catalán, rompiendo el unanimismo monocorde que atribuye a la discriminación del Estado exclusivamente la pérdida de polos de la economía catalana (2007). Ningún otro documento de ninguna organización similar ha provocado semejante grado de discusión pública. ¿Por qué?

Seguramente por razones diversas: porque el Círculo es una entidad peculiar en la que los documentos se perfilan después de intensas discusiones colectivas, en lugar de encargarlos a un técnico para después desentenderse, como sucede en otros lugares; porque la riqueza de puntos de vista, muy superior a la de las patronales o incluso a la de las cámaras de comercio, procede de su composición más plural: los empresarios se mezclan con los ejecutivos, los altos funcionarios y los profesores universitarios; porque sus generadores de doctrina han sido también ideológicamente plurales y de fuerte impronta académica (Fabià Estapé, Ernest Lluch, Narcís Serra, Antón Costas...); porque han rehuido el monocultivo de un asunto (mientras las patronales acababan aburriéndose a sí mismas con su único discurso neoliberal y privatizador); y porque ha tratado de defender intereses generales y no sólo sectoriales, estamentales o de grupo.

Por todo esto, la influencia del Círculo, que ha seguido creciendo en los últimos años gracias a documentos como los citados, es una influencia mantenida y respetada desde hace mucho tiempo.

En la década de los sesenta, el mundo de la empresa catalana todavía estaba mayoritariamente encuadrado en un

anticuado oficialismo, aunque poco entusiasta, que cabalgaba sobre el triple pie de la autarquía franquista, el sindicato vertical y el miedo a cualquier novedad. Comenzaba, no obstante, a abrirse camino un liberalismo decididamente europeo, y el Círculo encarnó ese espíritu. Sus fundadores representaban la primera generación de empresarios no traumatizada por la Guerra Civil, espiritualmente posfranquista, y se afanaban, bajo el magisterio de Jaume Vicens Vives, por recuperar el antiguo papel vanguardista de la burguesía barcelonesa, por reencontrar su lugar en el panorama del poder y por diseñar una nueva articulación de Cataluña a partir de una perspectiva de afirmación catalana más que de reivindicación catalanista.

Las señas principales que convenían a la tarjeta de presentación ideológica del Círculo eran la liberalización económica frente al intervencionismo de la dictadura, y el europeísmo en oposición al aislacionismo mental propio del régimen. Y también el compromiso democrático, aunque expresado públicamente con la prudencia que, por aquel entonces, era necesaria para sobrevivir. Lógicamente, estableció puentes con los sectores tecnocráticos oficiales, los ministros del Opus, en un pulso con los de la Falange y la Iglesia de los “propagandistas”, más oxidados: Mariano Navarro Rubio, Alberto Ullastres y compañía, los autores de la primera apertura de la economía española que supuso el Plan de Estabilización de 1959. Y, sobre todo, con los altos funcionarios, catedráticos y asesores de los ministerios económicos, que practicaban un “entrismo” criptodemocrático o una influencia externa con pretensiones liberalizadoras, como, por ejemplo, los Sardà Dexeus, Fabià Estapé (principal mentor intelectual del Círculo tras el fallecimiento de Vicens Vives, en 1960) o Enrique Fuentes Quintana, entre otros. Los *Criterios básicos* de la entidad, un ideario pionero y muy detallado, propugnaban, en 1964, un “régimen democrático” con partidos políticos, mostraban preferencia por las formaciones europeas centristas y postulaban “la integración económica, social, militar y política de todos los países de Europa”.



© Txema Salvans

Como consecuencia directa de esos planteamientos se realizaron estudios como, por ejemplo, *Hacia una nueva política económica* (1970), en que se reclamaba el replanteamiento de la industria española en el horizonte de su integración en Europa; se redactaron manifiestos, como el firmado en 1972 por las “trece entidades”, en el que se defendía que “la solución válida y auténticamente beneficiosa para España radica en el establecimiento de un Tratado de Adhesión a la Comunidad Económica Europea” precisamente cuando la dictadura tenía que resignarse a un simple acuerdo comercial preferencial; y el *Libro Blanco sobre las repercusiones de la entrada en el Mercado Común* (1974). O actuaciones propias de grupo de presión que buscaba modernizar el tejido asociativo catalán: unas, logradas, como la reunificación de las Cámaras; otras, fracasadas, como la de arrebatar el poder a la patronal Fomento, desmontada por el ministro López Rodó.

Nada de todo lo que se coció en Barcelona antes de –y durante– la transición democrática fue ajeno a la institución. Desde entonces, sin embargo, el Círculo optó por ceder mayor protagonismo a los nuevos partidos políticos (alguno de los cuales, como el Centre Català, se nutrieron de sus hombres), actuando primordialmente como escenario de vínculo y consolidación entre las posturas moderadas de los principales de ellos. Y también cedió protagonismo a otras entidades, como Fomento, cuyo primer presidente en democracia fue precisamente Carles Ferrer, el hombre fuerte del Círculo, que forjaría la nueva patronal CEOE, cuya historia, como reverso de la actuación del Círculo, todavía está por

escribir y habría que comenzarla por la piedra de toque europea, comparando el optimismo del citado *Libro Blanco* con la posición indócil de la patronal CEOE en sus documentos de principios de los años ochenta. La entidad adoptó, en consecuencia, un perfil más bien de foro de discusión y de lugar de diálogo que de intervención decidida en la escena pública.

La larga etapa de construcción autonómica bajo la presidencia de Jordi Pujol no contribuyó especialmente a su vivacidad, a pesar de que el presidente fue un socio madrugador, y a pesar de sus proclamas en favor de la emergencia de la sociedad civil: su afirmación catalana de los *cerclistes* contrastaba con el nacionalismo dominante. Tampoco favoreció a la entidad la absorción de su presidente del momento, Josep Piqué, por el Gobierno de Aznar (1996), con quien mantuvo una relación manifiestamente mejorable. La etapa Piqué –quien inmediatamente después de haber abandonado la primera línea del PP de Cataluña ha vuelto a la institución– dejó un regusto extraño en una entidad decidida a mantenerse descontaminada del proselitismo de partido y poco amiga de convertirse en plataforma de promoción personal.

A finales de los años noventa, el Círculo se convenció de que era necesario un nuevo impulso para superar el aturdimiento al que la sociedad civil se había dejado arrastrar por el protagonismo excesivo de los partidos. Emprendió así un camino de agitación interna en el que la institución se auscultó para concluir que tenía que reforzar, o más bien recuperar, su capacidad de generar opinión y de ganar influencia; y no tan sólo en aquellos ámbitos en los que se pueden confi-

Uno de los retos de los actuales responsables del Círculo de Economía es la implicación de las nuevas generaciones, por edad y por cultura tecnológica, a este elitista club de opinión.

“Nada de lo que se coció en Barcelona antes de –y durante– la transición fue ajeno a la institución. Después el Círculo optó por ceder protagonismo a los nuevos partidos políticos”.

nar las inquietudes estrictamente empresariales. Este nuevo espíritu, necesariamente reñido con la prudencia, abierto a reflexiones de horizontes más vastos y ávido de blindar los documentos de opinión con mayores soportes técnicos y económicos (lo que sistematizaría la denominada Comisión 2005), se ha dejado notar en las últimas tres presidencias.

De hecho, la producción prolífica de notas de opinión dio un paso adelante con el mandato de Salvador Gabarró. Criticó la insuficiente independencia de gestión de todas las televisiones públicas o el escaso cruce de oferta y demanda de ocupación en los diferentes puntos de la geografía española cuando se hacía necesario un inexplorado impulso a la movilidad de los trabajadores. O, como ya hemos citado, mostró claramente su desacuerdo con la concentración del poder económico en Madrid favorecida por el gobierno de Aznar.

Las huellas de este esfuerzo han persistido. José Luis Rodríguez Zapatero, justo antes de acceder a La Moncloa, se apropió, al menos su discurso, de un modelo de España con varios polos económicos, con organismos reguladores diseminados y con un diseño en red frente al vigente modelo radial de infraestructuras. Zapatero confesó que se había inspirado en el documento del Círculo de Economía.

La ampliación de miras de las reflexiones de la entidad caló con la presidencia de Antoni Brufau, que se atrevió a entrar en los retos de la inmigración y en las “cuotas” poco realistas, por limitadas, de inmigrantes frente a las necesidades de mano de obra del país. La demanda de consenso en política exterior en los tiempos de la guerra en Irak y la apuesta por un mundo también multipolar con contrapesos al protagonismo creciente, y en solitario, de Estados Unidos constituyeron otro ejercicio de apertura. Al igual que la reclamación de que se pasara página con respecto al viejo modelo de competitividad basado en los costes y precios más bajos para demandar políticas que favorecieran las fusiones y adquisiciones, el tamaño, y en las que la investigación y el desarrollo ocupasen un lugar real.

El intento de Brufau de que la sombra del Círculo se extendiese más allá de Cataluña, con la incorporación de profesionales destacados de otros puntos de España, no tuvo éxito. El Círculo, que a lo largo de su historia ha pasado de tener 300 socios a tener 1.400, cuenta con una parte consistente de no catalanes, aunque no en la cúpula. La institución lo atribuye a las limitaciones logísticas y de disponibilidad de tiempo con las que se encuentran los profesionales de fuera. La etapa en curso, capitaneada por el empresario José Manuel Lara, ha profundizado en la fecundidad de los trabajos de opinión y en su abigarrada temática. Los debates

paralelos y sucesivos sobre las infraestructuras viarias, energéticas o del agua aportaron nuevos formatos para alertar de la saturación viaria o para afrontar la necesidad de reabrir la cuestión nuclear. Algunos de los documentos en los que se reclamaba una reforma a fondo del sistema judicial y un especial énfasis en el sistema educativo han sido destacados, pero ninguna de las últimas iniciativas ha tenido tanta repercusión como el reciente llamamiento a la autocrítica dirigido al empresariado catalán y a las recomendaciones para cortar la sangría de la pérdida de liderazgo económico de Cataluña.

Este último documento ha acabado generando incomodidades en distintos sectores autóctonos, incluso entre los socios y aliados de la entidad en otras batallas. No en vano el Círculo forma parte, junto con la patronal Fomento del Trabajo, la Cámara de Comercio de Barcelona y el RACC, del grupo de presión para la mejora de las infraestructuras, bautizado como GTI-4.

El reto de incorporar las nuevas generaciones

Cumplidos hoy sus cincuenta años de historia, vendida su sede tradicional y comprada una de novísima y moderna frente a La Pedrera, asumida la conveniencia de contar con patrocinadores para algunas de las actividades de la institución, formalizadas en el calendario las secuencias de las reuniones del Círculo de Economía de Sitges, herederas de los más informales encuentros Costa Brava, de Lloret de Mar, uno de los retos declarados del Círculo es conseguir la implicación de las nuevas generaciones en este elitista club de opinión. Nuevas generaciones por edad y por cultura tecnológica. La presencia de mujeres también renquea: la entidad nunca ha estado presidida por una mujer y hasta 1992 ninguna había participado en su junta directiva, de la que, desde entonces, sólo han entrado o salido unas ocho. Y, actualmente, de cuatro vicepresidentes y dieciséis vocales, la financiera Garmina Ganyet y la catedrática Teresa Garcia-Milà no han superado el techo de dos vocales entre los veintiún vicepresidentes, presidentes y vocales. Resulta llamativo que, en el caso de una institución docta en la vigilancia de los equilibrios –ya sea entre los académicos, los empresarios, los ejecutivos o los profesionales, o también en los equilibrios de las proximidades políticas–, se produzca una falta de equilibrio precisamente en el seno de sus órganos de poder. El reto que supone conseguir una mayor pluralidad y la diversidad prometida continúa presionando. La independencia (defendida por esta misma composición híbrida y por la ausencia de subvenciones) es una condición necesaria para lograrlo, pero no suficiente. **M**

Hay que proteger el Círculo del Liceo como a una reserva natural. Solo en él se respira el ambiente de aquellos “señores de Barcelona” que originaron la época de mayor efervescencia vivida en Cataluña.

El club de los señores de Barcelona

Texto **Agustí Fancelli**

“Una de las cosas más agradables que podían hacerse en aquel tiempo era pasar una tarde en el Círculo del Liceo. Todo era servido, en el Círculo, a precio de coste. Daban un café riquísimo. El tabaco, soberbio. Los licores de primer orden europeo. Las tertulias eran diversas e inacabables. Si uno quería divertirse un rato, podía subir arriba y hacer una apuesta al bacará o al treinta-cuarenta. Era imposible no encontrar alrededor de la mesa algún amigo. [...] Un perfume delicioso de café y tabaco habano flotaba en el aire. Desde el fondo del pasillo se veía la luz de la Rambla, verde y suave, bajo las frondas de los plátanos. Las ventanas estaban entornadas. La luz de penumbra era suavísima”.

Ninguna otra descripción del Círculo del Liceo podrá tener nunca la categoría de ésta que Josep Pla pone en boca de Rafel Puget en *Un señor de Barcelona* (pp. 233-234, Destino, 1945). Aquel Círculo, naturalmente, ya no existe. Todavía se puede tomar en él un buen café, fumar un habano y beber buenos destilados mientras se contempla la Rambla desde la Pecera, pero nada de todo eso lleva ya el perfume de la clase acomodada catalana de aquella época. Los reverenciados “señores de Barcelona”, como Rafel Puget, heredero del negocio algodónero familiar y socio del Círculo desde 1898, o su padre, miembro desde 1848, han desaparecido hace tiempo, igual que la propia industria algodónera. Ya advertía el poeta Gil de Biedma que lo que quedaba de todo aquello era básicamente nostalgias.

¿Sólo nostalgias? De ningún modo. También un legado artístico de primer orden, muy bien conservado. Así pues, lo primero que es el Círculo, para los que no somos socios, es un museo, un museo de un esplendor antiguo, una especie de Versalles o Palacio Real en el que, en lugar de explicarse las glorias de una monarquía nacional, se exaltan las formas de vida de la burguesía catalana de finales del siglo XIX y principios del XX, responsable de la construcción de la locomotora industrial española. Ningún otro lugar es tan denso en referentes sobre esa burguesía. Porque el Círculo es un mundo, un imaginario, un espejo de esa misma clase. No en vano uno de los accesos al club, el más transitado en las noches de función en el teatro, se encuentra situado en el Salón de los Espejos. El juego de reflejos es fundamental para captar la dimensión simbólica de los espacios.

La definición de este mundo queda fuera del alcance de este artículo. Sólo pretendemos exponer algunas impresiones recibidas en varias visitas, en realidad no demasiado asiduas. El modelo es obvio: el club de ocio inglés. En el Círculo, los patronos discutían las jugadas mercantiles y financieras, hablaban de política, de arte y de teatro, recibían a ilustres invitados y se jugaban el dinero, sin olvidar las contraprestaciones en obra benéfica que restablecían el equilibrio moral. Aquellos señores ejercían poder. Un poder que no quería ruido, que no se mostraba al exterior, como siempre había hecho la corte, sino que se reconocía exclusivamente a sí mismo desde la discreción del título de propiedad registrado ante notario o desde la reserva que exige todo pacto comercial como Dios manda. Un club de señores, en definitiva.

Estos señores todavía hoy tienen que llevar corbata, así lo dice el reglamento. En cuanto al ingreso de socios de sexo femenino, no hace mucho que se ha permitido porque las contradicciones ya eran insostenibles: según los estatutos, el director general del Liceo se convierte automáticamente en socio y, cuando Rosa Cullerell ocupó ese cargo, nadie se atrevió a pedirle un cambio de sexo; ahora los estatutos ya están modificados. En otro orden de cosas, no está claro si la Ley de la Memoria Histórica obligará a retirar la placa que se instaló en el vestíbulo en cuanto acabó la guerra con el nombre de todos los socios “caídos por Dios y por España”. Yo la dejaría donde está: los museos tienen que preservar todas las memorias, incluidas las consideradas infames.

El Círculo reúne un repertorio único y acabado que documenta una visión circular y cerrada del mundo: precisamente por eso es un patrimonio de la humanidad que hay que proteger como a las reservas naturales. Incluso los elementos han parecido dispuestos a colaborar en esta tarea. Tanto el fuego de 1861 como el de 1994, que redujeron a cenizas el teatro, respetaron milagrosamente el Círculo, produciendo imágenes casi idénticas: las obras de arte en medio de la Rambla para salvarlas de los estragos de la combustión. Naturalmente las instalaciones han sufrido modificaciones a lo largo de los años: una, de carácter principal, en 1886, con el fin de prepararse para la Exposición Universal de dos años más tarde y otra, muy importante, a principios del siglo XX, con la intervención del diseñador, decorador y grafista



© Txema Salvans

Alexandre de Riquer y del artista y escenógrafo Oleguer Junyent. El primero es autor de la decoración de la denominada “sala del escritorio”, ejemplo del refinamiento japonizante de la época, mientras que al segundo se debe la ornamentación del salón de la Pecera, y del extraordinario ascensor modernista, en perfecto funcionamiento, que se encuentra a su lado. Ni que decir tiene que la fiebre wagneriana se deja sentir con fuerza en las vidrieras, como también la influencia inglesa en los cuadros de caza de Josep Cusachs o en los confortables sofás *chester* de la sala de los periódicos, que presenta frisos murales de Josep Pey. Pero si se tiene que destacar una influencia artística por encima del resto, no puede ser otra que la de París. El extraordinario conjunto de doce pinturas de Ramon Casas, concebidas para la sala denominada “la Rotonda”, ha sido bautizado acertadamente como la “Capilla Sixtina” del Modernismo catalán. Todas estas obras están protagonizadas curiosamente por mujeres, desde las que asisten a las populares sardanas de Sant Roc, en Olot, hasta las majas del *Café-concert* o la joven apoyada en actitud de espera del parisino *El Moulin de la Galette*, pasando por la intrépida conductora de *L'automòbil* o las cantoras del *Cor de monges*. Personalmente yo siempre he preferido *La Sargantain* (1907), del mismo autor, que se encuentra en el salón principal. Completan la rica colección obras de Santiago Rusiñol, Modest Urgell, Francesc Masriera y Francesc Miralles, entre los principales autores.

Hasta una circunstancia tan devastadora como fue la Guerra Civil contribuyó en última instancia a preservar el conjunto. En 1936, sucesivos ejercicios deficitarios habían llevado a la junta directiva a poner en venta las dependencias. Pero el estallido del conflicto paralizó la operación. El Círculo fue incautado por la Generalitat republicana, que ubicó en él

la sede del Sindicato de Espectáculos. La intervención del consejero de Cultura del momento, Ventura Gassol, fue decisiva para que las piezas de arte permanecieran en su sitio durante toda la guerra. Una vez reabierta la entidad, en 1939, la venta quedó definitivamente abortada, y –dato curioso consignado por el historiador Roger Alier– la colección aumentó con una pintura que alguien escondió allí durante el conflicto y que nunca fue reclamada por sus propietarios. Otro dato que puede explicar la preservación del fondo es, por ejemplo, que Lluís Martí Olivares, marqués de Rebalso, presidente de la entidad en 1931, fue luego el primer jefe de la policía franquista de Barcelona: síntoma de unas complicidades políticas fundamentales para la continuidad de la entidad. Una mirada rápida a la lista de presidentes refresca las personalidades más influyentes de la sociedad civil del momento. El primero que ocupó el cargo, en 1848, fue el marqués de Sentmenat. Lo siguieron, en diferentes épocas, Evarist Arnús, Domènech Joan Sanllhey, Ròmul Bosch i Alsina, Josep Valls Taberner, Manuel Girona o Francesc Mas-Sardà, por citar algunos de los nombres más granados de la industria y las finanzas catalanas.

Y así es como el Círculo celebró, el año pasado, el 160º aniversario de su fundación. Hoy cuenta con 1.078 socios, sesenta de ellos de sexo femenino. Su presidente es Joaquín Calvo. Las dependencias pueden ser visitadas en grupos concertados (la junta calcula que cada mes pasan por allí unas mil personas); y vale la pena hacerlo, porque en ningún otro lugar se puede respirar el ambiente de aquellos “señores de Barcelona” tan admirados por Josep Pla y que están en el origen de la época más efervescente que nunca haya conocido Cataluña. El Círculo del Liceo, no lo duden, es la materialización más precisa de esta extraordinaria pujanza. **M**

El Salón de los Espejos del Liceu, uno de los accesos al club, el más transitado en las noches de teatro.

El Barça es uno de los “trade-marks” locales más antiguos. Dentro del pack ocio-cultura sólo hay dos instituciones civiles más veteranas: un teatro de la ópera y una academia literaria.

La tribuna civil

Texto **Guillem Martínez**

La sociedad civil esa.- El siguiente articulete trata sobre la sociedad civil y la tribuna del Barça. Lo que nos lleva en la tercera línea, ¡pumba!, a los conceptos “sociedad civil” y “Fútbol Club Barcelona”, que, como verán en un periquete, estaban condenados a confluír fatalmente desde el momento en el que fueron creados. Y, llegados aquí, me atrevo a poner fecha a la creación del palabro “sociedad-civil”. Fue en 1714. Como casi todo. No se rían, que me explico.

Todo en ella fue naufragio.- En 1714, ¡zas!, desaparecieron, como todos los niños y las niñas saben, las instituciones locales. Hasta esa fecha Barcelona era la capital de un Estado, bla-bla-bla. Si bien, posiblemente, era más que eso. Barcelona era más Estado que el Estado que capitaneaba. La clase dirigente de Barcelona –*els ciutadans honrats*– llevaba siglos invirtiendo su vitalidad en la política de aquella casi *ciudad-estado-casi-italiana*. A través de las instituciones vertebraban sus negocios, sus pelotazos chanchulleros –¡ah, Italia!–, su estatus social y, ¡ojo!, su reconocimiento social. Las instituciones catalanas, aparte de lo que eran, eran también el *who is who* de Barcelona. La desaparición de las instituciones en las que se desarrollaba toda esa Liga tuvo que ser un desastre cósmico.

¿Cómo se verbalizaba la lógica de Estado de una *casi-ciudad* Estado, ahora que Barcelona era una capital de provincias, a secas? Y, aquí, recordemos, por ejemplo, que el Consell de Cent era famoso en Madrid por su estatalismo, ejemplificado en el pitote que montaba con motivo de cada nombramiento de virrey. Barcelona se gastaba en ese trance unos estipendios superiores a los que un Estado *ad-hoc* destinaba a presentar a su embajador. En una ocasión Barcelona envió a Madrid más de doscientas carrozas engalanadas para felicitar al nuevo virrey. Descomunal. Sin precedentes en la Península. Bien. ¿Dónde se ubicaba tanta energía ahora? Hum. Supongo que donde se podía. Posiblemente en las nuevas instituciones. Qué remedio. Se trata de instituciones *ni-chicha-ni-bacalao*, si las comparamos con las anteriores. La primera de ellas fue, me temo, la Junta de Comercio. Una institución que no podía ni debía enviar doscientas carrozas a ninguna parte. Pero que ofrecía a sus usuarios la posibilidad de ocupar un sitio destacado frente a su sociedad. La sociedad civil, vista así, es un objeto de consumo interno. Sirve, según este punto de vista, para preservar doscientos apellidos con *glamour* de Estado en una nación sin Estado. La sociedad civil es, pues, un fracaso. Algo que existe en la medida en que no existe lo

que había existido. O lo que debiera de existir. Le pasa un poco como al Barça, ese otro fracaso exitoso.

Lo que queda es lo que hay.- El Barça es uno de los *trade marks* locales más antiguos. Dentro del *pack* “ocio-cultura”, sólo hay dos instituciones civiles más veteranas. Un teatro de la ópera y una academia literaria. Las instituciones políticas locales son, a su vez, más modernas que las de, pongamos, Nuevo México. La más antigua es, si uno lo piensa, la Diputació. Tan antigua como la de Cuenca. La Generalitat tiene apenas treinta años. Unos meses más que el Gobierno de La Rioja. Los tres partidos actuales más antiguos son, respectivamente –si descartamos el carlista–, de los años 1931, 1932 y 1936. Ni ellos ni los más modernos han participado a lo bestia en la reformulación de una España moderna. A modo de metáfora al respecto, en la España moderna sólo ha habido un jefe de Estado y un *presi* de Gobierno catalanes. Durante la Primera República.

Los partidos locales, a su vez, son menos antiguos que la patronal Foment. Que, por otra parte, no existiría si el final de una guerra civil no hubiera obligado a la CNT a abandonar su local incautado. Uno mira ese paisaje de la construcción colectiva, en fin, y puede llevarse la impresión de que el Barça es la edificación más longeva, sólida, desinteresada y transversal creada en Cataluña en los últimos trescientos años. Lo que puede llevar a la impresión de que, por lo que sea, lo único que ha construido o ha podido construir Cataluña en los últimos ciento y pico años es un club de fútbol. Así como suena. Que, por cierto, suena mal.

Una sociedad que sólo puede ser civil, y un club que es el elemento más sólido construido por ese tipo de sociedad, están condenados a encontrarse en un punto dado. Ese punto tardó en darse. Costó mucho crear al Barça. Es más, el Barça, el gran producto local, de hecho no fue una idea local.

En la sorprendente biografía de Gamper, de Agustí Rodes, se observa la génesis de esa cosa denominada “Barça”. Es un club originariamente de confesión protestante en un país absolutamente católico. Aunque hoy cueste creerlo, ese hecho fue determinante. Las dificultades de un no católico para fundar algo quedaron reflejadas en la vida de Gamper. Desapareció de la presidencia, incluso de la Junta, en los momentos de guerra religiosa. Que los hubo. Por ejemplo, durante el conflicto religioso de principios de siglo XX, que nació cuando un grupo de protestantes pretendió edificar una iglesia con forma de iglesia. En la trifulca, violenta, par-



ticipó incluso Alfonso XIII. Rey por la gracia de, etc., no hizo más que defender a su superior. En un momento dado, incluso, hubo dos equipos de Barça. El Barcelona y el Barcelona-Español (sic). Es decir, una alineación, dentro del mismo club, de jugadores católicos. El carácter protestante del Barça dio origen, en fin, incluso al nombre de su primer enemigo. El RCD Espanyol, entonces Español, se llama así en tanto que católico, es decir, en tanto que no extranjero. El gran reto y el gran triunfo de Gamper fue conseguir que su equipo, originariamente protestante, no hiciera de la religión una bandera. La sociedad tuvo que inventarse un objeto inusitado por aquí abajo: una institución abierta.

Éxito y fracaso de una tribuna.- El -o mejor, los- catalanismo(s) parece ser que fue(ron) el primer objeto intelectual que penetró en esa entidad abierta a su sociedad. Otros clubs -como el Júpiter, de cuyo estadio, por ejemplo, partieron a dar leña a los malos García-Oliver, Durruti y Ascaso el 20 de julio- recibieron otras penetraciones. El carácter catalanista del Barça quedó patente, empero, en los años veinte, cuando a la tribuna del Barça acude frecuentemente el staff de todo un partido. Cambó y los chicos de la Lliga. En la década siguiente, cuando el catalanismo es ya, netamente, un hecho transversal, la tribuna del Barça, curiosamente, se devalúa. Como el propio Barça, una entidad que ve disminuir su número de socios hasta los 4.000 abonados. OK, el presidente de la entidad es de ERC. Pero la entidad es muy pequeña para ejercer la política. Una política que, por otra parte, en esta época se hace fuera de los estadios. Lo contrario que, ¡glups!, en la siguiente década.

La prueba del algodón.- Después del 39, con el Barça sucede un poco lo que con el Ayuntamiento. Es devuelto a sus legítimos doscientos propietarios, que envían sin enviar sus doscientas carrozas a donde deben. Tras un breve interin en el que en las Juntas se cuelan tipos variopintos, como el hijo de un célebre pistolero del Sindicato Libre, la sociedad civil vuelve a tomar las riendas del asunto. El gremio del algodón

copa las juntas y la tribuna. Es un gremio extraño. Si bien su negocio está en Cataluña, su negociado -proteccionismo y ayudas a la exportación-, está en Madrid. Es una tribuna "sociedad civil style": su poder es de consumo local, y consiste en su demostración a través de su presencia en instituciones locales. Los presidentes de este periodo son tipos divertidos, aspiran a ser invisibles, no susceptibles de crítica. En cuanto les pitaba la gradería, dimitían. Y asumía el cargo uno de los 199 apellidos siguientes. Núñez, el gran renovador de la tribuna del Barça, definió esa manera de presidir como "pasar-se el porró" [pasarse el porrón]. Cuando uno había utilizado el porrón de la presidencia, se lo pasaba a otro colega. Y así. "Amb mi s'ha trencat el porró" [Conmigo se ha roto el porrón], dijo Núñez cuando accedió al cargo.

Tribuna post-porrón.- En democracia, es curioso, el Barça ha crecido más que su tribuna. Si bien en las gradas del estadio, o pendientes de la información del partido, hay individuos, colectivos o profesiones que, en otras regiones europeas sería imposible que se acercaran al fútbol, la tribuna ha ido rebajando su poderío. En la era "sans porrón", cuesta ver políticos y sectores económicos importantes en la Tribuna. Lo contrario que en la del Real Madrid, en la que se dio cita, primeramente, un nuevo tipo de político: el político socialista con responsabilidades gubernamentales, y luego una nueva derecha que, con el tiempo, será Estado, y una nueva clase de empresariado relacionada con la construcción y con el pack financiero e incluso comunicativo. Existe la leyenda urbana de que un vicepresidente del Madrid consiguió, desde tribuna y con su teléfono móvil, parar una información económica que iba a publicarse al día siguiente. En una leyenda urbana similar, pero culé, eso no hubiera sido posible. En la tribuna del Barça -ya veremos en breve qué es el soberanismo, qué público tiene, qué poder tiene y a qué va a la tribuna-, a pesar de algunos rostros cuya expresión indica lo contrario, no se pueden producir llamadas telefónicas que paralicen nada. O que remitan a Madrid -o a Bruselas- doscientos carruajes. **M**

El gran reto y el gran triunfo de Gamper fue conseguir que su equipo no hiciera de la religión una bandera, y la sociedad tuvo que inventarse una institución abierta.

El Círculo Ecuestre llegó a ser considerado el mejor club hípico de Europa en su época dorada, a principios del siglo pasado, cuando tenía su sede en el Passeig de Gràcia.

Una entidad nacida de la pasión burguesa por la hípica

Texto **Lluís Permanyer**

La afición singular por la hípica en Barcelona venía de lejos; y conste que no me refiero al caballo como medio de transporte, sino al interés por la belleza del animal, el adiestramiento y su utilización como un signo reconocido de distinción.

A mediados del siglo XIX un numeroso grupo de burgueses y algún aristócrata mantenían tertulias más o menos periódicas para charlar sobre los más diversos aspectos relacionados con el mundo de los caballos; eran acogidos en las casas particulares de algunos de ellos y también en los salones del Liceu y del Teatre Principal. Hasta que un buen día se les ocurrió fundar un club que debía contar, principalmente, con una sede social que les sirviera de punto de reunión. Y así se fundó el Círculo Ecuestre el 26 de noviembre de 1856, con su razón social en el número 83 de la calle de Sant Pau. El hecho de que se eligiese aquel piso se justificaba por la comodidad que suponía la proximidad del picadero que había en el número 93 de esa misma calle. Lo cierto es que pronto pasaron a utilizar el de los Campos Elíceos, acabados de inaugurar en la parte alta del Passeig de Gràcia. Jaume Pla, que ya presidía el Círculo del Liceo, fue elegido el primer presidente de un club formado por cincuenta y un socios, con nombres significativamente barceloneses, como Girona, Magarola, Estruch, Dalmases, Villavecchia, Fabra o el marqués de Santa Isabel.

El número de socios aumentó enseguida sensiblemente, lo que indujo a buscar una sede más adecuada, y así, en 1860, se realizó el traslado a un lugar más céntrico y, sobre todo, socialmente más representativo: la Rambla de Santa Mònica, número 10 (finca que después sería ocupada por el CADCI).

Desde el principio, resultó evidente que, además de la hípica y de los concursos, de las carreras y exhibiciones, también había otras cosas que interesaban. Y, por esta razón, se organizaban con frecuencia conciertos, bailes, salidas al campo, clases de inglés, veladas benéficas, fiestas de disfraces por carnaval, recitales poéticos y musicales, etcétera.

Cuando en 1871 desapareció el hipódromo provisional del Camp de Mart, bastantes socios del Ecuestre desempeñaron un papel relevante en el nacimiento de una instalación que no podía faltar en aquella Barcelona: el Hipódromo, inaugurado en 1883. Hay que destacar que el primer presidente, el marqués de Santa Isabel, también lo era entonces del Círculo Ecuestre. Fueron unos años de lo más brillante, que contri-

buyeron decisivamente a la popularización de la hípica. El Passeig de Gràcia, por ejemplo, se convirtió en un escenario insuperable para exhibir caballos y carruajes.

El considerable desarrollo que experimentó el club, gracias al ambiente favorable que predominaba en la ciudad en aquellas décadas, explica que a principios del siglo XX se plantease nuevamente la exigencia de un cambio de sede. Unas condiciones de alquiler favorables indujeron a valorar la conveniencia del traslado, pero también el hecho de que la Casa Girona estuviera situada en el número 14 de una recién reurbanizada plaza de Catalunya, que se había impuesto como el centro neurálgico de Barcelona. La duda era si el club podía hacer frente a los gastos necesarios para rehabilitar el edificio. Entonces, Josep Mansana, que era tesorero y, después, sería presidente de la entidad, prestó cien mil duros para llevar a cabo las obras, y la sede se inauguró en 1907. La calidad de las instalaciones y la centralidad enseguida generaron un aumento considerable de socios. En 1917 figuraban tres marqueses en la junta: Sentmenat, que la presidía, Alfarràs y Benavent. El juego que se practicaba allí era un anzuelo conocido, pero también había otros, como las actividades deportivas y culturales; basta con citar el ejemplo de la conferencia que pronunció el admirado Capablanca, genio del ajedrez, que generó una expectación formidable.

Albert Rusiñol, hermano del artista y presidente de la Lliga, estaba al frente del Círculo cuando, llevado por su reconocido dinamismo, consideró necesario dar un gran paso adelante con la creación de una sede que estuviese a la altura de la categoría que había conseguido la entidad. Y, cuando se presentó la oportunidad de comprar a buen precio un par de edificios vecinos en el Passeig de Gràcia, a media manzana entre las calles Diputació y Consell de Cent, no se lo pensó dos veces. Y si el lugar y el solar eran adecuados, el edificio también tenía que estar a la altura. Se consideró inexcusable convocar un concurso y, además, a escala internacional, lo que constituía, creo, por aquel entonces, una práctica sin precedentes. No hay duda de que se trataba de una oferta de lo más interesante, como lo demuestra la rápida respuesta que recibió por parte de los profesionales: se presentaron 47 proyectos (23 españoles, 17 austriacos, 4 italianos, 2 franceses y 1 norteamericano), que fueron expuestos en el Palau de Belles



© Txema Salvans

Arts. Tres acreditados colegas barceloneses actuaron de comité asesor: Lluís Domènech i Montaner, Francesc de P. del Villar y Bonaventura Bassegoda. Fue seleccionada la propuesta presentada por Alfred Keller (arquitecto de la Casa Real Austriaca) y Salvador Soterias.

Tardaron seis años en levantar aquel edificio y costó 8.500.000 de pesetas. El resultado superaba todo lo imaginable en cuanto a oferta de servicios, y fue reconocido inmediatamente como el mejor de Europa. Había de todo, y todo marcado por la calidad y el lujo. Lo inauguró Alfonso XIII en 1926. Cambó aprovechó la ocasión para confesar a su amigo Rusiñol: "Ahora tendréis que hacer a los señores". No faltaban señores, pero la observación seguramente se refería a que haría falta mucha gente para llenar aquellas impresionantes instalaciones, y no todo el mundo estaría a la altura de la clase requerida. El número de socios llegaba ya a los 1.900.

El personal de la casa no sólo era experimentado, sino que gozaba de fama. Y lo probó el hecho de que el gran banquete que la Diputació ofreció a los Reyes durante la Exposición Internacional de 1929 fue servido por los acreditados camareros del Círculo. Este periodo, hasta 1936, fue el más brillante de toda la historia de la entidad.

En cuanto estalló la guerra civil, la UGT confiscó su sede. Y muy pronto pasó a manos del PSUC, que la transformó en el centro Carlos Marx. Durante los hechos de mayo de 1937 fue escenario de luchas encarnizadas entre los dos bandos, ya que justo enfrente se hicieron fuertes los anarquistas, quienes, para atacar mejor a los comunistas, montaron una ametralladora en la azotea.

Parecía que al comenzar la dictadura franquista la entidad podría volver a la normalidad, pero, contrariamente, comenzó a vivir una etapa que resultó ser la peor de su historia. Un día después de que las tropas de ocupación -ese era el nombre que ostentaban- entraran en la ciudad, el Círculo fue

inmediatamente requisado por la Falange, que pronto estableció en él la sede de su Jefatura Provincial.

Hasta 1942 no se iniciaron gestiones serias y decididas para recuperar lo que había sido arrebatado por partida doble. Pero, a pesar de todo, no se consiguió casi nada, ya que el gobernador Correa iba dando largas; lo único que se consiguió fue el pago del alquiler, con los atrasos acumulados. Mientras tanto, la sede se mantenía de una manera precaria en un piso de la calle Bailèn; el número de socios iba disminuyendo y la situación económica era dramática.

En 1947 se pudo poner fin a ese callejón sin salida: con la venta de la sede del Passeig de Gràcia, los créditos y el hallazgo de un lugar tan magnífico como adecuado dio comienzo una etapa que parecía más esperanzadora.

El lujoso palacete unifamiliar de la confluencia entre la avenida Diagonal y la calle Balmes reunía todas las condiciones que, por aquel entonces, había menester la entidad: por el sitio, por la calidad solemne de la casa y por las dimensiones. Luis Pérez Samanillo, rico terrateniente en Filipinas, se había hecho construir una torre afrancesada rodeada de jardín por el arquitecto modernista Joan Josep Hervàs. En 1910 fue merecedora del premio de arquitectura del Ayuntamiento. La decoración interior poseía la suntuosidad que las circunstancias exigían y estaba bastante bien conservada.

Así pues, el Círculo volvía a encontrar el marco y el ambiente físico que le correspondían. Ya en 1948, el arquitecto novecentista Raimon Duran Reynals proyectó una ampliación, que ha sido perfeccionada hace unos cuantos años, lo que le ha permitido situarse en pie de igualdad con los numerosos clubes de todo el mundo con los que mantiene una relación de intercambio. Después de haber sufrido preocupantes altibajos, desde hace unos años goza del esplendor que merece y que honra la ciudad. **M**

El Círculo Ecuestre se instaló en el palacio Samanillo, en la esquina de Diagonal y Balmes, durante los primeros años de la posguerra. En la imagen, uno de los salones de la entidad.

Propuestas/ respuestas

Para Francesc de Carreras, la sociedad civil es en Cataluña una realidad sumamente raquítica y precaria dada su dependencia del poder político, especialmente del autonómico, aunque en los últimos años han comenzado a aparecer actitudes críticas hacia la acción del ejecutivo de la Generalitat.

En una línea parecida, Antoni Serra Ramoneda reflexiona sobre las posibles razones de la pérdida de peso de la sociedad civil, y propone medidas para corregir la situación. Pau Riba, con radical escepticismo, va más allá y sostiene que la sociedad civil es una fábrica de proyectos por los cuales ya hemos pagado antes a la empresa pública; un gran timo, en resumen.

¿Existe la sociedad civil catalana?

Texto **Francesc de Carreras**

El término “sociedad civil” ha sido utilizado desde los comienzos de la tradición política occidental, en concreto, desde el mismo Aristóteles. Más recientemente, ya en la modernidad, este concepto ha tenido numerosas acepciones. Hegel, Gramsci o Easton, entre otros, le han dado significados distintos, aunque coincidentes todos en un mismo punto: su contraposición al Estado, a la sociedad política. La sociedad civil es, así, la esfera de las actividades privadas y de los intereses particulares, mientras que la sociedad política, el Estado, es la esfera de las actividades públicas y de los intereses generales.

Desde los inicios mismos de la actual etapa democrática, en Cataluña se ha utilizado el término “sociedad civil” en un sentido restringido: aquellas instituciones, grupos sociales y asociaciones, especialmente las de relevancia económica cultural, de naturaleza privada, con capacidad de influencia en los poderes políticos o en la opinión pública. En realidad, una formulación con reminiscencias de Gramsci. Desde este punto de vista, constituyen la sociedad civil catalana determinadas asociaciones representativas del mundo económico y empresarial (la Cámara de Comercio e Industria, el Fomento del Trabajo, el Círculo de Economía), los más relevantes empresarios (los dirigentes de “la Caixa” serían, sin duda, los más destacados, junto con otros quince o veinte altos ejecutivos, no necesariamente propietarios de las empresas, especialmente de los sectores financiero, farmacéutico, turístico y hotelero, de la construcción, alimentario y de los medios de comunicación), ciertos colegios profesionales de acreditada raigambre y prestigio (abogados, médicos, arquitectos, ingenieros, notarios), entidades de diversa naturaleza pero de notoria significación cultural, social y ciudadana (Barça, Abadía de Montserrat, Ateneo Barcelonés, Òmnium Cultural, Orfeó Català, Círculo del Liceo, Círculo Ecuestre, IESE, ESADE), además de otras de carácter semipúblico, como las universidades, los sindicatos, el Institut d’Estudis Catalans o el Centre de Cultura Contemporània. Una red, en definitiva, de entidades, empresas y personalidades destacadas, con influencia social en su ámbito específico y en la sociedad que, en ocasiones, han hecho oír su voz en asuntos de carácter general, más allá del estricto ámbito de sus intereses particulares.

Acotado de esta manera lo que en Cataluña se entiende por sociedad civil, de ella puede esperarse un doble cometido. Por un lado, en épocas de normalidad, su función puede consistir en vertebrar y expresar la opinión de los distintos grupos sociales, con carácter complementario al que se ejerce desde los canales

políticos establecidos, ampliando así el pluralismo político y completando la labor de los partidos. Por otro lado, en momentos críticos y excepcionales, en el supuesto de que los partidos políticos no sepan representar al conjunto de los intereses sociales y, por tanto, la separación entre sociedad y poderes públicos llegue al punto de ser disfuncional para el sistema político la sociedad civil puede hacer oír su voz para expresar el descontento social de manera que, o bien los partidos hagan suyas sus demandas, o los poderes públicos (ayuntamientos, Generalitat y Estado) acepten a la sociedad civil como interlocutor válido. Si decíamos que la primera función era complementaria en épocas de normalidad, esta segunda función, excepcional como hemos apuntado, tendría un carácter de suplencia a la vista de la inoperatividad de los partidos. En ambos casos, partimos de la base de que la sociedad civil es autónoma, por supuesto de los poderes públicos, pero también de los partidos políticos. En caso contrario, es decir, si esta autonomía no existiera, deberíamos llegar a la conclusión de que tampoco existe la sociedad civil y, por tanto, resulta imposible el ejercicio de las labores de complementariedad o suplencia.

A la vista de todo ello, cabe analizar ahora si existe una vigorosa sociedad civil en Cataluña. Y son tres los factores que dificultan hoy en día la existencia de una sociedad civil autónoma de la sociedad política.

En primer lugar, un Estado social como es el nuestro se caracteriza por un intervencionismo creciente de los poderes públicos en la sociedad. El Estado liberal clásico tenía un ámbito de actividad muy reducido. El Estado social rompe con este modelo y pasa a intervenir en la esfera privada con el fin de evitar las crisis económicas y la desigualdad social entre ciudadanos. Autorizaciones administrativas y subvenciones públicas son sus principales instrumentos de actuación. Por tanto, con el Estado social aumenta la dependencia de las empresas, entidades y asociaciones privadas respecto de los poderes públicos. En segundo lugar, esta subordinación se acentúa con la descentralización de los poderes públicos y la proximidad territorial entre aquellos que desarrollan funciones públicas —políticos, altos funcionarios y burocracia— y la sociedad. La actividad administrativa de autorizaciones y subvenciones se desplaza al poder autonómico y esta aproximación reduce todavía más la independencia de la sociedad civil. En tercer lugar, el creciente papel de los partidos políticos en la sociedad, lo que se ha denominado “Estado de partidos”, que es el realmente existen-

te en España, también contribuye al creciente control de la sociedad civil por parte de los poderes públicos. En efecto, hoy en día los partidos ayudan a las entidades que forman la sociedad civil mediante subvenciones, lo cual hace que las entidades privadas estén interesadas en que los representantes oficiales u oficiosos de los partidos formen parte de las mismas con el fin de acceder fácilmente a ellas para financiar sus gastos. Todo ello, por supuesto, en detrimento de su autonomía.

Por tanto, en conclusión, tanto la naturaleza del Estado social como la descentralización política y la *partitocracia* tienden a limitar la autonomía de la sociedad civil y dificultan la existencia de un poder social independiente de los poderes públicos y de la clase política.

En Cataluña operan todos estos condicionantes y son la causa estructural de que la sociedad civil —en el sentido antes indicado— esté tan sometida a todos los poderes públicos, es decir, a los municipios, a la Generalitat y al Estado. Por tanto, ¿existe en Cataluña sociedad civil? Creo que en los últimos años se ha demostrado que es sumamente raquítica y precaria dada su dependencia del poder político, especialmente del autonómico. En épocas de normalidad, en los años del pujolismo, la sociedad civil estaba totalmente supeditada al Gobierno de la Generalitat, que, además, especialmente vía grupo parlamentario de CiU, ejercía de grupo de presión cerca del Gobierno central. Durante los dos gobiernos tripartitos la situación ha cambiado: la sociedad civil ha empezado a ser crítica con la actuación del ejecutivo de la Generalitat. Sin embargo, las críticas que se hacen en privado no se manifiestan en público, es más, en público los miembros más activos de esta sociedad civil —con alguna rara excepción— suelen decir lo contrario de lo que expresan en privado. Una vez más se demuestra que los efectos de las subvenciones y las autorizaciones son devastadores para la autonomía de la sociedad civil: los intereses particulares predominan sobre los generales. ■



Propuestas/respuestas

Reflexiones sobre una decadencia

Texto **Antoni Serra Ramoneda**

Nunca me ha satisfecho la expresión “sociedad civil”. ¿Cuáles son los otros subconjuntos que, sin superponérsele, integran el amplio concepto de sociedad? A lo sumo se me ocurre que los que merecerían el calificativo de militar o eclesiástica, pero su importancia numérica sería tan reducida que apenas merecerían consideración. Pero lo cierto es que ha hecho fortuna y se ha impuesto. Por el contexto en que es utilizada colijo que con ella se quiere designar el cajón de sastre integrado por todas las iniciativas que, nacidas al margen de la Administración pública, han procreado instituciones y organizaciones cuyos responsables no forman parte de la burocracia político-administrativa. “La Caixa”, el Barça o el Orfeó Català serían ejemplos sobresalientes de los resultados de la sociedad civil. Las tres son instituciones de un enorme peso en la vida catalana. En cambio, pongamos por caso, las diputaciones provinciales tienen su origen en sendas disposiciones aparecidas en el BOE, o diario oficial equivalente, y quienes tienen en sus manos las riendas son cargos políticos y funcionarios.

Es opinión muy extendida que en la Cataluña actual la sociedad civil ha perdido peso. Ya no genera iniciativas del mismo calibre que las que, nacidas a caballo de los siglos XIX y XX, constituyen aún hoy piezas fundamentales del entramado cultural, deportivo y económico del Principado. Pero hay escasa renovación y falta de energías entre las clases dirigentes cuando se las compara con la burguesía que fue capaz de hacer de Barcelona la capital del Modernismo arquitectónico de la mano de Gaudí, Domènech i Montaner y otros artistas de gusto revolucionario para su época. No hay figuras como las de Eusebio Güell, distinguido y acaudalado hombre de negocios que fue capaz de confiar en el arquitecto de Reus un proyecto tan visionario y progresista como el del Parque Güell.

Esta pérdida de protagonismo de la sociedad civil es paradójica. En sus épocas de florecimiento, Cataluña no tenía apenas instituciones políticas propias. Sólo Prat de la Riba fue capaz de inventarse una Mancomunidad de Diputaciones, que, en realidad, gozaba de escasísimo poder, aunque es bien cierto que supo aprovecharlo hasta su último resquicio. La burguesía catalana, la flor y nata de la sociedad civil, supo suplir esta deficiencia con imaginación y coraje. Los empresarios textiles que construyeron sus instalaciones fabriles a lo largo del Llobregat y el Ter tuvieron que encargarse de construir las carreteras y otras infraestructuras que un poder público lejano y escaso de recursos no podía ni quería atender. Los industriales catalanes incluso aceptaron disfrazarse de políticos para defender ante el Gobierno del Estado sus intereses proteccionistas. Recuérdese

la candidatura al Congreso de los Diputados de 1901 integrada por los presidentes de cuatro instituciones económicas, cuyo programa se reducía básicamente a temas arancelarios. Hoy en día, la situación es bien distinta. Cataluña dispone de una autonomía que, sin llegar a ser tan amplia como muchos desean, ha permitido la aparición de políticos profesionales y la creación de cuerpos de funcionarios públicos encargados de la administración de los asuntos colectivos. Y es ahora precisamente cuando la sociedad civil parece llevar una vida lánguida.

Una primera tesis explicativa de esta aparente paradoja sería que existe un efecto sustitución entre sociedad civil y poder político. Cuando éste es débil, la sociedad civil ha de llenar el vacío y tomar iniciativas en todos los ámbitos, tanto el económico como el cultural. Libre de normas burocráticas y cortapisas funcionariales, la imaginación es más creativa y los resultados más potentes y duraderos. Este efecto sustitución se manifiesta también en el plano financiero. Una Administración pública liviana requiere pocos recursos, lo que se traduce en una escasa presión fiscal. Los beneficios empresariales apenas se ven mermados por impuestos, lo que permite un margen notable de actuación. Por el contrario, en cuanto el poder político adquiere peso, la renta disponible en manos de los particulares disminuye y es una burocracia liderada por políticos a dedicación completa la que ha de impulsar proyectos colectivos, y los recursos precisos han de detraerse vía impositiva de los bolsillos de los particulares. Cuestión distinta es si la sustitución de la sociedad civil por la superestructura político-burocrática implica cambios en la forma y la eficiencia de la utilización de los recursos. Pero, en definitiva, según esta opinión la iniciativa privada se ve ahogada cuando menos en lo relativo a la solución de problemas colectivos.

Otra corriente sostiene, por el contrario, que sociedad civil y poder político burocrático son complementarios. En una visión con perfume marxista, el segundo no es sino una creación de quienes tienen las riendas de la primera. Así, la distinción entre ambas esferas sería exagerada y las fronteras entre ellas nada nítidas. Lo que ha ocurrido en Cataluña, según esta opinión, ha sido una decadencia endógena de la sociedad civil que tampoco ha sabido engendrar, en cuanto se han dado las circunstancias para ello, una clase política y una burocracia de primera calidad. De unas vides secas es vano esperar una cosecha de óptima calidad. La decadencia tiene, según este punto de vista, distintas raíces. Una ha sido el escaso entusiasmo de la burguesía catalana por las nuevas tecnologías y las actividades industriales que éstas permiten. Se cumpliría así la regla de las tres

generaciones, que no sería solamente aplicable a la empresa familiar, sino a una economía en la que esta prolifera. Hoy los descendientes de aquellos empresarios aguerridos que hicieron de Cataluña la fábrica de España aspiran a alguna sinecura funcional o a integrarse en la bien remunerada plantilla de alguna caja de ahorros. El ciclo se ha cerrado sin que nadie haya sabido tomar el relevo de aquellos auténticos ciudadanos schumpeterianos que, sin ayudas presupuestarias, supieron hacer del país el motor económico español. Otra sería la deriva hacia un nacionalismo exacerbado que ha llevado a cerrarse en sí misma a toda la población catalana alejándose de las corrientes culturales y científicas mundiales. Y, finalmente, la baja altura de las miras de los políticos catalanes empeñados en guerras internas más que en la definición de estrategias que permitieran mantener al país como referente económico y cultural para el conjunto de España.

No hay que dejar que el pesimismo nos embargue, sin por ello negar que los momentos no son gloriosos. Una confluencia de circunstancias externas e internas ha dado el resultado presente, pero no son perennes. De todas maneras, para que la recuperación no se retrase en demasía, dos son las medidas que me atrevería a aconsejar. La primera, que se apruebe cuanto antes una nueva ley electoral que aproxime los partidos a los ciudadanos y ello significa, entre otras medidas, admitir las listas abiertas de tal manera que aquellos dejen de ser vistos como cajas cerradas donde los nombres propios, excepto el de cabeza de lista, no tienen importancia alguna. La segunda, que los políticos tengan más confianza en la sociedad civil y no pretendan ocupar todos los huecos, es decir, los cargos, en los que se acumulen unas migajas de poder y de prebendas. **M**



Propuestas/respuestas

Este fantasma tan de moda

Texto **Pau Riba**

Bien, como no sé exactamente quién ha decidido que ya tengo suficiente edad, o suficiente criterio o suficiente vete tú a saber qué como para ejercer de piedra en el zapato entre los denominados líderes de opinión que proliferan por todas partes y que cada vez resultan más opinables, quiero decir, que cada vez me parecen más tendenciosos o más vendedores a sueldo, de esos que te venden el artículo quieras o no quieras y que, cuando piensas que ya te los has quitado de encima, todavía te interceptan en la siguiente esquina, dale que te pego, con los mismos o similares argumentos, y aquí me tenéis hecho todo un explorador, machete en mano, intentando abrirme paso en la inextricable jungla de significados en cuyo corazón –supongo que tan tranquila, trincándose un refresco y fumándose un puro (esto tan y tan políticamente incorrecto que ha acabado siendo delito)– se encuentra la famosa sociedad civil, esta señorita que está de moda pero que, dado que nadie ha tenido la suerte de haberla visto con sus propios ojos, no se sabe exactamente quién es, ni cómo es, ni si realmente existe.

¡Uf!, al decir esto último he lanzado una furiosa andanada con el machete y me ha caído una poblada rama tropical en la cabeza, una rama abarrotada de pulgones y hormigas ajetreadas a quienes, sin querer, he desbaratado su más que civilizado mapa de caminos, carreteras y autopistas, abierto en el ramaje, motivo por el cual no han tenido más remedio que dispersarse campo a través por todo mi cuerpo, inundándome de un espantoso cosquilleo... y, por tanto, rectifico; rectifico lo de si realmente existe esa cosa que llamamos sociedad civil, ya que la pregunta obvia sería, creo, exactamente la contraria: ¿existe alguna sociedad no civil sobre la tierra?, ¿pueden los seres, de la naturaleza que sea, formar sociedades que no sean básica y esencialmente civiles, sociedades que no supongan, en mayor o menor grado, un principio de civilización? Si la respuesta es no, como supongo coincidirán conmigo, entonces ¿a qué viene tanta redundancia, tanta insistencia en remarcar expresamente que estamos hablando de una sociedad que es civil? ¿No será que se trata de una de tantas versiones –en formato de lujo, si lo prefieren– del timo de la estampita?

¡Hombre, no me digan que no da cierto tufillo!

Cuando una cosa, una expresión, resulta tan y tan obvia y al mismo tiempo tan ambigua, tan ambivalente, tan... equívoca, de la sospecha no te libra ni Dios, y lo primero que uno hace es recoger la ropa y ponerla a buen recaudo; ya que, vamos a ver: ciñéndonos únicamente a lo que queda de los poderes fácticos, hoy relativamente neutralizados o ya incorporados a las estructuras de gobierno, tenemos, por una parte, que la Iglesia opone

civil a canónico, que, por otra, la judicatura opone civil a penal, que el Ejército opone civil a militar o, en tiempos de guerra, civil a convencional –dejemos aquí a un lado el misterio profundo de la guardia civil que (¿opuesta a qué: a municipal, a urbana?) me resulta absolutamente desconcertante, porque si civil viene de *civilis*, que es justamente lo contrario de *ruralis*, no entiendo por qué los del tricornio, a los que siempre he considerado reminiscencia de un cuerpo de gendarmería rural dedicado a la vigilancia de costas y al control de los bandoleros y el contrabando, se llaman así–, el consistorio opone cívico –el civil moral– a gamberro, el Gobierno opone civil a funcionario, el mundo de las finanzas, capital civil a erario público...

¿Qué mareo, no? ¿y cómo nos comemos todo esto?


Así, de buenas a primeras, quedan bastante claras un par de cosas: una, que eso de civil es una patada en el culo que –¡felizmente!– nos echa fuera de las instituciones y nos deja, como se suele decir, en la puta calle..., aunque todo esto es muy relativo, ya que, fuera del horario de oficina, todos los que integran los escalafones funcionariales son tan civiles –tan íntimamente, tan anónimamente civiles– como los demás, de manera que ésta es una frontera falsa y visible sólo de ocho a tres; y dos, que éste es un adjetivo que, precisamente por su flagrante ambivalencia y por el hecho probado de que define mejor a la parte contraria que a la propia, sirve tanto para un roto como para un descosido y todos lo emplean como quieren y a favor o en contra de lo que haga falta; una bicoca, vaya, una joyita en manos de charlatanes y embaucadores.

Pero si, hartos de desbrozar toda esta zona inútil, llena de maleza, nos dejamos de tonterías y nos aferramos directamente a la liana de lo que popularmente se entiende por sociedad civil, que es, de una manera bastante difusa, aquella parte de la ciudadanía que no forma parte del Gobierno o quizás, afinando más, el dinero –¡la iniciativa!– de esa parte abstracta de la ciudadanía que no forma parte del ejecutivo (tenemos que analizarlo en clave económica porque estamos anclados en un sistema capitalista en el que todo –la vida, la muerte–, todo depende de eso, del maldito dinero de cada uno, y también porque formamos parte de una democracia que nos venden como gran cooperativa montada con el dinero de todos, una cooperativa de la que participamos todos y de la que todos somos dueños, cuando, en realidad, es una enorme multinacional, una potente sociedad anónima de la que sólo somos pequeños accionistas y en la que no somos propietarios –y menos aún dueños– de nada, o de nada más que de un mínimo paquetito de acciones que no da para nada, nada que no sea otorgar el poder ejecutivo

a los ejecutivos con cargos que, a pesar de todo, no gestionan más que nuestro dinero, y nuestra felicidad, lo que nos hace abrir los ojos), si nos aferramos a esta liana, insisto, entonces el fraude está cantado, ya que quiere decir que la cantinela ésta de la sociedad civil no es otra cosa que la sintonía, o la banda sonora, del *spot* publicitario con que alguien pretende que volvamos a comprar algo que ya tenemos, en su beneficio y en el de unos cuantos más, que son siempre los mismos, y se confunden, y se retroalimentan.

Es el truco de hacerse auto-competencia, como la Coca-Cola y la Pepsi, instrumentalizando el hecho de que, indefectiblemente, un funcionariado bien pagado, con sueldos a perpetuidad y administrando lo que no es suyo, entra en rutinas y abullias de las que lo mínimo que se puede decir es que dificultan y lentifican una brillante ejecución, encallándose a menudo en burocracias exasperantes que nos impacientan. Los socios mayoritarios de la gran S. A. sacan la estampita de la S. C. –la sociedad civil, la que todo lo hace mejor– y nos venden proyectos por los cuales ya hemos pagado a la empresa pública y por los cuales tenemos que volver a pagar. Nos duplican la oferta, sí, de manera que podamos escoger entre comer la sopa de la señora o comer la de la criada, pero pagando por las dos..., como en el caso de las autopistas: tenemos las del Estado, construidas con capital público, que llegan tarde pero acaban llegando, y las de peaje, financiadas con capital privado, o civil, que llegan pronto pero tenemos que pagarlas y pagarlas a perpetuidad, sin dejar de pedir su gratuidad.

¿Hacen falta? ¿Hacían falta? ¡Ésta es la pregunta del millón! Para vivir no hace falta casi nada; para vivir civilizadamente hacen falta unas cuantas cosas más –pero, por supuesto, ni la cienmilmillonésima parte de lo que nos venden como imprescindible–; y para vivir como socios anónimos de una civilización capitalista, si hacen falta –las cosas–, es tan sólo en la dinámica perversa de este sistema embustero en el que seis mil millones de seres necesitan ofrecer algo, casi siempre innecesario, para ganarse la vida, y necesitan inventarse una cosa u otra para endosárnosla. En conjunto, una gran estafa –sí: legal, instituida, monumental (¿monu mental?), pero estafa en definitiva–, que es lo que es este capitalismo democrático; esquema rancio, que, sorprendentemente, incomprensiblemente, y mira tú por donde, nunca es cuestionado por ninguna sociedad civil.

¿No lo había dicho ya que era un fantasma? 

Oda a Barcelona

de Joan Oliver

(...) Barcelona,
rumbeges el barri aristocràtic
amb roba proletària.
Somriu amb urc, amb impaciència
la gent nova i jove.
Ai ton capritx fill de l'antiga enveja,
que finalment caldrà que ofeguis!
Sofrí tant!
I no pas fam o nuesa:
l'exaltació xarona del privilegi.
La vanitat erecta.
L'atzar estult.
L'oprobri de la beutat antiga.
La pau de l'ànima
bescanviada per monedes i voluntat esclava.
El treball prostituint-se
en les cambres secretes del negoci,
enllefiscant-se
en les llacors del luxe.

Els crisantems, les clavellines
de les floristes mamelludes
tenen set i migranya.
Les roses, ai! les roses
enyoren el marcir-se
en aires capitosos.
La Venus de Clarà, a la gatizoneta,
no ha perdut ni un cabell,
mes té una piga tendra a l'anca esquerra.
Els coloms volen i peonen
com espectres preciosos
d'un àngel mort,
dels temps que tristament plovia lluna,
i alzinetes d'argent i baladres nafrats
protegien besars i mans nuades
per pactes de desig i juvenesa extrema.

Tanmateix, Barcelona,
la mar no et deixa i et gombolda.
Allitaràs tos sofriments
en faldes suaus i tombes provisòries
on operen amb punya
les forces dures de la renaixença.

Al cap d'anyades
t'arribarà l'eco:
sospirs, gemecs, renecs, esclats,
sanglots, udols, xiscles, esclats!
I ja tindràs l'himne triomfal
sota la bandera de la quàdruple flama.

Barcelona:
pairal ciutat de Catalunya,
de València i les Illes.
Les comarques
gerdes, eixutes, alteroses, planes.
Màquines i collites.
Tiges en estol,
bestiar i aigües submisos.

Barcelona,
esdevindràs, si vols, la capital altiva
d'una pàtria novella de rels velles,
quasi feliç, penosament fecunda.
Mestressa sobirana,
sol en ton clos obert com una rosa
dels vents, als vents de mar, de terra !

Barcelona, contempla't.
Barcelona, no cantis.
Ausculda aquest cor teu que s'escarrassa a batre.
No et deturis. Plora una mica cada dia,
quan la Terra comença
un altre tomb, ullcluca.
A poc a poc, no et distreguessis
amb les fulles que el vent requisa als arbres.
Ni amb el presagi de les ales noves.

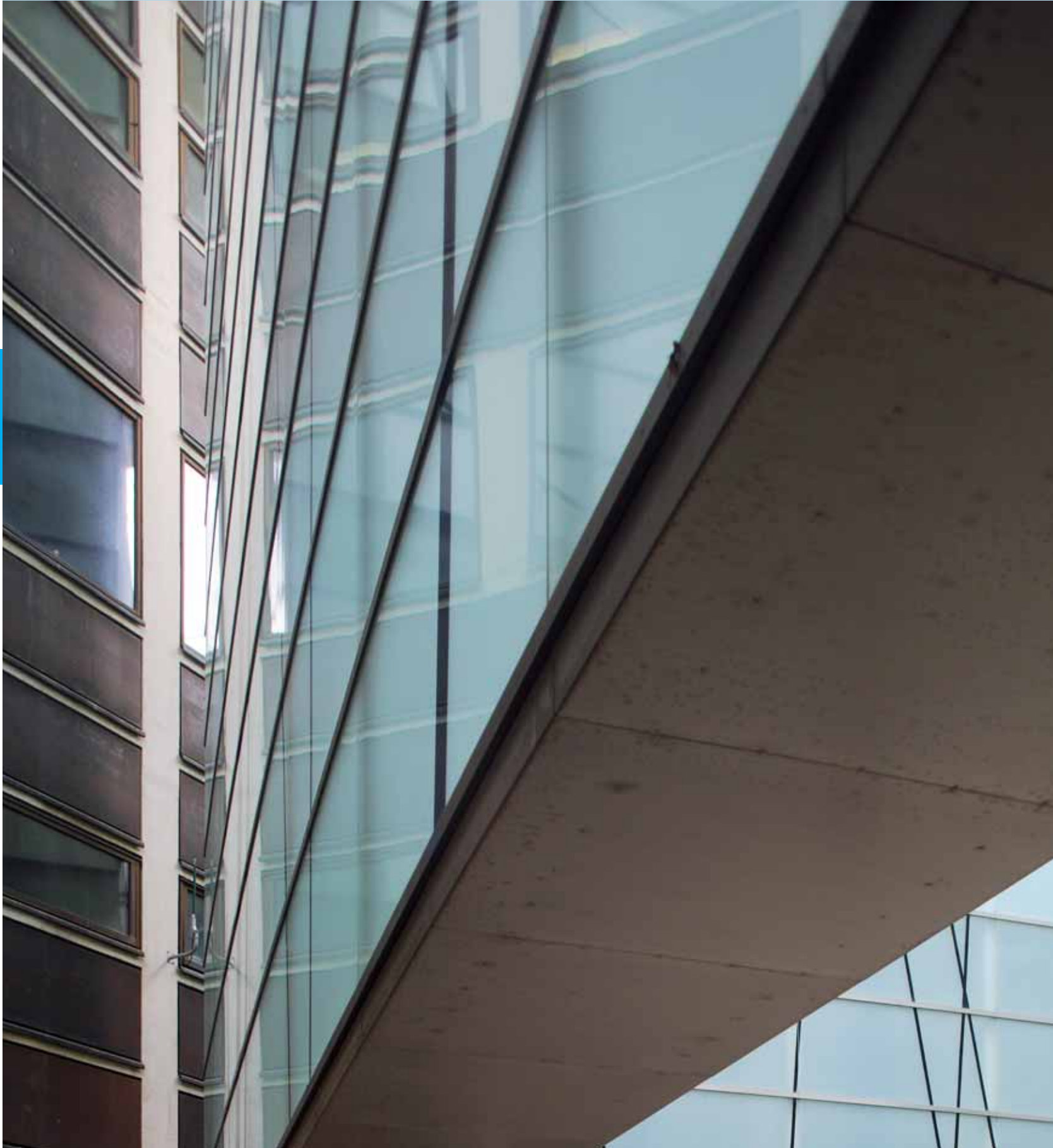
Treballa. Calla.

Malfia't de la història.
Somnia-la i refés-la.

Vigila el mar, vigila les muntanyes.
Pensa en el fill que duus a les entranyes.



OBSERVATORIO



A favor de los centralismos

Una de las claves de la vitalidad de Cataluña es su característico modelo urbano basado en la existencia de una gran capital y de una red activísima de ciudades medianas que vertebran el conjunto del territorio. Es un modelo de éxito que no puede prescindir de ninguno de los dos elementos.

Texto **Vicenç Villatoro**

Como decía el viejo sueño novecentista, hoy Cataluña ya es toda ella una sola ciudad; o, dicho de otro modo, las comunicaciones, las tecnologías y los cambios sociales impiden contemplar el territorio como una realidad fragmentada, hecha con piezas impermeables. Hoy, en Cataluña ya no sirve la dualidad entre urbano y rural. La noción de periferia es más social que geográfica. Todo es accesible desde todas partes y, en la mayoría de las ofertas, no tiene sentido plantearse un mercado estrictamente local. De esta concepción de Cataluña como un único espacio ya se han adueñado mundos tan diversos como el del ocio, la gastronomía o incluso el deporte. Cuando el mundo de la cultura también lo haga, tengo la esperanza de que se acabarán diluyendo hasta desaparecer dos actitudes que no comparto y que llegan incluso, según se expresen, a desagradarme. La primera, la apelación victimista y llorona a un supuesto centralismo barcelonés que marginaría y exiliaría al desierto a la autodenominada gente de comarcas. La segunda, el mito cultivado en el mundo metropolitano de una superioridad cultural –en términos de modernidad y de capacidad de iniciativa– con respecto a un supuesto mundo rural, inexistente en los términos que el mito propone, construido a partir del desconocimiento y la fachenda.

Una de las claves de la vitalidad de Cataluña –económica, asociativa, también cultural– es su particular red urbana. Algunos historiadores, como Albert García Espuche, vienen a decirnos que el impulso catalán desde el siglo XVI nace precisamente con la consolidación de esa red urbana. El modelo tiene dos características relativamente singulares, cuando menos en su confluencia. Por una parte, la existencia de una gran ciudad que hace de capital de todo el territorio, como es Barcelona, con una dimensión, llamémosla competitiva, en el ámbito peninsular y mediterráneo, y que tiene, por tanto, un área de influencia que rebasa los límites del país. Por otra, la existencia de una activísima red de ciudades medianas que se extienden más allá de la segunda corona metropolitana y vertebran el conjunto del territorio. Hasta el punto de

que estas ciudades medianas en torno a Barcelona, en su segunda corona, no se diluyen ni renuncian a su propia personalidad, sino que la mantienen y la alimentan. No es necesario citarlas, ya que son tan numerosas que la lista de las que se nos ocurren es demasiado larga para transcribirla. El modelo catalán no es el de una capital en medio de la nada, de la llanura tibetana –como decía Gaziell hablando de Madrid–, sino un conjunto del país urbano y articulado. Pero no es tampoco una red sin jerarquía: Barcelona hace de capital, a distancia de cualquier otra ciudad, y, como país y como cultura, ha sido una suerte que así sea.

Así pues, el sistema urbano catalán tiene dos características complementarias, aunque a veces se hayan querido presentar como alternativas y excluyentes: una gran Barcelona y la fuerza de las ciudades medianas. El problema ha surgido cuando se ha querido eliminar una de las dos patas con las que camina este modelo de éxito. Cualquiera de las dos, da lo mismo. Cuando en nombre de la necesidad de una capital fuerte y competitiva hemos querido restar energías y recursos a las ciudades medianas. Es decir, cuando hemos querido aplicar a Cataluña el modelo radical a la española o a la francesa. Pero también, cuando en nombre del papel –imprescindible– de las ciudades medianas hemos menospreciado la apuesta de Barcelona no sólo por la capitalidad del territorio, sino incluso por la competitividad internacional. Es decir, cuando hemos alimentado en el territorio recelos sobre la acumulación de energía y esfuerzos en la gran ciudad que tan a menudo nos hace de motor y escaparate.

Comencemos por el segundo de estos errores, en mi opinión. Cuando se decidió reconstruir el Liceu después del incendio –pero también cuando se hizo la apuesta por el TNC, por ejemplo–, algunos responsables culturales tuvimos que oírnos decir que con lo que nos costaba ese proyecto faraónico, valdría más hacer un teatrillo de ópera en cada capital de comarca. Exagero, pero no demasiado. En Cataluña, debido quizás a que la experiencia radical y jacobina

En la página anterior, detalle del Auditori de Barcelona, obra de Rafael Moneo, desde el patio central de acceso a las instalaciones.

na del Estado español había desacreditado cualquier idea de centralismo, se llegó a instaurar una especie de espíritu igualitarista que venía a defender que la mantequilla cultural se tenía que untar homogéneamente por toda la tostada del territorio. Por tanto, crear un gran equipamiento en Barcelona se consideraba peor que un error, casi un crimen. Esta concepción igualitarista pretendía –vuelvo a exagerar, pero tampoco en exceso– clonar pequeñas Barcelonas cada veinte kilómetros, capitales completas “jibarizadas”, a escala, que todas tuviesen de todo, óperas, conciertos, teatros, auditorios, pero necesariamente en pequeño, a la medida de su mercado local o comarcal.

Repito que me parece un error brutal. Cataluña, por población, por dimensión geográfica, da, como mucho, para un Liceu, y tener quince es como no tener ninguno. Al menos, ninguno que sea capaz de jugar la Champions. Cataluña sólo puede tener un Liceu, esté donde esté, si queremos que sea potente de verdad. Porque si está en Barcelona, no será el Liceu de Barcelona, sino el de Cataluña, y, con suerte, el de un área de influencia que se extiende más allá de Cataluña, y con posibilidades de competir con Madrid o con París. Lo mismo sucede con el Teatre Nacional: su ámbito no es urbano, sino, como mínimo, de todo el territorio catalán. Un ámbito nacional para poder jugar la liga internacional. Bien es verdad que eso se puede complementar con una temporada de ópera itinerante, pero eso ya es otra cosa. No es tener quince Liceus, es tener un gran Teatre del Liceu y una red que juega otra liga, que forma a públicos y cantantes y le sirve de complemento. No una liga menor, sino diferente, con otros objetivos.

Recuerdo que hace muchos años, mientras hablaba con responsables culturales de Quebec, me decían que envidiaban a los catalanes por tener un territorio tan concreto y tan bien comunicado. En Quebec, con una población similar a la de Cataluña, pero con un territorio mucho más grande, el teatro de Montreal está muy lejos de las periferias geográficas, poco habitadas, a las que, no obstante, se tiene que ofrecer un mínimo acceso a los bienes culturales que no se agota con la posibilidad de ir a la capital a consumir cultura. En Cataluña, no es así. En Cataluña, cualquier cosa que se haga en cualquier parte del territorio es accesible con relativa comodidad para todo el resto. Por tanto, tiene sentido concentrar y centralizar los equipamientos y las iniciativas más ambiciosas, así como los recursos que necesitan, porque eso no significa marginar o excluir a una parte de los ciudadanos. El reparto igualitarista es el bromuro de la ambición.

Pero también ha existido el pecado exactamente contrario: se ha valorado acertadamente el papel central de Barcelona –Cataluña y la cultura catalana todavía siguen existiendo porque contamos con Barcelona–, pero se ha

menospreciado el de la red de ciudades medianas que necesitan visibilidad y reconocimiento para no diluirse. Desde la Barcelona estricta o desde la Barcelona metropolitana, se ha mirado a veces con soberbia y displicencia cualquier iniciativa cultural –social, económica o deportiva– de las ciudades medianas. Y, a veces, simplemente ni se ha mirado. No ha habido ningún tipo de mirada. Actividades culturales realizadas fuera de Barcelona, y que sólo tendrían sentido si todo el país las hiciera suyas, incluida Barcelona, han pasado totalmente desapercibidas porque no estaban iluminadas por los focos de la capital.

En el título decía que estoy a favor de los centralismos porque Cataluña se puede permitir concentrar esfuerzos culturales en un centro accesible para todo el territorio, pero en ningún sitio está escrito que tenga que ser precisamente en Barcelona. Barcelona puede concentrar buena parte de las capitalidades, pero no es necesario que sean todas. Otras partes del territorio, y muy especialmente las ciudades medianas, deben poder optar a capitalidades concretas, a ser el centro de otros centralismos. Centralismo, sí, pero no siempre y para todo con relación al mismo centro. Y el futuro de estas ciudades medianas –en muchos ámbitos, no tan sólo en el cultural– no radica en querer ser copias clonadas de Barcelona en pequeño, sino en ser centros de actividades específicas, destinadas a todo el mercado catalán. Su futuro depende de adivinar cómo y en qué ámbito, en función de la propia tradición local y de la propia fuerza, pueden ejercer de capital de Cataluña.

En la Cataluña actual no hay, por decirlo así, mercados culturales locales. Hay algunos niveles de iniciativa y de actividad que tienen sentido local, pero cuando quieren tomar vuelo y crece su ambición, todo el territorio actúa como un sistema único. Eso ya se produce de forma espontánea. El Liceu, el Auditori, el Lliure, el Grec, el Nacional, el Palau de la Música, no viven sólo de barceloneses. Para todos los ciudadanos de Cataluña, la cartelera de Barcelona es su cartelera. Pero el Festival de Jazz de Terrassa, el Temporada Alta de Girona, la Fira de Tàrraga, el Mercat de Música Viva de Vic o el Auditori de Sant Cugat no podrían vivir sólo con su público local, sino que necesitan y cuentan con público de todo el país, incluido el de Barcelona. El sistema funciona bastante bien espontáneamente, y, en cualquier caso, existe una menor aceptación por parte de los barceloneses de centros alternativos que la del conjunto del país con respecto a los centros situados en Barcelona. Pero el territorio ya actúa como una sola Cataluña-ciudad en muchos aspectos, también en el ámbito de la cultura. Se trata, sencillamente, de que las políticas no lo desbaraten. **M**

OBS ZONA DE OBRAS



Joan Prat

Los sentidos de la vida. La construcción del sujeto, modelos del yo e identidad

**Editorial Bellaterra
Barcelona, 2007
319 páginas**

Con frecuencia, a la hora de abordar una novedad en el campo de la literatura científico-social no se tiene en cuenta que, casi siempre al menos, esa obra sólo tiene sentido en el marco de una línea de trabajo colectivo del que el libro en cuestión es testimonio, muchas veces ni siquiera final. Se olvida que tras ese libro que nos merece la atención puede haber una labor continuada de investigación, compartida con un equipo de colaboradores cuya aportación pudo haber sido indispensable. Estamos ante un ejemplo de ello. Editorial Bellaterra –acaso la única que se mantiene interesada en publicar libros de antropología en la actualidad– acaba de brindarnos este *Los sentidos de la vida*, en el que Joan Prat vierte la síntesis y el resultado de un trabajo espléndido –en efecto: prolongado, serio, colectivo...– de indagación en el campo de la construcción histórica, social y cultural del sujeto en la cultura occidental contemporánea. Trabajo, dicho sea de paso, que continúa el que el autor había

iniciado sobre minorías religiosas, uno de cuyos frutos fue el indispensable *El estigma del extraño* (Ariel).

Esa naturaleza coral, por así decirlo, de la labor de Joan Prat, cuyo producto –seguro que provisional– conocemos en esta obra, es digna de ser conocida. Por ello sería ideal que su lectura se complementara con la de otras dos publicaciones. Por un lado, el número 23 de la *Revista d'Etnologia de Catalunya*, coordinado en 2003 por el mismo Prat y consagrado a la construcción autobiográfica, en orden a entender que la antropología de las identidades personales está ahí, como ámbito, desde hace casi un siglo, con el arranque que supuso el famoso trabajo de Thomas y Znaniecki sobre y con aquel campesino polaco emigrado a Chicago a principios del siglo XX. Por otro, el volumen *...I això és la meva vida*, en el que, al año siguiente, el Grup de Recerca Biogràfica que dirige Prat en la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona ofrecía el resultado de su compilación de memorias personales para el Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya, respecto al que es inevitable aprovechar la oportunidad para elogiarlo nuevamente.

Esta sugerencia –la de las mencionadas dos lecturas complementarias– es importante. Lo es por cuanto permite comprender el alcance de esta novedad de Bellaterra, que se percibe mejor cuando se enmarca tanto en la perspectiva de la historia del método autobiográfico, como en la labor de investigación empírica sin la cual la antropología no existe como tal. Porque lo que nos ofrece este *Los sentidos de la vida* es un recorrido casi exhaustivo por los caminos paralelos que la filosofía, el psicoanálisis y la literatura han recorrido en esa indagación de las fuentes del yo.

Con esos materiales que inventaría, Prat nos propone una tipología de las autoconcepciones del yo o de ese género que podríamos llamar “cada cual

contado por sí mismo”. Una es la providencial, aquella en la que el sujeto no se concibe en modo alguno como contingencia, sino como necesidad, y como necesidad en buena medida de los otros, puesto que se contempla en tanto que convocado a ejecutar planes que la historia, los ancestros o los dioses han trazado. Al lado de quienes nacieron y vivieron determinados por su misión –santos, iluminados, líderes carismáticos, místicos, chamanes y otros héroes culturales que se imaginan o son imaginados como instrumentos del destino o de azares inteligentes–, estarían todos aquellos que se vieron a sí mismos como la consecuencia de su propio proyecto vital, hombres y mujeres que creyeron imponerle su voluntad a las circunstancias. Por último, nos encontraríamos con quienes se aceptaron como partes integrantes del contexto en el que vivían inmersos, un medio ambiente social que ellos no hicieron, pero que les hizo a ellos, gentes que se supieron o se intuyeron víctimas de lo que podríamos llamar la maldición de la estructura, es decir, la última palabra que siempre tuvieron en sus vidas los marcos históricos, culturales y socioeconómicos de los que formaron parte.

Es esta última perspectiva la que las ciencias sociales y humanas han primado: la que entiende que a la autoconstrucción de la identidad personal le deberían ser aplicados los mismos criterios analíticos que han permitido reconocer a las identidades colectivas como artefactos ideológicos que sólo pueden ser entendidos no en relación a otras identidades, sino como la relación con ellas. Territorio conceptual de perfiles imprecisos, el campo de las identidades –individuales o colectivas– no puede ser otra cosa que un centro vacío, un espacio-tiempo hueco en que tienen lugar los ininterrumpidos empalmes y desempalmes de no importa qué yo o qué nosotros. Toda identidad no es más que eso, un lugar

“Sentidos de la vida’ ofrece un recorrido casi exhaustivo por los caminos paralelos que la filosofía, el psicoanálisis y la literatura han seguido en su indagación de las fuentes del yo”.

de paso, por mucho que una ilusión se empeñe en otorgarle los atributos de lo perpetuo, de lo que está a salvo de los deterioros que la acción del tiempo y de los humanos –de los demás humanos, en el caso de la identidad personal– provoca. Hace ya tiempo que la antropología ha deslegitimado las pretensiones de sustantividad de que se inviste cualquier idiosincrasia, de reconocerla como juego de empalmes y desempalmes, incierto nudo entre instancias, irreales en sí, inencontrables cada una de ellas por separado. Negado su derecho a la reificación, toda identidad –también la personal– se acaba reduciendo a un efecto óptico, una entidad espectral que no puede ser representada puesto que no es otra cosa que su representación, superficie sin fondo, reverberación de una realidad esencial que no existe, ni ha existido, ni existiría si no fuera por sus periódicas escenificaciones, como las que, en nuestro caso y para el terreno de lo individual, implica toda autobiografía.

Así, el libro funciona como una especie de compendio de cómo los individuos hacen balance de su existencia y se ubican diacrónicamente en relación con los demás y con el mundo. El resultado es una autoinvención, cuyas características de congruencia y linealidad sólo pueden corresponder al campo de la ficción. Para demostrarlo, Joan Prat convoca a una extensa nómina de personajes que invistieron su propia historia de una coherencia y una inteligibilidad que la vida real nunca estuvo dispuesta a concederles. Y de la mano de todos ellos recorremos un camino exuberante en que nos vamos encontrando con la imagen que quisieron dar y darse de sí mismos: Barthes, el Lute, Charlon Heston, Rigoberta Menchú, Ernesto Cardenal, Sartre, el Vaquilla, Duras, Genet, Darwin, Anna Franck, Leiris..., y muchos otros que tuvieron la delicadeza de marcharse dejando olvidadas sus memorias. **Manuel Delgado**



Kwame Anthony Appiah *La ética de la identidad*

Katz
Buenos Aires, 2007
401 páginas

Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños

Katz
Buenos Aires, 2007
242 páginas

El autor de estos libros es hijo de ghanés e inglesa, vivió algunos años de su infancia en Ghana y después se trasladó a los Estados Unidos, en donde es profesor en la Universidad de Princeton. De sus textos se deduce que ha viajado por medio mundo, intentando informarse sobre las costumbres de los pueblos que ha visitado, su historia, su lengua y sus gentes. Asimismo, se mueve con soltura entre los clásicos griegos y romanos, en gran parte de la tradición literaria y filosófica occidental del pasado y del presente, y sigue con interés las informaciones actuales sobre el mundo que nos rodea. Es de suponer que si se le preguntara de qué país es o en qué

consiste su identidad, respondiera prolijamente, mencionando su lugar de nacimiento, el lugar de nacimiento de sus padres, el color de su piel, sus diversas lenguas maternas, su inclinación sexual, sus estudios, el lugar en el que pasó la adolescencia, sus ancestros e incluso sus preferencias como espectador de hazañas deportivas. En realidad, nada que la mayoría de nosotros no nos viéramos obligados a hacer si tuviéramos que dar una respuesta satisfactoria y cabal a la pregunta sobre quién o qué somos. Los que, en cambio, se definen en términos de pureza cultural y aluden a una identidad forjada en una tradición cerrada, no prestan bastante atención al carácter moralmente diverso e históricamente contingente de lo que denominan “su” cultura. La contaminación, según Appiah, es la regla, el patrón al que obedece la imagen que tenemos de nosotros mismos.

La famosa cita de Terencio “*Homo sum: humani nihil a me alienum puto*” (soy humano y nada humano me es ajeno) explicita el credo cosmopolita. Sin embargo, el vínculo con el resto de los humanos, según Appiah, es tan imaginario como el que nos une a nuestra propia cultura, pero esto “no equivale a declarar que alguno de los dos sea irreal: ambos se cuentan entre los vínculos más reales que poseemos” (*Cosmopolitismo*, 182). Optar por el cosmopolitismo es una decisión ética. Pero no porque sea más coherente con la regla de oro que nos impone no querer para los otros lo que no queremos para nosotros. El argumento de Appiah al respecto ocupa todo el libro y no es de fácil síntesis, dado que más que una teoría, su libro es un esfuerzo por ilustrar, mediante innumerables historias particulares, las debilidades de las teorías que pretenden ofrecer soluciones a la mano. No ofrece recetas ni argumentos definitivos sobre las ventajas morales del cosmopolitismo, ni redu-

“Appiah defiende un cosmopolitismo arraigado que reconoce la existencia de nuestras fidelidades locales sin perder de vista nuestra común pertenencia a lo humano”.

ce la complejidad a esquemas maniqueos, de ahí que más vale que se abstengan de su lectura los que busquen un manual para mentes bienpensantes y socialdemócratas *comme il faut*.

En la línea de los análisis de la llamada globalización a cargo de Jürgen Habermas, parte del *factum* de la diversidad. La diversidad no es tanto algo deseable como algo que, como se suele decir hoy en día, ha llegado para quedarse. La diversidad es constitutiva de nuestro mundo fáctico y de nuestro mundo normativo, de ahí que el análisis de la globalización tienda a contener un registro descriptivo y uno prescriptivo: facticidad y validez. En términos de Ulrich Beck, el cosmopolitismo y la cosmopolitización son hechos de nuestra modernidad; esto es, podemos reconstruir la adecuación a la diversidad en los términos de una expansión coherente de nuestros principios éticos. En este contexto, Appiah sostiene que no se puede dar la espalda a la hibridación cultural, pues es constitutiva de nuestro pasado, presente y futuro. Hay que adaptarse y hacerlo no es más que extender nuestras fidelidades y actuar en consecuencia. No consiste en abrazar las creencias de los otros como si fueran las nuestras, como quiere cierta visión caricaturesca del multiculturalismo. La meta no es el mestizaje, necesariamente. En realidad, la meta ya está aquí, y de lo que se trata es de explicitar las bases normativas sobre las que asumir las obligaciones cosmopolitas.

El principio normativo que anima el empeño de Appiah se pone de manifiesto en esta declaración: “Cada una de las personas que conocemos y en quienes podemos influir es alguien ante quien tenemos responsabilidades: decir esto no es más que afirmar la idea de moralidad propiamente dicha” (*Cosmopolitismo*, 15). A esta noción le añade Appiah dos aspectos: “Tenemos obligaciones que se extienden más allá de aquellos a quienes

nos vinculan lazos de parentesco, o incluso los lazos más formales de la ciudadanía compartida”, y hay que “tomar en serio el valor, no sólo de la vida humana, sino también de las vidas humanas particulares, lo que implica interesarnos en las prácticas y creencias que les otorgan significado” (18). De esto se concluye que podemos aprender mucho de las diferencias entre nosotros. El mensaje no difiere en nada del discurso políticamente correcto del respeto a la diferencia por la diferencia misma. Sin embargo, Appiah destaca las dificultades de armonizar estos dos principios.

Lo que defiende es un “cosmopolitismo parcial” o arraigado que no acepta ni las parcialidades del nacionalismo ni la intransigencia del cosmopolitismo incondicional, esto es, que reconoce la existencia de nuestras fidelidades locales sin perder de vista nuestra común pertenencia a lo humano y las exigencias que de ella se derivan.

El ideal cosmopolita tiene que ver con los otros. ¿Cómo debemos encontrarnos con el otro? Si, por ejemplo, defendemos el derecho del musulmán de ir a la Meca, no es porque compartamos sus motivos para hacerlo, sino porque creemos que las personas deben seguir los dictados de su conciencia y porque queremos ver nuestra conciencia a salvo de los vaivenes de los poderosos. Esa no es la razón por la que los musulmanes van a la Meca, pero no es necesario compartir sus razones para reconocer su derecho a peregrinar. Esta forma de respeto no alcanza para abandonar las propias creencias y sustituirlas por las de los extraños, es más bien una forma de tolerancia que alude a los derechos de las personas cuando no se comparten los motivos que arguyen para actuar cómo lo hacen.

El cosmopolitismo parcial que defiende Appiah se distingue del universalismo en que, si bien cree que los vocabularios de las diferentes culturas

se superponen lo suficiente como para que podamos iniciar conversaciones, no podemos alcanzar acuerdos como si dispusiéramos del mismo vocabulario. La tesis es aún más radical, pues el autor sostiene que ni siquiera en el marco de una misma cultura es posible lograr acuerdos sobre el lenguaje valorativo, dado que este lenguaje es esencialmente controvertido y, por tanto, su significado debe ser determinado en todos los casos a partir de discusiones nunca definitivas entre los usuarios del lenguaje. En estas discusiones se deben dar razones y al hacerlo no podemos evitar universalizar, pues hay una audiencia, la de nuestros posibles interlocutores u oyentes que no necesariamente comparten nuestra cosmovisión, ante la que, en una u otra medida, nos tenemos que justificar.

Pero para resolver las desavenencias profundas no basta con buenas razones. Puesto que se trata, en definitiva, de cuestiones prácticas en las que no es tan importante llegar a un acuerdo sobre los principios que guían nuestras respectivas acciones, como alcanzar una forma de coexistencia no violenta, lo que cuenta es lo que hacemos. Esto se aprecia en las diversas justificaciones que los ciudadanos de una misma sociedad pueden ofrecer de los principios constitucionales. No todos los que aceptan estos principios están de acuerdo sobre su justificación. Podemos llegar a un acuerdo sobre *qué* debemos hacer sin que sea necesario estar de acuerdo en *por qué* debemos hacerlo. Los cambios de prácticas en las sociedades son el resultado de modificaciones de los hábitos que sólo de manera retrospectiva son razonados. La razón no es, pues, el instrumento que nos permite entendernos en las conversaciones con los que piensan de modo diferente a nosotros. Las conversaciones sirven únicamente para poner de manifiesto las discrepancias profundas entre nosotros. Lo que en última ins-

tancia propicia los cambios sociales y modifica las prácticas son los hábitos y el hecho de que “las personas se acostumbran unas a otras” (*Cosmopolitismo*, 124).

Estas cuestiones que Appiah ilustra con profusión de ejemplos en *Cosmopolitismo* son analizadas con mayor rigor filosófico en *La ética de la identidad*. Este ambicioso libro, que a buen seguro será objeto de discusión académica los próximos años, desarrolla los fundamentos normativos del cosmopolitismo en una argumentación que bebe del liberalismo de John Stuart Mill. La armonización del principio de autonomía de las personas con las prácticas institucionalmente promovidas, esto es, el papel del Estado en relación con las identidades, es una de las reflexiones que guían el argumento del libro. En contra de lo que cabría esperar, su sesgo no es ni comunitarista ni multiculturalista. Se trata, en sus términos, de un pluralismo blando no exento de cierto pragmatismo, es decir, más atento a las prácticas que a las ideas, a lo que hacemos que a por qué lo hacemos o deberíamos hacerlo. **Daniel Gamper**



Iñaki Esteban
El efecto Guggenheim. Del espacio basura al ornamento

Anagrama
Barcelona, 2007
165 páginas

Bilbao, puente de la Salve, una fecha indeterminada del año 1983. En la pantalla vemos a dos adolescentes charlando en unas escaleras del gran puente que se alza sobre la ría de Bilbao. Cuando, en un momento dado, se levantan y comienzan a andar en dirección al ensanche de la ciudad, la cámara nos muestra a su derecha un enorme espacio industrial semiabandonado, con un aire lúgubre. Se trata sin duda de uno de esos espacios-basura, según la denominación sugerida por el arquitecto Rem Koolhaas.

Bilbao, puente de la Salve, una fecha indeterminada del año 1999. En la misma localización de la escena anterior, pero andando en dirección contraria, vemos ahora a Pierce Brosnan (como quinto James Bond), quien, tras saltar por la ventana de un apartamento antes de que lo detenga un grupo de policías con boinas rojas, se confunde con los viandantes alejándose del ensanche de la ciudad: a su lado vemos ahora la silueta en titanio

de un inconfundible edificio, que ha aparecido como si de una nave espacial se tratara. Un inmenso pastel metálico, como perfecto ornamento postindustrial para una ciudad en transformación.

Lo que es seguro, en todo caso, es que los protagonistas de uno y otro film (*El pico*, de Eloy de la Iglesia, y *The World is Not Enough*, de Michael Apted), pese a dirigirse en direcciones opuestas por la misma acera del puente, jamás se encontrarán.

Bilbao, 1 de noviembre de 2007, día de Todos los Santos. Una enorme cola de gente desciende por las escaleras que dan acceso a la entrada del edificio que, de algún modo, se ha convertido en uno de los emblemas de la era de la globalización. En estos días en los que se celebra el décimo aniversario de la apertura del Museo Guggenheim Bilbao, éste, además, ha tenido la iniciativa de abrir sus puertas gratuitamente, por vez primera, con ocasión de celebrarlo. Que para ello el visitante tenga que enfrentarse con exposiciones que pueden resultarle un tanto ajenas, como la que repasa trescientos años de creación artística norteamericana, o esa otra que muestra el trabajo de doce creadores vascos contemporáneos, es lo de menos: en estos tiempos definidos por sociólogos como Scott Lash a partir de conceptos como el de “operacionalidad” está demostrado que lo de menos es el contenido de los mensajes, siendo lo más importante, sin embargo, el hecho mismo de comunicarse, de sentirse “conectado”.

Quizás en esto resida, al menos en parte, una de las funciones del ornamento que, según el filósofo y periodista bilbaíno Iñaki Esteban, caracteriza mejor que ninguna otra el éxito del Museo Guggenheim Bilbao. Y es que, basándose fundamentalmente en la actualización de argumentos tomados de Siegfried Krakauer, y haciéndolos polemizar con otros de Adolf Loos, éste es el paradigma fundamental que

Esteban utiliza para analizar el impacto de esta obra arquitectónica que tantos cambios (aparentes y sustanciales) ha traído a una ciudad sumida en pleno declive postindustrial en la década de los ochenta.

Porque, se pregunta Esteban, ¿qué entenderíamos por ornamento en nuestra cultura actual? Fundamentalmente, nos dice, aquello que procura, en el contexto de una sociedad de la superabundancia (el ornamento, apostilla Esteban, siempre surge de la abundancia), un generador de identidad y, en consecuencia, el flujo, desde la misma y hacia la misma, de imágenes, individuos, información y, necesariamente, también de capital: “Un ornamento del siglo XXI no sólo lleva a la superficie y ofrece a la vista las fuerzas interiores y estructurales de un sistema, sino que está en su corazón y distribuye sus flujos vitales” (p. 16). Y es que las funciones que habrán de desarrollarse en este nuevo escenario tienen que ver con la “imagen de la ciudad”, la “legitimación política” y los “contactos empresariales”: y lo cierto es que a dichos efectos la efectividad de este museo bilbaíno, sobre todo desde el punto de vista de la estrategia político-publicitaria del nacionalismo, ha sido inapelable. Otra cosa es que hablemos del arte; pero a eso, como veremos más adelante, también Esteban dedica espacio.

El otro concepto clave utilizado por Esteban para analizar el llamado “efecto Guggenheim” (un genérico al parecer ya internacionalmente utilizado para referirse a la capacidad de una intervención arquitectónica a la hora de cambiar el rumbo vital de una ciudad) es, como no podía ser de otra manera, el de “espectáculo” (haciendo referencia, obviamente, a la complejización que de este término en su día hiciera Guy Debord). Resulta curioso observar aquí, no obstante, una extraña ambigüedad en el manejo de los argumentos por parte de Esteban

cuando, rechazando *a priori* la acusación de “espectacular” para el Museo en razón del extremo rigor desplegado en las exhibiciones, así como por la sobreabundante documentación incorporada a las mismas, apostilla a renglón seguido (como si lo dijera en voz baja): “[...] en todo caso, el espectáculo residía en lo contrario: en el abrumador despliegue o amontonamiento de academicismo”.

Evidentemente, en el caso ante el que nos encontramos se trata de esto, precisamente: de abrumar al visitante con el espectáculo de la omnipotencia, del inabarcable compendio de saber que una institución como ésta es capaz de poner en marcha, actualizando para nosotros, al instante, enormes parcelas de cultura y conocimiento a las que nunca podríamos acceder con nuestros ojos ni con nuestro entendimiento limitado. Sin embargo, el aspecto que toda esa cultura recopilada adquiere en cada exposición no es el de un archivo al uso, es decir, el de la biblioteca ilustrada: pues aquí, no lo olvidemos, esa enorme acumulación documental que acompaña a cada exposición tiene como objetivo fundamental, precisamente, servir de argamasa a la elaboración precisa del conjunto ornamental que constituye el Museo. Y en esa medida saber y ornamento se asocian a la perfección en un modelo que no podríamos sino calificar, precisamente, de espectacular.

Y, finalmente, ¿dónde queda el arte en todo esto? Esteban se inclina por pensar que el peso que la gestión económica tiene en el edificio ha coartado, sin duda, la posibilidad de un desarrollo artístico más atinado: sobre todo cuando, a fecha de hoy, el Museo sigue sin contar con un director (artístico) que se ocupe de ello. Es especialmente interesante cómo Esteban hace visibles aquí las perversas argumentaciones de un personaje como Thomas Krens, tratando de hacer de la necesidad virtud y vender su falta de colec-

ción propia y de criterios estéticos mínimos en supuesta coherencia con un afán deconstructivo y contrailustrado, es decir, ¡como el paradigma de la posmodernidad más consecuente! Argumento que en todo caso cae por su propio peso cuando uno constata el carácter totalmente normativo y canónico que ha sustentado la presentación de prácticamente todas las exposiciones hasta la fecha. Llegados a este punto, dice Esteban, es difícilmente sostenible que en dichas condiciones pueda calificarse a este modelo de “museo”, pese a que dicha denominación convenga promocionalmente mucho más que la de, por ejemplo, “centro de arte”. Esto, unido al difícilmente soslayable carácter sucursarial del centro (y aquí el fantasma de la “franquicia” aparece en todo su esplendor), mostraría en definitiva el flanco más débil de la propuesta vasco-neoyorquina.

Sí que podríamos decir por todo ello que, allí donde el arte falla, lo “artístico”, entendido como tenue “aroma” pulverizado sobre el otrora espacio-basura, ha triunfado dentro de la cultura del ornamento que tan bien representa el Guggenheim de Bilbao. **Gabriel Villota Toyos**

“En el Guggenheim saber y ornamento se asocian a la perfección en un modelo que no podríamos calificar sino de espectacular”.

En tránsito



Beatriz Sarlo

“Nos debe preocupar qué versión de la historia se imparte en la escuela”

Entrevista **Sergi Doria**

Fotos **Enrique Marco**

Beatriz Sarlo (Buenos Aires, 1942) ha sopesado, desde disciplinas diversas, el papel de los recuerdos y la memoria. Un “fardo” histórico y cultural que esta mujer aparentemente frágil ha sabido sostener con una obra de consistencia intelectual. Directora de la revista de resistencia *Punto de vista* en 1978, justo cuando la Junta Militar de Videla jaleaba los goles de Kempes en el Mundial y violaba los derechos humanos, Sarlo defendía una izquierda autocrítica y postulaba una cultura sin remilgos, capaz de analizar la sociedad de masas desde la modernidad periférica argentina. Del fútbol a Borges, pasando por los delirios peronistas, los melodramas populares y el mítico Martín Fierro, la ensayista porteña ha sistematizado una obra completa: la agilidad mental que exige el instante en una columna del diario *Clarín* conjugada con el análisis de los procesos de *longue durée*.

Profesora de Literatura en la Universidad de Buenos Aires, e invitada en Columbia, Berkeley o Cambridge, Beatriz Sarlo ha mantenido en los últimos veinte años una intensa actividad editorial con títulos como *El imperio de los sentimientos* (1985), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988), *La imaginación técnica* (1992), *Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina* (1994), *Borges, un escritor en las orillas* (1995), *La máquina cultural* (1998), *Escenas de la vida posmoderna* (2004), el díptico sobre la cultura de la memoria *Tiempo pasado y Tiempo presente* (2005) y los *Escritos sobre literatura argentina* (2007). Una entrevista con Sarlo supone un sugestivo lance de esgrima crítica.

Empecemos con la Argentina política y esa añoranza endémica del peronismo...

No hay ningún síndrome. De ninguna manera. El peronismo forma parte del proceso de modernización argentino en la primera mitad

de siglo XX. Una modernización que fue en la dirección de algunos países europeos, entre 1945 y 1950. Se construyeron las bases de un Estado social. A diferencia de los modelos holandés, alemán o francés, el caso argentino se acompañó de un régimen de fuerte inflexión populista y poca vocación republicana. Vocación plebiscitaria, sí. La Argentina del siglo XX pivota sobre las modificaciones radicales que introduce el peronismo en su gestión del Estado y en la relación del Estado con la sociedad y las clases populares. Desalojado del poder por un golpe militar, Perón permanece dieciocho años exiliado en España y vuelve encabezando una alianza, que se demostró incongruente, entre sectores de la izquierda y la derecha del justicialismo. Pero de ningún modo diría yo que es el mal argentino, porque alguna de las transformaciones del primer peronismo tuvo carácter progresista, con derivaciones en el gobierno de Kirchner, y otras fueron de signo reaccionario, como en el gobierno Menem.

Insistimos. Algo hay de “síndrome de Rebeca”. La figura de Perón aparece benéfica en su primer Estado y Argentina no sabe avanzar sin ese referente que reaparece en cada campaña electoral.

La figura de Perón es hoy completamente histórica. Ni Kirchner ni la actual presidenta electa se refieren a Perón, y en los últimos diez años del gobierno Menem se rendía a Perón una simple pleitesía ceremonial. La figura de Perón está erradicada, no conserva vigencia. Lo que mantiene cierto magnetismo es la identidad peronista, es decir, una identidad de amplios sectores populares, sobre todo de la Argentina profunda, no en las grandes ciudades costeras, no en Rosario, ni en Buenos Aires. Subsiste un conglomerado de dirigentes locales en zonas rurales que se presentan como peronistas o justicialistas.

Si una mujer argentina hace política, será comparada con Evita...

Nadie compara a Cristina Kirchner con Evita. Evita formaba parte de una sociedad cuya cabeza política era Perón. Evita no inventaba políticas: formaba parte del cuerpo simbólico ideado por Perón. Es bien diferente de Cristina Kirchner. Ella no representa el lado femenino de la política. Al final de la campaña, sus asesores se empeñaron en feminizarla, precisamente por eso. Por otro lado, nadie diría que en la sociedad de los Kirchner hay una cabeza política: es una sociedad bicéfala. En la sociedad de Perón, el gran diseñador de política era Perón. Kirchner aborrece la política exterior y Cristina prefiere los escenarios internacionales; a él le gusta la batalla del día a día en el movimiento sindical y ella esquivaba esa batalla... Ernesto y Cristina forman una asociación política horizontal, muy moderna, nos guste o no. Yo, personalmente, estoy en completo desacuerdo con que el presidente nombre a dedo a su sucesora, pero eso no puede hacerme pensar que Cristina Kirchner va a obedecer las órdenes de su marido. Ambos tuvieron trayectos muy diferenciados. Él fue gobernador, un hombre de gestión, y ella diputada o senadora; él siempre perteneció al poder ejecutivo, y ella, al legislativo.

Se están celebrando juicios contra torturadores de la Junta Militar. ¿Cómo se aborda hoy lo que durante años se conoció eufemísticamente como “proceso”?

“Proceso” le llamaban los militares, yo siempre le llamé dictadura. Los argentinos que hablan de “proceso” es porque adoptaron una palabra sin conciencia de su origen semántico. Se está desarrollando una serie de procesos que son posibles a partir de la derogación por el Congreso de las leyes de punto final. Argentina conoció tres etapas en sus juicios contra los responsables de la dictadura militar. La primera etapa, la más importante, fue el juicio a la Junta; en 1984, el presidente Alfonsín declaró juzgables por decreto ley a los nueve integrantes de las tres juntas militares de la dictadura. Las fuerzas armadas se negaron a procesar a sus miembros, y el asunto pasó a una cámara civil de grandes e irreprochables juristas. Tres años después de la caída de la dictadura, se formuló la acusación de terrorismo de Estado, cuyos responsables intelectuales habían sido los nueve comandantes juzgados. Alfonsín creyó que con aquella iniciativa, un proceso al estilo de Nuremberg, se cerraba el capítulo, pero surgió el problema de los niños desaparecidos, nacidos en cautiverio y apropiados por los militares. Se consideró delito de lesa humanidad y prosiguieron los procesos. Al llegar Kirchner ya había en marcha un amplio movimiento legislativo y civil para derogar las leyes que impedían procesar al resto de los responsables del terrorismo de Estado. Hay que decir que entre 1984 y 2000 el concepto de “terrorismo de Estado” y de “crímenes contra la humanidad” se ha impuesto en las organizaciones internacionales. Con más de doscientos juicios, nos encontramos ante el más vasto proceso de un Estado que se hace responsable de una dictadura militar.

¿Y tiembla algo en el Estado argentino con esos procesos?

Ya no. En los ochenta la situación sí era muy complicada. Estaban en activo los camaradas de los militares procesados. Se produjeron insurrecciones que obligaron a limitar la duración de los juicios. El gobierno Menem tomó medidas para cerrar los procesos; se dicta el indulto de los procesados militares en el 84, aunque la mayoría de ellos seguirán en prisión porque tienen otros juicios abiertos. Pero existe otra medida: el nombramiento como jefe de las Fuerzas Armadas del general Balsa, que empieza a depurar el ejército de los miembros proclives a la dictadura militar. Menem toma dos medi-

das: una cierra los juicios, pero la otra depura el ejército... Y, quizás, una no hubiera sido posible sin la otra. Balsa es una figura crucial: el primer militar que hizo una autocrítica pública, un general democrático. Cuando llega Kirchner el ejército está, gracias a Balsa, depurado ideológicamente y democratizado. Eso hace posible que se deroguen las leyes de punto final y que los juicios se sigan celebrando.

¿Usted pertenece a la generación de mayo del 68? Sarkozy ha reconocido que la herencia del 68 ha resultado perniciosa. ¿Cómo se podía ser maoísta mientras Mao masacraba a su pueblo en la Revolución Cultural?

En aquellos años había una ola revolucionaria, no solamente en América Latina, que había cobrado impulso a partir de la revolución cubana. Por primera vez, la metrópolis revolucionaria sale de Europa del Este y se traslada a La Habana. La radicalización continuará con el otoño alemán, las Brigadas Rojas, la banda Baader-Meinhof. La crítica al reformismo político se universaliza. En Francia, los sectores maoístas son importantes y Barthes visita Pekín. La Unión Soviética ha tomado el camino del XX Congreso, que es visto como una traición por los sectores más revolucionarios. Las capitales varían: La Habana-Pekín-Hanoi. A partir de 1970, se tiene la certeza de que no hay posibilidad de modificación de las sociedades sin un corte violento con el pasado. El camino reformista se agota. La sociedad se transforma por la vía revolucionaria... La discusión es si esa vía es de lucha armada y terrorismo, o de guerrilla campesina, al estilo del Che en Bolivia. Ese es el clima del 68 hasta mediados de los setenta, que termina abruptamente con la desaparición de las Brigadas Rojas y las profundas transformaciones del Partido Comunista Italiano.

Y la revolución degenera en patología genocida, con Pol Pot o Sendero Luminoso...

Pol Pot es una tiranía enloquecida con una mística marxista. Sendero Luminoso se apoya en una cultura andina que reprime al mismo tiempo. Pol Pot liquida casi al cincuenta por ciento de los camboyanos. Pero la historia no la podemos abordar siempre como historiadores. Lo que sabe hoy de China no se sabía en 1964. Entonces se creía que con el Gran Salto hacia Adelante y la Revolución Cultural se suturaba para siempre la división entre trabajo intelectual y manual, entre el Estado y las masas; no se sabía que eso se sostenía en un mar de represión. Una cosa es ser procubano cuando se sabe que las cárceles de Cuba están llenas de intelectuales y homosexuales, y otra, ser procubano en 1960. Algunos revolucionarios de los setenta hicimos una profunda autocrítica y teorización. China era un lugar completamente opaco para los occidentales. Mi primer impacto fue con la liquidación de la Banda de los Cuatro en agosto del 77. A partir de ahí, la izquierda occidental tomó conciencia de lo que estaba ocurriendo en China.

Quedan personajes de aquella época como el arquitecto brasileño Óscar Niemeyer, que desde su lujosa casa de Río, con vistas a Corcovado, apoya a Fidel Castro y considera que Hugo Chávez hace lo que debe hacer.

Hay mucha gente que se queda adherida a su juventud y Cuba es un rasgo juvenil de la gente que hoy tiene entre sesenta y cien años. Nadie puede tomarse a Niemeyer en serio en política. Uno puede discutir si es o no el gran arquitecto latinoamericano, analizar a fondo su proyecto de Brasilia, pero que él diga que Castro y Chávez son los grandes líderes revolucionarios no tiene interés. Lo mismo sucede

“Cuba es un rasgo juvenil de quienes hoy tienen más de 60 años. Nadie puede tomarse a Niemeyer en serio en política. Que diga que Castro y Chávez son los grandes líderes revolucionarios no tiene interés”.

con tantos escritores que siguen yendo a Cuba, como Galeano o García Márquez. Lo que digan carece de interés porque están en una posición que no pueden rectificar. Cuando yo pienso la política no lo hago leyendo literatura, ni mirando las obras de Niemeyer, sino analizando los últimos cuarenta años de política en Europa y América.

Usted ha escrito que los finales de los sesenta fueron un tiempo de “síntesis arrolladoras”... ¿Síntesis o una visión simplista de una izquierda que analiza la sociedad entre opresores y oprimidos?

Los dirigentes revolucionarios estaban discutiendo con textos de Lenin, de Mao. Estaba Althusser... Fue una época de “totalitaciones”. La política se pensaba en términos binarios, de amigos contra enemigos en una guerra final. La política como guerra hacía la violencia inevitable.

Su revista *Punto de vista* cumple treinta años. ¿Qué papel tiene una publicación teórica en la época del espectáculo, la telebasura y el relativismo posmoderno?

En 1978 *Punto de vista* fue el instrumento de resistencia a la dictadura militar de un grupo de intelectuales que optaron por permanecer en Argentina. Era una revista culta, minoritaria, que no creo que vendiera más de 150 ejemplares: la gente sabía que existía, pero no la compraba por miedo a la represión. Se traba de plantear otro punto de vista posible, que no sólo existía el punto de vista de la dictadura. Con la democracia, *Punto de vista* padeció una crisis de identidad. Se abrían las posibilidades para los que escribíamos: en los periódicos, la universidad... Acordamos que *Punto de vista* sería un espacio diferenciado de los periódicos y la universidad. Una revista ensayística, de experimentación de ideas que no está obligada a hablar de todo lo que está sucediendo en el presente. En los periódicos escribo sobre temas que nunca abordaré en *Punto de vista*, donde analizo la crítica literaria o el concepto de memoria histórica. La revista es un banco de pruebas de las ideas que luego se expresarán en un libro, en un periódico o en la esfera pública.

Ha mencionado la memoria histórica... El Gobierno español hizo una Ley de Memoria Histórica que ha suscitado polémica setenta años después de la guerra civil. Se discute el binomio memoria-historia y su instrumentalización política.

En el caso de España le han llamado “memoria”, pero tiene más que ver con una intervención sobre la historia. La guerra civil terminó en 1939. Franco murió en 1975. Eso es la historia. Y la historia siempre produce contenciosos en todos los países. No podemos pensar que el PSOE y el PP se pongan de acuerdo en una ley así. Los países resuelven sus conflictos a veces por consenso, y otras veces por derrota ideológica... A mí lo que me importa es saber qué se les va a enseñar a los chicos en las escuelas. Porque la guerra civil española pertenece al primer tercio del siglo XX. Es historia. Yo me pregunto: ¿Qué aprende un estudiante español sobre la República, la guerra civil, el franquismo? La cuestión de la memoria es importante, pero me parece que los españoles han de preocuparse por la historia y qué versión del siglo XX español se va a explicar en la escuela.

En la escuela, las humanidades, la historia, la filosofía están arrinconadas...

Vivimos un momento de tránsito. Lo fácil es formular una opinión desesperanzada del mundo de las letras. Pero se ha ampliado la base de la educación secundaria y la universitaria, teniendo en cuenta que una licenciatura hoy no es nada sin un máster o un posgrado. Esta ampliación conlleva una rebaja de niveles esenciales. No sabemos todavía cómo va resultar la alianza entre la cultura de Internet y la del libro. El libro no va a desaparecer, porque es el mejor invento para la transmisión de la letra impresa. Los satélites no han hecho desaparecer la bicicleta. Técnicamente, el libro es un invento extraordinario por su formato. Hoy está combinado con la masa de texto, ese inmenso anillo de Saturno que es Internet. Internet requiere más destrezas en la lectura; es más difícil leer en Internet que en un libro. Es una masa gigantesca de texto sin índice, una geografía sin mapas. La escolaridad ha de potenciar la destreza lectora.

¿Qué función o qué vigencia tiene hoy la crítica literaria? ¿Ha de servir al lector o a la industria y los gremios literarios?

Hoy manda el mercado. Define qué se va a difundir en las revistas y suplementos con reportajes a todo color. Luego, en un lugar secundario, viene la crítica o la reseña. Cuando una editorial apuesta por un libro lo hace a partir de reportajes sobre el autor. Después están las “ligas” o “sindicatos” de escritores que van promocionando sus libros. Ejercen la crítica como escritores de literatura y no como escritores de crítica. Se dedican a citarse entre ellos.

¿No hay demasiada distancia entre lo que lee la mayoría en cada época y lo que ensalzan críticos y tratadistas, que es lo que queda en los manuales de literatura?

Desde el punto de vista de la sociología literaria, nadie se equivoca. Cuando uno habla de literatura, no se refiere a *El código Da Vinci*, ni al último premio de una gran editorial, sino a algo que sostiene un proyecto de la literatura. *El código Da Vinci* no lo leen las mismas personas que leen a Juan José Saer. Lo cual no quiere decir que el público no deba ser estudiado como tal.

En mi juventud sonaba más Cortázar que Borges, que era criticado por su conservadurismo. ¿El tiempo ha sido más inclemente con Cortázar?

Cortázar es un escritor para los jóvenes. Sobre todo en las novelas. *Rayuela*, por ejemplo, es para la adolescencia, porque funciona como una biblioteca de iniciación que te marca lo que debes leer. Es una novela, además, desafortunadamente romántica y que ha sufrido el paso del tiempo enormemente. Desde 1964 hasta hoy ha quedado como una novela histórica. Quizá se conserve mejor *Modelo para armar*, que es más experimental. Cortázar es un extraordinario escritor de cuentos, como los de *Final de juego* y algunos relatos de *Todos los fuegos el fuego*. Lo que sucede es que Cortázar no es una máquina de la escritura como Borges. El último Cortázar es muy malo, repetitivo, su preocupación ha pasado a la política. Cuando uno lee a Borges ve funcionando la literatura; con Cortázar ve funcionando la ficción. **M**



Barcelona y Latinoamérica, libros de ida y vuelta

Texto **Gabriel Pernau**

Barcelona no sólo es una ciudad de editores, sino que también es una ciudad por la que los editores latinoamericanos sienten especial predilección. Las relaciones libreras entre Cataluña y América Latina vienen de lejos. Arrancan a principios del siglo XX con el nacimiento de la gran industria editorial barcelonesa. El paso de los pequeños impresores a centros dotados de una tecnología puntera para la época obligó a las florecientes sociedades a buscar salidas para su producto. Así que los editores envían a sus familiares o representantes a hacer prospecciones en el nuevo continente y, como ven posibilidades, allí se quedan. Y prosperan gracias al descubrimiento de un mercado casi virgen que, además, aceptaba bien los libros que llegaban de ultramar.

A causa de la Guerra Civil, la industria editorial barcelonesa sufre un descalabro. Falta papel y recursos y el país se ha quedado huérfano de una parte importante de su intelectualidad. Ahora los términos se invierten. Muchos de aquellos hombres

de letras catalanes y españoles que se habían visto abocados al exilio sudamericano se convierten en editores y España comienza a comprar libros que llegan de América Latina.

Hasta los años setenta. Las crisis que sufren Argentina, Chile, México o Venezuela y el auge que experimenta la economía española opera un tercer cambio importante en este flujo de páginas impresas que surcan el océano en las bodegas de barcos de carga. Barcelona recupera su papel de capital editora y vuelve a exportar a los países de habla hispana.

La fase actual es más compleja. En la actualidad, el intercambio es bidireccional. Los libros editados en castellano viajan de Europa a América, pero también de América a Europa. Primero, las grandes editoriales con sede en Barcelona se instalaron en Buenos Aires, Ciudad de México o Santiago de Chile hace ya más de una década, y en los últimos años se ha detectado un movimiento de nuevas editoriales latinoamericanas que intentan tener una cabeza de puente en el viejo

“Entre los editores originarios de Latinoamérica, el colectivo más numeroso es el que proviene de Argentina, y la mayor parte de ellos se dedican al ensayo”.

continente. “Hoy la economía es global –afirma Alfredo Landman, editor de Gedisa–. Tienes que estar en todas partes, no puedes renunciar a ningún mercado”.

La novedad es que las editoriales o los editores ya no eligen únicamente Barcelona para desembarcar en Europa, sino que cada vez son más numerosas las que optan por Madrid, y Barcelona ha dejado de ser la referencia única. No obstante, son muchas las editoriales que tienen sus orígenes en Latinoamérica. Las más veteranas han superado su sexagésimo aniversario. El colectivo de editores más numeroso procede de Argentina, dedicado en su mayor parte al ensayo.

El caso de la editorial Edhasa es representativo de los viajes de ida y vuelta que ha protagonizado el sector entre la península Ibérica y Latinoamérica a lo largo del siglo XX. La historia tiene como protagonista al catalán Antoni López Llausàs, propietario de la librería Catalònia y primer editor del diccionario de la lengua catalana de Pompeu Fabra. La imprenta de Llausàs, nacionalista y socialista moderado, es requisada por la CNT al estallar la guerra y, ya con 49 años, se exilia a Argentina. Allí entra en contacto con el grupo de intelectuales fieles a Francesc Cambó y funda Editorial Sudamericana, empresa que llegará a ser la principal editorial de América Latina, y que traduce y publica un importante número de clásicos contemporáneos, como Sartre o Camus, además de Cortázar, García Márquez, Onetti o Sábato.

Los años de tranquilidad en Argentina también tienen los días contados. En 1946 sube al poder Perón, y López Llausàs se vuelve a asustar por la posibilidad de vivir en un país dominado por los militares. Da el primer paso para volver a España, en donde funda, a sus 56 años, Editora y Distribuidora Hispano Americana (Edhasa). En principio, sólo se plantea distribuir libros de Editorial Sudamericana, pero enseguida empieza a sacar a la calle sus propios títulos.

Edhasa se dará a conocer vendiendo libros prohibidos que llegaban a las aduanas españolas desde Argentina, camuflados bajo títulos falsos, que se vendían a escondidas, pero fácilmente, entre un público deseoso de leer a García Lorca y a otros autores censurados. “El gran momento de Edhasa llega cuando la censura afloja y la editorial puede comenzar a publicar obras de autores clásicos de izquierda cuyos derechos poseía, como, por ejemplo, de Cortázar, Bertrand Russell, Camus o Thomas Mann”, explica Daniel Fernández, uno de los seis socios de la editorial.

Los otros cinco socios de la empresa son los nietos de Llausàs, ya de origen argentino. Ellos han sido los artifices de Edhasa Argentina, que desde 2004 distribuye los libros impresos en Barcelona además de editar sus propios títulos. Podría tratarse del último viaje atlántico de Edhasa, pero, vistos los precedentes, es difícil hacer predicciones.

Gedisa se puede considerar la segunda editorial “latinoamericana” que se instala en Barcelona, pero también en este caso –como en la mayoría– hay que poner ese adjetivo entre comillas. Fue fundada en 1977 por un industrial argentino.

“Ser joven era bastante peligroso en Argentina por aquellos tiempos, así que, en cierta manera, mi familia fue expulsada del país”, explica Alfredo Landman, hijo del fundador y actual responsable de la editorial.

Víctor Landman montó la editorial en Barcelona para sus hijos mientras él seguía viviendo en Buenos Aires. Y, efectivamente, la editorial da su gran salto adelante a partir de 1991, cuando Alfredo coge sus riendas.

En la actualidad, Gedisa tiene un fondo de 1.300 títulos y saca 70 novedades cada año, siempre en el campo del ensayo. Uno de sus libros más vendidos es *Cómo se hace una tesis*, de Umberto Eco. Ha publicado a Walter Benjamin, Noam Chomsky, Freud, Michel Foucault, Heidegger o MacLuhan. Una de las novedades más sonadas de 2007 es el libro de Al Gore basado en su documental *Una verdad incómoda*.

Desde Barcelona, Gedisa se ha expandido por siete países de América Latina, montando delegaciones o bien asociándose con empresas existentes en México, Argentina, Venezuela, Colombia, Chile, Perú y Uruguay. ¿La razón de este salto? Pura supervivencia, viene a decir Alfredo Landman: “No hay editorial que publique en castellano que pueda sobrevivir en disciplinas de pensamiento sin pensar en el mercado latinoamericano como un total; no es viable”.

La política de implantación de Gedisa es, en muchos aspectos, opuesta a las de las grandes multinacionales del sector. “Todos nuestros libros se distribuyen a escala internacional, mitad España, mitad América Latina –explica Landman–, aunque en el caso de algunos títulos, dos tercios de la edición van hacia América. Tenemos una política local para cada país, con el fin de que los precios de los libros sean los mismos que impresos allí. No queremos ser una editorial extranjera, sino generar una relación con el tejido académico local. No defendemos la exportación, sino el arraigo”.

Landman explica que hay un gran auge de editoriales en Latinoamérica y que, cuando éstas dan el salto a Europa, ya no eligen Barcelona para instalar su sede, sino Madrid. ¿Cuál es la razón? “Evidentemente, por el auge catalán. Para una persona que viene de Latinoamérica, si la lengua de inserción no es el castellano, cambia de lugar de llegada. Entre las editoriales que ya estamos aquí a veces bromeamos y decimos que nos iremos a Zaragoza o a otro lugar”.

Intercambio y diálogo

Paidós lleva menos tiempo en Barcelona, pero es una de las editoriales que más ha contribuido al intercambio de ideas y al diálogo entre los países latinoamericanos y España. Fue fundada en 1945 en Buenos Aires por dos jóvenes profesores universitarios, Jaime Bernstein y Enrique Butelman, con la voluntad de editar libros sobre psicología infantil. En los años sesenta ya era una editora de prestigio en el mundo académico en todos los países de habla castellana, sobre todo en los campos de la psicología y la pedagogía. Para consolidar esta posición, en la década de los ochenta se plantea



© Pere Virgili

su expansión fuera de Argentina, y en 1980 abre una casa en Barcelona y cinco años más tarde lo hace en México.

En pocos años, Barcelona se convertirá, de facto, en la sede central de Paidós gracias en buena parte a la maestría de Enric Folch, que hasta entonces había estado al frente de la librería Ancora y Delfin y de la delegación en Cataluña de Alianza. Folch comienza nuevas colecciones, siempre centradas en el conocimiento, dedicadas a la comunicación, la teoría de la imagen y el cine, el pensamiento, la filosofía cognitiva, la sociología de la educación, la biografía, la autoayuda, la educación de los hijos o la psicología divulgativa. Al mismo tiempo, se hace cargo de la dirección de Paidós México. Folch dirigirá Paidós hasta 2005, año de su muerte. Durante ese periodo, la editorial publica libros emblemáticos, como *El choque de civilizaciones*, de Huntington, *Inteligencias múltiples*, del psicólogo Howard Gardner, *Una historia de Dios*, de Karen Armstrong, o *No logo*, de Naomi Klein.

Actualmente, Paidós forma parte del Grupo Planeta y cuenta con un fondo editorial de 2.000 títulos. Su directora editorial, Clàudia Casanova, explica que en Barcelona se edita cerca de un centenar de títulos al año, mientras que una cincuenta más sale de las plantas impresoras de Argentina y México con destino a los mercados locales. La distribución en los países latinoamericanos se realiza mediante una red propia, al margen de Planeta.

El caso de RBA es tan peculiar como la trayectoria de Ricardo Rodrigo. Militante de izquierdas en Argentina, se formó militarmente como guerrillero en Cuba, y llegó a conocer al Che Guevara. Su carrera castrense se vio precipitadamente truncada y en 1971 abandonó su país con su mujer y sus hijos. Se instaló en Castelldefels y enseguida entró en contacto con otros latinoamericanos que vivían en Barcelona y, a través de Carlos Barral, con la intelectualidad barcelonesa. De aquí a escribir –novelas de aventura, románticas, policíacas, libros de cocina u horóscopos– sólo medió un paso. RBA fue fundada en 1981 por Carmen Balcells, Roberto Altarriba y el propio Rodrigo, que antes habían trabajado juntos en Bruguera. Durante los primeros años, el negocio iba viento en popa. Hacían coleccionables que vendían en cuatro países diferentes, hasta que la crisis en los mercados mexicano y argentino obligó a cambiar de rumbo. RBA se vinculó a Planeta y Balcells se vio obligada a abandonar el barco. La colaboración con el imperio Lara se alargó más de una década, hasta que, en 1998, RBA volvió a volar sola.

Hoy en día, RBA es líder en España en la publicación de revistas –tiene más de cincuenta– y es el segundo editor de coleccionables del mundo. Su trayectoria como editorial de libros es más corta, si bien la mitad de los coleccionables que publica son libros. Se inicia en 1997 con la compra de Integral, sigue en 2000 con la adquisición de La Magrana y se consolida con las incorporaciones en los años siguientes de Serres, Molino y Gredos y con el acuerdo para publicar los libros de National Geographic.

Salamandra es, en cambio, la continuadora de una editorial argentina de éxito, Emecé, que a su vez había sido fundada en 1939 por el emigrante gallego Mariano Medina del Río con socios de Buenos Aires. Emecé tuvo un gran éxito en los años cincuenta gracias a las obras de Borges, Bioy Casares y a *La Colmena*, de Camilo José Cela. De esta manera, en 1989 des-

embarca en España como filial de la casa madre. El objetivo era publicar lo mejor del fondo editorial de Emecé y títulos de narrativa que estuviesen de acuerdo con los gustos del lector español.

Los vínculos transatlánticos de Emecé España, de todas formas, durarán poco más de una década. En el año 2000 el grupo Planeta adquiere la editorial argentina. Para evitar depender del gigante editor, Pedro del Carril –hijo de uno de los socios bonaerenses– y Sigrid Kraus adquieren la filial española, que a partir de ese día pasa a llamarse Ediciones Salamandra.

En ese movimiento, a Planeta se le escapó de las manos el gran éxito editorial de las dos últimas décadas, Harry Potter, cuyos derechos en castellano estaban en manos de Del Carril y Kraus. Así, una editorial mediana como Salamandra pudo editar en castellano los seis títulos que hasta la fecha ha escrito J. K. Rowling del mágico personaje juvenil, con tiradas, para cada uno de ellos, superiores al millón de ejemplares, con traducciones específicas para los lectores españoles, latinoamericanos y castellanohablantes de Estados Unidos. Otro puntal de Salamandra es *El principito*, heredado de la etapa de Emecé.

Salamandra edita pocos libros cada año (250 desde 2000) y no sólo se limita al libro juvenil: entre sus autores figuran Andrea Camilleri o el húngaro Sándor Márai.

Las últimas en llegar

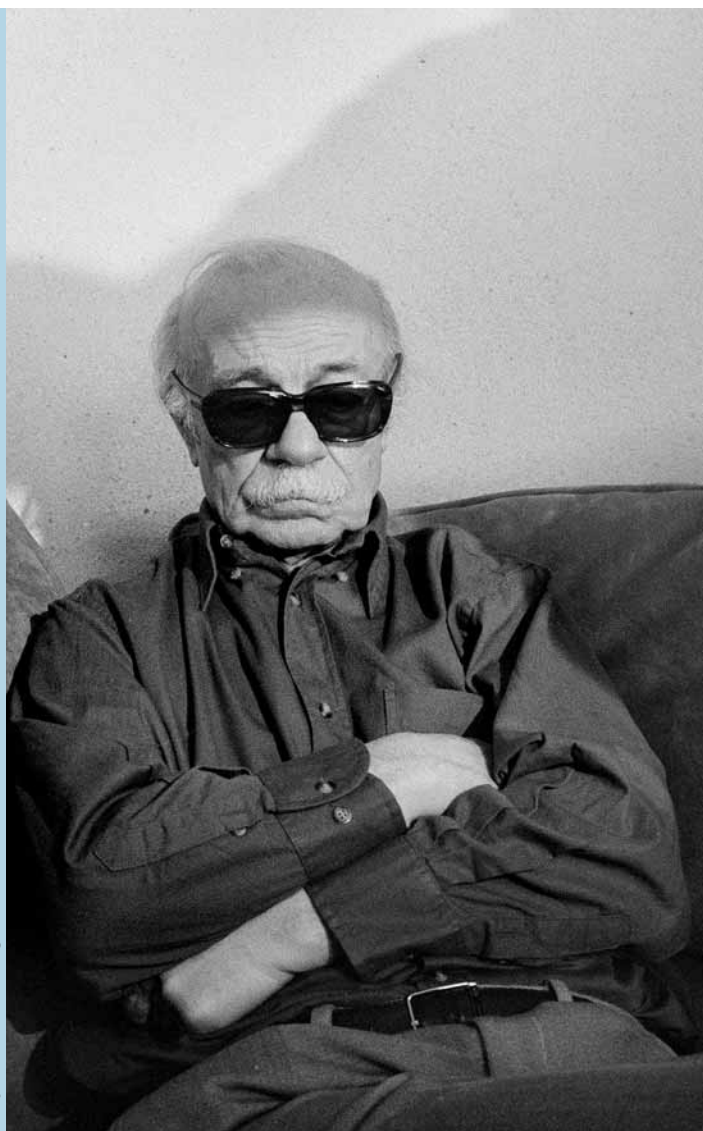
Las últimas editoriales de origen latinoamericano en establecerse en Barcelona son Urano, Grupo Editorial Norma, Ekaré y Libros del zorro rojo.

Ediciones Urano nace en Barcelona en el año 1983, fundada por una familia de origen chileno, los Sabater. En sus primeros años se orientó hacia los libros de autoayuda, salud y medicina alternativa. Algunos de sus títulos han sido superventas, como *Usted puede sanar su vida*, de Louise Hay, autora que ha vendido más de un millón de ejemplares con Urano.

Como antes hicieran otras editoriales, Urano se planteó la necesidad de expandirse a otros mercados para continuar creciendo y ha abierto delegaciones en Argentina, Chile, Colombia, México, Venezuela, Estados Unidos y Uruguay. Paralelamente, los editores han creado nuevos sellos editoriales para productos específicos: Titania, dedicado a la novela histórico-romántica; Umbriel, especializado en ficción, y Empresa Activa, que edita libros como el ubicuo *¿Quién se ha llevado mi queso?*, de Spencer Johnson.

Urano es una editorial de perfil estrictamente comercial, con unas ventas anuales que superan los dos millones y medio de ejemplares.

Parramón, Granica y Belacqua son las únicas editoriales instaladas en Barcelona que tienen su base de operaciones en América Latina. Las tres son propiedad del Grupo Editorial Norma, que, a su vez, pertenece al grupo empresarial colombiano Carvajal. Norma fue abriendo delegaciones por Sudamérica hasta que en 1993 decide dar el salto a Europa. En lugar de comenzar de cero, el grupo Norma compra Parramón, una editorial fundada en 1959 en Barcelona por el profesor de Bellas Artes Josep Maria Parramon y muy consolidada en el libro pedagógico de dibujo y pintura y en el libro infantil. Al mismo tiempo, en el año 2002, Norma compra Granica, que



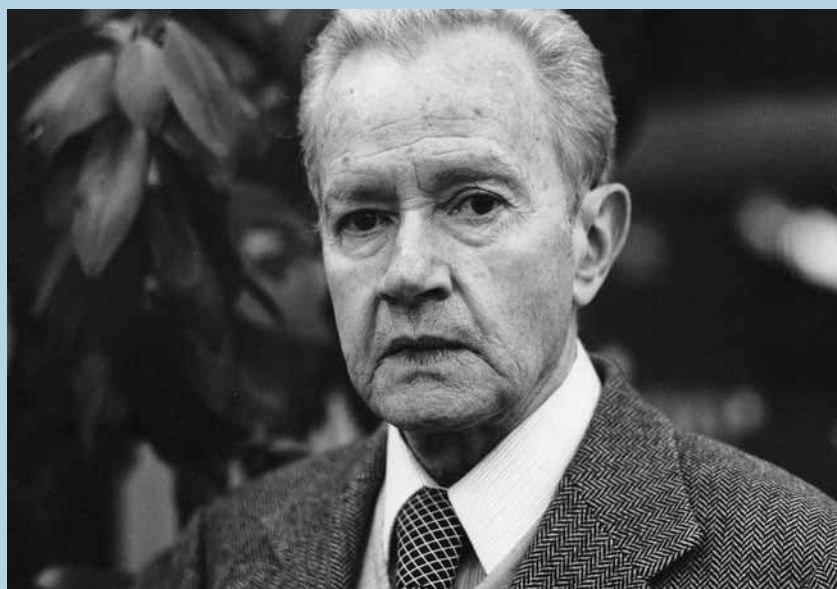
Sobre estas líneas, Ernesto Sábato, uno de los autores publicados por Editorial Sudamericana, fundada por Antoni López Llausàs. A la derecha, Jorge Luis Borges, cuyas obras constituyeron un gran éxito para la editorial Emecé a partir de los años 50, y el mexicano Juan Rulfo.

desde 1978 era una delegación de la editorial argentina del mismo nombre. Su especialidad, los libros de *management*, el crecimiento personal y los calendarios de personajes populares del cómic. La tercera editorial del grupo Norma en España es Belacqua, especializada en ensayo, historia, guías de viaje, gastronomía, fotografía o pensamiento.

Ya en el siglo XXI, se han instalado en Barcelona dos editoriales de libros infantiles y juveniles. Ekaré nació a mediados de los años setenta en Caracas bajo el auspicio del Banco del Libro, una institución privada sin ánimo de lucro. La idea de los promotores era editar productos diferentes a los que hasta entonces se encontraban en las librerías, que en su mayoría provenían de España.

Con los años, Ekaré se desvinculó del Banco del Libro, pero mantuvo la filosofía cooperativa de la empresa de reinvertir las ganancias, y decidió hacer lo mismo que habían hecho las editoriales españolas desde principios del siglo XX: cruzar el Atlántico, pero en sentido inverso, e instalarse en Barcelona.

Pablo Larraguibel, Cecilia Silva-Díaz e Irene Sabino llevan las riendas de Ekaré España desde 2002. “Hace cinco años que intentamos que Ekaré funcione también aquí –explica Larraguibel–. Editamos libros americanos pero también libros hechos aquí con una mirada latinoamericana. La mayoría de bibliotecas de Barcelona tienen ya nuestros libros y son muy apreciados por su calidad. Sacamos pocas novedades al año, entre diez y quince, pero de los 250 títulos que hay en nuestro catálogo, unos doscientos todavía están vivos”.



Larraguibel dice que Barcelona sigue siendo una buena ciudad para editar. “Todo lo tienes a mano. Hay buenas imprentas, tenemos apoyo del gremio y nos resulta fácil viajar a las ferias que se hacen por Europa. Además, la marca Barcelona sigue ayudando, y el hecho de tener un puerto al lado facilita las cosas, porque imprimimos tanto en Chile como en Caracas o Barcelona”.

Por último, está el caso de Libros del zorro rojo, editorial especializada en el libro infantil y juvenil ilustrado. Nació en Barcelona, impulsada por dos argentinos –Fernando Diego García y Sebastián García Schnetzer– que ya habían rodado mucho por el mundo. En 2001 crearon Albur, especializada en servicios editoriales, y tres años más tarde fundaron una editorial con todas las de la ley y con un nombre tan cacofónico como difícil de pronunciar para los no castellanohablantes.

“No somos una editorial latinoamericana instalada en Barcelona –aclara Fernando Diego–, pero un rasgo identitario de nuestro catálogo es el de promover a autores e ilustradores hispanoamericanos que quizás no sean conocidos aquí, pero que tienen una gran calidad”. ¿La razón de establecerse en Barcelona? “Las dos opciones más lógicas eran Madrid o Barcelona, pero optamos por venir aquí porque la ciudad está más vinculada al sector editorial y al diseño”.

Hasta ahora han editado sesenta libros a partir de textos de Gómez de la Serna, Mark Twain, Lorca o Cortázar, en la colección infantil, y de Borges, London, Allan Poe, Kafka o Stevenson, en la juvenil. **M**

OBS ARTES PLÁSTICAS

Una apuesta por los grandes museos y el gran público

Museos y bibliotecas son los equipamientos que más han activado el flujo cultural de Barcelona en los últimos años. Pero, mientras que las bibliotecas, por su propia naturaleza, han visto aumentada su cifra de usuarios con visitantes residentes en la ciudad, el incremento experimentado en los museos tiene mucho que ver con el estallido de Barcelona como ciudad turística. Las referencias a Picasso y al Modernismo siempre han sido un buen señuelo para captar a un público extranjero que llega a la ciudad en circuitos organizados que incluyen visitas a espacios como La Pedrera, que ha recibido 1.364.386 personas durante 2007, y el Museu Picasso, que ha sido visitado por 1.137.306 personas.

El Museu Picasso y La Pedrera han superado el millón de visitantes y forman parte del selecto “club del millón”, según expresión acuñada por la periodista Maria Palau. Pero otros museos pueden ser socios de este club sin que, a priori, el factor turismo sea determinante para conseguir el éxito de público. Así, Cosmocaixa, el museo divulgativo de la ciencia de la Fundació “la Caixa”, marcó el récord de visitantes con 2.459.791 almas. Este museo está concebido para atraer a un público en edad escolar que asiste tanto en horario lectivo, acompañado por sus profesores, como los fines de semana, con sus padres. Las visitas organizadas de estudiantes y las múltiples actividades paralelas que se programan con motivo de las exposiciones se suman al público turístico como responsables del aumento de visitantes. Un ejemplo del modelo de centro en el que las exposiciones son tan importantes como las actividades (conferencias, talleres, proyecciones) es Caixaforum, que ha recibido 1.674.607 visitantes.

El Museu Nacional d’Art de Catalunya, con 949.939 visitantes en 2007, ha dejado de formar parte del club del millón por muy poco. En el año anterior se había superado la mítica cifra. La Fundació Miró



© Eva Guillaumet



“Las galerías no han sabido venderse”

El galerista Jordi Barnadas (Barcelona 1966) sustituyó a Dolors Junyent en la presidencia del Gremi de Galeries d’Art de Catalunya en marzo de 2007. Su sala se encuentra en el corazón de la zona más influyente del galerismo barcelonés: la calle

Consell de Cent, desde donde ha podido observar los aciertos y errores de su sector. Barnadas representa una nueva generación con mucha experiencia en este ámbito pero que hasta ahora no había liderado el sector con voluntad de transformación.

Barnadas cree que si los museos se llenan, también lo tienen que hacer las galerías, pero,

para ello, hay que revitalizar estos espacios, sobre todo impulsando el acercamiento de la gente. “El elitismo ha hecho mucho daño en el mundo artístico”, explica, en referencia a un tipo de crítica. Pero también hay una autocrítica más específica: “Creo que las galerías no han sabido venderse”. Ofrece su receta personal: “Yo he intentado

Jaume Vidal

supera el medio millón de visitantes, con una cifra de 608.578, y el Museu Marítim también ha superado el medio millón, al igual que el Macba. La Fundació Tàpies, que ha estado cerrada por remodelación durante el primer semestre de 2007, no ha superado los 75.000 visitantes, como tampoco lo ha hecho el centro de arte Santa Mònica, que nunca se ha caracterizado por el éxito de público.

A este crecimiento basado en el turista, el estudiante y el público que participa en las actividades, tenemos que sumar los nuevos visitantes. Para ganar grandes públicos, la tendencia de los museos en Barcelona parece ir orientándose hacia las muestras de carácter popular, espectacular y mediático. Como ejemplo podríamos hablar de la exposición de cadáveres humanos en el Museu Marítim de Barcelona, que estuvo precedida de gran polémica en otras ciudades en las que se presentó.

Otra vía que aprovecha Barcelona para promocionar sus museos es la relevancia arquitectónica. El nuevo Plan de Museos prevé dos museos nacionales más en Cataluña (hasta ahora los nacionales son el MNAC y el Museu de la Ciència i la Tècnica de Terrassa). Uno de ellos, Catalònia, estará dedicado a las ciencias sociales, se ubicará en un edificio singular de nueva planta y reunirá a los actuales Museu d'Història y Museu d'Arqueologia de Catalunya y al Etnològic. El otro será el de Ciències Naturals, que reunirá las colecciones de los de Geología y Zoología y del Institut Botànic de Montjuïc. Su instalación se ha previsto en el edificio Fòrum, un espacio hasta ahora infrautilizado. También se pretende poner acento arquitectónico en el futuro Museu del Disseny, que reunirá en una nueva plaza de les Glòries el de Arts Decoratives, el de Ceràmica y el Tèxtil.

La ciudad gana espectacularmente construcción museística, más unida al concepto de ocio (del que el turismo cultural es una derivación) que a la idea de divulgación y aprendizaje científico y cultural en el sentido más convencional. Una línea no del todo negativa, si tenemos en cuenta que el éxito de público de las grandes exposiciones internacionales ha coincidido con la moda de situar los museos a medio camino entre los parques temáticos y las aulas de escuelas y facultades. Quizás esta tendencia responda al signo de los tiempos, pero Barcelona tiene que recordar que los pequeños museos especializados también dan fuerza al tejido cultural.

crear un nuevo tipo de coleccionismo con precios asequibles". Propone renovar conceptos: "Tenemos que regenerar la palabra *comercial*, la gente pide belleza y amabilidad porque el contenido social ya lo tiene en el *telediario*". Como medidas para devolver a las galerías su espíritu de punto de encuentro y de tertulia artística, Barnadas y la junta

proponen iniciativas como Nano Art, una especie de servicio de guardería que permitiría a los padres darse una vuelta por diferentes salas mientras sus hijos reciben estímulos artísticos. Barnadas reivindica el papel de las salas de arte: "Son espacios de cultura abiertos a todos y de acceso gratuito, lo que no se da en la mayoría de los museos".

OBS CÒMIC

Joaquim Noguero



La Barcelona que merendaba a oscuras

Va de homenajes. Hace un año y medio, Alfonso López recuperaba el clásico *Capitán Trueno* desde una sensibilidad moderna que lo releía como punto de contacto entre las culturas cristiana, árabe y judía, una actitud que tanto lo mantenía fiel a la criatura de Víctor Mora y Ambrós como también lo conectaba con álbumes propios, del estilo de alguno de los firmados antes por el dueto barcelonés López-Gálvez (*Asesinato en la mezquita*). Pues bien: ahora en solitario, López vuelve a dar en el blanco al juntar la fidelidad a su propia trayectoria con la adecuada revisión de un clásico del TBO de siempre.

El título mismo de su último álbum, publicado en Ediciones B, ya apunta bien y sitúa al lector donde corresponde. Procede de la canción *Temps era temps*, de

Serrat: "*temps era temps / que més que bons o dolents / eren els meus [...] / Temps d'estraperlo i tramvies*". En Barcelona, aquellos eran tiempos en los que la gente humilde merendaba a oscuras, la radio hablaba de Franco y todos aguantaban como podían *Encerrados con un solo juguete*. Y son precisamente esos tiempos los que ahora recrea sabiamente López por medio de una serie emblemática que nos los devuelve incluso con la pátina apagada de sus grises. *Estraperlo y tranvía* toma como punto de partida la popular familia Ulises, de Benejam-Buigas, y la sitúa críticamente en la Barcelona del primer franquismo y con el rumor de fondo que corría tras aquella apariencia de tranquilidad doméstica: una cotidianeidad callada y domesticada a la fuerza. La relectura de López se sirve no sólo del clan Ulises al completo, sino de otros arquetipos como Carpanta, Doña Urraca o las hermanas Gilda, para dar vida a la tramoya de aquellos años de cartón piedra.

Una inteligente transfusión de sangre a la memoria personal y colectiva.

Marc Egea

y la zanfona como arma cargada de futuro



© Ana Esteban

La recuperación de instrumentos musicales casi olvidados y su reciclaje en contextos de presente y de futuro es uno de los fenómenos más apasionantes de nuestro tiempo. En este sentido, no puede haber mejor ejemplo que el excelente trabajo con la zanfona de Marc Egea, quien se adentra con este instrumento milenario en territorios a priori insospechados, como los del rock, el jazz, la electrónica o la música de cámara contemporánea. Todo comenzó cuando Marc Egea descubrió la zanfona en la película *Captains Courageous*, de Victor Fleming (1937), en la que aparece Spencer Tracy tocándola. “Cuando empecé a estudiar la zanfona en 1996 –explica Egea–, aquí, en Cataluña, y en el resto de España,

prácticamente tan sólo se usaba en el mundo de la música antigua y tradicional. Y, aunque por aquel entonces me movía en el ámbito de la música folk, me di cuenta de que era necesario abrirle caminos, no sólo dentro de la música folk, sino también hacia otros estilos”. Para Egea fue fundamental conocer la obra de Valentin Clastrier, el padre de la zanfona contemporánea y a quien considera su maestro: “Cuando lo escuché, me quedé petrificado, y me dije que tenía que seguir los pasos de aquel genio. A través de él conocí las enormes posibilidades que tenía el instrumento, no sólo en cuanto al estilo, sino también en lo que se refiere a posibilidades tímbricas y sonoras. Por tanto, además de considerar la zanfona, en lo que respecta a su estudio, como si fuese un instrumento clásico de conservatorio, intenté aprender las técnicas inventadas por Valentin”.

Marc Egea, que procura tener siempre proyectos de muy diversa índole, aunque todos ellos tienen como elemento común la improvisación, cree que a la zanfona todavía le queda mucho por recorrer. “En el caso de instrumentos como el violín, el clarinete o algunos otros, que han gozado de prestigio a lo largo de la historia de la música occidental, se ha investigado mucho, y entraron de lleno en la revolución musical que comienza a produ-

cirse a principios del siglo XX. En cambio, la zanfona pasó a ser un instrumento marginal después del barroco y no comenzó a ser recuperada hasta la década de los ochenta del siglo XX. Todavía queda mucho por hacer”.

Aunque la zanfona es la base del *one man show* electroacústico de Egea, también utiliza otros instrumentos. “Lo hago por dos motivos: para que haya timbres diferentes a lo largo del espectáculo, y porque no podría concebir mi vida como músico profesional tocando solamente la zanfona. Todo músico tiene que distanciarse temporalmente de su instrumento. Así es como se consigue profundizar más en él. Yo me distancio de la zanfona componiendo para instrumentos diferentes y aprendiendo a tocar otros, sobre todo étnicos. En este solo, hay flautas de varios tipos, pequeñas percusiones, *duduk* armenio, *tárogató* de Transilvania, además de algunos elementos de electrónica. Y uno de estos instrumentos es el *flabiol*, o caramillo, que toco desde que tenía ocho años (o al menos lo intentaba)”.

En lo que respecta a su producción discográfica y escrita, próximamente y de forma casi simultánea, verán la luz tres nuevos proyectos: *Helionova*, un disco electrónico, que se podrá descargar gratuitamente; *Bernoiver*, el primer disco del grupo de jazz fusión Kaulakau; y un método para zanfona.



© Ana Esteban

Música y filosofía

Marc Egea (Barcelona, 1973) compaginó durante años su pasión por la música con la filosofía: “Empecé a estudiar filosofía y la zanfona casi simultáneamente. Cuando acabé la carrera, escogí a Ramon Llull como tema de mi tesis doctoral, y descubrí que quizá hubiera una manera de unir, de forma práctica, mi instrumento y la filosofía. Las esferas de Llull me permitían representarme de modo gráfico la técnica de los golpes de la zanfona”. Con respecto a la vigencia del pensamiento luliano, Egea cree que “Llull está tan

vigente como cualquier gran pensador, artista, músico o científico. Lo que pasa es que no está suficientemente valorado aquí, pero éste es un mal propio de nuestro país: que no valoramos lo que tenemos como se merece, o pensamos que tiene más valor lo que es de fuera. Es el terrible complejo de inferioridad del carácter catalán, que se manifiesta en muchos aspectos de la vida cotidiana: en la televisión, en la política, en la oferta y la demanda cultural, etc. Las consecuencias de esto son nefastas. Tanto, que nosotros mismos estamos arruinando nuestra cultura”. Más claro, el agua.

Reciclaje creativo: ¡larga vida a los residuos!

Lámparas con tubos de ventilación, joyas con fragmentos de CD, vestidos de chapas, esculturas con latas de conserva, flores de chatarra vieja, bañeras reconvertidas en butacas, mesas hechas con señales de tráfico, anillos con teclas de ordenador..., todo lo que tiramos al contenedor ha servido a muchos artistas para crear objetos únicos, originales y con mensaje. En la actualidad, después de algunos años de experimentación, el reciclaje creativo se ha especializado y está plenamente consolidado. No sólo ha salvado antiguas incomprensiones, sino que no cesa de ganar adeptos, más allá del mundo del arte, también en el diseño y la moda.

Según la asociación Drap-Art, organizadora del Festival Internacional de Reciclaje Artístico, el colectivo de artistas que trabajan en Barcelona con materiales de desecho supera el centenar. Por tanto, ya han superado con creces la veintena de entusiastas que en 1995 crearon la entidad para impulsar el reciclaje creativo como instrumento de crítica social y de sensibilización ecológica. Al año siguiente, organizaron el primer Maratón de Creación y Reciclaje, antecedente del actual festival anual que no ha dejado de crecer en número de participantes y en asistencia de público desde 2004.

Tanja Grass, directora de Drap-Art, recuerda con humor los comienzos: “Cuando comenzamos nos miraban como si estuviésemos locos, no nos entendían demasiado... Y tampoco teníamos fácil acceso a los materiales, ya que no había centros de recuperación y reciclaje; tenías que ir al vertedero”. Con los años, la conciencia medioambiental y la recogida selectiva han ayudado a mejorar la situación y, en consecuencia, han favorecido la actividad creativa, que ha dejado de ser únicamente una expresión artística para adentrarse en otros ámbitos, sobre todo en el campo del diseño.

En pleno casco antiguo, en una antigua carbonería incrustada en un edificio del siglo XV,

el local de Drap-Art sigue siendo un punto de encuentro entre los artistas y el público. El espacio, que abrieron después de dos años de reformas, alberga una sala de exposiciones, la Drap-Boutique, con una muestra permanente de objetos de diseño de todo el mundo, y un centro de documentación sobre historia social de la basura y otros temas afines. “Seguimos manteniendo los objetivos que nos planteamos en 1995, organizando festivales, exposiciones y talleres –explica Grass–, pero también nos estamos decantando por promover una plataforma comercial para los diseñadores y artesanos, para darlos a conocer en el mercado”.

A pesar de la profesionalización, las propuestas artísticas se vuelven muy personales, a menudo inclasificables. En cuanto a las tendencias, hay tantas como materiales y maneras de usarlos. “Es más bien el objeto encontrado el que te dice qué tienes que hacer con él, y también el lugar en el que se encuentra, el juego con la casualidad”, apunta la directora de Drap-Art. El denominador común, eso sí, son los materiales, siempre desechos urbanos encontrados en la calle, sobre todo sillas, plásticos, metales, latas o cartones. Con ellos, insiste Grass, “hay mil maneras de hacer y de conceptualizar”, desde propuestas más reivindicativas hasta las más estéticas o prácticas, poéticas, irónicas...

En teoría, el auge del reciclaje artístico, además de inducir a un consumo más reflexivo, ha contribuido a aumentar el respeto por el entorno, si bien los artistas todavía claman por una práctica más extendida y una mejor canalización de los materiales. Y es que en el fondo, realmente, todos seguimos siendo muy consumistas. Sin embargo, mientras abundan los desechos, más artistas verán la luz. Así pues, mientras tanto... ¡larga vida a los residuos!



De las “performances” a los talleres abiertos

El componente crítico y de reflexión del reciclaje creativo ha animado todavía más a los artistas a salir de sus estudios y a interactuar directamente con el público. Se han podido ver intervenciones como la del colectivo Makea, que propone una paródica “Casa Intercanvi” en la que transformar los desechos en nuevas soluciones de mobiliario, útiles y gratuitas; la de La Cònica/Lacònica, con su teatro de sombras de objetos abandonados; o la de Roger Aixut y el valenciano Truna, en un duelo inverosímil de máquinas musicales hechas con materiales reciclados.

Con intención didáctica se han organizado talleres de juguetes y juegos de habilidad (Creart y Acció Catacrac), personalización de ropa (Mi-Nou/Isabel Marfany), plasticoflexia (Equip Vortex), instrumentos de percusión (Diego Ain), peluches y marionetas (Mutation Sensation), o monederos de tetrabrik (TintimXtintim). Estos y otros talleres han participado en las dos últimas ediciones del Festival Internacional de Reciclaje Artístico, que ya prepara una nueva convocatoria que estará abierta hasta el 17 de mayo.

Punt groc dentro del círculo



La literatura está repleta de ejemplos, de situaciones que no por oníricas dejan de tener un fondo de realidad, mucho mayor de lo que imaginamos. Pensemos, por ejemplo, en Alicia en el país de las maravillas con su espejo, puerta de entrada a otras realidades. ¿Fantasioso? Tal vez, pero si recordamos la aparición de los primeros cajeros automáticos en las agencias bancarias, algo análogo a eso ocurrió. Ciertas escenas en las que los clientes eran atendidos ante el cajero por el personal de información, sin acabar de entender por qué este insistía en explicarles todo aquello en lugar de limitarse a efectuar la gestión, nos pueden parecer lejanas en el tiempo, pero, si miramos el calendario, en realidad no lo son.

Todo ha ido muy rápido hasta el punto de que, por un lado, nos estamos acostumbrando a que el cambio sea una constante cotidiana y, por otro, ello ha conducido a que los diseñadores, junto con sus clientes, necesiten referentes sólidos en los que apoyar su actividad. En este sentido, el “inmaterial” sector de la banca ha encontrado dificultades añadidas

respecto a otros, pues, a la dificultad congénita de dotar de imagen a un producto inmaterial –como unos intereses o una hipoteca–, se le ha añadido la de ver cómo, con Internet, desaparecía la necesidad de visitar una agencia para efectuar cualquier gestión.

Esto se puede generalizar a muchos otros sectores. Se trata del fenómeno de la desmaterialización de los productos, que han pasado de ser objetos a ser servicios, incluso en aquellos casos en los que el producto existe materialmente. Por ello, diseñadores y empresas han dejado de centrar su atención en la materia para dirigirla hacia los símbolos, los cuales resultan mucho más permanentes que la realidad material.

En el caso de la banca vemos cómo, del mismo modo que hubo quien pronosticó la desaparición de las salas de cine con la llegada de los videoclubs, o la desaparición de las cabinas telefónicas con la telefonía móvil, alguien también creyó en la desaparición –o reducción drástica– de las agencias bancarias, con la generalización de Internet. ¿Para qué bajar a la calle, pudiendo hacer lo mismo desde casa o desde la oficina? Evidentemente no ha sido así. Mientras cines y cabinas se han reconvertido en multisalas y locutorios, respectivamente, las agencias están apostando por convertirse en centros multiservicios, reforzando a la vez su imagen y presencia en la calle. Una tendencia que irá a más.

Lo ilustra el último diseño de cajero automático que el prestigioso diseñador Ramón Benedito ha realizado para “la Caixa”. En el año 2005 la entidad decidió dar un paso adelante en su estrategia de atención al cliente, tomando parte activa en un diseño de cajero específico para sus oficinas. Un modelo único, diseñado a la medida de sus necesidades y pensado para todos los usuarios. La oportunidad ha sido aprovechada para reforzar la identidad corporativa y, a su vez, para incorporar una mayor accesibilidad, criterios de ergonomía, elementos de seguridad activos y pasi-

vos, así como un aumento global de sus prestaciones. El resultado es un cajero claramente identificable, con personalidad propia y de fácil manejo. Un interlocutor altamente accesible, en el que resulta fácil navegar y que tiene como objetivo ser una alternativa de calidad al trato personalizado de las oficinas.

La utilización del punto amarillo como icono fue un requerimiento de partida, elegido por su evocación del logotipo de la entidad (la estrella azul con un punto rojo y otro amarillo, dibujada por Miró en 1980 y que simboliza la vocación financiero-social y cultural de “la Caixa”). El punto amarillo se identifica también con las banderas señaléticas de cajero presentes en las oficinas. Los colores corporativos –amarillo, azul, negro y gris– hacen rápidamente identificable el terminal.

A partir de la consolidación del símbolo, la profesionalidad de Benedito ha conducido a un objeto perfectamente resuelto tanto en sus aspectos técnicos como en los de accesibilidad y usabilidad. El frontal de color amarillo, destacado en toda su periferia por un halo de luz azulada, es la pieza encargada de crear la transición entre el contorno circular exterior e identificable del cajero y la zona de interacción con el usuario, zona esta última que se amplía en prestaciones y tamaño mientras gana en privacidad gracias al contorno envolvente del *Punt groc*. De este modo, cuando el usuario utilice el cajero, tendrá la sensación de penetrar materialmente en la entidad, de la misma manera que Alicia entra en el espejo. Simultáneamente el persistente círculo amarillo aparecerá con vida renovada en plazas, avenidas y calles de pueblos y ciudades.

Porque, al final, la calle siempre será lugar de encuentro y relación entre las personas y, de la misma manera que quien no está en Internet no existe, quien no esté en la calle tampoco existirá, como siempre ha sido. Y es que, queramos o no, ciertas cosas no se pueden inventar; basta con entenderlas, asumirlas y saberlas resolver bien, que no es poco.

Barcelona, “máster” del documental

El cine catalán ya no es una quimera. Desde hace unos años se está dibujando un mapa cinematográfico con varias sedes y aparecen nuevas propuestas que permiten hablar de una incipiente industria catalana. Por una parte, tenemos la más comercial, con *El orfanato* o las producciones Filmax. Y, por otra, la más prestigiosa, embajadora del cine catalán en los festivales, que está relacionada con el documental y con la exploración de los límites entre ficción y realidad. Aparte de las obras de cineastas consagrados, un gran motor para la

consecución de este hito ha sido el Máster de Documental de Creación de la Universidad Pompeu Fabra, creado en 1998 y basado en la formación de alumnos, pero también en la realización de documentales como *En construcción*, de Guerín; *Mones com la Becky*, de Jordá, o *La leyenda del tiempo*, de Lacuesta.

Meses después, la Autònoma comenzaba otro máster, llamado de Documental Creativo, que, de forma más modesta, ha hecho posible la producción por parte de los alumnos de documentales que han podido verse tanto en

festivales como en la televisión. Josep Maria Català, coordinador académico del Máster de la UAB nos acerca al concepto: “Documental creativo significa recoger las experiencias del documental clásico y ampliarlas hacia una tendencia de ensayo y de experimentación sobre la realidad, sin excluir la ficción como una herramienta más”. La simbiosis afecta actualmente a todos los ámbitos del cine: “Hay una confluencia de ambas tendencias: la ficción, tendiendo hacia el realismo, ha adquirido a menudo rasgos formales del documental; y el documental recoge de la ficción su capacidad para colocar las cosas dentro de un modelo y hacerlo funcionar para enriquecer sus posibilidades”, continúa Català. Jordi Balló, director del Máster de la UPF, coincide con él cuando afirma que “todos los directores que ahora nos pueden interesar van en esa línea, como, por ejemplo, Werner Herzog”.

No dudan al afirmar que, en el ámbito español, Barcelona es la capital del documental (creativo). Así, Balló cree que “en Madrid no están por esta labor. No lo consideran industria, mientras que Barcelona, desde el primer momento, lo ha considerado así; industria precaria, pero industria. Existe un cultivo intelectual e industrial que facilita la aparición de propuestas alternativas”.



“Una cierta verdad”, la experiencia de un ex alumno

“No veo distinción: he hecho mi película documental como si fuese una ficción, y haría una de ficción como si fuese un documental. Existe una diferencia de método, pero en el momento de montar es lo mismo, es cine”, afirma Abel García Roure, que fue alumno de la primera promoción del Máster de la UPF y que tiene previsto estrenar su primera película, *Una cierta verdad*, después del verano.

Cinéfilo empedernido, García Roure (Barcelona, 1975), capaz de hacer una comparación detallada de *Más allá del espejo* de Joaquim Jordà con el clásico de John Ford *Centauros del desierto*, ha sido ayudante de dirección de José Luis Guerín, Mercedes Álvarez e Isaki Lacuesta.

Para él, “el Máster de la UPF sirve para que los alumnos se relacionen con profesionales que vienen aquí, y les ha ofrecido referencias que antes desconocían, como Raymond Depardon o Chris Marker”, pero advierte de

que, “como en todas las carreras, siempre es el alumno quien le saca o no provecho, y depende de cómo se busca la vida”.

Una cierta verdad, no integrada en el Máster, aunque ha recibido su ayuda en la postproducción, trata el tema de la psicosis a través de la experiencia real de enfermos. El film se ha rodado en varias fases entre 2005 y 2007, y el director tiene claro que “si no hubiese contado con dos años para conocer a fondo las historias, seguro que lo habría hecho mal”.

Xavier Claramunt: sin prejuicios no hay límites



Para hablar con Xavier Claramunt uno tiene que dejar los prejuicios en casa o bien aferrarse a ellos y que este joven arquitecto catalán intente convencerle de que “no tener complejos no es más que una manera de ser y de vivir”. Un temerario –podrían pensar algunos-. O un iluso. Sin embargo, detrás de esa imagen de transgresor se vislumbran unas estrategias de trabajo y de gestión completamente calculadas y rigurosas.

Equip Claramunt está formado por una treintena de jóvenes de diversas disciplinas que aúnan sus esfuerzos para conseguir que se haga realidad, por ejemplo, un hotel en el espacio. “Trabajamos en tres escalas: arquitectura, diseño industrial y joyería. La arquitectura nos enseña a tener una visión más global, del diseño industrial se aprende la seriación, y de la joyería, a cuidar los materiales”. Tres escalas de creación que en Equip Claramunt son igual de importan-

tes: “Es igual de complejo crear un edificio, que un plato de ducha o una joya. Al fin y al cabo, el objetivo es el mismo, y lo que puede variar un poco es la metodología”, recalca el arquitecto.

Olvidarse de cualquier “concepto preestablecido y empezar de cero, desechando los complejos” es la estrategia a seguir. “Nos obligamos a hacerlo, ya que todo se puede hacer realidad si no tienes prejuicios”, añade con vehemencia. Un ejemplo de ello es el hotel Chic&Basic Born, en la calle Princesa, un edificio de finales del siglo XIX y que antes de pasar por las manos de Claramunt albergaba la Academia Álvarez. “Nuestro objetivo siempre es interactuar con las personas y generar nuevas experiencias. En la habitación hay diferentes tipos de luz. Si creas un ambiente con luz azul, las sombras desaparecen y es más difícil reconocer a una persona, y esta experiencia produce novedad y nuevas relaciones. Respecto a los prejuicios, convencimos a todos para poner cortinas en el pasillo, delante de las habitaciones. Alguien con prejuicios pensaría que los pasillos deben ser rectos, pero con las cortinas creas un *hall* antes de entrar en la habitación. La luz que hay en la habitación es la misma que la que se refleja en tu *hall* y, al final, has creado un pasillo diferente”.

No se cansa de repetirlo: hay que probar nuevas ideas y olvidarnos de cualquier tipo de patrón que uno haya interiorizado. Sea el concepto de un hotel, una joya o una vivienda. Barcelona tampoco se libra de esta *transgresión*. “La ciudad no tiene más territorio. O no crecemos más, como ocurre en algunas ciudades italianas, o nos inventamos algo”. La voz de Claramunt se une al grupo de arquitectos que defienden el crecimiento en vertical y proponen “conseguir la misma densidad y desocupar las plantas bajas”. Y si para ello hay que vaciar toda una manzana del Eixample barcelonés y hacer sólo dos edificios, este arquitecto no lo duda y recuerda Diagonal Mar como un tímido ejemplo.

La capacidad de observación es un punto clave en la manera de concebir la arquitectura de este arquitecto licenciado también en Ingeniería Aeronáutica. “El siglo XXI es el siglo del espacio. Nadie de principios del siglo XX era capaz de imaginar que llegaríamos a la luna y hoy es una realidad. Lo mismo ocurre con la propuesta de crear un hotel en el espacio, no es una idea de un iluminado. Detrás hay una estrategia rigurosa, ordenada y metódica”.

Confiesa Claramunt que de pequeño no leía “muchos libros”, ni siquiera a Julio Verne. Más bien “hacía volar la imaginación”. Hoy por hoy, los fines de semana vuela en un ultraligero. En el aire no existen los complejos ni los espacios límites, como en su obra. Quizás por eso ha llegado a ser el primero en lograr hacer realidad una idea que nació en una hoja en blanco: un hotel en el espacio y otro en el mar. Porque sin prejuicios no hay límites. Sólo rigor y quizás también, por qué no, un punto de visionario.